

Desde QUE TE VI



CONTI CONSTANZO

ROMANCE & LIVES

D.J.57

A los siete años te vi en el parque de diversiones y supe que tendría que esperar por ti.

A los trece años en un concierto te volví a ver y reafirmé que serías para mí, pero debería seguir esperando por ti.

A los veinte años como un ángel en la noche te volví a encontrar y supe que ya no tendría que esperar más por ti.

Ya era tiempo para mí

O.P

Prólogo

El calor era realmente insoportable, Carol ya se había mojado el pelo más de tres veces en menos de una hora. Lo único que quería hacer era salir al lago, pero su madre no la dejaba. Insistía en que si no salía con su hermana mayor debía quedarse en casa. Pero ese día Audrey estaba enferma, por ende... se quedaría todo el día encerrada.

Dando vueltas por el salón como si estuviera enjaulada, esperó a que su madre saliera al pueblo para escabullirse al lugar que tanto le gustaba.

No tardó ni diez minutos en llegar al lago, y mientras corría se iba sacando el pesado vestido que traía puesto. Cuando estuvo lista, subió al árbol y como si fuera Tarzán se colgó de una cuerda que ella misma había puesto y se lanzó al agua.

¡Sí! Eso era todo lo que le gustaba en el mundo. Nadar y sentirse libre a su total antojo. Porque aunque ya tenía ocho años su madre se empeñaba en enseñarle las cosas de damas que correspondían a su edad.

—Nunca voy a bordar —decía mientras nadaba—, nunca voy a cocinar—continuó alejándose un poco más de la orilla—, y nunca, nunca voy a ser una dama de alta sociedad —concluyó sumergiéndose todo lo que podía aguantar.

Varias horas después cuando salió vio a un joven con rostro melancólico mirando al río, lo que no entendía era por qué él no se bañaba.

Sin pensar en nada y con la chispa que la caracterizaba llegó hasta el chico y se paró aun mojada frente a él.

—Hola, soy Carol, ¿quieres ser mi amigo?

El joven al verla aparecer se quedó pasmado, no era solo una niña, era mucho más, incluso el sol resplandecía sobre ella de una forma que él a su edad no era capaz de explicar.

Como en un principio no le salieron palabras, fue ella la que siguió hablando.

—Vamos al lago, el agua está calentita, y hoy hace mucho calor para que solo te quedes mirando.

—¿Cómo? -preguntó dubitativo.

—Bueno, te he visto varias veces aquí mismo, y como ahora no está mi hermana, puedes bañarte conmigo —sonrió hechizándolo por primera vez.

—No es correcto, mis padres...

—Los míos tampoco lo saben. ¡Vamos! -exclamó tirándolo de la mano y él como poseído la siguió....

Capítulo 1

Durleigh, Enero de 1900

La casa de la familia Weston estaba totalmente revolucionada por la fiesta en honor del duque de Somerset. Era la oportunidad que la señora Leonor tenía de conseguir, por fin, un marido para una de sus hijas. Las dos mayores ya estaban según su madre un tanto pasadas de tiempo, y aunque Audrey, la primogénita, era realmente hermosa, no conseguía que un hombre pidiera su mano en matrimonio. Esto se debía a que en los últimos años y por los problemas de economía que presentaba el país, las arcas de la familia Weston habían bajado considerablemente, pasando de ser una familia aristocrática e influyente, a una familia de campo. En cambio para Carol eso era una bendición, ella quería ser libre y disfrutar de la vida sin tener que casarse con algún caballero para vivir tranquila y dentro de los cánones que dictaba la sociedad en que estaba viviendo, cosa que por supuesto sus padres reprobaban; aunque era bien conocido que Bernard Weston, conde de Holland, se sentía orgulloso por el carácter de su niña, que no era nada más que el hijo varón que nunca nació.

—No me aprietes más —pidió Carol a su hermana Audrey que estaba atando su corsé.

—Solo un poco, es que no te cruza —rio haciendo fuerza para terminar su tarea.

—Entonces déjalo, me quedo acá y no voy, a mí no me interesa ir a que me subasten.

—Cállate la boca, Carol Weston, ese no es el comportamiento de una dama de alta sociedad —sentenció Leonor que se esmeraba en terminar las ondas de su hija menor.

—Madre, no somos de alta sociedad, nos están invitando a este baile por el buen nombre de mi padre. Con suerte tenemos un título de rancio abolengo.

Su madre suspiró, discutir con su hija la ponía de mal humor, esa niña

era incorregible y se esforzaba en permanecer así.

—Madre —habló Audrey con su dulce voz tan característica—, ¿desea qué le traiga un té para los nervios? —preguntó respetuosamente, apretando con todas sus fuerzas la cinta del corsé de su hermana para que supiera que estaba molesta por sus comentarios, pero Carol se mordió el labio para no esbozar ningún gemido.

—No es necesario, Audrey, es solo qué tu hermana terminará matándome de un disgusto y es ahí cuando seguramente estará tranquila, cuando me vea descansar en paz junto a la tumba de tus abuelos.

—¡Madre! —gritaron las tres al unísono, estaba claro que la señora Weston era exagerada, pero evocar a los muertos no correspondía, menos en una situación así.

Las mujeres siguieron arreglándose, ya que el tiempo apremiaba y era muy mal visto llegar tarde a una fiesta.

Por otro lado el señor de la casa estaba sentado mirando las llamas que emanaban de la chimenea, pensaba en lo importante que era el festejo, y que si no fuera por darle en el gusto a su adorada y a veces exasperante mujer, no hubiera asistido. Él pensaba igual que su segunda hija, pero no lo diría.

—Padre —protestó Carol distrayéndolo de sus pensamientos—. Me veo ridícula.

—¿Cómo una flor silvestre podría verse ridícula en mi jardín? —replicó dibujando una auténtica sonrisa de admiración.

—Claro, si por silvestre quiere decir, simple o mala hierba.—Se rio mientras daba su respuesta.

Ella poseía una lengua mordaz capaz de acallar hasta la mismísima reina recientemente fallecida.

—Estás hermosa, si únicamente lo creyeras, serías la más hermosa rosa de mi jardín.

—¡Padre! ¡Padre! —los interrumpió Grace quien bajaba como una diosa enfundada en su maravilloso vestido de muselina en tono blanco y tres capas de

tela—. ¡¿Cómo me veo?!

—Como nata montada. —Se carcajeó Carol, llevándose una mirada de reprobación por su comentario.

—Te ves, como una rosa casta y pura a punto de florecer en mi jardín.

La pequeña lo miró sin entender la metáfora de su padre, y fue su hermana quien tuvo que aclarársela.

—Nuestro padre quiere decir que estás a punto de nacer como mujer, y que espera que no muestres tus espinas en la fiesta.

Grace, en respuesta, le hizo un mohín, sabía a qué se refería, ella era caprichosa y muy llevada a sus ideas.

—Querido —habló lady Weston—, vea que estupenda se ve nuestra Audrey hoy.

Efectivamente, la mayor de las hermanas se veía maravillosa bajando por la escalera, el vestido celeste anudado por una cinta de raso azul hacían perfecta conjunción con sus maravillosos ojos azul cielo.

—Mi querida primogénita, la flor más hermosa de mi jardín, tan elegante y delicada como un tulipán que florece haciéndose notar entre todas las variedades de mi edén.

La más joven de las hermanas reprobó dichas palabras, ella quería ser el centro de atención. En cambio Audrey quedó encantada con la galantería de su padre y Carol, quien no tomaba mayor importancia a las palabras siguió su camino como si nada.

Apretados y muy incómodos llegaron en el carruaje todos los integrantes de la familia Weston, Carol fue la primera en saltar, pues ya no aguantaba más tener a Grace sobre sus piernas.

—Todavía no llegamos, Carol —la reprendió su madre.

—Déjela, Leonor, si sigue en el carruaje su vestido quedará arrugado —manifestó Bernard Weston a su mujer cerrándole un ojo a su hija.

Una vez en la puerta, la primera en encabezar la fila fue la madre, seguida por su marido y Grace. Audrey, se había quedado más atrás y

únicamente Carol lo notó.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver la angustia instalada en el semblante de su hermana.

—He manchado con grasa mi guante al bajar del carruaje, es negligente que me presente así —manifestó apesadumbrada por su torpeza.

Rápidamente y sin pensarlo dos veces, Carol se quitó su guante blanco y se lo entregó a su hermana, en un principio ella se resistió, pero luego lo aceptó gustosa y se lo colocó.

Así entraron ambas hermanas, una con las manos cruzadas delante del majestuoso vestido, y la otra con las manos en la espalda. A Carol no le interesaba aparentar y había asistido prácticamente obligada, lo único que quería era anunciar su llegada para salir del salón. Aunque eso fuera impropio para una dama que se apreciara como tal.

Rápidamente, el Conde de Holland entabló conversación con algunos invitados influyentes que pululaban por el lugar, en tanto la señora presentaba su retoño a todas las mujeres.

Audrey, por su elegancia, no pasaba desapercibida y no tardó nada en ser invitada a bailar y llenar su carnet de baile, en tanto Carol rechazaba todas las invitaciones, no porque no tuviera deseos de hacerlo, si no que no podía avergonzar a su familia saliendo al centro del salón con un solo guante. Se quedó un poco más atrás observando como todos se divertían, y le llamó la atención escuchar la conversación de dos jóvenes que se encontraban aún más escondidos que ella.

—Vamos, no puedes quedarte acá toda la noche.

—Si puedo y lo haré, observa a toda esa gente, que vergüenza su comportamiento.

—¿Por qué dices eso? están disfrutando igual como lo haría yo si no estuviera preocupado por ti. Vamos a bailar.

—No, aquí no hay ninguna mujer lo suficientemente refinada para mí.

Carol agudizó su oído, no podía creer lo que estaba oyendo, se sintió

enfurecida, sin saber quién era el causante de su ira.

—¿Cómo qué no?, viste con la preciosidad que estoy bailando.

—¿Preciosidad? Permíteme dudarle, una mujer no necesita capas y capas de maquillaje para verse hermosa, ella se ve más bien...vulgar.

Harry dejó que su buen amigo siguiera hablando, conocía su forma de ser y además sabía perfectamente lo peculiar que era para algunas cosas, sobre todo en tema de mujeres, para él ellas tenían que ser refinadas y por sobre todo de una muy buena cuna, cosa que para él, eso ahí faltaba. Y en todos los años de amistad, jamás lo había visto en serio con alguna mujer, ni siquiera con la sobrina de la reina.

—Bueno, entonces te dejaré solo, pero no te costaría nada darte una vuelta por el salón, después de todo esta es tu casa y quedarás como un descortés si no saludas a las debutantes, querido amigo.

Robert, resopló, sabía que eso era verdad, debía hacer al menos acto de presencia ante la audiencia. Y así fue como ambos salieron de la oscuridad y pasaron por delante de Carol sin siquiera notar su presencia. Ella, que había escuchado todo, tuvo que taparse la boca para no gritar de frustración, más aún cuando se dio cuenta de que uno de los caballeros era precisamente el que había bailado con su hermana Audrey, y no le costó nada deducir quien sería su acompañante, seguramente el duque de Somerset.

Del último, ella sabía que era un pedante, orgulloso y pomposo hombre soltero, que únicamente buscaba divertirse, pero siempre en la ciudad, no en aquel lugar de campo, o al menos eso era lo que se decía. Y las malas lenguas jamás se equivocaban.

De cualquier forma, ya nada era como antes y nuevamente lo había comprobado.

Vio cómo su hermana reía abiertamente con su compañero de baile y eso le alegró, aunque cuando fijó su vista en la ancha espalda del hombre que estaba al lado, supo de inmediato que era el arrogante de minutos anteriores.

Ya no soportaba la opresión en el pecho que le producía el lugar. Era

demasiado para una sola noche, y no estaba dispuesta a abrir el baúl de los recuerdos.

Esperaba con paciencia el momento en que su hermana fuera presentada, pero no pudo aguantar más tiempo cuando escuchó como dos mujeres que hacía solo unos instantes conversaban con su madre se burlaban abiertamente del vestido de Grace, que Rose, la criada y una madre para ella se había esmerado tanto en confeccionar.

No pudo resistir más tiempo y salió rauda por la puerta, quería regresar a su casa, pero sabía que eso era imposible. Caminó al único lugar en aquella propiedad que le proporcionaba paz, y que además conocía muy bien.

Después de unos minutos en que a ratos caminaba y en otros corría, llegó hasta la orilla del lago, estaba agotada, la verdad es que ese recorrido lo hacía siempre, pero caminando tranquilamente.

Se sentó bajo la copa de un árbol. Con rabia tiró el guante, y este fue a dar directamente al agua. Maldijo abiertamente a todos los presentes, en especial al dueño de casa. ¿Por qué había tenido que volver? Ahora, ¿después de tanto tiempo?

—¿Qué se creen? ¡Con qué derecho se atreven a juzgar a alguien por cómo viste! —gruñó.

De pronto sintió ruidos muy cerca y se alarmó, trató de enfocar la vista, pero nada más se veían sombras. Rápidamente cogió una rama que estaba en el suelo y la alzó en el aire, en señal de que estaba en guardia.

Alguien se acercó entre las sombras y se sorprendió al ver a una mujer escudada en una simple rama para defenderse.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre en tono hosco.

—No, ¿quién es usted, y qué hace aquí? —replicó ella.

Él hombre dudó unos instantes si responder o no, pero en honor a su caballerosidad, accedió.

—Paseaba por aquí.

—¿Solo paseaba? Este no es un lugar para eso, ¡márchese!

Se extrañó ante la respuesta, él era un hombre fuerte y podía estar donde quisiera, en cambio ella, era una mujer indefensa, armada únicamente con una rama.

—Y usted, ¿qué hace aquí?

—Este es el mejor lugar de la propiedad, acá nadie lo juzga y puede vestir como quiera, las estrellas son las luces y la naturaleza el mejor salón para bailar —expresó con convicción la muchacha, desencajando al joven, que hasta el minuto no podía distinguirla claramente.

—¿Estaba en el baile? —quiso saber realmente interesado, pero ella no lo entendió así y respondió de mala manera.

—¿Por qué? tiene algún problema, reprueba mi atuendo ¿quizá?

—Yo tampoco estoy en la fiesta, por si no lo notó —contestó acercándose más a ella, para observarla mejor, tenía una corazonada y quería comprobarla.

—Bueno, siendo así, no se pierde nada, adentro únicamente encontrará gente aparentando lo que no son, para caerle bien al engreído del duque. Que por supuesto solo se da un festín con la ceremonia.

—¿Y por qué está tan segura de eso?

—Fácil, basta únicamente con observar. ¿O por qué cree que no se hace presente ante sus invitados? Fácil, porque no está cómodo, desaprueba esto y se siente superior. Pero lo que no sabe es que solo él queda en evidencia, si le desagrada tanto este pueblo, ¿qué hace aquí? Es mejor que se mantenga alejado —habló casi atropellándose con las palabras.

Ahora estaba más que sorprendido al escucharla y claro, no se había equivocado, su corazonada era certera, aunque deseó haberse equivocado al escucharla.

—Lo está juzgando.

—No, hablo basada en hechos —dijo sentándose, lanzó un par de piedritas al lago y estas rebotaron en el agua haciéndola sonreír—. Me gustaría que su estancia fuera corta, así yo podría seguir disfrutando de su propiedad.

—¿¡Cómo!?! —preguntó intrigado.

—El duque ni siquiera sabe lo que tiene, si lo supiera estaría más tiempo aquí —«y no se hubiera marchado», pensó.

—¿Y usted, cómo lo sabe?

—Si le digo, podría ser la deshonra de mi familia —rio divertida por lo que estaba a punto de contarle.

—Dígame, únicamente lo sabré yo —manifestó cambiando el tono de voz, para que no se le notara que estaba un tanto molesto, no, en realidad furioso.

—Casi todas las tardes vengo a este lugar, me gusta leer y lo único que admiro del duque es su buen gusto por la literatura. Su biblioteca es magnánima, posee toda clase de ejemplares, y ni siquiera los lee —respondió con pesar.

—Y usted ¿cómo lo sabe?

—Porque yo sí los leo —confesó y se mordió la lengua, estaba contando demasiadas cosas a un hombre que veía por primera vez.

—¿Y cómo nadie se da cuenta?

—Los empleados están la mayor parte del tiempo limpiando los salones, supongo que como nadie entra en la biblioteca, no se ensucia, y es ahí cuando aprovecho para sacar algún libro.

El joven estaba anonadado con todo lo que ella le relataba, pero al mismo tiempo estaba molesto por la situación. No era así como él había previsto aquel momento y aun así lo disfrutaba.

—¿Y cómo hace para que nadie lo note?

—Los trato con cariño, y no los abro demasiado. Llevo mucho tiempo entrando en esta propiedad. Incluso la casa parece un museo, tiene unas obras de arte realmente dignas de estar en una exhibición, eso quiere decir que su dueño es un egoísta, solo quiere admirar la belleza de esas obras para sí mismo.

—¿Y por qué cree que sea así?

Se encogió de hombros, pero de alguna manera debía sacar la rabia que tenía dentro y así fue como respondió:

—No lo sé, creo que en el fondo es un hombre solitario, incluso introvertido, pero debe representar un papel ante su sociedad, y eso es lo que hace, me niego a creer que alguien con un gusto tan exquisito en distintos tipos de arte sea un completo granuja. Aunque después de hoy, creo que lo es —pensó en voz alta.

Él quiso saber más, pero no encontró prudente seguir preguntando.

—Debería volver, seguro su familia le estará buscando.

—¿A mí? ¡No! Prefiero estar acá amparada en la oscuridad de la noche antes de entrar en la subasta.

—¿Subasta?

—Bueno, como parece que no es de aquí, se lo explicaré a mi modo: este tipo de eventos, básicamente es para encontrar esposo, las mujeres jóvenes se pavonean con su mejor traje, y ellos como si esto fuera una puja, apuestan a la mejor opción.

—Y usted, ¿no quiere casarse?

—Algún día incluso lo soñé —suspiró—, pero si lo hago será porque estoy enamorada de un hombre de verdad, que no se fije en lo que visto o en las tierras que posee mi familia. Pero lo más importante, es que no quiera a una sumisa que solo sirva para ensalzarlo y criar a sus hijos.

—Eso es imposible.

—Exacto, por eso creo que mi familia —sonrió—, me mandará al convento antes de que sea la deshonra de los Weston.

El joven abrió muchísimos los ojos, asombrado por lo que oía, ella jamás podría estar en un claustro.

—Tranquilo, es una broma —comentó al hombre que ahora la miraba con el semblante preocupado—, pero no me casaría obligada, además, no creo que ningún caballero, quiera desposarme.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no se tejer, ni bordar, ni menos tocar el piano y... no me gustan los niños —dijo esto último un tanto avergonzada. Cosa que él no notó.

—¿Y qué sabe hacer?

—Ordeñar, galopar. Observar y leer. Como verá ninguna de las cualidades que debería tener una dama que se aprecie de tal, *monsieur*.

—Eso es francés —aseveró sorprendido.

—*Oui, monsieur*, hablo francés, italiano, inglés y algo de portugués.

—¡¿Cómo?!

—Ah, eso también se lo debo al Duque de Somerset, en realidad le debo algunas cosas a su excelencia, desde un tiempo a esta parte únicamente trae novelas extranjeras, así que me he visto obligada a aprender idiomas.

—Es increíble.

—Bueno —dijo levantándose de un salto—, creo que le he contado demasiado y yo no sé nada de usted, ni siquiera su nombre —habló formalmente sorprendiéndolo nuevamente.

Titubeó un momento, pero luego respondió.

—Mi nombre es Arthur ¿y el suyo?

—Carol, simplemente Carol. ¿Y qué hace usted por aquí?

Justo cuando iba a responder, escuchó a lo lejos su nombre, se puso un tanto nervioso, pero ella, que trataba infructuosamente de recoger su guante, no se percató.

—Carol, debo irme, la espero mañana aquí al atardecer, ¿le parece? Así me deleita con algún libro —pidió con la esperanza de volver a verla, aunque estuviera yendo en contra de sus propios principios y, por supuesto, de toda lógica posible.

—¡No puedo encontrarme a solas con usted! Eso deshonraría a mi familia y a mí.

—Será un secreto, se lo prometo.

Después de pensarlo por un momento y a sabiendas que eso era incorrecto, decidió hacerle caso a su corazón, algo veía en aquellos ojos que la hacía confiar, e incluso romper todo tipo de protocolos morales.

—No sé si podré deleitarlo —se disculpó—, no podré traer nada para

leer, y los libros que tengo en mi casa no sé si serán de su agrado.

—Estoy seguro de que lo serán, no se olvide...por favor.

¿Por favor? ¿Él había dicho «por favor»?

No dijo nada más y se retiró, se sentía totalmente extrañado, incluso furioso y atraído de sobremanera por aquella figura femenina, tan distinta a las mujeres que le rodeaban a menudo.

Por otro lado, la noche transcurrió tal cual lo esperaba la señora Leonor, sus dos hijas habían brillado como luciérnagas en una noche sin luna. Varias personas comentaban lo agraciada que era Audrey y lo chispeante que era la más pequeña de los Weston.

Cuando Carol volvió a la fiesta se alegró en cuanto su hermana le comunicó que había bailado dos veces con un gentil caballero, y que incluso le había invitado a dar un paseo al otro día, la verdad es que ella no cabía más en su felicidad.

El regreso a casa fue un poco más lento, pues Carol se negó a subir al carruaje, prefería caminar y así fue como sucedió.

Una vez en la casa de los Weston, el señor de la casa encendió su pipa y se sentó junto al fogón, su mujer no tardó en llegar a su lado.

—Oh..., estoy tan feliz, querido, por esta velada. Mis hijas se lucieron y todos hablaban del joven con que bailaba nuestra Audrey.

Bernard Weston no miraba a su esposa, únicamente la escuchaba, para él ese tipo de cosas no eran relevante, desde hace mucho, el qué dirán había dejado de importarle, pero eso no sé lo hacía saber a nadie.

—¿Y vio además cuántos jóvenes galantes se ofrecieron para bailar con Grace?, estoy tan feliz. Pronto nuestras hijas contraerán matrimonio y saldremos de esta miseria —suspiró sentándose junto a él.

—Mujer, ¿por qué cree que el casamiento de nuestras hijas nos ayudará?

—Porque se casaran con algún distinguido caballero, con título, y buena posición, no permitiré que un pelafustán pida la mano de mis hijas.

—Pero esa será su vida —habló en tono firme—, nosotros no

usufructuaremos de su felicidad.

—¡No! Claro que no, no me malentienda, pero ningún caballero que se aprecie como tal, dejará sin ayuda a la familia de su amada.

Bernard, sentía que no tenía fuerzas para discutir en ese momento, estaba cansado y tendría que levantarse al alba.

—Si tan solo su hija hubiera tenido la amabilidad de aceptar bailar con un caballero durante la velada, quizás también hubiésemos tenido suerte con ella —manifestó Leonor refiriéndose a Carol.

—En el salón no había ningún caballero digno de ella. Aunque usted no lo sepa o no lo pueda apreciar, esa niña vale una fortuna.

— ¡Bernard! —habló un tanto desesperada—. Tendremos suerte si a esa niña algún hombre la quiere para su hogar. No sabe hacer nada, no tiene modales refinados y pasa arriba de los árboles. ¿Qué tipo de caballero querría una mujer así?

—Uno que no quiera un florero, uno que sepa apreciar el verdadero valor de una dama, uno que al salir de su hogar sepa que este quedará bien cuidado, uno que sepa amar con el corazón.

—Qué clase de sandeces son esas, Lord Holland. Un hombre no necesita eso, quiere una dama que sepa comportarse en sociedad, que sepa cuidar de sus hijos y que sepa dar órdenes en el hogar.

—Si usted lo dice —fue todo lo que recibió en contestación. Salió del salón y subió a su cuarto, no quería escuchar más. Se acostó en su cama y rogó al cielo para que su hija encontrara un hombre que la valorara tal cual era. Que no opacara sus virtudes y que por sobre todo se enorgulleciera de ella.

En la habitación, las hermanas se contaban todo tipo de confidencias, y era Audrey la más animada al hacerlo.

—Carol, no sabes cómo me sentí cuando el conde de Merton cogió mis manos.

—¡Cuéntamelo todo!

—Me sentí viva de nuevo, tuve una sensación extraña, incluso sentí

calor.

Ambas rieron, no necesitaban más palabras para entenderse.

—Es todo lo que soñé, alegre, refinado y con un muy buen sentido del humor.

—Claro, pero olvida algo importante.

—Por supuesto, es rico y de buena cuna —se apresuró a responder, haciendo que Carol pusiera sus ojos en blanco y contuviera las ganas de darle con el almohadón.

—No, que es alguien que te trató bien, que fue educado y además es guapo. El dinero viene y va, hermana, ya deberías saberlo.

—Es que yo quiero a un caballero, deseo una casa grande con extensos jardines. ¿Es pecado desear ese tipo de cosas?

—No, no lo es, pero el amor es más que eso.

— ¿Y cómo lo sabes? Nunca te has enamorado.

—Por lo mismo, es lo que creo y cuando lo sienta, sabré que estaré enamorada, no importa si es rico, pobre, caballero o campesino, quiero que mi corazón palpite con su presencia, quiero soñar despierta, y quiero desear que llegue la noche para sentirlo en mis sueños.

—Esas son cosas que solo aparecen en los libros que lees, son novelas, hermana, la vida no son ese tipo de tonterías cursis —dijo la menor integrándose a la conversación.

—Pues me da igual lo que una joven caprichosa como tú piense, tienes diecisiete años y no sabes nada.

—Puede que no sepa nada como dices, pero sé que los hombres me miran y ven en mi un buen prospecto, una señora para su hogar, en cambio, ¿qué podrían ver en ti? Ya tienes veinte años y nadie ha pedido tu mano, eres la vergüenza de este hogar —apostilló con sorna.

Carol comenzó a contar hasta diez, no quería abalanzarse contra su hermana y sacarle los pelos como si fueran las plumas de una gallina.

—Discúlpate con Carol, Grace —dictaminó Audrey.

—No, es la verdad y más le vale quedarse callada Audrey, porque usted está en la misma situación y es aún más mayor que ella.

— ¡Cállate! —chilló Carol, no quería que su hermana mayor recordara la pérdida de su novio. Ella había estado comprometida con el joven Charles, pero este había fallecido en un fatal accidente en Londres, claro, no estaba tan enamorada, había sido un acuerdo entre familias, pero de igual modo era un hecho trágico en su vida, incluso ella creía que vivía con el estigma de la viudez, cuando ni siquiera habían alcanzado a estar de novios ni tres meses.

—Además de todo, eres una histérica.

Eso fue la gota que rebalsó el vaso y colmó la paciencia de Carol, se abalanzó sobre su hermana, pero esta al ver lo que le esperaba chilló como la histérica que sí era, despertando a toda la casa para que la oyeran.

—¡Madre! ¡Carol me quiere matar! —aullaba mientras saltaba de una cama a otra intentando zafarse de las manos de su hermana, pero en un momento tropezó y su hermana la arrastró por el piso, se puso sobre ella dándole una bofetada, justo en el momento en que su madre ingresaba y observaba la dantesca escena

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué está pasando aquí? —chilló asustada por lo que veía Leonor—. ¡Weston!

Carol hizo el esfuerzo por separarse, pero la pequeña aprovechó para darle un rodillazo, ella al sentirlo, se abalanzó nuevamente y la pelea se retomó con más ahínco.

El padre alarmado con los gritos de su mujer, llegó hasta la habitación, y lo único que vio fue una maraña de pelos volar. La madre y Audrey gritaban desesperadas, pero ninguna hacía nada por separarlas.

Bernard se acercó hasta sus hijas, tomó de los hombros a Carol para que se separa, pero ella no pensaba y tampoco sabía quién era la que la afirmaba, de un solo movimiento se liberó y siguió en lo que estaba, hasta que un sonido gutural las asustó a todas.

—¡Deténganse! —rugió Weston, pero fue solo Carol la que obedeció,

porque Grace aprovechó para seguir en la batalla.

A pesar de todo se separaron, el resultado era espantoso, Grace sangraba por la boca, en cambio Carol tenía solo un rasguño en el pómulo derecho que rápidamente se le estaba enrojeciendo. Ambas tenían el cabello enmarañado y respiraban con dificultad.

—¿Qué cree que le estaba haciendo a mi pequeña? —rugió Leonor—. Eres una, salvaje, Carol.

—Pero...

—No me interesa escucharte, estoy aburrida de tus constantes faltas, te comportas como un animal, y como tal, deberías ser tratada.

—¡Leonor! —espetó Bernardo—. Basta, las dos estaban peleándose.

—Pero ella comenzó, papi —alegó insidiosa Grace.

Su padre miró a Audrey que lloraba desconsolada en un rincón, ella era la más sensible y estas cosas le afectaban de sobremanera.

—¿Quién comenzó con los golpes? —preguntó molesto—. Y quiero la verdad.

Audrey miró a Carol, como pidiéndole disculpas, no quería responder, porque la verdad era más extensa que solo remitirse a decir quién había dado el primer golpe, pero Carol, al ver la angustia en los ojos de su hermana, fue la que habló:

—Fui yo, padre, yo comencé...y no me arrepiento —aseguró con altivez Su madre se llevó las manos a la boca para acallar sus propios alaridos.

Bernard entrecerró los ojos, tenía rabia y dolor, esperó poner sus ideas en orden y dictaminó:

—Es tarde, acuéstense. Ven conmigo, toma tu almohada y un cobertor.

Carol asintió, y con pesar obedeció. Siguió en silencio a su padre hasta llegar a la habitación que él ocupaba como su oficina.

—Entra —ordenó sin siquiera mirarla.

Ella con cautela atravesó la puerta y se quedó de pie, en tanto su padre se sentaba detrás del imponente escritorio de madera.

—No creo que...

—Padre...

—Te callas y no me vuelvas a interrumpir —la regañó enérgicamente mientras ella bajaba la cabeza. No valía la pena discutir, ya todo estaba dicho, y esto no se quedaría así. No, señor—. Lo que acaba de suceder es impresentable, no dudo que para esa reacción desmedida debe haber habido un motivo con fundamentos, pero lo que no voy a permitir jamás, es que nos faltes el respeto a mí o a tu madre. No puedes gritarnos bajo ningún punto de vista. Ahora toma tus cosas y te vas a dormir al cuarto de servicio que está desocupado.

Carol levantó la cabeza fulminándolo con la mirada, lo encontraba injusto. El cuarto al que se refería su padre estaba sucio, mal oliente y no era más que un espacio lleno de cosas inservibles; pero eso no era lo que le asustaba, en ese lugar no había ventanas, y tampoco luz, cosa que le aterraba profundamente.

—Prefiero dormir a la intemperie o con los animales —respondió orgullosa.

—Dormirás donde te ordene, Carol Weston, eres mi hija, me debes obediencia y eso es lo que aprenderás, ahora vete al cuarto antes de que sea yo mismo quien te meta allá adentro.

La rabia estaba consumiéndola por dentro, se sentía injustamente condenada y sobre todo muy asustada, por eso y sin pensarlo atacó:

—Algún día usted y mi madre se van a arrepentir de la educación que le están dando a Grace, ¡no son capaces de ver realmente como es ella y del daño que ustedes como padres le están haciendo!

Bernard se levantó rápidamente, él no permitiría que ninguna de sus hijas se sublevara, ni menos que le faltara al respeto, pero no alcanzó a hacer nada, Carol corrió por el salón, pasó rauda por la cocina hasta que abrió la puerta de lo que sería su dormitorio.

Acalló un suspiro desesperado con la palma de su mano cuando la poca luz que se colaba por la entrada le permitió ver el estado deplorable en que se encontraba aquella habitación. Caminó con cautela y sacó lo que estaba encima

de lo que se podría llamar cama. Luego de un par de minutos, tenía despejado el pequeño espacio, estaba parada revisando el techo para ver si encontraba arañas, que era una de las cosas que más odiaba cuando sintió unos pasos, no se volteó a mirar, pues su orgullo herido no se lo permitía, hasta que la puerta se cerró dejándola completamente a oscuras, y fue en ese momento en que se sintió realmente desolada.

Bernard esperó detrás de la puerta algo, alguna palabra, alguna súplica para abrirla y darle luz, pero esperó en vano por largos minutos, nada se oyó desde dentro, incluso apegó su oído a la puerta, pero aun así nada se escuchó.

Las horas pasaron y Carol no pudo cerrar los ojos, intentó fijar la vista en la rendija de la parte baja de la puerta por donde se colaba un halo de luz tenue, pero luz al fin. Intentó imaginarse a los personajes de alguna novela, de contarse historias, pero nada la tranquilizaba.

No se dio cuenta de cómo el tiempo pasaba hasta que de pronto vio con gran alegría como la bendita puerta se abría y tras ella aparecía su amada Rose.

—Mi niña...

Carol se abalanzó a la sirvienta aferrándose a sus brazos como si fueran una tabla de salvación para vivir o, en este caso, resistir aquel castigo drástico.

—Calma, venga a desayunar.

—No puedo —contestó bajito, la voz apenas le salía.

—Sí puede, su madre me ha mandado a buscarla, la esperan en el salón.

Tragó saliva y se separó un poco de los brazos que la contenían, y cuando lo hizo notó la cara de espanto con que la miraba.

— ¿Qué...qué sucede?

—Dios mío, hija, tiene sangre en la cara.—No dijo nada más y la sacó a grandes zancadas del lugar, la llevó a la cocina y con un trapo húmedo comenzó a limpiarla, al terminar se dio cuenta que tenía solo un rasguño, aunque no muy profundo iba desde el costado del ojo hasta el labio inferior, estaba rojo y resaltaban sobre su níveo rostro. Sus ojos azules estaban rojizos y el surco bajo ellos era de un color morado intenso, se veía realmente demacrada.

—Tranquila, viejita —le dijo con cariño dándole un beso en la mejilla—, estoy bien, nada que un baño con agua caliente no arregle.

Rose miró al suelo, no sabía cómo decirle a su niña lo que lady Weston había ordenado.

—¿Qué sucede ahora?

—Lady Weston ordenó que debía bañarse con agua helada, como... los animales de la granja, dijo que así aprendería a ser una dama.

Carol contó hasta diez para no estallar y para que su Rose no se sintiera aún más apenada.

—No te preocupes, hay un hermoso sol, no me vendrá nada de mal un poco de agua fría, así me despierto más rápido.

Tal cual como lo dijo, lo hizo, salió con un balde a cuestas y se lavó, al primer contacto con el agua se estremeció y chilló, pero cuando se dio cuenta de que era observada por su hermana menor, terminó de verterse el agua estoicamente mirándola directamente a los ojos.

Audrey, la esperaba en la entrada trasera de la casa con una taza con caldo caliente, se notaban sus ojos hinchados y cansados, ella tampoco había dormido nada, no podía hacerlo sin saber de su hermana.

—Estoy bien, ¿no me ves? —mintió Carol para animarla, el agua corría por su largo pelo empapando la tela que cubría su cuerpo.

—No, no lo estás, estás congelada y es por mi culpa, yo...yo debí...

—No, nada de eso, la culpa no es tuya, es mía, yo debí callar y no lo hice, ahora subamos para volver al salón, no tengo frío —dijo cerrándole uno de sus preciosos ojos azules—, tengo hambre.

Subieron rápidamente y Carol se puso un vestido color marrón, no le fascinaba, pero sí le abrigaba y el frío que sentía le calaba hasta los huesos.

Bajaron al salón encontrándose directamente con su madre y su hermana menor tomadas de las manos.

—Buenos días, Carol, espero que hayas aprendido la lección.

Tomó aire, cerró los ojos para intentar calmarse y respondió:

—Buenos días, madre, y la lección no solo yo tendría que aprenderla. Se mordió la lengua por decir esto último, pero era inevitable.

Lady Weston abrió los ojos como platos y luego los cerró para hablarle:

—Tu padre ha tenido que ir a la ciudad y como veo que no has aprendido nada, ni estás arrepentida, seguirás con el castigo hasta que recapacites y me pidas disculpas a mí y a tu hermana —sentenció mirándola a los ojos—. Y esta noche volverás a dormir en el cuarto de empleados, te bañarás con agua fría y seguirás haciendo tus actividades como de costumbre. ¿Estamos de acuerdo, Carol Weston?

Ella no respondió y un silencio sepulcral se extendió por la sala.

—¡Te estoy hablando! —le reprochó su madre golpeando la mesa, pero nuevamente Carol no habló. Audrey, que estaba a su lado tomó su mano y se la apretó pidiéndole en silencio que respondiera para que la situación se acabara, pero nada.

—Se da cuenta, madre, de lo que hablo, Carol es incorregible, es como los cerdos, solo comen y...

—¡Basta! —se atrevió a decir Audrey, para acallar a Grace que solo quería hacer leña del árbol caído—. Sí, madre, Carol está de acuerdo con usted y le pide disculpas por lo sucedido anoche, no fue su intención hacerla enfadar.

—Entonces que me lo diga ella —apostilló.

Audrey se giró mirándola, no, rogándole a su hermana para que hablara, le apretó con todas sus fuerzas la mano y aunque ella no pensaba hablar, pues era como un animal y ellos no hablaban, se apiadó de la mirada suplicante de Audrey y mirando un punto ciego respondió:

—Sí, madre, esperaré a que su juicio considere que mi lección esté aprendida y confío en su magnánima nobleza para que sepa perdonar mi comportamiento tan poco adecuado para una dama.

Todos se sorprendieron de la respuesta, excepto Rose que miraba al cielo suspirando, sabía que cuando su niña respondía o hablaba tan protocolarmente, había que temerle, Carol conocía a la perfección el vocabulario formal y también

el significado de cada una de las palabras, pero para ella eso no era importante ni iba con su modo de ser.

—Así podrías hablar siempre, no como un animal salvaje —espetó la madre anonadada por las palabras que su hija había pronunciado. Grace solo la miraba, ella no entendió ni la mitad de la oración.

Al terminar el desayuno, cada una se fue a hacer sus quehaceres y como de costumbre Carol ayudó a recoger todo lo que quedaba sobre la mesa.

Por la tarde después de la comida, como siempre, lady Weston comenzó a bordar, en esta ocasión estaba entretenida bordando un vestido para su hija mayor, cuando la misma ingresó al cuarto para pedirle permiso para ir a la casa vecina, luego de relatarle con detalles la invitación del joven Harry, ella aceptó encantada y casi la obligó a ir.

Carol, que estaba a hurtadillas dentro del estudio de su padre intentando sacar un libro, se sorprendió al ver a su hermana mayor saliendo junto a Rose. Se apresuró guardando el libro bajo su vestido y corriendo llegó hasta ellas.

—¿Dónde van? —le preguntó intrigada a su hermana al verla tan arreglada.

—Te lo dije anoche. ¿Ya no lo recuerdas? —respondió Audrey, un tanto apenada, para ella era muy importante que su hermana recordara, y Carol tardó solo un par de segundos en hacerlo.

—Claro, disculpa, es que con lo sucedido, lo olvidé —contestó apenada dándole la mano para infundirle valor—. Yo también las puedo acompañar.

—¿De verdad?!

—Sí, pero solo un rato, tengo otras cosas que hacer.

—Mi niña —la reprendió con cariño Rose—, no se irá a meter en algún otro problema ¿verdad?

—¿Yo?, ¡pero cómo crees!, ¿cuándo me he metido en algún problema?

Con esa contestación, las tres rieron y comenzaron felices a caminar por el sendero que las llevaría hasta la maravillosa mansión del duque de Somerset, su acaudalado vecino.

Capítulo 2

Por el camino, Audrey se entretuvo cortando algunas flores silvestres que aún quedaban en el suelo, ya que las heladas habían comenzado a llegar.

—Deja ya de ponerme flores —protestó Carol.

—Es que son tan lindas, y quedan hermosas en tu cabello.

—Parezco cualquier cosa —se quejó con cariño—. Tú deberías ponértelas, en tu cabello destacarían más.

—No, en mi cabello no destacarían tanto, es demasiado claro.

—Por lo mismo —acotó su hermana tomando unas cuantas flores de colores. Ella no era tan diestra para ponérselas, pero el resultado final fue aceptable. Carol la tomó de la mano y la llevó hasta el comienzo del lago para que se viera en el reflejo del agua.

—Se ve...

—Maravilloso, Audrey, ahora sí que deslumbrarás a Harry y recuerda —le dijo tomándola de las manos—, date la oportunidad de ser feliz.

—Es que no sé si es lo correcto. ¡Voy a pasear con el conde de Merton!

—Hermana, por favor, si el conde es tan inteligente como lo describes, sabrá apreciarte por sobre todas las cosas y habladurías. Para nadie en esta región es un secreto que ya no somos la familia acaudalada de antaño. Pero lo que sí es correcto es que olvides a Jake. Él está muerto y sepultado, en cambio tú estás acá ¡viva!

Rose en un movimiento de cabeza le dio la razón a su niña adorada, y luego de esa escueta conversación se despidieron con un gran abrazo, una hacia la iglesia donde se encontraría con el conde y la otra hacia el final del lago.

Carol corrió feliz a su lugar favorito, le daba lo mismo que en el camino se le fueran cayendo algunas de las flores que tenía todavía en el cabello.

Cuando ella corría, sentía que volaba, incluso extendía las manos para simular que era un pájaro.

Al llegar al árbol que la cobijaba tarde tras tarde, se sentó rendida, el viaje y el cansancio acumulado de la noche anterior la hicieron cerrar los ojos y con el sol calentándole el cuerpo se quedó profundamente dormida.

—Vaya, cualquiera diría que anoche estuvo en una fiesta —murmuró Arthur que hacía varios minutos estaba hipnotizado mirándola dormir tan tranquila, pero él no quería conformarse solo con observarla, deseaba escucharla y ojalá...tocarla.

Tardó unos segundos en desperezarse y responder vivaz y chispeante como era.

—Ni se imagina la fiesta privada que tuve anoche —contestó levantándose rápidamente, pero cuando se sacó el pelo que le tapaba parte de la cara, su acompañante, como si no importara nada ni nadie, y mucho menos sobre lo que debería ser apropiado. Se acercó hasta ella, la tomó de la barbilla y arrugó la frente al ver el rasguño.

—¿Qué es lo que le ha pasado en su rostro?! —exclamó preocupado.

Carol se hizo hacia atrás para romper el contacto, no quería dar lástima y menos que le cuestionaran, después de todo, ellos apenas se conocían.

—Nada, un pequeño altercado con una gata —mintió para zanjar el asunto.

—¿Está segura?

—¿Perdón? ¿Quién se cree usted qué es para dudar de mi palabra? —habló molesta mirándolo directamente a la cara.

—No se ofenda, es solo que me parece...

—Bueno, no tiene nada que parecerle, ya se lo he explicado. Vino a que le lea ¿verdad? —Él asintió un tanto confundido, ahora era ella la que le daba órdenes y, por supuesto, él no estaba acostumbrado a eso, pero de igual modo asintió—. Pues bien, entonces ahora siéntese y escuche.

Fue todo lo que la chica dijo antes de ponerse a recitar las primeras páginas del libro de poema que traía.

Arthur se había sentado a su lado, pero sin siquiera rozarla, no se atrevía

y eso a pesar de que era un hombre de mundo; pero ante esta pequeña joven se sentía intimidado y absolutamente sobrepasado.

Obnubilado escuchaba cada palabra que salía de su boca, era como si escuchara aquellos poemas por primera vez en su vida, cuando en realidad no era así, sino todo lo contrario.

—¿Me está escuchando? —preguntó al sentirse el foco completo de su atención.

—Sí...sí, claro que la escucho.

—Entonces dígame, ¿cuál le ha gustado más? —curioseó cerrando el libro de golpe sacándolo de su ensoñación.

—Eh... —tardó unos minutos en reaccionar a la pregunta puesto que lo había tomado por sorpresa.

—Bueno, no se preocupe —habló poniéndose de pie y tendiéndole la mano para que la siguiera. Él aceptó la mano e imitó su postura —, ¿qué le parece si caminamos un poco? Así me cuenta algo de usted.

Eso lo tensó.

Ella lo notó, pero fiel a su carácter, no le dio tregua y en cuanto se pusieron a caminar por el borde del lago comenzó a curiosear con las preguntas que desde la noche anterior le rondaban.

—¿De dónde es?

—De...muy lejos, al norte del país.

Ella lo miró enarcando las cejas, esperaba una respuesta completa o al menos con más información, pero estaba claro que eso no sería posible, al menos en este momento.

—¿Por qué está aquí?

—Por trabajo —fue todo lo que respondió y esta vez Carol se detuvo, cuando Arthur se dio cuenta, ella lo fulminó con la mirada.

—O me da respuestas completas o mejor sigo caminando sola, de todas formas es como si lo hiciera.

—Por favor, no se ofenda, es que no me gusta hablar de mí.

—Eso lo comprendo, pero es que no entiendo nada, ni siquiera el hecho de que esté acá...y en estas tierras.

Caviló la respuesta y entendió que si no decía algo certero y coherente, esta sería la última vez que hablaría con la joven. Otra vez.

—Trabajo para el duque de Somerset —fue lo más sincero que pudo decir.

—¡Dios mío! —exclamó—. Y yo hablando mal de él con usted anoche, por favor no vaya a decirle nada.

—No se preocupe —sonrió para tranquilizarla —, su secreto está a salvo conmigo, aunque no comparto su pensar.

—¿Ah no? ¿Me va a decir que su excelencia no estaba incómodo anoche en su propia casa por tener que dar una fiesta a tanta gente y que por supuesto a él no le interesan en lo más mínimo?

«Esta mujer da justo en el clavo», pensó y no quiso insultar su capacidad de deducir insultándola con alguna mentira.

—No conocía a toda esa gente, por eso no estaba cómodo.

—Pero no por eso tenía que presentarse con ínfulas de grandeza, él acá era muy esperado, pudo negarse si tanto le molestaba compartir con gente del pueblo.

—No, no podía, eso no hubiera sido correcto.

—¿¡Ah no!? ¿Y correcto era humillar a sus invitados mirándolos como inferiores?

—¡Pero qué dice! Eso jamás sucedió.

—Claro que sí, y disculpe que no concuerde con usted, Arthur, pero creo que no conoce tanto a su jefe como cree.

—¿Y usted sí? —inquirió molesto.

—¿Conocerlo de conocerlo? —se preguntó más para sí que otra cosa—. No. Pero escuché de sus propios labios como le decía al conde de Merton que en el lugar no había nadie a su altura y varias cosas más que prefiero no recordar.

Arthur calló. No sabía que responderle y no podía tampoco defenderlo.

—¿Ve?, tengo razón, si no, usted no se hubiera quedado en silencio.

—Podemos dejar de hablar del duque y disfrutar de nuestro paseo.

Carol se encogió de hombros, ella estaba disfrutando de cualquier modo.

Se detuvo y cogió una pequeña piedra del camino, se puso frente al lago y la lanzó de tal forma, que esta entró y salió en el agua un par de veces antes de sumergirse definitivamente.

—Eso es asombroso —manifestó Arthur realmente intrigado.

—Es fácil, mire —dijo tomando otra piedra y repitiendo el acto por segunda vez.

Arthur intentó hacer lo mismo, pero su piedra se iba directo al fondo del lago. Carol se apiadó de él y le enseñó la técnica. Estuvieron riendo y practicando durante largo tiempo, hasta que cuando por fin la piedra que el joven lanzó entró y salió del agua, ella feliz lo felicitó abrazándolo.

Al unir sus cuerpos, ambos sintieron una corriente recorrer sus cuerpos, ella fue la primera en apartarse sonrojada. En cambio, él tenía una sonrisa en los labios que la asustó.

—Disculpe, esto no está bien, debo volver —anunció dándose la vuelta para comenzar a caminar de regreso. Al ver que el joven hacía lo mismo ella comenzó a correr

No era que le temiera, pero lo que acababa de ocurrir no estaba bien, no correspondía y menos estando solos, alejados de mundo.

Tras dar un par de pasos más rápido, Arthur no tardó nada en cogerla del brazo y detenerla para que lo escuchara. Ella cerró los ojos y se dio vuelta lentamente, tenía el pelo pegado en la cara y él con una suavidad que la hizo estremecer, se lo quitó mirándola directamente a los ojos.

—¿Por qué se va? ¿No le agrada mi compañía?

Carol comenzó a temblar, por primera vez, y ante tanta cercanía se había quedado literalmente sin palabras.

—¿Se siente bien?

Asintió con la cabeza tratando de separarse, pero él no la soltaría, no

hasta asegurarse de que se encontraba en perfectas condiciones.

—Estoy bien, solo que esto no es correcto —contestó avergonzada.

Arthur no pudo evitar reír y lo hizo efusivamente, no esperaba esa respuesta de aquella chica que parecía tan valiente y desenvuelta minutos antes, pero al ver la cara de molestia se calló en el acto.

—No quería ofenderla, no estamos haciendo nada malo, solo lanzamos algunas piedras al lago. ¿Es eso acaso tan malo para usted?

—¡No! Claro que no. Solo que no es correcto.

—Tranquila, nadie lo sabrá, Carol.

Ese era el punto, que nadie lo sabía y no quería que hablaran mal de ella, más de lo que ya lo hacían.

—Bueno, es tarde y mi hermana estará por salir de la casa de su excelencia.

—¿Su hermana?

—Sí, es invitada del conde de Merton.

—¿De Harry? ¿Audrey está en...la mansión?

Un silencio los envolvió, Arthur no dijo nada más y comprendió algunas cosas.

—¿Qué sucede?

—No, nada, pero creo que será mejor que vuelva, su hermana debe estar a punto de salir —anunció mirando la hora en su reloj pulsera.

Ella aún más aturdida comenzó a caminar de nuevo y cuando estuvo bastante alejada escuchó:

— ¡La espero mañana!

—No.

—Claro que sí —aseguró —, o iré a buscarla.

—Pero...

—No hay pero que valga, ya sé dónde vive —le comunicó cerrándole un ojo.

Carol siguió caminando ahora sin entender nada, tenía un nudo de

contradicciones dentro de su pecho, la decencia luchaba con lo que quería y le ganaba a la vergüenza, era primera vez en mucho tiempo que se sentía así, y a decir verdad, nada fuera de lo común había sucedido, pero cuando se aproximó a él, sintió esa corriente que lo cambió todo, cambió su forma de mirarlo, incluso las ganas de estar con aquel joven, del que solo conocía poco más que su nombre y que trabajaba para el...

Al reunirse con su hermana dejó de inmediato de lado sus pensamientos, y al verla feliz quiso interrogarla sobre todo lo que había sucedido.

—Todo, quiero saberlo todo, hermana.

—Es que no lo sé —contestó compungida Audrey.

—¡Cómo qué no lo sé! ¿Qué no sabes?

Rose al notar que lady Audrey Weston estaba un tanto nerviosa y avergonzada, decidió adelantarse un poco, sabía que las hermanas debían conversar, y nadie mejor aconsejando que su querida niña, ella cuando hablaba, lo hacía con el corazón abierto y sin restricciones.

—Es que...él es todo lo que un joven que se aprecie de tal debería ser —suspiró—, inteligente, alegre, tiene sentido del humor y tan...pero tan refinado, posee una educación perfecta.

—Ah, y muy guapo, no lo olvides —replicó Carol sonriendo feliz por su hermana—, entonces qué es lo que no sabes.

—Es que no es Jake.

—¡Claro qué no lo es! Él está enterrado comido por los gusanos y solo le debe quedar el esqueleto —aseguró sin poder contener su lengua, arrepintiéndose en el acto—. Perdón.

—Si no dijeras algo así, no serías tú —respondió Audrey tomándola de la mano. Ambas se miraron de frente, a los ojos, y fue Carol quien más tranquila continuó:

—Sé que no es Jake, pero también tienes derecho a vivir, no eres su viuda y si ese joven te hace feliz, ¿por qué no darle una oportunidad a tu corazón?

Un silencio se hizo entre las dos, esa era una pregunta que ella antes de responder tenía que pensar muy bien, y sobre todo con su magullado corazón.

Retomaron con mutismo el camino, pero esta vez lo hicieron abrazadas y casi al llegar a la puerta de la casa, Audrey volvió a hablar.

—Tú, ¿con quién estabas?

—¿Yo? ...Sola.

—¿Segura?

No fue capaz de mirarla a los ojos, así que solo asintió y apresuró el paso excusándose con que tenía que terminar un par de pendientes antes de la cena. Su hermana la dejó alejarse, aunque sabía muy bien que su respuesta no era del todo cierta, esto porque la había visto muy bien y con sus propios ojos caminando por la orilla del lago, lo que no sabía era con quién.

Carol, al verse casi descubierta, corrió a hacia el gallinero, necesitaba alejarse de todos y para ella no había mejor lugar que ese para hacerlo. Aprovechó de ver si habían algunos huevos que dejaría apartados para llevarlos al otro día a casa de Lucy, una madre joven que vivía cerca con su pequeña, ella había perdido a su marido en una riña y con la hija de tan solo tres años se le hacía casi imposible trabajar, por eso y a hurtadillas, era ella quien todas las semanas les llevaba cosas de su granja, sin contar claro, con que ellas dos, se conocían de toda la vida, después de todo Lucy solo era un par de años mayor.

Cuando hubo acabado la tarea en los gallineros, continuó en la despensa de las carnes, donde solo hacía un par de días Charles había matado a un cerdo, así que colgando habían varias piezas que le serían muy útiles para lo último en su lista de víveres, debía esperar hasta primera hora de la mañana y lo agradeció, ya que ordeñar a Greta, la única vaca del lugar, no era lo que más le gustaba en la vida.

Se lavó y peinó en el cuarto de baño para quitarse cualquier vestigio de olor y así bajó cuando escuchó el llamado de su querida madre.

La cena transcurrió tranquila, como siempre, aunque la mente de las hermanas Weston viajaba lejos de ahí, incluso ninguna de las dos escuchaba lo

que la pequeña decía a su madre acerca de los cotilleos de la fiesta, cada una estaba inmersa en su propio mundo, una pensaba en lo maravilloso de su joven Harry y todo lo que esto significaba, y la otra hermana recordaba cada palabra dicha frente al lago, cada gesto y mirada de reojo que ella hacía para poder grabar lo más posible aquellas facciones tan varoniles de Arthur.

—¿Qué tal tu encuentro con lord Merton, Audrey? —preguntó la madre despertándolas a ambas de sus respectivas ensoñaciones.

—Bien, todo muy bien.

—¿Solo bien? —curioseó Grace—. O sea, solo fuiste a perder el tiempo, y eso que no te sobra —argumentó.

En ese momento Carol levantó su vista y la clavó sobre la malcriada, pero fue la súplica que vio en los ojos de Audrey que la hicieron morderse la lengua, y esta vez de verdad, porque tuvo que tomar un sorbo de agua cuando sintió el sabor metalizado de su sangre.

—Madre, lord Merton nos ha invitado a cenar mañana a su casa.

—¿¡Qué!?! —chilló atónita Carol, casi atragantándose con el agua.

La madre aplaudió como niña pequeña, incluso, si pudiera, habría dado hasta saltitos, por fin se estaba cumpliendo lo que ella deseaba para sus hijas.

—¡Oh por el amor de Dios y de la virgen santísima! estamos siendo bendecidas —exclamó Leonor.

—Sí, madre —continuó con parsimonia Audrey ante la atenta mirada de Carol—, me sentí muy adulada cuando me hizo tan grata invitación, no esperaba volver a la mansión del duque de Somerset...tan pronto —aseguró esto último un poco más bajito.

—Yo no estoy de acuerdo —habló alto y claro Carol—, creo que una cena no será del agrado de su excelencia, ese hombre lo menos que desea es tener invitados, lo dejó claro el día de la fiesta.

—¿Y tú cómo sabe? —preguntó Grace.

—Lo sé porque lo escuché y yo no pretendo ir a un lugar donde mi presencia no sea bien recibida.

Todas las hermanas saltaron al escuchar un golpe seco y firme en la mesa, girando la cabeza, hasta dónde provenía aquel sonido.

Lady Weston, se estaba poniendo de pie con el ceño fruncido y comenzó a hablar alto y claro para que la escucharan y muy bien.

—Escúchame muy bien, Carol Weston, esta invitación que hemos recibido se tomará de la forma en que corresponde y ni tú ni nadie impedirá que asistamos como familia.

—No arruinaré su felicidad, madre, tranquila, yo las esperaré aquí.

—¡No! —Volvió a golpear la mesa—. Claro que no, jovencita, irás porque eres parte de esta familia y como tal te presentarás con el mejor de tus vestidos, no pienso ser avergonzada por ti ni por nadie. Mañana temprano comenzarán a prepararse, no quiero que ninguna de las tres asome siquiera la punta de la nariz fuera de esta casa o se las tendrá que ver conmigo. Y pobre de ti que me avergüences con tus modales mañana en la noche, Carol, porque esta vez no estará tu padre para defenderte. ¿Me escuchaste?

Silencio sepulcral, la aludida hervía de rabia por dentro y por fuera, esto era muy fácil de notar, puesto que las aletas de su nariz estaban dilatadas como un toro a punto de atacar y su color de cara era de un rojo tan intenso que parecía que en cualquier momento iba a estallar.

Audrey, conciliadora como siempre, y antes de que la guerra estallara en la sala de su propia casa, tomó con cuidado y amor la cara de su hermana obligándola a que la mirara, esta con cautela y la vista fija en los ojos de su madre lo hizo.

—Carol..., su excelencia ya está informado y no tendrá ningún problema en recibirnos, pero por favor, le lo pido en nombre de lo que me dijo esta tarde, no me arruines este momento.

Ahora la fulminada era Audrey, ¿por qué ella sacaba a relucir esa conversación y además la utilizaba en su contra?

Contó hasta diez y luego hasta veinte, suspiró y con la más falsa de las sonrisas habló:

—No se preocupe, madre, si usted quiere una dama en esa casa, eso es lo que va a obtener —y mirando a su hermana mayor continuó: —Espero que no te equivoques, Audrey Weston, porque el golpe será peor para nuestra madre de lo que te imaginas. Y ahora, con su permiso, me retiro.

No esperó la venia ni nada, solo dejó la servilleta perfectamente doblada sobre la mesa y se fue hacia la cocina, ella no aguantaba más y no entendía cuál era la obsesión de su madre en querer meterse a la fuerza en aquella familia, donde todos de alguna u otra forma sabían que no eran bienvenidos.

Llegó a su nuevo cuarto y se sorprendió al ver lo ordenado que estaba, eso debía ser obra y gracia de Rose. Se sacó la ropa y rápidamente se acomodó en la cama tapándose hasta el cuello, ni siquiera tenía ganas de leer, cosa muy extraña en ella.

Al cerrar los ojos se quedó en la más completa oscuridad, su madre se había encargado de cerrar la puerta y dejarla aislada como parte de su castigo.

Carol comenzó a recordar cada momento vivido con Arthur y no pudo evitar esbozar una sonrisa de felicidad. Esa sensación era tan extraña y placentera al mismo tiempo que la asustaba. No sabía lo que significaba, al menos no a ciencia cierta.

Y de nuevo..., como lo había sentido hace años.

Esa noche no le costó dormir, se quedó pensando en esos hermosos ojos que la tenían tan confundida y no se dio cuenta como ni cuando cayó en un profundo letargo, lleno de colores y por supuesto de una muy buena compañía.

Al otro día muy temprano y como si hubiera pasado la mejor de las noches en la cama más cómoda del mundo se despertó. Tenía energías y una vitalidad excesiva para la hora que era, de todas maneras y sin saber cómo, iría a la orilla del lago. Aunque fuese para avisarle que no podrían verse. Se decía a si misma que era solo para que él no apareciera por la puerta de su casa, pero bien sabía que esa era una pequeña mentira blanca para no sentirse tan descarada.

Ordeñó la vaca mientras le cantaba en francés canciones de amor. Rose que estaba levantada preparando el desayuno para la familia, no podía evitar

sonreír, sabía que algo le pasaba a su niña adorada y se sentía feliz por ella.

Una vez que hubo terminado de ordeñar, Carol sacó las cosas que tenía guardadas y se fue muy veloz a la casa de su amiga Lucy. Esta que sabía que su amiga iría a verla, se esmeró y con las pocas cosas que poseía le preparó un delicioso desayuno. La primera en lanzarse a sus brazos fue la pequeña Lilly.

—¡Carol!

—¡Princesa! ¿Cómo está la niña más hermosa de Gran Bretaña?

—Ya tengo *codona* —le dijo la pequeña feliz.

—Vengan, entren las dos antes de que se congelen —habló desde la puerta Lucy, quien se secaba lágrimas de felicidad disimuladamente.

Una vez adentro y como siempre ocurría cuando su amiga le entregaba las cosas no pudo disimular, y cuando le daba un fuerte abrazo a Carol se puso a llorar sin poder parar.

—Vamos, Lucy, no llores que me contagiarás, y no quiero que la princesa vea que también tengo lágrimas —murmuró riendo.

Minutos después las tres se sentaban frente al fogón a tomar desayuno, la pequeña las abandonó apenas terminó y fue cuando ellas comenzaron a hablar del difunto y de lo mucho que lo extrañaba.

—Yo no sé cómo puedes aguantar, yo estaría muerta en vida.

—Tengo lo mejor de él, Carol, por ella vale la pena luchar a diario.

Las amigas se fundieron en un gran abrazo que decía muchas más cosas en silencio que con palabras.

—Y tú, cómo estás, cuénteme cómo te fue en la fiesta de la malcriada.

—Uf, ni te cuento, se lució como le gusta y Audrey creo que encontró un pretendiente...

—¡Ya! ¿Y tú? —la interrumpió antes de que terminara, le veía un brillo especial en los ojos y estaba decidida a averiguar de qué.

—Yo...he...lo pasé bien, aunque no estuve en la fiesta.

—Carol Weston, a mí no me engañas, cuéntame todo, todo, a...ho...ra.

—Me fui al lago... —se puso las manos en la cara y concluyó—, conocí

a alguien

—¡Qué! ¿Cómo? —la interrogó Lucy en tanto gritaba de alegría, sabía que era importante y además significativo, sino su amiga jamás siquiera se lo hubiese comentado.

—Es que no sé qué me pasa, cuando estoy con él me siento...nerviosa y...no puedo dejar de mirarlo. Es como si lo conociera.

—Eso amiga es...

—¡No! No te atrevas a decirlo, no lo conozco y...

—¿Y qué, Carol Weston? ¿Qué excusa me vas a dar?

—Trabaja con el odioso del duque de Somerset y eso es más de lo que puedo aceptar.

—Pero no es él, Carol. Deja de tener aversión por ese hombre, además es injustificada.

—¿Injustificada? No, no lo es, además de pensar que es pedante y un aprovechador por quedarse con gran parte de esta región, lo he podido corroborar el día de la fiesta, lo escuché.

—Vamos por parte, primero, se quedó con parte de la región por que la gente se ofreció a venderle tierras para pagar sus deudas, él no se las quitó.

—No, eso sí que no, pagó mucho menos por tierras que valen una fortuna ¿y para qué? Para hacerse más rico de lo que es.

—Ayudó a mucha gente a pagar sus deudas, incluso a mi, Carol, no podría tener esta casa si no hubiese vendido.

—Sí, claro, pero ¿por qué no te pagó un precio justo? Porque es un avaro y un aprovechador, además no me convencerás de que es un santo, menos después de lo que yo escuché de sus propios labios.

—¿Y qué sería eso?

—Dijo que nadie valía la pena en la fiesta, que nadie estaba a su altura. ¿Dime si eso no es ser pedante?

—Pero es verdad, es un hombre de ciudad acostumbrado a codearse con otra clase de gente, es un duque, un noble.

—Entonces que se quede en la ciudad con la realeza y que no venga a vanagloriarse acá.

—¿Qué te hizo para que lo odies tanto, Carol?

Su amiga sabía que algo más sucedía, pero nunca se lo había comentado, jamás lo habían hablado, pero no tenía que ser genio para saber que algo guardaba Carol en su corazón y que nadie lo sabía.

—Algún día, Lucy, algún día te lo podré contar. Tal vez cuando no me duela tanto.

En ese momento como una tromba entró la pequeña Lilly, haciéndolas de inmediato cambiar el tema en discusión. Traía acuarelas, pinceles y hojas para que todas se pusieran a pintar.

—Esto no ha quedado así, Carol, me debe el punto dos ¡ah! y antes que me olvide, conozco a una mujer que saca libros sin pedirlos. ¿Será ladrona?

Los ojos de Carol se abrieron tanto que casi se le salieron, levantó la vista y nerviosa respondió:

—Esa chica los devuelve, y además él no los lee. ¿Para qué los tiene entonces?

—Para leerlos en algún momento, ¿será?

—No. Para alardear de lo que posee.

—Pero, Carol, él no alardea. Tú lo sabes porque entras a su casa, ¡desde hace años!

—Basta, no quiero seguir hablando del tema, tú ve a hacer tus cosas, la princesa y yo haremos arte de pies.

—¿Otra vez se van a pintar los pies?

—¿Quieres? —preguntó risueña, sabiendo de antemano la respuesta.

—¡No! Ni loca me dejo pintar por ustedes.

Y así fue, Lilly y Carol se pintaron los pies durante un par de horas, entre tanto Lucy ordenaba y cocinaba algunas cosas, a ellas el tiempo siempre se les hacía corto, se les pasaba volando, cuando la joven anunció el almuerzo, Carol supo que estaba en aprietos, su madre había sido clara en que nada de salidas. Se

calzó las botas y con pesar se despidió de sus amigas, prometiéndoles volver en un par de días, tenía tantas cosas que contarle, lo que sí sabía era que lo del castigo y la pelea no se lo contaría, incluso cuando le había preguntado por el rasguño de su cara, ella le había dicho que una rama había sido la culpable, ella jamás le daría preocupaciones, puesto que para eso ella tenía demasiado con su propia vida.

Apenas abrió la puerta de la cocina supo que estaría en problemas, no hacía falta hablar, pues la cara de Rose lo decía todo.

—Ay, mi niña. Mire la hora que es, su madre la espera desde hace horas en la sala de costuras.

—Voy, voy —dijo caminando rápido hacia la puerta.

—No, mi niña, debe bañarse y lavarse el cabello, así la espera su madre para peinarla. Me tomé la libertad de decirle que eso era lo que estaba haciendo.

En ese momento Carol recordó su castigo, debía bañarse afuera y con agua helada, como animalito para aprender la lección, pero ella no daría su brazo a torcer y así lo haría. Le dio un beso en la frente a la sirvienta para que no se preocupara y salió con un balde metálico.

—Acá la espero con un caldo, mi niña.

—¡Gracias! —exclamó alejándose a toda prisa, no quería demorarse. El caldo lo deseaba más que para calentarse, para acallar sus tripas que ya habían comenzado a rugir por hambre. No se había quedado en la casa de su amiga, justamente por falta de tiempo, así que un poco más de odio añadió al culpable, su excelencia Robert Seymour, duque de Somerset.

Tiritando se vertió el agua fría, no, congelada sobre el cuerpo. Se lavó el largo pelo que mojado casi le llegaba a la cintura y luego con cuidado de no borrarse el arte de sus pies se secó, una vez que estuvo lista entró en la casa para tomar el caldo, estaba calada hasta los huesos y sentía un frío que jamás había experimentado.

Con la frente en alto y con su porte de elegancia ingresó al cuarto, donde su madre y sus hermanas ya estaban vestidas.

—Como siempre, eres la última en apersonarse, jamás cambiarás.

—Madre, estaba haciendo algo por la granja, y coordinando las cosas en la ausencia de mi padre.

—¿Y terminaste? —preguntó altiva casi sin mirarla. Una cosa era su deseo de tenerla para arreglarla, y otra, los deberes de la granja. Leonor sabía que la única capaz de organizar todo, muy a su pesar, era Carol.

En ese momento recordó esos hermosos ojos que la tenían un tanto desconcertada.

—No, en media hora estaré de regreso para que pueda disfrazarme.

—Perfecto, pero ahora deje que su hermana le arregle el cabello antes de salir.

—No, no puedo, se me hace tarde. Ehhh...los animales no esperan.

—O dejas que Audrey te desenrede el cabello, o no sales y esos animales sufrirán las consecuencias. Lo más hermoso que posees es tu cabello y no permitiré que, además, también eso quiera arruinar.

«Cuenta, Carol, cuenta», pensó.

Audrey se acercó y comenzó con sumo cuidado a desenredar el extraordinario cabello de color castaño con luces más claras, de verdad que aquel pelo era una maravilla, cualquier mujer lo envidiaría, pero a ella eso no podía importarle menos, le gustaba su cabello, claro que sí, pero no para dedicarle muchas horas al día, así como lo hacía la mayoría de las mujeres.

Una vez que estuvo peinado y trenzado, salió corriendo como alma que lleva el diablo, sabía que era tarde, pero lo que jamás pensó fue que no tuvo que correr tanto, pues su amigo ya venía a medio camino de su casa, tal como él se lo había advertido. Lejos de enojarla, ese gesto le gustó, le llenó el alma y el corazón, que automáticamente comenzó a acelerarse en un cúmulo de emociones.

—Arthur —jadeó por la carrera— ¿Adónde va?

—¿Adónde cree? —respondió regalándole una maravillosa sonrisa, que pronto se desvaneció al ver como pequeñas gotas caían por su espalda—. ¿Pero

qué cree que hace mojada con el frío que hace?

—Es que tenía que avisarle que hoy no podríamos leer.

—¿Y eso? —preguntó enojado, no sabía porque le molestaba tanto aquel rechazo.

—Es que..., me es imposible, de verdad lo lamento.

Su frente se estaba arrugado y su mandíbula tensando, ni siquiera se esforzó en disimular su enojo, quería que ella lo sintiera.

—No me gusta que juegue conmigo...

—No, no —le interrumpió ella tomándole la mano, en un gesto que lo hizo tambalear en sus pensamientos—, no piense eso, es que mi familia tiene un compromiso, y me es imposible eludir.

—¿Dónde? —quiso saber, no entendía por qué preguntaba tanto, él no era así, pero ahí estaba absorto en esos ojos que lo miraban con ternura.

—En la casa de su excelencia, el conde de Merton invitó a mi familia, si pudiera no iría a casa del arrogante, no asistiría, pero mi madre nos ha obligado y claro, Audrey también lo desea, ¿usted me entiende verdad? —relató casi atropellándose con cada palabra.

—No —afirmó y acto seguido se quitó la chaqueta para ponérsela sobre los hombros, a cada segundo que pasaba ella se mojaba un poco más—. Explíquemelo.

En tanto ella le explicaba los motivos de la visita, él por dentro hervía de rabia, ella no lo notaba.

—Debo irme —fue todo lo que le dijo y sin siquiera despedirse se dio media vuelta y se marchó.

Carol sintió soledad en su corazón, quería estar a su lado un tiempo más, pero era imposible, pensó que su malestar era porque no podrían leer, y aunque no le gustó su última actitud, de alguna u otra manera se sintió especial.

Se volvió a su casa con la chaqueta de su amigo, la olió un par de veces y como si esta fuera de la seda más delicada del mundo, la dejó con cuidado sobre su cama, luego se dirigió hasta donde estaban reunidas sus hermanas.

—Supongo que ya no tendrás que volver a salir —habló su hermana desde un costado en tanto se sacaba una pelusa invisible de su vestido color amarillo con diminutas flores en el ruedo.

—No, querida hermana, no tengo que volver a salir, gracias por preocuparte.

Audrey que estaba nerviosa y no quería escenas se acercó y le tiró la trenza para que callara, sabía por dónde y cómo terminaban las peleas entre ellas.

— ¡Auch!

—Discúlpame, hermana, se me enredó un dedo.

—Sí claro, me imagino, no vaya a ser cosa que se me enreden a mí también, ¿y esta noche? —le comentó riendo, entre ellas siempre reinaba el buen humor.

—Veamos, antes de que se me enreden a mí mientras te peino.

En ese momento ingresó Leonor con dos vestidos, uno color coral y otro color azul.

—Este —indicando el de color coral—, es para ti, hija mía —anunció entregándoselo a Audrey —, y este, es para Carol.

—¿¡De dónde lo ha sacado, madre!?! —fue lo primero que preguntó.

—He vendido un par de cabras esta mañana, claro si hubieses estado lo sabrías, pero como no fue así —terminó encogiéndose de hombros.

—Es que usted no puede hacer algo así.

—¿Perdón? —dijo levantando una ceja, a ella nadie la contradecía—. Esta mí casa y puedo hacer lo que se me dé la gana, que no se te olvide, Carol.

Audrey se acercó hasta su hermana, y la cogió de la mano alejándola, conocía a su madre y sabía que ella buscaba una confrontación, así podría alargar el castigo que ya tenía impuesto, ya que su padre no estaría para defenderla. No entendía porque su madre siempre actuaba así con Carol, pero si ella podía ayudar en algo a mitigar las discusiones eso haría.

—Tranquila, Carol, después de esta noche devolveremos los vestidos y

las cabras volverán al corral, mamá no dejará que los volvamos a usar para la misma gente y dudo que tengamos otra ocasión para exhibirlos, ella no se dará cuenta.

—Es que no entiendo que tiene en la cabeza, cada vez que necesita algo vende un animal. ¿De qué cree que se mantiene la granja? ¿De vestidos?

Ambas se pusieron a reír, así olvidaban un poco el incidente.

—¿Adónde fuiste? Porque en las tarde no hay nada que hacer en la granja —preguntó su hermana en tanto se terminaba de ponerle el corsé.

—Eh...tenía algunos pendientes.

—Qué raro, porque tienes un brillito especial en los ojos.

—¡Audrey! ¿Qué dices?

—¡Ah! ¿Quieres qué te diga? pues bien, creo que estuviste con ese joven, y no me mientas, Carol, porque te conozco.

—Ya, está bien, sí —reconoció, pues ya no aguantaba más, tenía que hablar o estallar—, íbamos a leer, por eso debía avisarle que no sería posible.

—¿Y?

—Y bueno, no le gustó la idea.

—Eso es bueno, si no le gustó la idea es porque quería pasar un tiempo contigo.

—Es que no sé qué pensar —contestó de corazón.

—Veamos, ¿él te ha dicho algo?

—¡No! Cómo crees, solo leemos, nada más.

—Mmm

—Podrían dejar de charlar y terminar de una vez de arreglarse —las interrumpió Leonor llegando hasta su lado.

La conversación quedo ahí, nada más se dijo, con tan solo una mirada las hermanas comprendieron que sería mejor otro momento para continuar.

Una vez que Carol terminó de vestirse, hasta ella misma quedó asombrada, el vestido le quedaba como un guante y el tono azul resaltaba el color de sus ojos, ya apenas se le notaba el rasguño, después de la sutil capa de

maquillaje proporcionada por su hermana.

Pero el pelo era otra cosa, su madre se había esmerado en peinarla, una trenza alrededor de la cabeza como en una especie de tiara era lo que llevaba y le caían algunas ondas en la punta del cabello, para luego, y en contra su voluntad, adornar con flores azules.

—Parezco arbusto.

—No, pareces una dama —fue todo lo que dijo su madre, pero denotaba un tono de orgullo en sus palabras, dentro de todo y aunque le costara reconocerlo, Carol era la más hermosa de sus tres hijas, no era rubia como Audrey o Grace, pero sus colores resaltaban sus facciones y la hacían notar entre la multitud, ella se parecía al señor Weston, eran sus colores, pero las facciones eran una perfecta mezcla de ambos.

Las cuatro mujeres de la familia Weston salieron de la habitación arregladas, sintiéndose un poco princesas, claro, algunas más que otras.

Leonor mandó traer el carruaje, ya se les hacía tarde y era de muy mala educación hacer esperar y sobre todo a gente tan importante como a ellos.

—Grace, querida, espero te comportes a la altura y nos puedas deleitar tocando alguna pieza de música, de esas que has practicado tanto. Tú, Audrey, espero que con tus modales dejes anonadado al lord Merton de una vez por todas.—Mirando a Carol con mala cara porque había estornudado un par de veces distrayéndola de su discurso finalizó—. Y tú, solo espero que se sepas comportarte como es debido.

—Por mí no se preocupe, madre, quedará gratamente sorprendida.

—Eso espero, eso espero... —concluyó suspirando.

Al llegar, Harry y un par de mujeres los esperaban a la entrada de la mansión, la cara del joven se transformó al ver a su invitada, él solo tenía ojos para ella, en cambio las dos mujeres que lo acompañaban escanearon perfectamente al resto de la familia Weston, incluso la mujer mayor hizo un gesto de reprobación, que pasó desapercibido para todos, excepto para Carol.

—Bienvenidos al hogar de mi nieto —habló la duquesa Theresa, viuda

de Somerset.

—Es un placer conocerla, su excelencia —saludó Leonor acercándose para saludarla, pero la duquesa le entregó su mano para que ella la besara.

Carol entornó los ojos, ese era el segundo desaire que les hacía la abuela del engreído.

Cuando fue su turno, con una sonrisa más falsa que Judas, se acercó a la señora, le hizo una reverencia y cuando quedó a su altura, mirándola a los ojos le habló en tanto también le estiraba la mano para que la besara.

—Es un honor ser recibida por usted, su excelencia, en nombre del señor de la casa, pero me temo que si beso su mano en señal de agradecimiento, le estaría faltando al respeto a la corana, puesto que ella es la única mujer que debemos honrar, sobre todo en estos tiempos en que la batalla ronda nuestras tierras.

Por un segundo, todo fue silencio, en efecto, lo que la joven decía era verdad, y siempre lo supo así Theresa, solo quería sentirse más y a ellas hacerlas sentir inferiores, pero jamás esperó que aquella chica estuviera al tanto del protocolo y eso le agradó.

—Por supuesto —dijo azorada por el momento—, es que no quise ser descortés con la condesa al ver que ella quería besar mi mano, querida. Pero sí, tiene toda la razón, únicamente debemos reverencia a nuestra madre patria.

Harry, que estaba a un costado, no pudo evitar reír, siendo acallado por un codazo casi imperceptible de la joven que lo acompañaba.

Cuando Carol volvió a estornudar, el joven se hizo cargo de la situación.

—Por favor, ingresemos antes de que el frío aumente.

Al entrar a la mansión todas, menos Carol, miraron la lujosa recepción de donde colgaba una araña de cristal casi tan grande como el carruaje en que venían, en cambio ella miraba a la duquesa y todos sus movimientos.

—Pasemos al salón, por favor —anunció la joven que hasta el momento se había mantenido en completo silencio—, y disculpen que no me haya presentado antes, soy lady Catherine.

—Oh, usted debe ser la hermana de su excelencia —aseveró Leonor con plena seguridad.

—No, el duque de Somerset no tiene hermanos, ni padres —aclaró Carol sin saber por qué. En ese momento se mordió la lengua, pero ya era tarde, todas las miradas estaban puestas en ella.

—Y usted, jovencita, ¿cómo lo sabe? ¿Acaso conoce a mi nieto? —preguntó en tono inquisidor, esta era su oportunidad para vengarse por el bochornoso incidente anterior. Pero Carol era astuta, aunque claro, Theresa no lo sabía.

—Lo sé porque es lo que es el gran duque de Somerset, y es nuestro deber saberlo, y disculpe, pero no olvide que estas tierras colindan con las nuestras.

—Sí. Eso es verdad —reconoció muy a su pesar.

—Somos primos, lady Holland, cuando los padres de Robert fallecieron, él se fue a vivir un tiempo a casa de mis padres, pero luego volvió a estas tierras.

—¿Aquí? —preguntó extrañada Leonor, nunca lo supo y una cosa así jamás se le hubiera pasado por alto.

—¿Pero cómo no lo sabía? —intervino Catherine—, si Robert me dijo que jugaba precisamente con...

—Lady Catherine —la detuvo justo a tiempo Carol—, no es necesario que nos cuente nada de su excelencia, el motivo de nuestra visita es por la invitación de lord Merton.

—Exacto, querida mía —habló ahora Theresa—, por favor pasemos —indicó haciendo un ademán para que traspasaran el arco que dividía el salón del comedor principal.

—Harry, querido, por favor, ve si tu amigo bajará, llegó molesto del pueblo y no ha salido de la habitación desde entonces.

—Seguro no consiguió lo que deseaba —dijo Carol, más para sí que otra cosa, pero Catherine no pudo dejar de escuchar y sonrió.

—Si me disculpan —pidió Carol—, ¿me podría indicar dónde está el

cuarto de baño?

Su madre la fulminó con la mirada. ¿Por qué justo ahora tenía que ocurrírsele? Fácil, porque ella no la había dejado ir a su casa.

—Al lado de la recepción, Carol, es la segunda puerta, justo la que está bajo la escalera.

Con un gesto de cabeza, ella agradeció la información y se dirigió al lugar, cuando estaba a punto de llegar no pudo evitar escuchar.

—No insistas, Harry, no voy a bajar. Tú sabes lo que pienso de esas personas.

—Vamos, Robert, hazlo por mí.

—Por ti lo hago, no sé cómo no te das cuenta que esa gente lo único que quiere es aprovecharse —espetó furioso y más fuerte de lo que quería, pero él tenía muy claro como pensaba y no entendía por qué su amigo de toda la vida no lo podía comprender.

—Hoy, después de tu visita al pueblo, estás imposible. Podría ser más educado.

—Yo no tengo por qué ser educado, no son mis invitados y tú ni siquiera me lo comunicaste.

—Por lo mismo, porque te conozco e imaginé tu reacción.

—Entonces baja y no los hagas esperar, amigo —espetó y dio un portazo que retumbó todas las ventanas de la mansión.

Al entrar en su habitación, se sentó en la cama, se sentía frustrado, estaba harto de que la gente siempre de alguna u otra manera se quisiera aprovechar de él o de su familia, nadie se acercaba a ellos por nada, sin ninguna intención, y eso lo molestaba de sobremanera y además de todo, y como si eso no bastara, en su casa, en su sala, estaba ella, ella que hace años, le había hecho un daño enorme imposible de olvidar.

Carol volvió al salón, pálida y con el corazón en la mano, ¿cómo podía ser tan cretino Robert Seymour, duque de Somerset? ¿Cómo podía ser así de arrogante? ¿Y cómo era posible que aún le doliera tanto el pasado? ¿Y sus

palabras?

—¿Estás bien, Carol? —preguntó su hermana al verla entrar tan pálida.

—Sí —fue todo lo que dijo y se sentó en completo silencio.

La cena transcurrió mejor de lo esperado, todos hablaban de la capital y claro Leonor había pasado toda su juventud en ella, así que entendía perfectamente todo lo que se hablaba, incluso ellas tenían algunas amistades en común. Audrey, por su parte, solo tenía ojos para Harry que, aunque embelesado por aquella mujer, no dejaba de pensar en las palabras que su amigo Robert le había dicho, y eso había hecho poner en alerta todos sus sentidos, cada vez que algo sonaba a «posición social»

Una hora aproximada llevaban en la mesa, y Carol ya no aguantaba más estar en ese salón, se sentía asfixiada y la cabeza le dolía horrores. En cuanto todos se levantaron para ir al salón contiguo a disfrutar de una taza de té, ella se excusó diciendo que necesitaba tomar aire fresco. Salió rápido, no sabía muy bien dónde dirigirse, su cuerpo temblaba sin razón y lo único que encontró después de dar vueltas por el primer piso, fue un ventanal que daba al exterior, sin dudarlo lo abrió, y cuando el viento helado le dio en la cara, pudo relajarse, al menos un poco.

Su vista de inmediato se fue hacia el lago, el agua parecía un espejo y la luna se veía reflejada en él, parecía un cuadro, no había estrellas y tampoco nubes que enturbiaran el paisaje, solo la luna se bañaba solitaria. Sintió deseos de correr a su lugar favorito y nadar para encontrarse con el astro, pero algo de cordura le quedaba y sabía que eso no sería correcto.

Tan absorta en sus pensamientos estaba, que no escuchó los pasos que se acercaban hacia ella. Esto le dio la ventaja a él para mirarla y admirarla, estaba tan hermosa, parecía producto de su imaginación, su pelo caía sobre su espalda y la brisa lo movía levemente, incluso las flores que poseía se movían al compás, se veía tan serena y tranquila.

No se atrevía a interrumpir sus pensamientos, pero a la vez quería que ella se girara y lo mirara, que lo viera, y así él poder perderse en esos ojos

bondadosos y los más lindos que había visto hasta ahora en toda su vida.

No le interesaba el lugar ni las circunstancias. Nada le importaba cuando estaba cerca, ni lo que él mismo pensaba.

Carraspeó para no interrumpirla tan abruptamente, Carol se sobresaltó y al girarse y ver quién era, contra todo pronóstico se lanzó a sus brazos dejándolo completamente anonadado.

—Arthur —pronunció pegando la cabeza a su pecho. Por un momento él dudó sin saber qué hacer, pero no tardó en darse cuenta que su cabeza pensaba una cosa y sus manos otra, éstas ya la tenían acunada entre sus brazos y con sumo cuidado acarició su cabello enredando sus dedos en ella.

—¿Qué tiene? —susurró pegado a su cabeza.

—No quiero estar aquí —respondió abrazándolo más fuerte. Eso le asustó. ¿Alguien le había dicho o hecho algo?

—¿Qué sucede? —quiso saber ahora asustado.

—Nada —respondió moviendo la cabeza —, solo... —estornudó antes de continuar—, que no estoy cómoda en este lugar.

Sin decirle nada, la tomó de la mano y juntos volvieron a ingresar a la casa, esta vez ella se dejó guiar por Arthur hasta que se detuvieron frente a una enorme puerta de roble.

—No, esto no es correcto —dijo nerviosa.

—¿No? ¿Por qué no? usted lo hace siempre.

—Sí, pero no hay nadie, Arthur, no quiero que se meta en problemas por mi culpa.

—No se preocupe, todos están muy ocupados, no vendrán a este lugar.

—¿Está seguro?

—Sí, ¿confía en mí?

Ella no respondió, pero dirigió la vista hacia sus manos entrelazadas, dejándole claro lo que pensaba.

Al entrar, quedaron en penumbras, solo la luz de la luna que se colaba por entre las ventanas los iluminaba, pero ella se sentía nerviosa, no le gustaba la

oscuridad, menos acompañada de ese hombre que le enturbiaba los pausados latidos que siempre tenía. Él lo notó y no tardó nada en encender un candelabro, más que nada porque no se fiaba de sus propios actos.

El lugar se iluminó de una cálida luz en cosa de segundos, los ojos de Carol se fueron de inmediato a la estantería principal, donde una escalera descansaba delante de cientos de libros, como poseída caminó hasta situarse delante de ellos.

Arthur se aseguró de que nadie los viera, pues tampoco quería tener problemas y menos que los molestaran en ese momento.

—Esto es maravilloso, es alucinante —anunció suspirando. Era la primera vez que veía la biblioteca iluminada a esas horas, el olor entraba por su nariz llegando directo a sus pulmones, sus neuronas olvidaron el dolor y comenzaron a bailar una danza de letras, lo que sus ojos miraban era una gran enciclopedia, no se pudo contener y sus dedos fueron más rápidos, esos tomos jamás los había visto, debían de ser nuevos, y claro, la última adquisición del arrogante.

Arthur, que vio como observaba la enciclopedia y se debatía entre sacarlo o no, se acercó y de un ágil movimiento se lo entregó. Ella lo primero que hizo fue olerlo, ese olor a papel y guardado, era lo que más adoraba en el mundo.

—Esto es un tesoro.

—Sí, su valor es altísimo.

—Yo me refería a que es una enciclopedia invaluable, no a su valor comercial.

Silencio, él, sin quererlo, había arruinado el momento, pero lo arreglaría de inmediato.

—Venga, quiero que se siente acá y se quite las botas.

—¿Qué?!

—Hágame caso, por favor.

—Pero... —dijo nerviosa.

—Quiero que sienta la alfombra, recuerdo lo que me confesó en el lago, la primera vez que la vi.

Carol se relajó, era cierto, ella misma se lo había confesado, tenía una ilusión y estaba a punto de hacerla realidad.

—¿Y usted? ¿También lo hará?

Arthur estaba feliz, esa mujer le cambiaba el alma y ella ni siquiera lo notaba.

—Después de usted, no quiero arruinarle el momento.

—No, no, eso no sería justo, hagámoslo al mismo tiempo...por favor.

A esa súplica, con esos ojitos tan inocentes y chispeantes a la vez, ni el más fiero de los soldados del rey se podría negar, y él no era ni fiero, ni soldado, así que rápidamente aceptó la propuesta.

Comenzó a desatarse los zapatos con rapidez, pero se quedó atónito cuando sus ojos se fueron directo a los pies de Carol, ella lo notó y sintió que debía darle alguna explicación, sabía perfectamente lo que estaba mirando, era sin mala intención, ya que mirar las piernas de una mujer que no fuera la propia era mal visto, pero él lo hacía asombrado y ella lo entendía, pero lo que no esperaba ni en un millón de años era que él se arrodillara a sus pies, levantara un poco más la enagua del vestido para observar mejor.

—Es...es arte para pies —contestó a modo de explicación, un poco avergonzada ante la situación, incluso se mordió el labio para no reír, la circunstancias era más o menos cómica, Arthur, que media bastante más que ella y que con su ancho cuerpo podía intimidar a cualquiera estaba arrodillado, embobado mirando los colores de sus piernas.

Pero cuando él tocó con su dedo la flor roja de su pantorrilla, un escalofrió los recorrió de pies a la cabeza, azorándolos a los dos, ese acto tan inocente e ingenuo escondía mucho más, se había encendido la hoguera de los sentimientos, esa que uno no puede apagar si el corazón no lo permite.

Retiró la mano como si le quemara y cuando la vio, supo que ella había sentido lo mismo...al menos en ese momento.

—Es increíble. —Fue lo único que pudo decir, porque en realidad quería decirle que ella era la increíble, pero no sería apropiado, para ninguno de los dos.

—Me gusta pintarme las piernas —explicó a modo de disculpa—, y hoy con Lilly jugamos a hacer arte.

Él solo levantó las cejas, más confundido aún, y ella sintió que le debía una explicación más completa.

—Lilly es la hija de mi mejor amiga, hoy la visité y nos pintamos, aunque a decir verdad, siempre lo hago, me gusta que tengan color, ellos están siempre a oscuras —reconoció riendo, pero cuando le señaló los dedos que tenían una especie de puntos y carita, ambos rieron sin importarle quien pudiese escucharlos.

Se levantó ofreciéndole la mano, ya era hora de hacer lo que le había prometido, con cautela ella la cogió y unidos, caminaron hasta el borde de la alfombra de piel blanca.

—A la cuenta de tres —dijo Arthur, sin importarle lo estúpido que sonara y más aún, de la solemnidad que le estaba poniendo al hecho de pisar una simple alfombra.

—Uno...dos...tres... —contó Carol y ambos dieron el primer paso, ella con los ojos cerrados suspiró desde lo más profundo de su ser, movió los dedos entre los pelos y volvió a suspirar, era mejor que la sensación que imaginaba, la suavidad del pelaje del animal era sublime, ella se imaginaba acostada leyendo un libro frente a la chimenea, en cambio Arthur no podía quitarle la vista de encima, a él no le importa ni el pelaje ni nada, solo podía verla a ella gozar con algo tan mínimo como pisar una alfombra, debía controlarse a más no poder, ella era diferente y lo sabía, en realidad lo había sabido desde siempre. Pero las compuertas del deseo se le abrían demasiado rápido y ya no temía por ella, como lo había hecho, temía por él y por su cordura.

—¿Esto es cómo se lo imaginó? —preguntó aclarándose la voz.

—Mejor, mucho mejor, Arthur, no sabe cuántas veces imaginé haciendo esto, pero jamás, ni de cerca, pensé que sería así.

Él sonrió, era lo único que podía hacer, no le quedaba de otra.

Unos pasos lo distrajeron de la pequeña burbuja volviéndolos a la realidad de golpe. Y fue ella quien más asustada por su amigo que por ella se soltó primero.

—Vamos, es mejor que salgamos de aquí —dijo y se sentó para ponerse los zapatos.

Él no podía moverse, eran demasiado las cosas que pasaban por su mente y no sabía cómo explicárselas.

—Arthur —murmuró enérgica—, venga, póngase los zapatos, podría ser el arrogante y no me gustaría que tuviera problemas con su jefe por mi culpa.

Eso lo sacó de todos sus pensamientos, rápidamente se puso los zapatos, incluso terminó antes que ella.

—Es mejor que salgamos por la ventana que da a la terraza.

—Sí, como usted diga. El energúmeno podría querer visitar su biblioteca y alardear de lo que tiene.

Ese comentario lo molestó y ella lo notó.

—Ya sé que usted trabaja para él y le debe lealtad, pero yo sé lo que le estoy diciendo, lo he escuchado, a él no le gusta que invadan su propiedad.

—¿Pero qué dice?

—Sí, es así, yo lo escuché hoy cuando lord Merton lo fue a buscar.

Ahora sí que estaba asombrado por lo que oía.

—Pero que mala costumbre tiene usted de escuchar detrás de las paredes —espetó exasperado.

—No —le cortó ella—, no es ninguna mala costumbre, lo oí por casualidad cuando llegué, no hay nada que me interese menos que espiar a un sujeto como él, lo único que espero es que se vaya luego y no vuelva más por acá, después de todo se tardó once años en regresar.

—¿Cómo? —No estaba seguro de lo que escuchaba, entre la rabia y su corazón martillándole el pecho ya no sabía ni lo que oía—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Nada. No importa —se excusó sabiendo que había cometido un error.

Para distraerlo le tomó la mano y él, a pesar de todo, la aceptó.

—Usted, lo conoce —afirmó más que preguntó. Carol se giró y se puso de frente a él, y con toda la calma que la situación le podía entregar, respondió:

—Dios y la virgen santísima me libren de conocer a un hombre así. Lo único que lamento es que si el señor se marcha...usted también lo hará.

Arthur iba a replicar, pues su cordura lo estaba abandonando junto con la paciencia, pero al escuchar la última frase, su corazón volvió a latir como hace años no lo hacía, obligándolo a callar.

El pomo de la puerta se movió, obligándolos a salir rápido como fugitivos del lugar, caminaron hasta la terraza, riendo como si fuesen niños cometiendo una travesura, hasta que Arthur sintió su nombre.

—¿Vamos, me acompaña? —le pidió ella.

Durante unos segundos se debatió en su respuesta, pero luego le dijo lo que según él sería lo más sensato.

—No, prefiero ver qué sucede con el duque, así usted podrá estar tranquila. Deje que me encargue de traerle paz a lo que le queda de estadía en esta residencia.

—¿De verdad haría eso?

«Eso y mucho más he hecho», pensó

—Sí, pero a cambio la espero mañana en el lago, el libro lo llevaré yo, ¿está de acuerdo?

Regalándole una maravillosa sonrisa que le caló hasta los huesos, se despidió con la promesa de verse al otro día.

Carol ingresó al salón plétorica de felicidad, no sabía por qué, pero no era la misma que había salido por aquel arco, no, ahora estaba contenta, incluso quería llegar a su cuarto sin luz para dormir y pensar en lo que había sucedido esa noche, ni siquiera tenía en sus pensamientos al engreído y eso sí era mucho decir.

Capítulo 3

La vuelta fue de lo más animada, Carol participó de la conversación. No le importó lo banal que era, ella quería hablar y eso hacía, hasta con Grace conversaba animadamente. Leonor estaba feliz, la cena había salido mejor de lo que esperaba y se volvería a repetir tan pronto como lord Holland regresara, tenía la secreta esperanza de que fuera para que el conde de Merton al fin pidiera la mano de su hija. Además ya lo había autorizado a visitarla en su hogar, claro, acompañado de alguien, pero eso ya era un gran avance, ya contaba las horas para salir de la pobreza que creía estaba sumida.

Más tarde, en el interior de su pequeño cuarto Carol se durmió, le dolía todo el cuerpo y no dejaba de estornudar, pero eso no haría mella en su felicidad, por un momento se quedó pensando en las palabras de Catherine, ¿para qué quería hablarle? ¿Quería decirle algo? No, eso no sería posible, ella ya había cerrado con candado todo tipo de recuerdos y ni por lady Catherine los volvería a abrir, ya había derramado todas las lágrimas que tenía por él hace once años atrás.

Al otro día la sorpresa fue mayúscula cuando, al ingresar al comedor, su padre estaba sentado leyendo, sin importarle la discusión que habían mantenido, pues a ella ya se le había olvidado corrió hasta sus brazos en tanto a él se le iluminaba la mirada al verla, era su alegría. Se levantó y ambos se fundieron en un caluroso abrazo.

—¡Cuánto lo extrañé! —reconoció aun pegada a su pecho, para ella ese lugar era mágico, se sentía protegida y muy querida.

—Vaya, me iré más a menudo para tener este recibimiento entonces.

—No, padre, no diga eso.

Se sentó junto a él para desayunar, había sido la última en llegar, de hecho ya sus hermanas y su madre se habían ido a sus quehaceres, y creyó que por la tardanza sería regañada.

—Estás pálida, Carol, ¿te sientes bien?

Ella venía de una tercera jornada de ducha fría, estaba todo menos bien, le dolía la cabeza, tenía frío y por si eso fuera poco, la noche había sido más helada que de costumbre.

—Sí —manifestó y estornudó—, estoy bien.

—Sube a abrigarte y luego vuelves a desayunar. Tenemos que hablar —anunció en su habitual tono formal.

—Padre, le juro que me comporté como es debido en casa del duque de Somerset, pero no podía besar la mano de su excelencia, no podía dejar que nos tratara como si no conociéramos el protocolo, solo por eso no lo hice, pero es que ¿qué cree que somos?

Bernard la escuchó atento y sorprendido, tuvo que hacer esfuerzos por no sonreír, su hija era única y especial y hubiera dado hasta lo que no poseía por haber presenciado aquella escena.

—Tranquila, hija, no es de eso de lo que tenemos que hablar.

—¿No? —contestó avergonzada por haber dado tanta información innecesaria.

—No, quiero hablarte sobre un joven.

—Sobre Arthur —murmuró lívida de asombro, pero no tardó nada en darse cuenta de que nuevamente había hablado de más, esto por la cara de su padre, ahora serio y un poco molesto.

Volvió a estornudar y aprovechó esa instancia para subir rauda por las escaleras en busca de un chal para abrigarse.

Arriba, Audrey fue la primera en cogerla del brazo y arrastrarla hacia un costado de la habitación.

—Dime, ¿cómo recibiste la noticia que te ha dado nuestro padre?

—¿Qué, qué noticia?, no me ha dicho nada.

Su hermana suspiró y por su cara, Carol supo que algo que no sería de su agrado escucharía.

—Audrey, si sabes algo por favor dime qué es.

—No puedo —se negó, pero al verla tan intranquila mordiéndose las uñas, cosa que nunca hacía, sino solo cuando los nervios podían con ella claudicó y comenzó muy bajito a hablar:

—Nuestro padre encontró en la ciudad a un joven que está dispuesto a casarse contigo.

—¡Qué! —chilló más alto de lo normal, pero fue Audrey que rápidamente tapó su boca para que la escuchara y prosiguió:

—Es un joven muy apuesto y de buena cuna, te irás hacia el Sur, porque de allá es su familia, según nuestro padre, es muy educado, pero lo más importante es que no le importa que no tengamos dinero para la dote, lo han arreglado de otra forma, nuestro padre le dará algunas tierras.

Carol no aguantaba más, mordió la mano de su hermana y ella de inmediato la soltó.

—¡Animal! —gritó Audrey con dolor y los dientes marcados en su palma.

A ella no le importó nada, bajó la escalera de dos en dos y cuando llegó hasta su padre su furia aumentó al escuchar como su madre le comunicaba que ya habían enviado a un emisario a la mansión invitándolos a los cuatro esa misma noche a cenar.

—Olvídese que me voy a casar con alguien que no conozco, sobre mi cadáver, padre, antes de eso me encierro en el convento.

—Harás lo que tu padre diga, mocosa malcriada —espetó su madre poniéndose al lado de Bernard, éste tomó la mano de su mujer que estaba en su hombro y con parsimonia fingida le habló:

—Tu madre tiene razón, es mi deber como padre velar por tu futuro y George es un buen hombre, lo conozco y ya me ha dado su palabra.

—¡Nunca! Escúchenme bien, ¡nunca me casaré con ese tal George ni con nadie que mi corazón no acepte!

Un golpe en la mesa se sintió haciendo estremecer todas las ventanas de la casa.

—Aunque sea lo último que haga y te tenga que llevar encadenada te casarás con George Philips, ¡aunque sea lo último que haga en esta vida!

—¡Entonces morirá esperando! —gritó de vuelta, y antes de que su padre se levantara para hacerla entrar en razón, Carol salió del lugar, corrió como alma que sigue el diablo, no sabía dónde iba, solo quería huir del salón, de su casa, de su vida.

Por otro lado, Arthur que estaba conversando muy animado con lord Merton, vio como alguien corría, y cuando se dio cuenta de quién era, simplemente dejó de escucharlo centrándose solo en la figura que iba por la orilla del lago.

Se excusó aludiendo que debía trabajar, pero la verdad es que desde que había visto al motivo de su desvelo, supo que algo sucedía, su corazón comenzó a latir desbocado en su pecho, tal como sucedía siempre que la veía, pero esta vez era distinto, sentía una opresión diferente y a medida que se aproximaba, cosa que jamás hacía, su pecho se apretaba al escuchar los sollozos de aquella mujer.

Se detuvo como si un muro invisible los separa, se quedó paralizado y miles de ideas se cruzaron por su cabeza, no sabía qué ocurría pero su cuerpo y su mente no conectaban para poder hablar.

El ruido de una rama hizo que Carol se percatara de la presencia de alguien más y cuando notó de quien se trababa, sin importar sus lágrimas, corrió hacia su amigo y lo abrazó con toda la fuerza del mundo.

Para él fue como si un fuego le recorriera el cuerpo y se pegara pidiendo auxilio, sus brazos la rodearon como un escudo protector, no tenía palabras para decirle, solo podía acariciarle el cabello y esperar que ella hablara, no por respeto o buena educación, sino porque no sabía cómo reaccionar ante una situación así y menos de esa mujer, la que él pensaba que no tenía lágrimas.

Después de debatirse por un rato, no pudo más, dejó su compostura y con cuidado la afirmó de los brazos para mirarla a los ojos.

—¿Qué sucede, Carol? ¡Dígame qué le sucede! —preguntó desesperado.

—¡Me quiero morir! —espetó y siguió llorando.

La paciencia y la cordura lo abandonaron en ese momento. Ya no le importaba nada, la palabra «morir» se le había clavado en el corazón.

—Qué dice, ¿está enferma?

Ella negó con la cabeza y luego afirmó. El pobre a cada minuto entendía menos.

—Mujer, hable por favor que me está matando.

—¡No me quiero casar! Antes me voy al convento —chilló volviéndolo abrazar—, me quiero morir...

Arthur tuvo que hacer acopio de su autocontrol para poder comprender, dentro de todo él era un hombre, no un niño para quedarse paralizado y como si eso fuera poco, era todo un caballero acostumbrado a lidiar acuerdos y negocios delicados, incluso asuntos de la realeza en ocasiones. Tenía que ser capaz de entablar una conversación para poder entender, aunque con ella involucrada le pareciera prácticamente imposible.

—¿Cómo qué se va a casar? —preguntó sonando más alarmado de lo que quería demostrar.

Ella lo miró con sus maravillosos ojos que ahora estaban rojos e hinchados y comenzó entre hipidos a explicarle.

—Mi...mi padre fue a...a la ciudad y arregló una boda con George no sé qué.

—¿George qué, Carol?

—No sé, Philips, creo...eso me dijo Audrey, pero, pero yo no me voy a casar y menos me iré al Sur. ¡No con alguien que no conozco! No me voy a despertar con él cada mañana hasta que me haga anciana, y menos voy a tener hijos y que me... ¡No! —confesó y volvió a llorar amargamente abrazado a su cintura.

Arthur ya entendía algo más la situación, su cuerpo se tensó y poco a poco su furia comenzó a crecer internamente, no sabía quién era ese tal George Philips, pero no le costaría nada averiguarlo, debía hacerlo de inmediato, pero no

podía dejarla así, y menos en ese estado de desolación.

—Cálmese, Carol, ya verá que todo se arreglará.

—¡Cómo! ¿Dígame cómo se arreglará?

—Escúcheme bien —vociferó.

—¡No me grite!

—No le estoy gritando, pero se está comportando como una niña malcriada.

—¡Claro qué sí! si soy yo la que tiene que... —incluso decir aquella palabra le dolía y sus ojos volvían a soltar lágrimas—, que casarse en contra de su voluntad.

Arthur ya no podía aguantar más, no podía seguir ahí con ella escuchándola sin hacer nada, no sabía qué podía hacer, pero de brazos cruzados no se iba a quedar.

—Debo irme, discúlpeme, pero veré si Catherine está desocupada para que la acompañe.

—¿Otra vez me abandonará?

—Sí, discúlpeme, pero tengo algo importante que hacer.

—No quería que me dejara —afirmó un tanto avergonzada, pero ella siempre decía lo que sentía y ahora no sería la excepción. A eso él le regaló una maravillosa sonrisa que le llegó hasta lo más profundo de su ser—. No se preocupe, no necesito que nadie se regocije con mi dolor.

—Cathy... lady Catherine no se regocijaría con su dolor, no quiero que esté sola en este estado.

Carol no tuvo fuerza para reprocharle nada, se sentó a los pies del árbol en que tantas veces había leído, abrazó sus rodillas y enterró su cabeza en ellas. La pena que sentía era del alma, tan profunda que le dolía incluso el corazón. No tan solo por lo que su padre le había dicho, sino porque ahora se iría a la abadía, para siempre, ese era un lugar del que uno no salía, y así perdería todo, incluso a su amigo que, poco a poco, se le estaba metiendo bajo la piel.

No supo cuánto tiempo transcurrió, sentía su falda empapada, y cuando

levantó la cabeza, se sorprendió al ver a la muchacha antes mencionada observándola en silencio, ésta al verla, le ofreció una botella con leche, aunque en un principio lo rechazó, la insistencia de Cathy fue tal, que terminó aceptándolo, y no solo la leche, sino un pedazo de pastel también. Cuando estuvo más tranquila y ya sus lágrimas habían dejado de caer, Cathy entabló una conversación.

—¿Siempre viene a este lugar?

—De toda la vida —suspiró.

La joven se asombró ante su sinceridad, esa claramente no era su propiedad y era incorrecto entrar a tierra ajena sin permiso de su dueño. Pero así todo, siguió averiguando, ella tenía un punto, y quería llegar hasta el, al fin y al cabo, ambas eran igual de tenaces.

—O sea conoce muy bien el lago y sus alrededores.

—Como la palma de mi mano —respondió acongojada mirando el agua.

—¿Y cómo conoció este lugar?

Carol dejó de mirar al infinito y la miró directo a ella.

—Creo que sabe la respuesta y quiere que yo se lo diga. Pero me puede preguntar sin rodeos lo que quiera saber.

Después de unos tensos segundos de silencio en que ambas se miraron a los ojos, diciéndose más con esas miradas que con palabras, Cathy preguntó al fin:

—¿Es la chica mono verdad?

Un terremoto recorrió el cuerpo de Carol alojándose en el lugar de los recuerdos y abriendo una grieta entre ellos que llegó hasta el principio de sus tiempos, ese apodo no lo escuchaba desde hace muchos años y aunque había tratado de olvidarlo a fuego, jamás lo había logrado.

—Y él, el joven sin sonrisa de mirada triste —recordó con nostalgia, pero a pesar de todo, una sonrisa se le escapó involuntariamente moviendo el engranaje de sus sentimientos dormidos.

Catherine se acercó a ella, ya no necesitaba nada más, pues conocía toda

la historia y por ende la conocía también a ella.

—Sé muchas cosas de usted, Carol, mi primo fue muy infidente respecto a eso —respondió con un dejo de vergüenza.

—Infidente es una palabra dadivosa para lo que realmente él es para mí, pero no quiero desenterrar el pasado.

—¿Por qué dice eso? Robert es la mejor persona de este mundo, jamás pecaría de traidor.

—Escuche. lady Catherine, en este momento lo menos que me preocupa es el señor arrogante, y sí, es un traidor, peor que Judas Iscariote y así se quedará en mi corazón, él decidió abandonar todo, este lugar —hizo un gesto con la mano—, y abandonar miles de horas de compañía por preferir la ciudad y una vida de lujos.

—Él estaba sufriendo por la muerte de mis tíos —espetó para justificarlo.

—Cuando lo conocí, la primera vez, era un chico feliz, nos observaba a mi hermana y a mí lanzarnos al lago en verano, una vez que Audrey estuvo enferma, yo me acerqué a él, tomé de su mano y sin mediar palabras nos lanzamos al agua, fue la primera vez que lo oí reír y cambiar ese rictus de niño circunspecto que siempre poseía. Debo haber tenido siete años y el trece, después de ese día, todas las tardes nos juntábamos acá mismo y nos pasábamos la tarde entera tirándonos de una soga, él se lanzaba con la soga y yo lo hacía desde el árbol —dijo mostrando la rama que daba al lago—, luego se fue con sus padres y al siguiente año volvió, pero ya no era el mismo, no le di importancia, era yo la que siempre lo buscaba. Al terminar el verano pasó otro año y cuando regresó sus padres habían muerto en el accidente. No me importó nada y seguí buscándolo, quería estar solo, peleábamos demasiado y siempre era yo la que estaba para él, era mi amigo, mi amigo del alma, todo lo que él decía era ley, incluso una vez me hizo comer hormigas porque según el eran dulces y él ya las había probado en un viaje a África. —Ahora sí sonrió con ese recuerdo—. Cuando supe que se quedaría a vivir aquí estaba feliz, nuestra amistad creció

cada día más, ambos buscábamos un tiempo para escaparnos...

—Pero eran unos críos, usted tenía ¿cuánto?

—en ese entonces, diez años. —Y volvió a sonreír, pero con un dejo de amargura esta vez—. Creo que a pesar de nuestra diferencia de edad, éramos un complemento, Robert ya había heredado el título de duque de Somerset, pero a ninguno de los dos eso nos impidió seguir tratándonos como siempre, incluso ya había crecido y me sentía la niña más afortunada del mundo por tener un amigo como él, no por lo que significara ser amiga de un duque, sino porque nos conocíamos demasiado, él sabía mis sueños y yo los suyos, pero poco a poco las cosas se complicaron, él se puso arisco y yo como niña no entendía su reacción, luego comenzó a venir con otras muchachas de su edad, me sentí desplazada. Fue en el momento en que mi familia comenzó a perder sus negocios, después me sentí traicionada cuando traía a muchas de sus amistades a este lugar, que era solo nuestro y un día cuando se lo reclamé, me dijo que yo no merecía su amistad, que era lo peor que le había pasado después de la muerte de sus padres, que ojalá nunca me hubiera conocido. Yo estúpida, me tiré a sus brazos para pedirle perdón por algo que hasta el día de hoy no sé qué fue que hice. Me despreció dejándome sola en el bosque cuando la noche ya había caído, él era el único en el mundo que sabía que le temo a la oscuridad, y así todo no le importó nada y me dejó...sola —una lágrima rodó por su mejilla, no sabía si por la remembranza o por lo que le estaba sucediendo en ese momento, pero su corazón si lo sabía y ella lo estaba obviando—. Desde ese día, nunca más lo volví a ver, él estuvo muchos años sin venir, hasta que cuando lo hizo, solo utilizó su mansión para hacer fiestas, a las que por supuesto jamás me invitó ni a mí ni a mis hermanas, se olvidó de mí..., como yo me olvidé de él, hace once años que no lo veo y ya ve, si algo recordara de nuestra vieja amistad, me hubiera hablado hace un par de días atrás, pero no, está cambiado, es el señor arrogante, incluso sé que le molestamos porque no estamos a su altura.

—Carol, no...

—Lo siento, sé que es su prima y lo adora, pero ya nada se puede hacer,

odio a Robert Seymour, duque de Somerset como nunca creí que odiaría a nadie —afirmó para que ya no le siguiera insistiendo más, ella aún tenía otra espinita clavada en su corazón, pero no estaba preparada para revelarla, ya se había tragado una vez hace seis años su orgullo por él y la única herida había sido ella. Una tarde de Junio cuando visitaba la ciudad con su padre, se había escapado del hotel en donde se quedaban para ir a ver a su amigo a su mansión de la ciudad, y él no la había querido recibir, aduciendo que no era de su clase, pero eso ella lo tenía guardado bajo siete llaves, esa tarde, del miércoles negro como le llamaba, había sido el último día de amistad para Carol Weston, Robert Seymour ya no existiría más, incluso borraría de su memoria hasta su imagen, ni siquiera ahora lo podía recordar.

La tarde noche ya había caído sobre ellas, y Carol sabía que debía volver a enfrentar a sus padres y por otro lado la oscuridad ya casi estaba por aparecer.

—Es tarde, lady Catherine, debemos irnos.

—Aunque no lo crea, ha sido un placer hablar con usted y espero de corazón algún día arregle sus sentimientos hacia mi primo, y por favor, creo que nos conocemos bastante para seguir hablándonos con formalismos, llámeme Cathy, se lo pido.

—Querida, Cathy, si quieres que sigamos siendo amigas, por favor nunca más pronuncie ese nombre —aclaró con toda la seguridad y tranquilidad que tenía.

Su nueva amiga aceptó, aunque no se podría quedar así durante mucho tiempo, había partes importantes de la historia que ella no sabía, claro, tampoco podía revelarlas por lealtad, pero una amistad como esa, no podía verse empañada por malos entendidos, al menos eso esperaba.

Después de un beso y un abrazo de despedida, Carol se encaminó lento a su casa, estaba preparada para escuchar el sermón y el castigo de su padre, eso ya no le importaba. Debía tener la mente fría y clara para saber cuáles serían sus próximos pasos y así poder coordinar su huida a la abadía, en eso no había vuelta atrás.

Al llegar, su padre la llamó desde el escritorio y ella con la cabeza gacha ingresó.

—Espero que hayas pensado bien esta tarde todo lo que me dijo.

—Sí, padre.

Eso lo alertó, esperaba una nueva confrontación dado el carácter de su hija, pero un «sí, padre» no, ni en un millón de años.

—George Philips vendrá en unos días a esta casa para pedir tu mano formalmente y así comenzar con el cortejo autorizado para que en un par de meses se puedan casar, se irán a vivir al Sur, George es soldado.

—Sí, padre.

—Carol, es un buen hombre, te sabrá valorar, yo lo sé, lo conozco. —Se empezó a justificar Bernard, tener a su hija así lo apabullaba, él dentro de todo estaba preparado para una batalla con su guerrera, no con una mujer así, sumisa que acataba todo y sin chistar—. Incluso las jovencitas de la ciudad lo encuentran guapo, tiene modales refinados y jamás abusará de ti...te lo prometo, Carol.

—Como usted diga, padre.

—Puedes retirarte, Carol, mañana tu madre hablará de cosas importantes que debes saber en lo que respecta al matrimonio y sus obligaciones como esposa —le dijo para que se fuera, no soportaba verla así, pero no daría su brazo a torcer, él ya había dado su palabra y eso era lo más importante en la vida y, dentro de todo, sabía que ese hombre la podría hacer feliz.

Carol, que era una mujer que no lloraba, esa noche se tiró en su cama y lloró, lloró por todo lo que perdería y por todo lo que dejaría de disfrutar y lloró por los recuerdos que aparecían ante ella como estrellas en una noche iluminada. La conversación con Catherine había abierto más que una ventana, había abierto la puerta completa y todo lo que creía olvidado llegaba a ella para estrellarse con su realidad, de lo único que se alegraba era que solo veía a su arrogante duque de espaldas al lago, así era como ella lo recordaba, así era como lo había visto por última vez.

Era un joven alto, delgado que usaba una cinta negra atando su sedoso pelo negro, incluso aun recordaba la camisa blanca metida dentro de los pantalones café moro que siempre usaba, pero de su rostro, sus facciones, nada podía recordar y eso de cierta forma la tranquilizaba. Lo que no le ayudaba nada y se maldecía por ello era pensar en Arthur, con solo recordar la agradable sensación que había sentido entre sus brazos su corazón se aceleraba y al mismo tiempo se apretaba, a él también lo perdería, no es que lo tuviera, pero estar con él era una sensación única, tan agradable como la que había sentido hacía ya mucho tiempo atrás y a pesar de que se había jurado que jamás volvería a sentirse así, con Arthur no podía evitarlo, desde el primer día que lo conoció se le metió bajo la piel y aunque había tratado de negarlo, en la situación y con los sentimientos a flor de piel que sentía, ya no valía la pena mentirse a sí misma.

Esa noche, con lágrimas en los ojos, se durmió y un fugaz pensamiento la hizo sonreír adormilada.

Era él buscándola en el convento.

A la mañana siguiente, la casa estaba revolucionada con los preparativos para hermosearla y dejarla a la altura de tan distinguidos visitantes. Habían comenzado desde muy temprano, incluso, cuando Carol salió del cuarto de servicio, vio a su madre en la cocina planeando deliciosos manjares para agasajarlos, esto le molestó.

«Si mi madre supiera lo que él piensa», pensó, pero no dijo nada, hacía mucho que no veía a su madre tan contenta, incluso y a pesar de todo lo sucedido la mañana anterior ella la saludó con un beso en la mejilla que duró más de lo normal.

Cuando llegó al comedor, se relajó al ver sentada solo a Audrey, con ella podía ser franca y no tenía nada que fingir, pero después de unos minutos, llegaron su padre y su hermana a desayunar.

El tema era el duque y su distinguida familia en tanto la hija mayor de lord Holland hablaba con toda propiedad de sus invitados, comunicándole a su padre lo que les gustaba y lo que no, Carol escuchaba, no sabía de dónde su

hermana había sacado tanta tontera junta, había vuelto la pasada tarde hasta su casa, invitada nada menos que por la duquesa y ésta le había asegurado que todos inclusive su distinguido nieto asistirían a la velada, eso puso aún más feliz a la madre que venía entrando con una bandeja de pan recién horneada.

Entre lord Holland y Carol el aire se podía cortar con tijera, ni siquiera un buenos días y mucho menos la felicidad expresada al verlo del día anterior.

—Niñas, como ustedes saben esta noche es una velada muy especial —comenzó a decir Leonor—, y por eso quiero que se comporten a la altura, después de almuerzo comenzaran a prepararse...

—¿También venderá algunas cabras para comprarnos vestidos? —preguntó Carol siendo fulminada por la mirada de su madre. Bernard que tomaba tranquilamente su taza de café, supo que su paz había acabado al escuchar a su hija hablar.

—¿Qué cabras?

—Querido, es que en su ausencia tuve que vender un par de animales para poder comprar unos preciosos vestidos para sus hermosas hijas. No pretendía que fueran con los vestidos roñosos que poseen.

—Pero está loca, mujer. Si vende los animales de la granja, para lo menos que tendremos es para comprar vestidos, porque estaremos tan preocupados buscando algo para comer, que eso será lo mínimo.

—Oh, sí, querido, usted tiene toda la razón, pero no podía dejar que las niñas se presentaran mal vestidas.

Lord Holland suspiró, no porque estuviese de acuerdo, sino que quería terminar un desayuno en paz y tampoco quería caer en el juego de su hija, le molestaba de sobremanera la venta de animales, pero eso se lo diría a su mujer en privado y en otro momento.

El desayuno terminó y antes de que Carol pudiese abandonar el salón, su madre la llamó a la sala de bordado.

Eso la tensó. ¿Para que la quería su madre?

—Entre y póngase cómoda —le ordenó Leonor, quien ya se había

acomodado en el lugar de siempre, junto a la chimenea—. Creo que tenemos que hablar de mujer a mujer.

Al escuchar aquello Carol abrió los ojos y arrugó la frente, si antes no entendía, ahora menos.

—Realmente, hija mía, se me hace muy difícil hablar de esto, nosotras nunca hemos tenido buena comunicación —dijo sin mirarla—, pero no es porque la quiera menos, es porque somos demasiado diferentes, pero ya es hora de que sepa algunas cosas de la vida. Tiene edad suficiente para dejar de comportarte como un muchacho y debe conducirse como la dama en que se convertirá.

—¡Madre!

—Cállate, Carol Weston, y escucha atentamente. Hasta hoy, no importaba tu conducta de niña comportándose como el hombrecito que nunca tuvimos tu padre y yo, pero ahora serás una dama y debes actuar como tal, debes recordar que eres una señorita y pronto te convertirá en la mujer de tu esposo.

—Prefiero ser un hombre a convertirme en la mujer de un...

—Silencio que no he terminado, debo explicarte algunas cosas para ese día.

—¡No! —exclamó un tanto desesperada—. No quiero saber nada, porque no quiero convertirme en mujer así en manos de alguien que solo sé su nombre.

—George Andrew Philips Martins, ese es el nombre del hombre que será su esposo y que la desflorará para convertirla en mujer —recitó como si fuera una receta de cocina.

De solo pensarlo, a Carol se le apretó el estómago y náuseas comenzaban a formarse para subir por su garganta.

—No pongas esa cara que es mejor que te enteres ahora de lo que sucede ese día y así no terminas como la desvergonzada de Lucy, que va por la vida con una bastarda a cuestas.

Esas palabras le dolieron, su amiga se desvivía por su pequeña y además había sido casada.

—Ya sé todo lo que tengo que saber sobre esa noche y no creo que sea tan malo, puesto que usted ha estado embarazada en tres ocasiones y jamás la he visto quejarse —dijo sin arrepentirse ni un pelo de sus palabras viperinas.

Leonor se levantó y le dio una bofetada que retumbó el lugar, cuando Carol pensaba en llevarse la mano a la cara para mitigar el dolor, su madre se la agarró antes y siseó con los dientes apretados:

—Lo intenté, pero con un animal es imposible razonar, se lo dije a tu padre y él no me quiso escuchar, pero es mi deber como madre hacerte saber lo que sucede, pero me niego a hacerlo ahora, así que espero que el dolor que sientas lo recuerdes toda la vida por irrespetuosa y altiva —espetó soltándole la mano, pero Carol que la miraba entre horrorizada e incrédula por haber escuchado aquellas palabras, no le dio el gusto de tocarse o de salir corriendo y, como la dama que no era, se dirigió a su madre.

—Creo que tendré que ir a la iglesia a prender una vela por la abuela Elizabeth.—Su madre levantó una ceja para que prosiguiera y así lo hizo—. La pobre debe dar vueltas sobre su tumba al escuchar hablar a su hija de esa forma.

No dijo nada más y dejó a su madre absorta en su rabia, solo escuchó cuando salió por la puerta un quebradero de cosas, a lo que no pudo evitar reír, pero en realidad estaba aterrada, no pensaba concluir su matrimonio y al paso que iba sería monja, pero jamás imaginó que ese momento que según ella había leído en tantas novelas, de mágico no tenía nada.

La mañana pasó y ella hizo las mismas cosas que hacía a diario, ayudó en las caballerizas, en los corrales y cuando hubo terminado, como ya era de costumbre, se bañó en agua fría. El dolor de cabeza era permanente, pero después de haber llorado tanto, era casi lógico, lo que no entendía era el profundo dolor de espalda que sentía, incluso en ocasiones se mareaba un poco cuando hacía algo de fuerza.

A la hora de la cena, la casa ya estaba casi lista, solo faltaba disponer la loza que se usaba para esas ocasiones y ya todo estaría perfectamente preparado.

Cuando estaban comiendo, vieron acercarse un carruaje tirado por cuatro

caballos, eso no podía ser otra cosa que algún emisario del duque de Somerset, el padre hizo callar a las mujeres que al ver lo que ocurría entraron en un estado de algarabía, menos Carol que intuía algo extraño.

De vuelta en la mesa y tras despedir al joven empleado, lord Holland regresó con una misiva entre sus manos, después de leerla anuncio tomándole las manos a su esposa y a su hija mayor.

—Lo siento, el duque de Somerset y el conde de Merton han tenido que viajar por trabajo a la capital, así que solo recibiremos a lady Catherine y a su excelencia lady Theresa.

—Oh, por el amor de Dios, y yo que tenía tantas ganas de que usted conociera al lord Merton.

—No se preocupe, querida, cuando regrese, como dice aquí en su misiva, podremos ir a la mansión, ellos en dispensas nos prepararán una recepción.

La cara de Audrey dejó de estar alegre, ella quería ver al conde, pero Carol pensaba otra cosa, el arrogante seguro tenía que ver con esto, no había otra explicación, y así lo odió aún más.

Durante la tarde, trató de hablar con su hermana, pero era imposible, las mujeres de la casa estaban impacientes ordenando cada detalle del lugar. Ella ya no soportaba estar así y ver cómo su familia se esmeraba por alguien que no los consideraba. Salió en busca del único lugar en donde encontraba paz, tenía la secreta esperanza de encontrarse con Arthur, pero sabía que si el arrogante se había ido a la ciudad él no estaría.

Se sintió tentada en ir a la biblioteca a buscar la enciclopedia, pero se contuvo de hacerlo y se juró a sí misma que cuando se fueran los visitantes, ella volvería.

Después de pasar gran parte de la tarde pensando en su futuro, volvió a su hogar, se vistió con el vestido que le habían dejado sobre su cama y su querida hermana, como siempre, se encargó de su pelo, trezándolo maravillosamente.

—Tendrás que aprender a peinarte, Carol, cuando estés casada ya no

podré hacerlo.

Ella solo se encogió de hombros.

—Tu marido se volverá loco enredando sus dedos en tu pelo, dicen que a los hombres les gusta el pelo largo de las mujeres.

—Entonces que espere sentado

—¡Carol!

—Bueno, qué quieres que te diga, ¿qué estoy feliz y que lo único que anhelo es que me toque el pelo?

—¿Y si fuera el joven Arthur?

Un silencio se hizo en la habitación y a pesar de las hormiguitas que sintió en su piel al pensar en eso respondió:

—Arthur y yo somos solo amigos, además ya sabe lo del compromiso.

—¡Qué! ¿Cómo?

—Se lo dije el día que me enteré.

—Y qué dijo, ¿qué hará?

—¡Nada! ¿Por qué tendría que hacer algo? Audrey, por Dios, somos solo amigos.

—Y por qué no hablas con Robert.

Al escuchar eso, Carol giró su cabeza con rabia, es más, tenía el cólera irradiando por sus ojos.

—¿Qué tendría que hacer él, Audrey Weston?

—Eh...no sé...yo solo decía, no te ponga así.

—¡Entonces no vuelvas a nombrarlo! —gritó apartándose de ella.

—Eso quiere decir que aún sientes cosas por él.—. Se atrevió a afirmar más que preguntar Audrey, sin importarle que su hermana la fulminara.

—Claro que siento cosas por él. ¡Lo odio! Con el alma y con el corazón y tú sabes muy bien el por qué.

—Entonces, búscalo.

—Nunca más, me oyes, antes muerta que humillarme otra vez ante él.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esos gritos? —quiso saber Grace que entraba con

aires de grandeza, pero al ver el cabello trenzado de su hermana tuvo que aguantarse las ganas de elogiarlo.

—Nada —la calmó Audrey —, es solo que a Carol le duele un poco el cabello, y ya sabemos cómo es su humor.

—Oh sí, disculpa si mis ruidos te causaron algún inconveniente, no fue mi intención Grace. Estás realmente hermosa con ese vestido, resalta todo tu esplendor y su carisma de pureza.

Carol sabía que esas palabras su hermana jamás la entendería y de alguna forma le gustaba reírse de ella, aunque fuera una pequeña maldad, pero es que le exasperaba que no tomara un libro ni siquiera para leer el título.

Como era de esperarse, al no entender nada, se retiró tan silenciosa como entró, y Carol aprovechó para decirle lo que tenía atragantado a Audrey.

—Creo que tu querido Harry no vino porque el señor arrogante se lo prohibió, pero aunque pienses que es un buen hombre, yo no, no lo creo y sé por qué te lo digo, así que si quieres saber algo más, es mejor que hables con tu novio antes de que el...vecino —Se mordió la lengua para no decir un improperio—, te arruine la boda.

—¡Carol! Yo no me quiero casar.

—Claro, y yo deseo ser monja de claustro.

Con esa última frase las hermanas se pusieron a reír olvidándose de cualquier mal entendido anterior y juntas bajaron para ser elogiadas por el señor de la casa. Cuando éste se acercó a Carol le dijo en un susurro:

—Espero que algún día me perdones.

—Yo no soy Dios para perdonar y menos Jesús para poner la otra mejilla, lord Holland.

Eso fue todo lo que dijo y su padre supo que no lo perdonaría fácilmente.

En ese momento, el repicar de unos caballos los distrajeron a todos, eso significaba que las distinguidas invitadas ya habían llegado a su hogar. Muy nerviosa, lady Holland tomó la mano de su hija y de su esposo para caminar hasta la puerta de entrada y así darles la bienvenida. Theresa venía acompañada

por dos lacayos en un elegante carruaje negro, muy distinto al que había sido enviado por la tarde.

—Es un verdadero honor recibirla en mi hogar, duquesa —saludó tomándole la mano para ayudarla bajar del carruaje Bernard.

—Tiene usted una finca muy pequeña —anunció la señora después de unos segundos de silencio.

—Claro, en comparación con la del duque, esto no es ni la cuarta parte.

—Eso es verdad, pero a pesar de todo, se ve muy acogedora.

Carol quería decirle unas cuantas cosas, pero se contuvo y eso porque su hermana se lo suplicaba con la mirada.

Una vez dentro de la casa, luego de los saludos protocolares, fue Catherine la que se acercó hasta su nueva amiga para saber cómo estaba.

—Bien, más tranquila, gracias por preocuparte.

Ella la tomó del brazo con un gesto cariñoso que no pasó desapercibido para su abuela, es que para Catherine, que sabía tanto, era como si la conociera de toda la vida.

Grace, trataba de incorporarse a la conversación como fuera, pero tanto para Carol y para Cathy, ella era una molestia.

Por otro lado, Audrey y Leonor se desvivían por agradar a la duquesa, a pesar de que ella las degradaba en cada ocasión que podía, incluso Bernard ya estaba un tanto molesto.

—Carol —la llamó la duquesa para que se acercara, más que nada porque estaba muy intrigada en lo que conversaba su nieta con ella.

—Dígame, su excelencia.

—Quisiera invitarla a una tertulia de literatura que se dará en mi casa en los próximos días, tengo entendido que usted ama los libros, tanto como mis queridos nietos.

—Son como un tesoro, solo que yo los leo —aseguró sin querer.

—¿Perdón? —inquirió la duquesa molesta.

—Nada, abuela, que yo le comenté que Robert apenas tenía tiempo para

leer, es por eso —justificó Cathy.

—Es que mi nieto es un hombre muy ocupado, más aún con su posición —explicó—. No puede darse tiempo de leer, menos ahora que ya está en edad de contraer nupcias.

—¿Y qué se lo impide? —interrogó Carol—. Su excelencia debería estar asistiendo a fiestas en Londres para ver quién es la indicada, acá no la encontrará, de eso estoy segura.

—¿Por qué dice eso, Carol? —preguntó Audrey con sorna, pero no con malas intenciones.

—Porque él que es un hombre de ciudad, debería buscar esposa en un lugar refinado, no en los confines del país.

—Usted conoce mucho de mi nieto por lo visto.

—No, su excelencia, solo lo que se comenta en este pueblo, él, como duque de Somerset, es muy nombrado, aquí todo el mundo lo adora.

—Y usted, querida amiga. ¿Adora también al duque de Somerset? —inquirió Cathy.

Carol la miró sin entender nada, incluso se sintió atacada y el centro de la conversación, cosa que no quería ser. Y sin importarle nada ni nadie, fiel a sus convicciones respondió.

—Nada en común podríamos tener el duque y yo, no se puede mezclar el agua con el aceite y menos dos mundos tan diferentes, querida Catherine, ¿o usted me va a decir que ama a una piedra en su zapato?

—No si supiera por qué la piedra se encuentra alojada en el zapato y durante tanto tiempo, querida amiga.

Bernard, que intuía algo tenso en el dialogo, los invitó a pasar al salón. La conversación se centró prácticamente en lord Merton y en las muchas atribuciones que poseía, deslumbrando a cada momento a lady Holland y a su hija, en cambio la mente de Carol volaba lejos del lugar.

No se dio cuenta cuando la cena ya se terminaba, incluso no se enteró cuando se despidieron, ella estaba ida, además, su cuerpo le dolía y no aguantaba

más. Se despidió de sus padres y aunque este tuvo la intención de hablarle, prefirió no hacerlo, ya lo haría al otro día, pues el joven George no tardaría en llegar.

Una vez que Carol estuvo en su cama, se desplomó sobre ella, los parpados le pesaban y su cuerpo temblaba, tenía frío, incluso bajo las colchas de lana. La noche no fue mucho mejor, dormía a intervalos y sudaba horrores.

Al otro día no pudo levantarse cuando Rose la fue a buscar y lord Holland creyó que un tiempo de reflexión no le haría nada de mal. Carol no se levantó, incluso durmió, el dolor y el frío eran insoportables, no había forma en que se pusiera para estar cómoda.

Sintió que la cabeza se le partiría como un rayo cuando ingresó Grace.

—Debes vestirte, nos vamos a la casa de su excelencia.

—¿Cómo? —murmuró con mucho esfuerzo.

—Lo que escuchaste, ¿o no recuerdas que anoche nos invitó a su mansión?

—No me siento bien, puedes decirle a nuestra madre que venga...por favor.

Grace salió del lugar, terminó de arreglarse y cuando ya estuvo completamente lista y vio a su madre, le dijo que Carol deseaba verla.

Leonor bajó hasta donde se encontraba su hija y nuevamente ella sintió que se le partía la cabeza cuando de un portazo la puerta se abrió.

—Dime, Carol.

—Me siento mal —susurró ahora con más esfuerzo.

—Me parece que todo esto es un teatro para no ir a la casa del distinguido duque de Somerset.

—No...

—Está bien —resopló Leonor—, si no quieres ir, será mejor que te quedes aquí, a oscuras, porque como dices que estás tan enferma, me imagino que la luz también te incomoda.

Carol no fue capaz de replicar nada, solo quería dormir y cuando su

madre cerró la puerta, nuevamente cayó en su letargo.

Leonor esperó un tiempo detrás de la puerta, quería escuchar a su hija suplicar, para que le dejara la puerta abierta, sabía de su aversión por la oscuridad, pero al no escuchar nada, su mal humor creció y decidió olvidarse de lo que Carol le había comentado de su malestar. Le dio órdenes estrictas a Rose para que no la dejara salir, que no le abriera la puerta y se dirigió hasta donde su amado esposo la esperaba de pie junto a la biblioteca de su despacho.

—Su hija no irá —anunció desplomándose sobre la silla, el esfuerzo de hablar con esa niña la agotaba.

—¿Y eso por qué?

—Según ella está enferma, pero yo, que soy su madre, sé que no es así, quiere llamar la atención, por eso se comporta así.

—Entonces hablaré con ella.

—No, querido, déjela, ella debe reflexionar, sobre todo para que acepte la vida que tendrá desde ahora en adelante.

Bernard no estaba muy convencido, pero ante la insistencia de su esposa terminó aceptando, tampoco tuvo mucho más tiempo para pensar, pues sus otras hijas ya lo estaban esperando. Audrey se preocupó y sin que nadie le dijera, salió al encuentro de su hermana, al ingresar al cuarto y ver que ella no le respondía, pensó que aún estaba enojada con ella, pero de igual forma le habló.

—Carol, por favor háblame, no te enojas conmigo, tú sabes que yo no lo puedo soportar.

Nada obtuvo en respuesta, sabía que su hermana no le hablaría, y antes de que Grace la buscara, pues ya sentía sus gritos, salió.

En el carruaje, ella iba nerviosa, sería la ocasión para que su padre conociera al joven que velaba sus sueños y alegraba sus días.

Harry estaba tanto o más nervioso que ella y fue el primero en salir a recibirlas. Esta vez las mujeres esperaban adentro, pues el viento arremolinaba y seguro se acercaría prontamente una tormenta.

—Bienvenido, lord Holland, es un placer conocerlo.

—Lo mismo digo, lord Merton.

—Por favor, llámeme Harry.

—No se preocupe, lord Merton, le diré como estime conveniente.

Ese fue el saludo que recibió el pretendiente de su hija, en cambio lady Holland, se derretía en elogios para él.

Rápidamente aparecieron Theresa y Catherine para recibirlos, esta última se extrañó al no ver a su amiga. Y en cuanto tuvo la oportunidad se lo preguntó a Audrey.

—¿Y Carol?

—No lo sé, yo creo que aún está enojada por lo de su matrimonio.

—Lo dudo —respondió Catherine.

Grace, que no se perdía detalle de la conversación y para hacerse la interesante, agregó:

—No, queridas, Carol se sentía mal, yo estuve con ella durante la tarde, incluso la tuve que atender —mintió descaradamente.

Audrey no sabía si creerle o no, jamás la vio entrar a la cocina en todo el día, pero no la pondría en evidencia con la joven.

—Oh, pobrecita, por favor díganle a su madre que cualquier cosa nos lo comunique, ella es una muy buena amiga y mi abuela estaría encantada de poner a nuestro doctor a su disposición.

—No se preocupe, no creo que sea nada grave —agregó como si lo supiera todo.

—Por favor —manifestó Theresa—, entremos al comedor, nuestra sirvienta ha preparado un caldo para que entren en calor —y mirando a su nieta solicitó—. Hija, vaya a buscar a su primo que está en su habitación.

Catherine subió de mala gana, pues ya sabía la respuesta, no se molestó en tocar, simplemente entró y vio a Robert mirando por la ventana hacia el lago.

—Ya llegó la familia Weston, la abuela dice que bajas.

—Ya sabes que no lo haré, pierdes tu tiempo, Cathy.

—¿Hasta cuándo pretendes seguir así?

Él se dio vuelta molesto por ser enjuiciado y con la voz ronca y seria espetó:

—Estoy actuando acorde con la situación, Catherine, yo no estoy a favor del supuesto compromiso de Harry, no con aquella joven, que incluso ya estuvo comprometida, vaya a saber uno si aún es una señorita.

—¡Robert! —exclamó en defensa de la aludida—, ¿cómo puedes decir una cosa así?

—Porque es verdad, no lo sabemos, ¿o tú estás segura de eso?

—Creo que debes dejar de mentirte a ti mismo y asumir como hombre, no como un cobarde escudándose en subterfugios para no querer dar la cara, es más, creo que lo único que estás haciendo es empañar la felicidad de tu único amigo, ese que estuvo ahí cuando más lo necesitaste, ese que te ha prestado más de una vez el hombro.

—No sabes lo que dices —bufó al sentirse atacado

—Claro qué sí, sé todo lo que te sucede, y estás actuando peor que ella.

—No hables, Catherine. No te atrevas —advirtió.

—¡Claro qué hablo! porque ustedes dos son exactamente iguales, un par de cabezones orgullosos, pero por lo menos ella tiene una razón, ¿en cambio tú?

—¡Yo también tengo una razón! Y lo sabes mejor que nadie, ¡era lo más sensato que podía hacer! —gritó, pero ella no se amilanó y siguió de igual forma en la discusión.

—¡Claro qué era sensato! Pero hace once años atrás, ¿Dónde quedó la sensatez cuando pasó el tiempo?

—No es el momento.

— ¡No! ¿Y cuándo lo será entonces? ¿Cuándo se case con George Philips...?

—No se va casar con él —gruñó dándole un golpe a la pared.

—Si no será con él, será con otro, Carol es una mujer hermosa, merecedora de cualquier hombre.

—¡Pero es pobre!

La boca de Catherine se desencajó, de todo lo que esperaba que dijera, jamás se imaginó una cosa así, no de Robert, que sabía perfectamente cómo pensaba. Esperó un par de segundos para ordenar sus ideas y respondió con una falsa tranquilidad instalada en su mirada.

—Sabes una cosa, es verdad, no la mereces, ni ahora ni hace once años atrás, eres un arrogante, Robert Seymour, duque de Somerset, y doy gracias a Dios que Carol no haya venido hoy, no podría verla a la cara, porque tendría que darle la razón y definitivamente creo que la tiene.

—Ya ve, no vino porque le molesta mi presencia —dijo muy seguro de sus palabras.

—Incluso en eso te equivocas, Robert, ella es demasiado noble para avergonzar a su familia.

—Entonces, ilumíname, tú que lo sabes todo —se mofó despectivamente—. ¿Por qué no vino?

—A mi primo, a mi hermano, se lo podría decir, pero a ti no. Ya no te conozco, si quieres saberlo averígualo tú mismo —espetó y salió dando un portazo que jamás en su vida había dado.

Bajó las escalera y ni siquiera se preocupó de inventar alguna excusa, no, ya no más, ella durante mucho tiempo había sido su paño de lágrimas, pero no estaba dispuesta a ver como la cobardía y el rencor podían con él. Lo último que esperaba era que Robert se escudara en las clases sociales, eso lo hacía un ruin y una verdadera vergüenza.

Cuando llegó al salón su abuela, que la esperaba para dar comienzo a la cena, preguntó:

— Querida, ¿qué dijo Robert?

—Que no bajaría, abuela, usted ya sabe lo que él piensa, y por favor, disculpen su falta de educación —habló mirando a la familia Weston—, pero creo que mi querido primo perdió la cordura, le ganó la cobardía.

Todos se miraron sin entender nada, su excelencia intentó distraerlos rápidamente, estaban hablando de su nieto prodigio y no permitiría que se

mancillara su nombre.

Por otro lado, y aún en su habitación, Robert maldecía por todo lo que su querida prima le había dicho, muchas de esas cosas eran ciertas, incluso sabía que se había equivocado, pero al verse acorralado, tenía que decir algo duro para que Catherine lo dejara en paz, pero no imaginó jamás aquella reacción. Y ahora ella tampoco estaba, y debía averiguar el por qué de la ausencia de Carol, costase lo que costase.

Al igual como si fuera un adolescente blasfemó por lo alto, pero no podía dejar de pensar en una razón.

Se armó de valor, dejó el orgullo de lado y, contra su voluntad, guardándose sus principios bajó.

Al llegar al salón, todos se sorprendieron. Audrey casi se atragantó cuando escuchó:

—Robert, es un placer tenerlo aquí, entendí a Catherine que no bajaría.

—Veo que recobró el juicio —acotó Cathy, quien era regañada por la mirada del aludido y su abuela.

—La razón nunca la he perdido, si hubiese sido así, la historia sería otra y ya deberías saberlo.

—Robert —interrumpió Harry feliz por la aparición de su amigo—, quisiera presentarte a Audrey.

Ella se removía en su asiento y no podía creer lo que sus ojos veían, eso no podía ser verdad, rogaba por qué no fuese así y que ella hubiera alucinado un par de tardes atrás.

—Es un placer conocerla, Harry me ha hablado mucho de usted —dijo dándole un beso en la mano, luego repitió caballeramente el acto con Grace y con Leonor, para finalizar estirando la mano para saludar a Bernard a quien por cierto ya conocía, pues en algún momento habían hecho negocios.

—Si mal no recuerdo —comenzó a hablar protocolarmente al sentarse en la cabecera de la mesa—, usted, Bernard, tiene tres hijas, ¿verdad?

Leonor feliz porque este recordara un detalle tan importante para ella

habló:

—Sí, claro, tenemos tres maravillosas hijas, como bien recuerda, pero lamentablemente Carol no pudo asistir.

Él levantó la ceja, como ya era tan característico para que le dieran más información y fue la menor de las Weston que, para hacerse notar, le respondió:

—¡Oh...! Es que mi querida hermana está indispuesta, todo el día he tenido que ejercer de enfermera.

—Grace —la reprendió su padre que sabía lo que trataba de hacer.

—Oh, padre, pero si incluso mamá estuvo con ella antes de salir.

Weston miró a su mujer un tanto preocupado, él creía que era solo una rabieta, no pensaba que fuera nada serio y ya estaba comenzando a preocuparse.

—No es nada, yo creo que son los nervios de la boda, hoy estaba muy contenta, sobre todo porque el joven George es un gran soldado, en un principio no le gustó la idea...

—Leonor —trató de cortarla Bernard.

—No, querido, no hay problema, ya casi somos de la familia y creo que a nuestros amigos les gustará saber.

—Continúe —ordenó más que pidió Robert, quien ya la sangre comenzaba a hervirle por lo que escuchaba y rápidamente la vena en medio de la frente se le empezaba a notar.

—Como le decía, en un principio lo tomó muy mal, pero después de hablar de madre a hija, creo que comprendió, no hay nada que le haga mayor ilusión a una mujer que ser la esposa de un capitán de ejército, él goza de una posición acomodada y como tal no le faltara nada en la vida.

Robert apretó la mandíbula y rechinó los dientes, dirigió una mirada feroz a Catherine, que incluso se llegó a encoger en su propia silla. Ya había saciado su curiosidad y, por lo demás, no tenía nada que hacer ahí.

Él quería salir corriendo y aclararle las cosas a esa mujer, que nuevamente había hecho estragos en su corazón, él que creía que tenía la situación controlada, que mandaba sobre sus sentimientos, en realidad no era así,

se odió y la odió por eso. Ella nuevamente había traspasado todas y cada una de sus barreras. Pero esto no se quedaría así, no señor.

—Disculpen, pero tengo algunos asuntos importantes que resolver.

—Pero, Robert —habló Harry—, ¿no podríamos cenar primero?

—Lo siento, creo que deberán hacerlo sin mí, de todas formas creo que disfrutarán más de la cena sin mi compañía. Para el circo los payasos y yo no me considero uno.

—¡Robert! —murmuró Theresa espantada por las palabras de su nieto, pero ella no le levantaría la voz, menos a él.

Los Weston quedaron impresionados con la mala educación del duque, la única que no se sorprendió e incluso lo compadeció, fue Audrey. Pero ella no podía hacer nada, no al menos desde donde estaba.

Robert se levantó más furioso de cómo había bajado. Miles de pensamientos pasaban por su cabeza, necesitaba aire, pensar y ver muy bien qué haría ahora, no permitiría que la situación quedara así. Como un león a punto de atrapar a su presa se dirigió hacia donde estaba el carruaje, sin importarle nada irrumpió en la casa del cochero que la manejaba y le ordenó que lo llevara hasta la finca de los Weston. Lo hubiese hecho solo, pero todos los caballos estaban sin ensillar, y no quería, ni tenía tiempo para esperar.

No sabía qué le iba a decir, ni cómo iba a reaccionar ella, de hecho tampoco estaba preparado para eso, pero no le importaba, la rabia podía con él en ese momento. Eso era lo que pensaba en tanto el cochero se dirigía a toda velocidad a la casa de la familia Weston. Las luces estaban apagadas, solo la luz del porche se encontraba encendida.

Se bajó cuando el carruaje aún no se estacionaba, solo quería llegar. Tocó la puerta con ímpetu, y al ver que nadie le abría, lo hizo más fuerte.

Dentro de la casa y en su habitación durmiendo se encontraba Rose que, entre sueños, escuchaba golpes, pensó que eran ramas que se golpeaban debido a la tormenta, pero cuando escuchó gritos y más aún que gritaban el nombre de su niña adorada se sobresaltó. Rápidamente se anudó la bata y salió encendiendo

velas, miró con cautela por la ventana y se sorprendió al ver el fastuoso carruaje del duque, pero un nuevo golpe la distrajo y fue hacia la puerta, no alcanzó a abrirla cuando una mano ya lo hacía por ella.

—¿Dónde está Carol Weston?

—Durmiendo —respondió bajando la cabeza.

—Pues ve y la despiertas.

—No, no puedo hacer eso —se disculpó un tanto asustada, no sabía quién era ese hombre y menos que quería con su niña. Pero él enajenado como estaba, no escuchaba razones, hizo a un lado a la sirvienta y a grandes zancadas se dirigió hacia donde creía estaban las habitaciones, al llegar arriba abrió varias puertas hasta encontrar la que era una habitación femenina, al no encontrarla maldijo abiertamente, y al darse vuelta chocó de frente con Rose.

—¡No dijo que estaba durmiendo! —la increpó.

—Sí, sí señor, lo está ¿pero quién es usted?

No respondió a su pregunta, y volvió a atacar.

—Dígame dónde está, se lo ordeno.

Rose se atemorizó al ver los ojos encolerizados del joven y más bajito respondió.

—En el cuarto de servicio, señor, está cumpliendo su castigo —le dijo a modo de información, pero él solo escuchó lo del cuarto de servicio, la última frase no la entendió. Bajó nuevamente las escaleras y se dirigió a la cocina, no le sería difícil encontrar aquella habitación y como si hubiera un cartel, supo de inmediato al pasar por fuera de la puerta que ella estaba ahí.

Con brío abrió la puerta y a pesar de que la oscuridad lo cegó un momento, la luz que se colaba le permitió ver un bulto, sin contemplaciones caminó y la destapó.

—¡Levantase, tenemos que hablar!

Pero su sorpresa fue mayor al ver que no le respondía y al mirarla se dio cuenta de que ella estaba hecha un ovillo mojado y tiritando.

Con horror miró la escena, tenía el pelo pegado a la cara, estaba pálida,

con unos surcos negros bajos los ojos y si no fuera porque su cuerpo temblaba pensaría que estaba muerta. Con las manos temblorosas se acercó para tocarla y casi se quemó cuando lo hizo. Se sentó en la cama para darla vuelta, pero ella no se movía.

—Carol...—susurró bajito y al ver que no respondía la zarandeo lentamente—, Carol, respóndame por favor.—Ahora ya no ordenaba, suplicaba con desesperación.

En ese momento entró Rose que al ver a su niña en ese estado, palideció.

—¡Dios mío, mi niña! —exclamó poniéndose a su lado—. Está hirviendo en fiebre —chilló histérica.

Carol, con los gritos lentamente abrió los ojos, estaban oscuros y sin vida y no entendió lo que sucedía.

—Ar...Arthur —pronunció con dificultad y se desmayó.

—Carol, hábleme, no se duerma, no ahora.

Nada, la chica no reaccionaba y un temor comenzó a apoderarse de ambos. Rose se quedó sin habla al verla como temblaba incontrolablemente.

—Prepare una tina con agua fría, necesitamos bajarle la fiebre.

—No más agua fría, señor, por favor, ya ha sido suficiente castigo para mi niña.

—¿Pero de qué castigo me está hablando? —vociferó exasperado y nervioso levantando la ceja.

—Lady Holland la tiene castigada, por la pelea con su hermana, pero ella no tuvo la culpa, fue lady Grace y ahora como mi niña no se quiere casar...

No quiso escuchar más, se sentía culpable por haber pensado tan mal y haberla juzgado de antemano, sintió una pena horrorosa por ella y no estaba dispuesto a perderla, no ahora que la había recuperado, aunque fuera como un hombre que no era.

—Prepare el agua, con eso le bajaré la fiebre.

A pesar de que dudaba, Rose al ver la seguridad con que él le hablaba, hizo lo que el joven le decía y subió a preparar el baño.

Robert la acunaba entre sus brazos, con amor y cariño que brotaban incontrolables desde el fondo de su ser, le acariciaba la cara. Jamás imaginó encontrarla así, inerte, casi sin vida. Sin ninguna mala intención sus ojos recorrieron su cuerpo hasta llegar a sus piernas, que con el camisón blanco que llevaba le daban una vista privilegiada, y así podía admirar en toda su extensión el arte de pies, como decía ella.

Minutos después, Rose llegó con Charles para ayudarlo, pero él se negó rotundamente a que alguien, que no fuera él, la tocara o lo ayudara.

La tomó como si fuera una pluma. Cuando su cabeza cayó hacia atrás, casi se desmayó al temer lo peor, se volvió a sentar y puso la palma de su mano en su pecho para ver si respiraba. Los criados casi murieron al ver como aquel hombre tocaba con descaro a su niña, pero lo que ellos no sabían era que antes de hacerle daño o ultrajar su honra, él se cortaría las manos.

Cuando llegó hasta el cuarto de baño, con sumo cuidado la introdujo dentro de la tina que contenía agua helada, al primer contacto Carol reaccionó y de golpe abrió sus ojos, y dijo mirando a los ojos.

—Dígale a Robert que no se vaya, nunca más le diré que tiene cara de niño triste.

Sin saber qué hacer, el joven miró a Rose que veía toda la escena desde la puerta, ella no podía creer que su niña, activa y llena de vida estuviera así.

—Está delirando, señor, dígame que no se irá, que se quedará con ella. No tome en cuenta nada de lo que le diga, pero por favor, no la contradiga.

Arthur, que no sabía cómo reaccionar, obedeció y hundiéndola un poco más susurró en su cara.

—No me irá, niña mono..., tranquila.

—No..., me deje de nuevo, no le diré a mi papá que me besó.—Esas palabras despertaron tantos recuerdos como amarguras en ese instante, totalmente desconcertado y como pidiendo auxilio miró a Rose, la mujer entró y se arrodilló al otro lado de la tina, y comenzó a pasarle un paño mojado a Carol por la frente mientras ella gemía incoherencias.

Charles, al sentirse inútil se acercó, pero de inmediato fue alejado por Robert, él no quería que viera a Carol, no ahora que su camisola blanca mojado en su cuerpo se traslucía completamente, incluso para él que estaba más nervioso que en toda su vida era difícil obviar todo lo que se notaba.

—Charles, por favor, tráigame un frasco verde que hay en la cocina, eso servirá para bajar la fiebre.

—¡Abuela! No se vaya, ¡no me deje usted también! —gritó Carol poniéndoles los pelos de punta a todos los presentes, instantes después volvió a gritar diciendo que su abuela había muerto.

Cuando Charles volvió con el frasco en las manos, miró hacia otro lado para entregárselo a Rose, ella sacó lo poco que quedaba y abriéndole la boca se lo dio.

A pesar de lo helada que estaba el agua ella seguía caliente y seguía delirando. Arthu se sentía impotente, no podía hacer nada.

—Señor, estoy asustada, la niña no deja de temblar y su color cada vez es más pálido.

Él no contestó, estaba demasiado asustado para responder, en lo único que pensaba era que necesitaba un médico. ¡Pero ya!

—Charles, ¿hay algún carruaje en esta casa?

—No, señor, el único carruaje lo están usando los señores.

Maldijo en voz alta y rápidamente dio una solución.

—¿Tiene algún caballo?

—Sí, señor.

—Pues bien, dile a mi cochero que busque al médico de la familia y lo lleve a la mansión, préstale el caballo y tú me llevaras manejando mi carruaje.

Antes de que pudiera protestar, Rose se adelantó y bajó para cumplir la orden, seguida muy de cerca de Charles.

Cuando se quedaron solos, Carol volvió su cara hacia Robert, mirándolo sin expresión alguna susurró:

—Arthur..., está aquí —él sin importarle nada, solo sonrió y se acercó

más.

—Por supuesto, tranquila, aún tiene mucho que leerme.

Apenas podía mantener los ojos abiertos y Robert pensó que nuevamente perdería la conciencia. Pero ella haciendo un esfuerzo sobre humano y clavándole sus impactantes ojos azules, le confesó:

—Me gusta leer para usted.

—Y a mí me gusta escucharla y así quiero seguir haciéndolo, no cierre los ojos.

Lo último que Carol hizo fue regalarle una maravillosa sonrisa antes de cerrarlos.

—¿Carol...? ¡Carol! No me haga esto, abra los ojos, ¡ábralos ahora! —le ordenó.

Ella obedeció, pero ahora poseía una mirada sin vida y con un hilo de voz habló.

—Robert, ¿me daría un beso otra vez?

Sin pensar en nada y aunque sabía que nuevamente había vuelto a delirar acercó sus labios a los de ella y la besó, pero el fuego que emanaban de sus labios le mató. Hervía completamente y a la vez temblaba sin poder detenerse.

En ese momento unos ruidos provenientes del primer piso lo distrajeron y no tardó nada en escucharlos a su espalda.

— ¿Pero qué está haciendo usted con mi hija en el baño, duque?

Se dio vuelta con rabia en la mirada y sin importarle la diferencia de edad, espetó:

—Su hija está hirviendo en fiebre, le estoy salvando la vida, pero claro, eso usted lo sabría si le interesara algo más que casar a Audrey con Harry.

—Yo no le voy a permitir... —comenzó a decir Bernard, pero no pudo seguir ya que Robert lo interrumpió.

—¡Claro qué me lo va a permitir! Le estoy diciendo la verdad, ¿o por qué cree que está así? Es inhumano lo que su esposa está haciendo, ¿cómo hace que se bañe con agua fría en este tiempo? ¿Cómo no se dio cuenta de que estaba

enferma?

Bernard se dio vuelta en busca de alguna explicación de su mujer, pero ella estaba echándose aire porque estaba a punto de desmayarse, de entre medio apareció Rose para decirle que ya todo estaba listo; sin importarle la presencia de los padres de Carol, le pidió una manta y cuando se la hubo entregado, de la misma forma que la metió al agua, la sacó, la envolvió y la apegó a su cuerpo como si fuera de su propiedad.

—¿A dónde cree que lleva?

—A la mansión, ¿tiene algún problema?

—Claro que lo tengo, ¡es mi hija!

—Debió preocuparse antes —bufó y pasó por su lado con Carol completamente inerte, Bernard al verle sintió que se le encogía el corazón, incluso a Leonor le removió la conciencia.

—Allá nos espera el médico, vendrá o se quedará aquí.

—Voy con usted.

Capítulo 4

El trayecto lo recorrieron en tiempo record, los cuatro caballos del carruaje galopaban al unísono surcando las pozas de agua, era como si supieran la urgencia que llevaban, pues ni los truenos los hacían detenerse.

Al llegar a la puerta de la casa, Harry fue el primero en salir, nadie entendía nada, pero al ver a su amigo en aquel estado, en el que jamás lo había visto, corrió a su lado.

—¿Qué ocurre, Robert? —. No le contestó, parecía ensimismado en sus propios pensamientos y una vez dentro, al ver al médico, dijo:

—Gracias por acudir tan aprisa, venga por favor —le indicó subiendo a grandes zancadas hasta una de las habitaciones. Bernard seguía desde atrás todos sus pasos, estaba preocupado por su hija y cuando vio que Robert la depositaba con sumo cuidado sobre la cama, se quiso morir, su hija no se movía, incluso ya no tiritaba, el vestido pegado a su cuerpo se traslucía completamente y él como padre no podía permitir que la vieran así.

Se apresuró hasta la cama para tajarla, pero antes de que pudiera hacerlo la mano de Robert se lo impidió.

—Pervertido —espetó con fervor, pero antes de que Robert dejara caer su furia sobre él, Harry que observaba la situación se adelantó.

—Caballeros, dejemos que el médico haga su trabajo, no es el momento para discutir —habló tomando a Robert del brazo para que se apartara, pero nada, era como una estaca clavada al suelo.

—Necesito que salgan, todos —aclaró el médico—, ninguno de ustedes puede hacer nada, sí les agradecería que me trajeran ropa seca.

No había reproche que darle, las palabras del facultativo eran concisas y a regañadientes Robert aceptó, sin antes aclararle el por qué de la situación, de lo que creía y de lo que el mismo podía concluir. Bernard por su parte no podía entenderlo ¿Cómo su mujer había sido capaz de tanto?

Catherine intentaba tranquilizar a Robert, que caminaba como fiera enjaulada por el pasillo resguardando la puerta, en tanto Theresa intentaba hablar con Bernard para sacarlo del estado de estupefacción en que se encontraba. La abuela miraba a su nieto con extrañeza, jamás lo había visto así por nadie y menos por alguien que ella pensaba que no conocía.

Largos minutos después, que se le hicieron interminables a todos los presentes, el médico salió de la habitación, pidiéndole a Catherine quien era la que tenía la ropa en sus manos que entrara a vestirla, ella no lo dudó y ayudada por una de las doncellas ingresaron hasta la habitación.

Robert, antes de que el médico volviera a hablar, ya lo guiaba hasta su despacho, hubiera querido estar a solas con él, pero sabía que no podía dejar fuera al padre de Carol, Harry, que era testigo ocular, no dejaría a su amigo solo, conocía su temperamento y lo mejor sería que alguien pudiese controlarlo, antes de que la guerra civil estallara en la mansión del duque.

—Dígame, ¿cómo está Carol?

—Lo primero que deben saber es que la temperatura está por sobre los niveles normales, no sabremos a ciencia cierta qué tanto esto la ha afectado hasta que despierte. Afortunadamente, la pusieron en una bañera con agua fría.—Robert se irguió con orgullo por su pronta reacción, no pasando desapercibido por ninguno de los presentes, definitivo él era arrogante y eso lo llevaba en la sangre—. Ahora le he dado un poco de láudano para que descanse. Durante la noche la fiebre debería ceder, si no es así, tendremos que poner sanguijuelas en su cuerpo para limpiar su sangre.

—¿Pero qué es lo que tiene? —lo increpó nervioso Bernard.

—Todos los síntomas son de enfriamiento, no tiene ruidos en los pulmones, pero si debe guardar reposo por algunos días.

—¿Mañana me la puedo llevar...? —intentó decir el padre pero rápidamente Robert lo cortó.

—Lady Carol se quedará acá hasta que esté completamente recuperada, y no acepto discusiones al respecto —sentenció como si hablaran de una

negociación.

—Caballeros, por favor —volvió a interrumpirlos Harry que era el más centrado en esa oficina—, dejemos que el médico hable —dijo esto último levantando una ceja hacia su amigo.

—Mañana volveré a primera hora para ver el avance de lady Carol.

—Gracias —hablaron al unísono todos y el médico por fin después de la tensa explicación se relajó.

Una vez que hubo salido, Robert le pidió a Harry que saliera, este aunque no muy convencido, le obedeció.

—Usted, dirá —espetó Bernard, eran dos titanes los que se enfrentaban, cada uno a su modo, pero defendiendo la misma causa.

—No sé, ni entiendo por qué su mujer ha infringido aquel castigo, lo que sí sé y deseo que le quede claro, es que su hija es mi invitada y se le proporcionará todo lo necesario para su recuperación.

—¿Y eso por qué, Somerset? cual es el interés que usted tiene en mi hija, ella es una mujer comprometida —aseguró esto último recalcándose con sorna.

Robert, incómodo por esa afirmación, se removió en su silla, ese era un asunto que aún no tenía completamente resuelto, lamentablemente para él, George Philips era un hombre de bien, insobornable, eso lo había comprobado de primera mano y, aunque admiraba los hombres así, a este en particular lo odiaba. No entendía qué quería hacer ese hombre con su Carol, con «su» chica mono.

—Eso es precisamente lo que deseo discutir con usted.

—No tenemos nada que discutir sobre eso, Somerset, ya he dado mi palabra y me imagino que usted sabe lo que eso significa.

—Hablaré sin rodeos, Holland. —El hombre aceptó con un ligero movimiento de cabeza—. No quiero que su hija se despose con ese hombre.

Bernard soltó una carcajada por lo que estaba escuchando, pero esa actitud no le gustó a Robert.

—¿Y cuál sería el motivo por el que usted no quiere que se case?

—El motivo es personal. —Fue lo único que dijo cerrándose en la respuesta.

—Creo... —habló poniéndose de pie—, que no tenemos nada de qué hablar.

Al escuchar aquello Robert volvió a clavar sus ojos fieros en su ahora oponente, pero este ni se inmuto.

—Si anula el compromiso le devolveré las tierras que usted me vendió hace años y lo resarciré económicamente por tener que deshacer su palabra, como ve, usted gana —indicó, siendo el hombre de negocios acostumbrado a ganar, fuese como fuese.

Los ojos de Bernard se entrecerraron con suspicacia.

Eso era bueno, pensó Robert, significaba que estaba valorando su propuesta y al mismo tiempo eso lo degradaba como hombre, estaba a punto de intercambiar a su hija por dinero, aunque él no lo hacía mejor, estaba a punto de comprarla.

No eso no sería así.

—¿Y usted qué gana, Robert?

—Nada.

—¿Seguro?

—Duda de mi palabra.

—¿No querrá usted casarse con mi hija?

—No, no me interesa —espetó no muy convencido de sus palabras, cosa que también Bernard notó.

—Lo pensaré y se lo comunicaré en los próximos días.

—Tiene hasta mañana, lord Holland.

Bernard salió de aquel lugar para ver a su hija, se despidió de ella y al irse a su casa pensaba en la proposición de minutos anteriores. Tendría que romper su palabra, quedaría como un miserable, pero a cambio ganaría sus tierras, dinero y volvería a obtener el cariño de Carol, eso era lo único bueno de ese momento.

Robert, sentado en su imponente escritorio se agarraba la cabeza con ambas manos y no podía quitarse la imagen de ella hundida en la bañera, no podía dejar de pensarla y de sentir una y otra vez el dolor que vio en sus ojos azules sin vida. Se levantó para buscar algo que calmara sus nervios, no era un hombre acostumbrado a beber, pero eso lo tranquilizaría, no quería subir, no quería verla, esa mujer turbaba todos sus sentidos.

Una vez con el vaso en la mano miró hacia el lago recordando tantas cosas que había vivido, tan sumido en sus pensamientos estaba que no escuchó a Catherine acercarse.

—¿No la irás a ver?

—No —habló sin voltearse—, ya escuché todo lo que el médico tenía que decirme.

—¿Hasta cuándo serás un cobarde? —lo aguijoneó Cathy, no quería seguir viendo a su primo así, no era justo.

—No soy un cobarde, no vuelvas a decirme así —gruñó dándose vuelta para amedrentarla, pero esa mirada en ella no surgía ningún efecto.

—Lo digo para que te des cuenta, hoy fuiste a su casa a enfrentarla por su boda y terminaste trayéndola aquí, abatido y con la mirada perdida, temes por su vida más que por la tuya, eso quiere decir que nunca la has olvidado y eres un cobarde al no querer reconocerlo.

—No quiero tener esta conversación, Catherine.

—Porque sabes que tengo la razón —puntualizó.

—No, porque me hace daño.

—¡Pero...! —chilló desesperada al ver lo testarudo que era.

—Pero nada, ¡basta! no te entrometas en mi vida, si quieres hacer algo por mí, llama a la abuela y a Harry.

Ella no entendió y movió la cabeza frustrada, Robert era demasiado obstinado y orgulloso, pero aun así fue en busca de lo que le había solicitado.

En el salón estaban todos reunidos sin comprender nada, por eso cuando Robert con toda la calma del mundo, que no poseía en absoluto en ese momento

comenzó a hablar todos se miraron sorprendidos.

—Carol es mi invitada, quiero que la traten como tal.

—No entiendo, Robert —manifestó Theresa—, esa familia no es de nuestra clase, ¿qué quieres con esa mujer?

Tomó aire y respiró, le molestaba de sobremanera la forma de su abuela para referirse a ella, pero la entendía, él mismo estaba convencido de lo trepadores que eran en esa familia, pero la excepción era su chica mono, y él lo sabía desde ya hace muchos años.

—No quiero nada con esa mujer, abuela...

—¡Robert! —exclamó Cathy abriendo mucho los ojos.

—No, Catherine, no quiero nada con ella, únicamente quiero que en su estadía la traten como corresponde, con respeto y delicadeza, ella no es su familia —todos asintieron, nadie le llevaría la contra al duque de Somerset—, y por último y no menos importante, ella no sabe que soy Robert.

—¿Qué?! —chilló la abuela y Harry, extrañándose de que Cathy no dijera ni media palabra.

—Así es, ella cree que soy Arthur y así seguirá siendo.

—¿Arthur? ¿Y quién es Arthur!? —preguntó sin entender nada Harry, que se rascaba la cabeza, cada vez más confundido.

—Arthur es alguien que trabaja para Robert, eso es todo lo que deben saber.

—No. No me prestaré para una mentira así, Robert.

—Sí lo hará, abuela, o será mejor que a primera hora vuelva a la ciudad.

—Robert —dijo con dureza Catherine—, no puedes hablarle así a la abuela.

—¡Sí puedo! ¡Es mi casa! Y lo único que les estoy pidiendo es que respeten mi decisión, si tan difícil es, todos se pueden volver a Londres.

—Eh, cálmate, amigo. Entendemos, tranquilo.

Theresa se levantó del mullido sillón con el semblante serio, caminó erguida hasta su nieto y una vez que estuvo frente a él le habló:

—Espero que no te equivoques, Robert Arthur Seymour.

Y salió del salón directo a su habitación, no entendía nada de lo que sucedía, y menos por qué su nieto actuaba así, ¿qué había entre esa mujer y Robert? ¿Por qué ocultaba su verdadera identidad?

—Creo que se te pasó la mano, amigo —espetó Harry abandonando también la habitación.

—Cada vez más creo que Carol tiene razón sobre Robert o el arrogante como dice ella.

En ese instante se quedó solo, pero tranquilo, sabía que ninguno de su familia lo delataría. Cuando terminó de beber el tercer vaso que contenía un líquido ámbar, decidió subir a su habitación, quería descansar, su mente no le daba tregua y sentirse en la misma casa en que se encontraba ella lo ahogaba, a pesar de que los metros del lugar eran más que suficientes, se sentía prisionero, prisionero de sus propios sentimientos, ya que lo único que deseaba era correr a su lado y acunarla en sus brazos...otra vez.

Furioso, llegó a su habitación, se sacó la ropa con rabia, estaba intranquilo, se metió en la cama para dormir y no pudo, todo le molestaba, incluso las sábanas de seda, las tiró lejos, se levantó, abrió la ventana para que el aire le diera en la cara, pero al llegar al balcón y bajar la mirada recordó cuando hace un par de noches ella estaba en aquel lugar, tan hermosa como un hada mirando el lago, se maldijo una y mil veces, todo en ese lugar se lo recordaba.

Ya no podía más, sentía que su corazón iba a explotar, los minutos avanzaban lentamente y no amanecía, se le estaba haciendo eterno, pero sin poder controlarse más, decidió ir al único lugar en que encontraría paz.

Abrió la puerta con cuidado para no emitir ningún ruido, no quería que nadie supiese que estaba ahí y cuando entró, se sorprendió al verse descubierto por una de las criadas, que estaba sentada al lado de la cama.

—Mi lord —se levantó rápidamente.

—Tranquila, Mary, ¿qué estás haciendo aquí?!

—Estoy cuidando a lady Carol, el médico dijo que debía estar en

observación.

Asintió con la cabeza, acercándose un poco más, y su corazón por fin logró tranquilizarse.

—Mary, puedes irte.

—Pero...

—Yo me quedaré esta noche, regresa mañana a primera hora, descansa.

—Gracias, mi lord —dijo la mujer ocultando un bostezo, pero cuando estuvo a punto de salir, escuchó.

—Nadie puede saber que estoy acá, ¿de acuerdo?

—Sí...sí, mi lord —respondió temerosa y extrañada, pero el duque había dado una orden y ella la cumpliría.

Robert fijó sus ojos en ella, estaba ansioso por verla, la verdad es que siempre le pasaba lo mismo, su corazón se aceleraba y dejaba de pensar con claridad.

Con mucho cuidado para no despertarle, se sentó junto a ella para contemplarla, al igual como lo había hecho por primera vez hacía once años atrás. Si ella supiera cuánto la había deseado desde que había cumplido los diez años y la vio acercarse como siempre con su pelo suelto al viento y un vestido azul del mismo color que sus ojos, ¿qué haría? ¿Qué pensaría? Ese día era su cumpleaños y él nervioso le traía un regalo, un collar de plata que ella no quiso aceptar, lo que él nunca supo que para Carol eso era demasiado, ella nunca había tenido una joya así y no se sentía capaz de aceptarlo, cosa que para Robert fue una puñalada directa en su dañado corazón. Lo más seguro era que pensarán que era un perverso. Él tenía dieciséis años, era seis años mayor y así todo le robó un beso, un beso en los labios que le supo a miel, a inocencia y a un éxtasis que él jamás había vuelto a experimentar, hasta esa noche que la había besado nuevamente y con eso todas las corazas y candados se habían vuelto a abrir.

Cuando eran pequeños, ella era la que siempre lo perseguía y lo instaba a seguirla, su chica mono se enojaba mucho cuando él no le hacía caso, pero Robert adoraba ver como se enfurecía, sus mejillas núbidas cambiaban de

tonalidad a un rojo fuerte y sus hermosos ojos azules se oscurecían. Ella lo tenía fascinado, hipnotizado, incluso muy a su pesar se sentía enamorado y le molestaba que una niña lo abdujera de esa manera. Por eso y al estar totalmente seguro de sus sentimientos comenzó a separarse, a hacer su vida y buscar nuevos amigos, más acordes a su edad, pero de todas formas, Carol siempre lo buscaba y trastocaba todo lo que avanzaba, ya no podía más, no podía dejar de pensar en aquel beso robado, por eso, para alejarla definitivamente, la había humillado de la única forma que sabía que le llegaría al alma, diciéndole que era lo peor que le había pasado en la vida.

Él se marchó a la capital, pasaron los años y ambos crecieron, cada uno en su mundo y acorde a sus edades, experimentando experiencias típicas de la edad. Pero la distancia no hizo que él la olvidara, no, todo lo contrario, no podía olvidar a alguien que se le había metido en la piel, alguien que lo había conquistado desde la inocencia, solo con la candidez del que ama por primera vez, de una mirada pura.

A pesar del tiempo y la distancia ella, una tarde de Junio que no olvidaría jamás, tocó a su puerta, Carol había crecido, era toda una señorita, lo recordaba como si fuera ayer, llevaba un vestido celeste con un lazo blanco al igual que sus guantes, parecía un ángel caído del cielo en aquella tarde gris, al verla por la ventana tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para parecer el hombre racional que siempre parecía. Pero ese día, en vez de hablar como adultos, la rechazó, la volvió a herir y él lo sabía, ahora ella no era una niña, era una adolescente, pero era él el que no estaba preparado para que de un día para otro, todo lo que tantos años le había costado olvidar, resurgiera, incluso con más fuerza.

Desde ese día, comenzó a soñar seguido con ella, ya no era la pequeña niña mono, ahora se estaba convirtiendo en toda una mujer y, lamentablemente para él, muy apetecible para el sexo masculino.

Se sentía un depravado por haber albergado un sentimiento tan fuerte desde siempre hacia ella y un egoísta de marca mayor cuando iba al pueblo y

hablaba con desdén de la familia Weston, sabía por boca de otros caballeros lo mucho que admiraban a aquella mujer, siempre en las fiestas ella era el centro de atención y era él que desde la oscuridad, se ocupaba de que nadie se acercara, no se sentía orgulloso, pero sí tranquilo, no lo podía negar, era mezquino, egoísta y un arrogante cuando se trataba de su chica mono, no la quería para otro, pero tampoco la quería él.

Obligado había vuelto a la mansión del campo, tenía negocios que atender, jamás pensó estar en la fiesta que su abuela, que en nombre de él, había dado, pero el destino era caprichoso y la había puesto en su camino nuevamente. Al verla en el lago se olvidó de quién era y como una polilla que va cegado hacia la luz se acercó hasta ella, ya no había vuelta atrás, se enfrentaría como el hombre que era. Pero cuando ella lo miró a los ojos sin saber quién era, una especie de odio, rabia y confusión se empezaron a fraguar y ahora lo tenían sumido en el más oscuro limbo sin saber qué hacer.

Ya no podía más, no aguantaba más, esa pequeña altiva con lengua viperina detestaba a Robert, en tanto él la amaba cada día más.

Tenía que olvidarse de ella y de lo experimentado esos últimos días, nunca podrían estar juntos, ella lo odiaba, se lo había dicho a todos, incluso a él mismo pensando que era Arthur, sabía que si desaparecía le dolería. Pero con el tiempo olvidaría a Arthur y lo odiaría tanto como a Robert por haberla abandonado, bueno, al menos ella podría olvidar, porque él estaba seguro que jamás podría olvidar a Carol Weston, su chica mono. Esa era la única verdad, aunque no lo quisiera aceptar.

Carol se movió incomoda, como si algo le doliera, Robert se asustó, no sabía muy bien qué hacer, hasta que sus manos, como si tuvieran vida propia se posaron sobre su frente para calmarla y milagrosamente así fue, ella le regaló un suspiro de tranquilidad que le llegó hasta lo más profundo de su ser, con cuidado la arropó como si fuera de porcelana, sin dejar de mirarla, como si la necesitara para respirar.

Las horas pasaron y él no se había movido ni un centímetro, no sentía

sus piernas y aunque los ojos le pesaban no los cerraba, ella lo necesitaba y él ahora, aunque fuera por un momento estaría ahí para ella, cuidándola... nuevamente desde la sombra.

De pronto la puerta se abrió, él se giró y vio a la única persona que no quería ver, esto porque ella lo conocía demasiado y aunque le costara, no le podía mentir.

—¿Desde cuándo estás aquí, Robert?

—Desde hace un momento —mintió.

—Ah...y por eso tiene esa cara de cansado, esta vestido con pijama y la tiene cogida de la mano como si se fuera a perder.

«Dios, esa mujer no se perdía detalle», pensó.

—No me fastidies —dijo entre dientes, muy bajito para no perturbarla.

Cathy hizo como si escuchara al viento e ingresó totalmente a la habitación, se acercó hasta ellos y poniéndole la mano en el hombro respondió:

—Creo que ya es tiempo, Robert. No dejes pasar más años, no sigas torturándote por algo que no es.

—Me tortura la verdad, Cathy, y dejaré pasar todos los años que considere conveniente.

—No, Robert, el amor todo lo puede y más aún un amor como el vuestro.

—¿Pero de qué me hablas? ¿Qué estás diciendo? Esto es unilateral, ¿o no sabes qué Carol me odia?, ¿o acaso ahora estás sorda?

—No te odia, está dolida y...tú no le has explicado nada.

—¿Qué sabes del amor, Catherine? —contestó con rabia al sentirse atacado.

Ella le apretó el hombro, le dolieron sus palabras, pero conocía a su primo y sabía que hablaba así porque ella tenía razón, solo que no lo quería aceptar. Él era una especie de puerco espín, abría sus púas cuando se sentía atacado.

—El amor, Robert, es un sentimiento que puede arrasarte por completo y

devastarte la vida o darte una esperanza para vivir, soñar y creer...eso es el amor, querido primo, y tú no puedes desperdiciar una oportunidad así. Esa mujer es para ti, como tú eres para ella.

—Si yo fuera... —murmuró con los dientes apretados—, para ella, jamás se hubiera fijado en Arthur —reconoció con pesar, eso era lo que más le dolía de toda la situación, ella se había olvidado de él.

—Robert —susurró con cariño tomándolo de la barbilla para que la mirara—, sé que Carol no te ha olvidado, deben aclarar las cosas.

—¡No! —espetó molesto haciendo que Carol se moviera un poco—. Se acabó Robert, se acabó Arthur, se acabó todo, que siga su vida como yo seguiré la mía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó aterrada.

—Lo que debí hacer desde el principio —contestó poniéndose de pie, salió de la habitación sin mirar atrás, dejando al amor de su vida en manos de su prima que tenía un mar de dudas por aclarar.

Cuando Robert salió de su habitación, una vez que ya estuvo aseado, parecía que caminaba hacia una batalla, una de vida o muerte, a donde él se sabía un ganador. Esperó pacientemente a que llegara la familia Weston en pleno, sabía que irían a primera hora, aunque su humor se ennegreció cuando vio aparecer a Leonor, a ella no la soportaba antes y menos ahora, ya que la culpaba de toda la situación, pero sabía que ella sería su máxima aliada si las cosas se le complicaban, por eso como el gran estratega que era hizo entrar al matrimonio a pesar de la negativa de Bernard.

—Me imagino —comenzó a decir sentándose erguido para infundirles temor—, que su esposo le comentó el acuerdo al que me gustaría llegar —habló mirándola directamente a los ojos, sin pestañar ni amilanarse, en cambio Leonor se sintió intimidada.

—Sí...sí me lo comentó, pero...

—¿También le dijo que lo resarciría económicamente por haber empeñado en vano su palabra a George Philips y además de eso le devolvería sus

tierras sin pedir nada a cambio?

Los ojos de Leonor se agrandaron y comenzaron a resplandecer con el brillo de la codicia y fue en ese momento cuando Robert se sintió ganador de verdad, pero todavía le faltaba agregar una cosa más.

—Y por supuesto, podrá decir que me las compró a un precio justo, así sus amistades no tendrán ninguna duda de que la familia Weston está repuntando de nuevo y, para que no se note pobreza, algunos de los hombres que trabajan esas tierras estarán a su disposición, ya que mi intención no es entregarle tierras que luego no podrá cosechar, sino todo lo contrario...quiero ayudarlos.

Bernard, que se había mantenido en completo silencio, analizando la proposición y a su mujer, supo exactamente qué decir, le aceptaría todo a Robert, pero no por las razones que él creía, pero eso no se lo diría. Finalmente, sería el ganador, le devolverían las tierras y su hija favorita volvería a adorarlo como siempre.

—Somerset, todo lo que me ha ofrecido me parece perfecto, pero para que esta negociación se lleve a cabo, tengo una condición.

—¡Bernard! —exclamó Leonor girándose hacia su marido, pero este la ignoró y miró fijo a los furiosos ojos de Robert, que no esperaba ninguna objeción ni menos una condición.

—Usted, dirá —manifestó estirando su cuerpo hacia delante.

—No quiero que Carol sepa jamás que esta conversación existió, yo le recompré mis tierras y anulé mi palabra por decisión propia.

—¿No es usted mayor, Holland, para ser héroe en la batalla? —preguntó con sarcasmo mirándolo peligrosamente a los ojos, pero Bernard respondió como el estratega que era, dejándolo casi sin palabras.

—¿Y usted, su excelencia, no cree que comprar la victoria no es ganar la disputa?

Leonor se removió incomoda sobre su asiento, estaba presenciando una contienda de palabras soslayadas, donde nadie saldría victorioso y, muy por el contrario, ellos serían los perjudicados.

—Señores, por favor, si ya todo está dicho, me gustaría ver a mi hija.

—Me parece muy bien que se preocupe de la salud de su hija, lady Holland, sobre todo ahora.

—No le permito...

—No se altere, Bernard, no diré nada que su conciencia no piense, pero antes de que suban a ver a Carol, tengo una única condición y por ende la más importante.

Los Holland se miraron un segundo a los ojos y luego lo vieron a él, la situación era incómoda, el aire se podía cortar con un cuchillo.

—Carol cree que me llamo Arthur y que trabajo para el duque de Somerset, y así se debe quedar, no quiero que sepa quién soy en realidad.

—¡Cómo! —exclamó descompuesto Bernard sin entender nada, en tanto su esposa le apretaba la mano.

—Lo que escuchó, creo que es un hombre inteligente.

—Lo suficiente como para saber que usted está comprando un capricho.

—Y usted vendiendo su perdón —manifestó Robert entregándole una carpeta con la transferencia de las tierras para zanjar el tema definitivamente. Si antes creía que esa familia era arribista y aprovechadora, ahora lo confirmaba totalmente.

Leonor y Bernard salieron para encontrarse con su hija, cuando llegaron a la habitación, a él se le encogió el corazón, su niña adorada descansaba con los ojos cerrados y muy pálida. Se acercó para sentarse a su lado y susurrarle al oído que la quería mucho y esta al escuchar su voz, abrió los ojos regalándole una maravillosa sonrisa.

—Padre...

—Buenos días, hermosa, ¿cómo te sientes?

Carol tardó unos segundos en responderle, se sentía desorientada, miró la habitación y supo de inmediato que no era su casa, intentó levantarse pero Bernard al ver lo que intentaba hacer, comenzó a explicarle.

—Carol, tranquila, está en la casa del duque.

—¿Qué? ¿Pero...cómo? —comenzó a decir un tanto desesperada y al hacerlo se dio cuenta de que su cabeza se partía en dos.

—Es invitada en esta casa, anoche se desmayó y si no fuera por...Arthur que fue a ver por qué no asistió a la cena, no sé, ni quiero pensar que hubiese sucedido.

—Pero, padre, al arro..., al duque le molesta nuestra presencia.

—Tranquila, hija —interrumpió Leonor—, es su invitada, nos lo acaba de decir, solo descanse para que pueda volver a su hogar, aunque creo que acá estará muy bien cuidada y además podré venir a verla.

—Gracias..., madre.

Leonor le regaló algo parecido a una sonrisa que ella aceptó gustosa, pero la conversación se vio truncada cuando entró el médico junto con Catherine.

Pidió que todos salieran ya que ella debía ser examinada y además descansar, no era conveniente que se esforzara.

A regañadientes, todos salieron, excepto el médico y su nueva amiga. Después de revisarla y darle la medicación, le indicó que debía quedarse tranquila, le explicó su estado e hizo hincapié en que debía descansar por un par de días.

Una vez que todos se hubieron ido, Cathy se sentó a su lado y Carol la abordó nerviosa.

—Debo irme, no quiero que Arthur tenga problemas por mi culpa.

—¿Y por qué va tener problemas?

—Lo sabes mejor que nadie.

—Escúchame bien, Carol. Sé y estoy totalmente de acuerdo contigo en que mi primo es un arrogante, pero quédate tranquila, de verdad no hay ningún problema, se podría decir que ellos están de acuerdo, han firmado una especie de paz y Robert no se interpondrá, lo que si te digo, es que si no te acuestas, me iré y te quedarás sola y aburrida. ¿Entendido?

—No lo sé, hay algo que no me gusta —reconoció acostándose, estaba

cansada y sentía el cuerpo pesado, no tenía mucha fuerza, incluso le faltaba hasta para discutir.

—¿Quieres que te lea algo? No seré tan buena como tú, pero puedo intentarlo —dijo cerrándole un ojo—, ¿qué quieres escuchar?

—Lo que quieras, Cathy, elije algo de tu agrado, yo encantada te escucharé.

—Perfecto, le diré a Mary que le traiga el desayuno mientras busco algo que leer.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmuró.

— ¡Claro!

—¿Dónde está Arthur?

—Eh... —contestó un tanto complicada—, veré si lo encuentro para que hables con él.

—Oh, no, no es necesario —respondió poniéndose nerviosa, no era propio que un hombre la visitara en la habitación, pero tenía tantas preguntas que hacerle, que se debatía en su propia moral.

Cathy salió de la habitación riendo, sabía qué era exactamente lo que tenía que hacer, lo primero era avisarle a la criada y luego sin siquiera tocar entró en la oficina, donde Robert se encontraba de espaldas mirando al lago.

—¿Qué quieres, Catherine?

—Veo que tienes ojos en la espalda.

—No es eso, pero eres la única capaz de entrar sin tocar.

—Eh...bueno, como sea. Vengo a informarte que Carol está bien.

Robert se dio vuelta lentamente, levantó una de sus perfectas cejas y con expresión de suficiencia respondió:

—Lo sé, el doctor Charles ya me lo ha informado, incluso ya le dije a la cocinera que le prepare un buen desayuno, con miel, como le gusta a ella.

—¿Miel?

—Así es —recordó riendo—, no te imaginas lo que es capaz de hacer por un poco de miel, esa niña no le teme ni a las abejas.

—Es una mujer —corrigió con sorna—, y ya me lo imagino. Pero he venido a hacerte una pregunta.

—Tú dirás —respondió molesto al ver la expresión de sabelotodo de su querida prima.

—¿Qué crees que le gustará a Carol para leerle?

—La última enciclopedia que he traído, eso íbamos a leer —confesó con rotundidad—, ¿por qué?

—Porque le he prometido que le leería, esa mujer —habló recalcando su condición—, es difícil de mantener quieta.

Robert asintió con la cabeza y una sonrisa melancólica.

—Y quiere ver a...Arthur.

—No es posible, me marcho a la ciudad ahora, cuando mis maletas estén listas.

—¿Qué? ¿Cómo qué te vas?

—Así es, regreso a Londres, tú y la abuela se quedaran, cuando Carol se pueda ir, ustedes verán qué desean hacer.

—No entiendo, para qué la trajiste si vas a huir como un cobarde.

—No huyo.

—Sí lo haces, mentiroso. Estás actuando como un cobarde y no quiero ni pensar en lo que hiciste para que el conde de Holland desista del compromiso.

—¡¿Y tú cómo lo sabes?!

—Eso no te interesa.

—Catherine, dímelo ¡ahora! —gruñó furioso y por primera vez la asustó.

—¡Lo escuché! Lo escuché de la boca de Lady Holland.

—Eso no es asunto tuyo.

—Argg, eres imposible, Robert, me voy a buscar la enciclopedia para no decirte lo que pienso, lo único que espero es que Carol te perdone y no compare a Arthur con el arrogante.

—Se enojará un tiempo con Arthur, pero lo olvidará, al igual como lo hizo con Robert —anunció muy a su pesar con los ojos vidriosos.

—No te mereces su amor, ni como Arthur ni mucho menos como Robert..., ella se merece a un hombre, no a un cobarde y seré yo quien la ayude a ser feliz.

—No te entrometas, Catherine, te lo prohíbo.

—¡Sí! —ladró poniéndose las manos en las caderas—. ¿Cómo me lo impedirás? ¿Cómo Robert? ¿Cómo Arthur?, no querido, ellos son un par de cobardes y orgullosos que no saben ver el amor aunque lo tengan frente a sus narices.

—¡Qué sabes tú del amor! —bufó molesto, temía realmente a la amenaza de ella, pero eso no se lo diría.

—¡Lo sé porque estoy absolutamente enamorada de un hombre que no sabe que existo! que cualquiera le parece más interesante que yo —gritó con lágrimas en los ojos, dejando a Robert realmente sorprendido y sin nada que decir.

¿Cathy estaba enamorada? ¿Pero de quién? Era ella la que no quería pretendientes y se negaba a hablar del tema.

Ella salió disparada hacia la biblioteca, necesitaba tranquilizarse antes de volver a subir.

Robert, al quedarse solo en su despacho, sintió la necesidad de salir corriendo del lugar, se estaba asfixiando en sus propios pensamientos, debía alejarse antes de que se diera por vencido y perdiera su propia batalla. Subió a grandes zancadas, no le importaba si su equipaje no estaba preparado, se alejaría ahora de aquella mujer que le remordía la conciencia. Pero al pasar por fuera de su habitación, se detuvo como si una pared le impidiera el paso, lentamente, posó la mano sobre la puerta, como si así la pudiera sentir, cerró los ojos y al no sentir nada, abrió.

La habitación estaba a oscuras, las cortinas cerradas aún daban la impresión de estar de noche, entornó los ojos para poder ver mejor y al notar que ella no estaba, sin importarle nada habló:

—¡Carol! ¿Dónde está? —gritó histérico al no verla.

—Estoy acá —respondió Carol saliendo de detrás de las cortinas—, estaba observando por la ventana. Necesitaba ver el lago —reconoció abrazándose a sí misma, ella no esperaba que Arthur entrara y menos que la viera así. Pero a él no le importó, posó su mano en su espalda obligándola a acostarse, ese simple contacto hizo estragos en ambos corazones. Más en el de Robert que en el de Carol, que no sabía cómo reaccionar a ese tipo de emociones.

—No debe levantarse.

Estaba con el semblante serio, no le parecía que ella desobedeciera, pero muy dentro sabía que ella era incorregible y que si se sentía bien, deambularía por la habitación sin preocuparse por su salud. Robert no quería mirarla, ella podía con su voluntad, la doblegaba con solo una mirada, se acercó hasta la chimenea e introduciendo unos maderos habló:

—Vengo a despedirme, me vuelvo a la ciudad —dijo apretando los ojos, esa era una decisión que le dolía profundamente y no se dio cuenta de su presencia hasta que sintió una mano cálida sobre su espalda.

—¿Por qué se va? —preguntó temerosa.

—Para qué esté tranquila, me llevo al ogro a Londres —murmuró levantándose lentamente para quedar erguido mirándola. Ella levantó la barbilla y sorprendiéndolo lo abrazó.

—Prefiero estar intranquila...pero con usted..., Arthur.

Esas palabras se le clavaron en el corazón, dañándose aún más.

—Es una mujer comprometida, Carol, no lo olvide y este no es un comportamiento aceptable.

—Arthur, yo...

—No se preocupe, esto será lo mejor para usted, aunque ahora no lo entienda.

—Una no puede mandar sobre sus sentimientos, yo no amo a George Philips y usted lo sabe. No me casaré, Arthur.

Su corazón, con esa frase, comenzó a cicatrizar, conocía demasiado a esa

mujer y eso lo dejaba muy tranquilo, posó una mano en su espalda acercándola aún más a su cuerpo y con la que le quedaba libre acarició su precioso y sedoso cabello.

—No cometa una locura —susurró pegando sus labios a su cabeza para besarla, necesitaba empaparse de su olor, eso le daría fuerzas para su partida, sería la última vez que estaría junto a ella.

—Sé lo que tengo que hacer, Arthur...ya no hay vuelta atrás, no puedo vivir prisionera en esta vida, sería un ente caminando hacia un precipicio inexistente.

Cómo le dolía escuchar esas palabras, lo único que lo consolaba era saber que el fatídico matrimonio no se realizaría jamás, eso aliviaba su dolor, aunque él no se lo pudiera decir.

—A veces —suspiró—, en la vida, cuando menos se lo espera, las cosas buenas suceden.

Ella tomó aire, se armó de valor y lo contempló con los ojos húmedos y el cuerpo más sensible que nunca, estar en sus brazos calmaba cualquier dolor que tuviese.

Robert la miró anonadado, jamás había visto esa mirada, no se atrevió ni siquiera a pestañar.

—Arthur, ¿puedo pedirle un favor antes de su partida?, tengo el presentimiento que será el último —preguntó de improviso con pesar.

—Yo también lo creo, Carol Weston —reconoció mirándola con una ternura infinita, deseaba perderse en ese lago transparente que eran sus ojos, deseaba protegerla y cobijarla para siempre, pero eso no podía ser, para ellos el tiempo ya había pasado y debía enterrar sus sentimientos—. ¿Qué desea? —«Mi chica mono», pensó en silencio.

—¿Me puede...besar? No quiero morir en vida, sin haberlo hecho.

Robert soltó el aire que no sabía que guardaba en sus pulmones, la miró con dulzura y le sonrió con gratitud.

—¿Nunca la han besado, lady Carol? —preguntó esperando una sola

respuesta y con eso sabría que ella ya lo había olvidado.

Carol cerró los ojos recordando el momento y con el rostro enrojecido por la vergüenza respondió con la sinceridad que la caracterizaba.

—Mi primer beso...podría decirle que fue un error, pero mentiría, tuve un primer beso del que nunca me olvidaré cuando era una niña y me gustaría que con usted fuera él último Arthur.

Nervioso y descolocado por lo que escuchó, luchando contra sus propios sentimientos, acunó el rostro níveo de su ángel entre sus manos y con la voz temblorosa preguntó:

—¿Está segura?

—Sí... —reafirmó con firmeza, permitiendo que él se acercara más a sus labios con cuidado.

Carol lo miró hipnotizada por el brillo de sus ojos asintiendo con timidez y cerró los ojos para recibirlo con el corazón, Robert supo en ese momento que caería en su propia perdición, abriendo por fin todos los recuerdos y olvidando todos los esfuerzos por borrarla de su vida, pagaría un alto precio por el último beso...el del olvido...el del adiós.

—Yo la besaré para que nunca me olvide —anunció para que en un pacto tácito ellos se recordaran. Carol se paró en puntillas y subió sus brazos al cuello de Arthur.

Ese beso fue un cúmulo de emociones, sabía al néctar de los dioses, donde cada uno, a su manera, se estaban entregando al último beso de amor que tendrían en la vida, era una mezcla de cuentos de hadas y ardor de necesidad, no era nada comparables con los besos que Robert había dado durante su vida, este estaba impregnado de inocencia, candidez y amor, amor del que no se olvida, amor del que uno puede vivir para siempre, solo con saberse amado.

Con delicadeza Robert lamió su labio, para después introducir su lengua y al primer contacto ella abrió los ojos, no esperaba más que unir sus labios, pero eso no era un beso, no al menos el que Robert quería entregar.

—Abra los labios, Carol, déjeme acariciar su lengua con la mía —le

pidió, le imploró mientras acariciaba su rostro para darle valor, era claro que ese era su primer beso, no como el que le había robado hace años mientras se bañaban en el lago.

Carol obedeció y con más vergüenza que antes, cerró los ojos sosteniéndose ahora de sus hombros, ya no tenía equilibrio para hacerlo en puntillas, su corazón bombeaba demasiado acelerado para tener estabilidad.

Robert introdujo su lengua en su casta boca, y succionó la suya como si fuera un lobo hambriento ávido de su presa, y ella se dejó hacer, enterrando sus uñas en sus hombros para que no dejara de besarla. En un principio, Robert pensó que la asustaría, pero no, y eso hizo que quisiera más, no quería que ese momento acabase jamás, era la gloria, la batalla ganada sin importar los heridos que se dejaban en el camino.

Robert pensó que ya era suficiente, era un caballero, y ella para él, nunca dejaría de ser su niña mono. Quería que lo recordara como tal, aunque lo odiara más adelante. Pero ese momento marcaría sus vidas para siempre.

Carol se mantuvo con los ojos cerrados, le costaba respirar, estaba agitada, pasó su lengua por sus labios para quedarse con la humedad de Arthur en su cuerpo para siempre y cuando abrió los ojos para mirarlo, vio en los ojos de él, algo que la transportó al mundo de los recuerdos, se separó de inmediato asustada por lo que veía.

—Lo...lo siento, esto no debió...

Robert puso su dedo en su boca para que no siguiera hablando y dándole un casto y húmedo beso en la frente, se despidió:

—Adiós, Carol Weston, ha sido un honor conocerla, lo mejor que me ha pasado en la vida, no lo olvide... por favor.

Y así salió de la habitación con el corazón latiendo a mil, dejando a la única mujer que amaba y amaría por el resto de sus días.

Capítulo 5

Catherine que había entrado sin ser oída, se quedó pasmada al ver el beso de amor que se estaban dando su primo y su querida amiga, aunque no pudo dejar de sentir una envidia sana al verlos, el hombre de su vida había partido hacia otras tierras ya hace un par de años, abandonándola a ella y a su corazón. Pero no perdía la esperanza de encontrar a algún hombre para volver a amar, y mientras eso sucedía, honraba ese sentimiento con sus convicciones tratando de ayudar a otros. Por eso y en honor a lo que ella encontraba tan importante, decidió quedarse fuera de la habitación esperando a Robert que se sorprendió cuando salió.

—No la abandones, Robert, no te niegues la oportunidad de ser feliz.

—Nuestro amor es imposible, Cathy.

—No hay amores imposibles, Robert...hay amantes cobardes.

Como un toro que estaba siendo apuñalado caminó hasta su prima arrinconándola contra la pared, pero ésta muy por el contrario a asustarse le hizo frente mirándolo directamente a los ojos.

—Deje...de...meterte...en...mi...vida —gruñó con los dientes apretados.

—Está bien, Robert, me riendo, solo una última cosa te diré, podrás borrarla de tu mente, pero jamás de tu corazón y eso lo sabes mejor que yo.

Molesto salió de ahí, ahora no solo necesitaba imperiosamente alejarse del amor de su vida, sino que también de su prima, ella con su sabiduría recientemente adquirida en el arte del amor lo estaba matando, lo mejor era que huyera como el cobarde que quería ser.

Cathy dejó pasar unos minutos antes de ingresar a la habitación y cuando lo hizo se sorprendió al ver a su amiga llorando.

—¡Carol! ¿Por qué lloras?

—Porque se acabó, amiga mía, ya no habrá futuro para mí.

—No digas eso, tranquila.

—¡No puedo! ¡Me caso!

—Debes estar tranquila.

—Es que tú no entiendes, por eso no me puedes comprender.

—Entonces explícame.

—Me iré a la Hermandad de la Caridad de Bristol, no puedo vivir con un hombre sin amor, cuando sé que mi corazón es de otro.

—¿De Robert?

Ella negó con la cabeza sin mirarla.

—¿De Arthur?

—No lo sé, no sé qué siento, soy una desvergonzada, le pedí un beso. ¡Un beso! Cathy, por Dios. Y lo peor es que me gustó, me gustó sentir su calor, sus manos. Dios, me voy a ir al infierno o me quemarán como a Juana de arco.

Cathy rio sin poder evitarlo, no podía negar que era cómico lo que su amiga le decía, hubiera querido decirle lo que escuchó, pero no podía.

—Por favor confía en mí, todo va a salir bien, no cometas una tontería, Carol, tú sabes que...si ingresas a la hermandad ya no podrás salir, ¡es casi una esclavitud por Dios!

—Lo sé, lo sé.

—Pero...¿de verdad quieres hacer eso?

—Prefiero sacrificarme cuidando huérfanos que casarme con George o cualquiera que me impongan.

—Escúchame bien, Carol, ahora me vas a prometer que no pensarás en ello, si no le pediré al médico que te dé cloroformo. Yo sé que las cosas se arreglarán.

—Y... Arthur, ¿por qué él no me dijo nada? nunca me dice nada, a veces pienso una cosa y luego... no sé qué pensar. —En un acto reflejo se llevó las manos a la boca—. ¡Dios mío! ¿Y si está comprometido y yo lo besé? Ahora sí que no tengo perdón del Todopoderoso.

—¡No! No está comprometido, él es así, orgulloso y testarudo —aseguró

y le obligó a recostarse, Carol estaba débil, y además debía dormir.

Así pasó el día entero, acompañada de su amiga que no se separaba ni a sol ni sombra. Incluso la duquesa había ido a verla durante la tarde.

Los días pasaron, Carol descansaba gran parte del tiempo, y el médico la visitaba a diario. Llevaba cuatro días en aquella mansión, ya era considerada una más, hasta Theresa se asombraba con lo culta que era la muchacha, le podía hablar de cualquier tema y ella sabía responder apropiadamente, lo único que le molestaba era tener que soportar a lady Holland.

Carol no veía a sus hermanas desde que se había enfermado, eso porque Bernard se los había prohibido, solo irían a esa casa para lo estrictamente necesario, por eso solo permitía que su mujer fuera en nombre de la familia.

Esa noche, era la última de Carol, al otro día volvería por fin a su casa, y con eso comenzaría a planear su huida.

En esos días no había podido dejar de pensar en Arthur, en sus labios, pero siempre que lo hacía, se le venía el recuerdo del beso de Robert, se maldecía por ello, por juntar aquellos recuerdos que tan diferentes ella creía que eran.

Pero por Robert su odio se había acrecentado, no solo se había llevado a Arthur, también se había llevado a Harry, y ella podía imaginarse el dolor de su hermana, incluso ahora la podía entender, porque ella creía que su corazón estaba quebrado, o al menos le faltaba una parte.

—Mira lo que te he traído para la tertulia de esta noche, querida amiga.

—Cathy, no debiste molestarte.

—Claro que sí, quiero que te veas maravillosa y asombres a las invitadas de mi abuela.

—Eso pretendo hacerlo con la literatura, no con costosos atuendos.

—Amiga mía, siento decirte que para esas señoras, lo uno va tomado de la mano con lo otro —aseguró la chica entregándole un maravilloso vestido de terciopelo—. Este te quedará maravilloso, cuando estés lista, ve a mi habitación para terminar con el peinado. Una doncella te ayudará a vestirte.

Luego de algunas vicisitudes no muy graves con el corsé, por fin terminaron de vestirla. Era primera vez que tenía una prenda tan suntuosa como esa y no quería estropearla por nada del mundo, por eso la trataba con tanto cuidado. Una vez lista fue a la habitación de Catherine.

Cuando entró, la joven se quedó pasmada al verla con el vestido de terciopelo gris con una cinta azul, vuelos de encaje y un prendedor de perlas, y en los brazos unos guantes blancos de cabritilla. A Carol le costaba un poco caminar, ya que los zapatos de tacones que llevaba eran un poco más altos de los que estaba acostumbrada y aunque no quisiera reconocerlo, la buena ropa sí marcaba la diferencia.

—¡Maravilloso! Me atrevería a decir que sé de un caballero que si te viera así se postraría a tus pies.

—¡Cathy! —chilló un tanto azorada por el comentario.

—Bueno, bueno, un par.

Ambas comenzaron a reír con ganas. Entre ellas el buen humor siempre reinaba, era como si se conocieran de toda la vida.

Una vez que estuvieron listas, maquilladas y peinadas, ambas parecían princesas, se veían finas y elegantes, pues sí era verdad que la ropa hacía una gran diferencia.

—Me encantaría estar en la ciudad para poder salir a cenar a un buen restaurante, estoy segura de que seríamos el centro de atención de mucha gente.

—A mí me gustaría ir a la ópera vestida así, me siento como...

—Una reina, Carol, eso es lo que eres, no lo olvides.

Bajaron la escalera plétóricas de alegría, aunque en su interior Carol estaba nerviosa, rara vez asistía a reuniones de sociedad y por primera vez a una tertulia literaria, que para ella era un gran acontecimiento. Lady Jane, una señora anciana y con estampa de reina fue la primera en saludarla amablemente cuando ingresó en la habitación. En el otro extremo del salón, casi una decena de señoras conversaban animadamente de poesía y Carol lo único que quería era unirse al grupo.

—Oh, querida que gusto me da verte tan repuesta —saludó Theresa feliz al verla tan elegante. Ella tímidamente se acercó, pero cogió valor cuando Cathy la tomó de la mano y la guió directo al grupo. Bastaron solo un par de minutos para que ella se integrara en la conversación y acaparara toda la atención.

La velada transcurrió maravillosamente bien, las señoras estaban asombradas al escuchar tantas cosas que sabía la joven. Por su edad, nadie se esperaba que supiera tanto, y era Cathy precisamente que la instaba a seguir hablando, ella era la única conocedora de su secreto, y no porque su amiga se lo hubiera contado, si no que Robert se lo había mencionado en una infidencia.

Carol se sonrojó al escuchar tantos elogios a su persona, pero se sorprendió aún más cuando la señora Theresa la llamó para que se hicieran una foto junto a su nieta.

El fotógrafo había llegado temprano, ese era un gran evento social y las fotografías eran para el periódico más importante del país, por eso Carol jamás pensó si quiera en aquella posibilidad.

—Lady Carol, ¿me permite hacerle una fotografía?

—¿A mí?

—Creo que es lady Carol Weston, ¿o me equivoco? —bromeó Cathy, tomándola del brazo para llevarla junto a la chimenea, que según su amiga era la mejor colocación.

No hubo derecho a réplica, a pesar de que estaba muy nerviosa, aceptó en silencio todas las indicaciones del fotógrafo, la verdad es que se veía majestuosa en aquella posición, estaba delante del gran ventanal que daba al lago.

Una vez que las visitas se hubieron ido, su excelencia le pidió a las chicas que compartieran un último té, la verdad es que ella quería seguir indagando, cada vez estaba menos sorprendida de por qué su nieto quería ayudarla, pero no entendía el motivo del secreto respecto a su nombre y eso era lo que quería averiguar.

—Abuela, no creo que sea bueno que Carol se quede hasta muy tarde,

debe descansar.

—No, Cathy, no te preocupes, será solo un momento.

—Bueno, siendo así, me retiro, estoy exhausta —se despidió con un beso en la mejilla de cada una y subió hasta su habitación, y fue ese momento el que Theresa aprovechó de preguntar:

—Querida, ¿podría hacerte una pregunta?

—Claro, la que sea, su excelencia —respondió poniéndose tensa sin saber por qué.

—¿De dónde conoce a Robert, mi nieto? —preguntó directo y sin rodeos.

Carol se sintió incomoda, se reacomodó un par de veces en el cómodo sillón, e hizo como que se sacaba una pelusa imaginaria antes de contestar.

—No lo conozco...demasiado, solo lo he visto un par de veces, y de eso ya ha pasado mucho tiempo. ¿Le incomoda? —se atrevió a preguntar ella ahora.

—No, querida, en absoluto, es únicamente que necesito entender algunas cosas.

—Si le incomoda mi presencia...

—Carol, no le voy a mentir, no tengo necesidad de hacerlo. En un primer momento no entendí, pero ahora que la conozco un poco más, creo que es una estupenda persona, pero sigo sin entender algunas cosas, aunque... —dijo poniéndose de pie—, sé que no debo preguntar más —concluyó con resignación en sus palabras.

Carol sintió que le debía una mejor explicación, sobre todo en honor a todo lo que la familia estaba haciendo por ella, podía ser pobre, pero la educación era primordial, y de eso ella entendía mucho.

—Lady Theresa, soy amiga de Arthur, nos conocimos hace algunos días, por eso él le pidió a su nieto que me cobijara aquí unos días.

—Eso es lo que no comprendo —reconoció moviendo su cabeza de un lado a otro, sabía que se estaba metiendo a un terreno pantanoso, pero ella era mayor y en esta ocasión, sospechaba algo —. Dices conocer a Robert y hablas

de Arthur.

—Disculpe, no entiendo lo que no comprende.

Theresa sabía que no debía seguir preguntando, no al menos si no quería levantar sospechas, ahora tenía algo más claro, esa muchacha no recordaba a su nieto, y eso debía ser por algún motivo importante.

—No te preocupes, querida, sube a descansar, ha sido un largo día.

—Gracias, gracias por aceptarme en su casa y permitirme participar esta noche.

—Créeme, querida, ha sido todo un placer, a veces hay que conocer a la gente en profundidad para poder comprender algunas cosas.

Carol subió a su habitación, sin comprender mucho a lo que se refería la duquesa, pero estaba tan cansada por los nervios de la velada, que tampoco quiso pensar demasiado. Su mente al llegar la noche comenzaba a fantasear con los labios húmedos de Arthur.

A la mañana siguiente, Carol ya tenía todo listo para marcharse, se despidió de cada uno de los empleados de la mansión, y con un gran abrazo de Mary, ella había sido la que más se había preocupado cuando estuvo enferma.

Al llegar al salón, notó que Catherine bordaba triste en el sillón, incluso la señora Theresa parecía ida en ese momento.

—He venido a despedirme.

—¡Carol! —exclamó poniéndose de pie Catherine, dejando el bordado a un lado—. Te voy a extrañar tanto.

—Estaremos en contacto, podremos seguir viéndonos, al menos por unos días —respondió cerrándole un ojo.

—Adiós, lady Carol, de verdad ha sido un placer conocerte.

—Para mí también ha sido un placer, duquesa, y cuando lo desee, podemos comentar algunos libros.

—Me temo, querida —indicó poniéndose de pie para dirigirse a la ventana—, que será hasta el próximo verano, volveremos a la ciudad, tengo asuntos que resolver con mi nieto.

—Oh, no lo sabía, pensé que se quedarían un tiempo más —expresó con pesar.

Y así, con sentimientos encontrados abandonó la mansión, cuando el cochero comenzó marchar, el sol brilló sobre ella, y pensó que esa sería una buena señal para lo que ahora tendría que enfrentar. Cathy la miraba desde la ventana, sintiéndose profundamente en soledad, en pocos días ella había encontrado más que a una amiga a la hermana que nunca tuvo.

La última cosa que Carol vio al doblar la esquina, fue su lugar favorito en el mundo, su árbol junto al lago.

El trayecto se le hizo muy corto, no se dio ni cuenta cuando el cochero ya se detenía frente a la puerta de su casa.

Lord Holland quien estaba nervioso esperándola desde el alba, fue el primero en salir a recibirla y ella al contrario de lo que hubiera hecho en algún otro momento, no corrió para abrazarlo, caminó con paso lento hasta quedar frente a él.

—Buenos días, padre —saludó protocolarmente, partiéndole el corazón de inmediato.

—¿Y no hay un abrazo para mí?

Carol lo abrazó sin ganas.

—Disculpe mi actitud.

—Carol, hija, creo que tenemos que hablar antes de que esta situación empeore.

—Ya no puede estar peor de lo que está, pero no se preocupe, en lo que me queda de tiempo no les causaré ningún problema.

No pudo seguir hablando porque desde dentro de la casa salió corriendo Audrey para abrazarla. Por fin su hermana estaba en casa, la necesitaba tanto, ella era además su confidente y ahora tenía tantas cosas que contarle.

—¡Carol! ¡Hermana! Te extrañé tanto.

Carol la abrazó con igual fervor, necesitaba ese contacto, ese cariño fraterno que decía mucho más que simples palabras no profesadas.

—Vamos, Carol, tenemos tanto de que hablar.

—Audrey —advirtió Bernard con tono autoritario, él había hablado con sus dos hijas, y de la que más temía era de la mayor, no porque fuera desobediente, sino por la lealtad que ambas se tenían.

—Sé cómo son las cosas, padre. No es necesario que me lo recuerde —dijo tomando a su hermana de la mano para comenzar a caminar.

Una vez dentro, Leonor y Grace se acercaron a ellas.

—Madre, Grace, buenos días.

—Hija querida, que gusto que estés tan recuperada, y qué vestido más hermoso el que llevas puesto.

—Gracias, lady Catherine me lo ha obsequiado hoy.

—Yo también quiero usarlo —intervino Grace—, no lo vayas a estropear.

Audrey tomó la mano de su hermana para que dejara pasar el comentario y Carol cerró los ojos sabiendo que ya estaba en su hogar, su dulce hogar, donde siempre había minas que detonar.

—Me lo quitaré ahora para no estropeártelo, hermana, ¿y sabes? te lo regalo.

—¡Pero, Carol! —chilló Audrey—. Es un presente de Cathy.

Ella solo le cerró el ojo, eso hablaba más que cien palabras.

Rose salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal para abrazar a su querida niña y Carol corrió a sus brazos, causando una punzada de envidia en su madre, cuando la acunó sintió un nudo en la garganta, tenía tantas cosas que contarle, ella era más que la empleada de la casa, era la mujer que la había criado, a la que quería como si fuera su propia madre.

—¿Mi niña, cómo está? Está más delgada, le preparé una sopa de pollo para que recupere sus fuerzas.

—Gracias, Rose.

—Carol —la interrumpió su madre—, no tardes, tu padre te espera en el despacho.

—En un minuto estaré con él, madre.

Audrey atrajo a su hermana, la necesitaba con ella, requería de su calor para seguir adelante, aunque por dentro se sintiera traicionándola, sabía que ella nunca la perdonaría cuando supiera la verdad, pero su padre había sido muy claro, nadie podía enterarse de la verdad y eso la obligaba a callar.

Una vez que estuvieron lejos de las miradas de todos, se sentaron en la sala de bordado y fue Carol la primera en hablar.

—Dime ¿cómo estás?

—Bien, como siempre —respondió con la mirada fija en uno de los bordados que había tomado, justamente para esquivar los ojos de su hermana.

Carol, que la conocía muy bien, con todo el amor del mundo, la tomó de la barbilla y con sutileza la obligó a subir la cara.

—Dime cómo estás, cómo está tu corazón, y no me engañes, Audrey Weston.

Los ojos de su hermana se pusieron brillantes y acuosos, Carol al percatarse soltó su rostro y la abrazó fuertemente. Audrey dejó salir el llanto que tenía contenido. Carol la escuchaba y le dolía tanto como a ella, ella también sufría la pérdida de Arthur, pero lo que en realidad no sabía era que Audrey lloraba por Harry y por ocultarle una gran verdad.

—¿Por qué cuando encuentro a alguien que se cuele en mi corazón se va? ¿Acaso estoy destinada a ser una solterona?

—Cálmate, él volverá.

Sorbiéndose la nariz, Audrey levantó su cabeza y sin mirarla se puso de pie, se apoyó en la ventana y con la vista perdida aclaró:

—No, Carol, lo de Harry y yo se acabó antes de comenzar.

—¿Pero qué dices, Audrey? Si fue por el arrogante que él se tuvo que marchar—«Y por mi culpa», pensó también.

—No —negó con la cabeza—. Harry vino a verme la mañana antes de irse, me dijo...que no podía estar conmigo, que yo era una gran mujer pero no lo suficientemente buena para él.

—¡Qué! ¿Pero quién se cree que es ese conde de pacotilla? Esto...esto debe ser obra del duque, estoy segurísima de eso.

—No, Carol. No es su culpa, y si lo fuera, ya no hay nada que hacer, él tomó una decisión y yo no haré nada para volver a llamar su atención.

—Pero...

—No, Carol, y es por eso que quería hablarte.

—¿Conmigo?

—Sí, he tomado la decisión de irme con la tía Charlotte.

—¡Qué! ¡Estás loca! Esa señora es...es tan extraña.

—No lo es, Carol, es estricta y...

—¡Tú lo que estás haciendo es huir, huyes de tus sentimientos y de ti misma! —chilló un tanto fuera de sí.

—¡¿Yo?!

—¡Sí, tú!

—Y tú, Carol, ¿acaso no pretendes huir?

—Eso...eso es diferente, pero no estamos hablando de mí. No te puedes ir a vivir con esa vieja amargada que jamás nos ha querido.

—Ya le he enviado una carta, le he pedido ser su dama de compañía.

—Audrey, no por favor, no serás feliz en la ciudad, no conoces a nadie.

—No voy por la vida social, voy a ocuparme de la tía Charlotte, como bien ha dicho es mayor, y necesita a alguien que cuide de ella, y nada mejor que la familia para eso.

—Hermana —volvió a repetir, pero esta vez acercándose para tomarle las manos—. Harry no es el único hombre en el mundo, tal vez...

—Ya está decidido, Carol, no hay vuelta atrás, si la tía Charlotte acepta, me mudaré con ella, además no veo cuál es tu negativa, deberías estar feliz por mí, en su casa podré pintar, que es lo que siempre me ha gustado.

—Es que no entiendes, ¿para qué tienes esa cabeza además de para peinártela? ¡Allá serás su esclava!

—Se acabó, punto y final, es mi vida y yo hago con ella lo que se me

plazca, en unas pocas semanas estaré viviendo en la ciudad. Esperaba que te pusieras feliz por mí, pero veo que tu egoísmo se antepone a mi felicidad.

—No, no, Audrey, te juro por lo más sagrado que tengo que no es por egoísmo, es que la tía Charlotte no me gusta, no me fio de ella.

—Pues yo sí, y eso es lo que cuenta, ¿no?

Carol se agarraba la cabeza con sus dos manos, su hermana cometería una locura y ella no se lo podría impedir.

En ese momento Grace abrió la puerta para avisarles que la comida ya estaba servida, que las esperaban en el comedor. Audrey fue la primera en reaccionar y salir casi huyendo del lugar.

—Esto no ha terminado, Audrey.

—Para mí sí, además mi madre está completamente de acuerdo.

—Y cómo no, sí seguro que eso le traerá algún beneficio —resopló mientras la seguía de mala manera.

En el salón, ya todos estaban sentados esperándolas, y Carol recordó que su padre la había estado esperando.

—Disculpe —fue lo único que le dijo, pero Bernard con una sonrisa casi avergonzada le indicó que se sentara.

—Bueno, aprovecharé esta instancia en que estamos todos reunidos para darles una noticia.

—¿Iremos a alguna fiesta?! —chilló Grace ya casi aplaudiendo.

—No —fue la tajante respuesta de Bernard, que los hizo callar a todos—. Lo que les voy a comentar es algo que va dirigido a Carol.

Audrey tragó saliva, ya sabía lo que vendría.

—Si es para comentarme que el señor Philips está próximo a venir y que debo comportarme...

—Silencio, Carol. Soy yo la que está hablando.

«Sí, pero es algo que me atañe a mí», pensó pero calló.

—Bueno, quería comentarles que he hablado con George Philips y le he dicho que no habrá boda.

—¿¡Qué!?! —chillaron al unísono Grace y Carol.

—¿¡Cómo?!?

—Creo que no es un buen candidato.

Carol se levantó de la silla sin importarle nada y se abalanzó a los brazos de su padre.

—Gracias, gracias, gracias, no sé cómo agradecerse, padre —decía mientras lo besaba. Bernard se sentía nuevamente querido por su hija, y su pecho se hinchaba de felicidad.

—¿Pero, pero y su palabra? —quiso saber la más pequeña.

—Ya lo arreglaré, esa es una cuestión entre hombres.

—Padre, no entiendo, digo, no es que no esté feliz, ¿pero...?

—Creo que no es lo mejor para ti, eso es todo.

Audrey, incomoda con la situación pidió permiso para retirarse y Leonor que la conocía muy bien, la autorizó.

—Le juro que trabajaré el doble para que no le afecte tanto, me levantaré más temprano si es necesario para poder colaborar con la finca.

—No es necesario, Carol, las cosas seguirán como hasta ahora, incluso habrán algunos cambios.

—¿Cambios? —preguntó sin entender nada.

—Oh, sí, vuestro padre —se adelantó Leonor—, ha recomprado al duque de Somerset sus tierras.

Carol abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Pero de dónde ha sacado el dinero?

Bernard fulminó a su esposa, no quería contarle aún a Carol ni a nadie nada sobre las tierras, su hija no era tonta y ahora debería darle una muy buena explicación.

—La cosecha de este año me dará muy buenos dividendos, con eso y algunos ahorros podré recomprar las tierras, solo que el duque ya me ha dado su permiso para utilizarlas.

—Pero, ¿no sería mejor que invirtiera ese dinero en comprar más

animales?

—¡Cielo santo! —chilló Leonor—. ¡Por Dios! Es lo único que me faltaba, que una de mis hijas hablara de campo como si fuera hombre, esto es demasiado para mi corazón.

—¡Madre! —dijeron las dos hijas.

—Esta vez estoy de acuerdo —manifestó Bernard, no era verdad, pero no quería que su hija, la más inteligente de todas ahondara más en el asunto—, este es un tema de hombres, así que las cosas por fin en la familia se comenzarán a arreglar.

Todos asintieron con la cabeza, y el tema no pasó a mayores. Carol se sentía feliz y libre otra vez, quería correr, saltar y gritarle a los cuatro vientos que era libre, ¡no tendría que marcharse!

Al terminar la comida salió, necesitaba correr, sin saber cómo sus pies la llevaron al lago, a ese donde había conocido a Arthur y años anteriores a Robert, por primera vez en muchos años no tuvo un pensamiento negativo hacia él, incluso le agradecía que le diera aquella oportunidad a su padre.

Toda la tarde estuvo pensando en esta nueva oportunidad que le brindaba la vida y que esta vez la aprovecharía al máximo, después de todo, no sabía por cuánto tiempo estaría libre. Quería ver a Arthur, necesitaba contarle la noticia, y por primera vez en la vida, caminó a la mansión para tocar su puerta. Esperaba que ver a Cathy pero su decepción fue mayor cuando la sirvienta le indicó que esa misma mañana se habían marchado.

—¿Puedo escribirle una carta?

—Claro, una vez a la semana viene el mensajero. Yo feliz se la entrego, lady Carol, pase.

La criada la llevó hasta la biblioteca y Carol no pudo evitar recordar la última vez que estuvo ahí con Arthur, aquel hombre que no se podía sacar del corazón.

Cogió una pluma y sobre un papel comenzó a escribir.

Querida amiga:

Te escribo para darte la más maravillosa de las noticias. ¡No me caso! Eso significa que no me iré a la hermandad y que por supuesto nos volveremos a ver. Por otro lado, quisiera comentarte de un gran acto de nobleza que su primo, el arrogante, ha hecho. Le ha vendido a mi padre las tierras que una vez él compró, aunque sigo encontrándolo pedante, se lo agradezco, por otro lado quisiera pedirle que le entregue esta carta a Arthur.

Se despide ya extrañándola

Carol Weston.

Arthur:

Me he debatido en mis propios principios para escribirle esta misiva. Lo primero que deseo que sepa es que no me casaré, no sé qué sucedió, pero mi padre ha desechado su palabra. Solo espero que no le traiga consecuencias con su honor. No sé por cuánto tiempo esté soltera..., pero quería lo supiese.

Y aunque no debería decírselo, le echo de menos, y añoro nuestras pláticas a la orilla del lago, y extraño nuestras lecturas.

Disculpe si le molestó alguna de mis palabras en esta carta, pero en lo primero que he pensado al enterarme ha sido en usted. Por favor no vaya a creer que soy una mujer descarada por escribirle, es solo que... quería que lo supiera.

Carol Weston.

Cuando concluyó cerró las cartas y las puso en un sobre, la lacró con cera y como no tenía sello, sobre la cera tibia dibujó un triángulo. Ese sería su símbolo, siempre había querido hacerlo, pero nunca había tenido la oportunidad.

Al retirarse, ya al atardecer sintió pena y añoranza, pero luego al llegar a su hogar cambio su expresión y sonrió para ocultar su dolor. No sabía si hacía

bien al haberle escrito a Arthur, pero era lo que el corazón le dictaba.

Luego de la cena en que muy pocas palabras se cruzaron, ya que tanto ella como su hermana Audrey tenían los pensamientos en otros lugares, todos se retiraron, ella no sabía dónde dormiría, así que decidió ir en dirección a la cocina.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó Leonor

—A mi habitación.

—Tu habitación está en la segunda planta, Carol, ¿o ya lo has olvidado?

Esa respuesta la llenó de alegría, y así como era de espontanea fue a abrazarla con cariño, con dulzura y sobre todo con agradecimiento. Leonor también la acunó en sus brazos, aunque no con tantos sentimientos, incluso ella fue la que terminó aquel gesto con una palmaditas en la espalda de su hija.

—¿Puedo, por favor ir a despedirme de Rose?

—Que sea rápido —respondió altiva, le molestaba que esa mujer, una simple criada significara tanto en la vida de su hija.

Carol agradeció con una auténtica sonrisa y caminó decidida hacia la cocina, como no la encontró, fue hasta su habitación, ahí se encontraba la anciana arreglando un vestido, cuando la vio, de inmediato se puso de pie para ver si necesitaba algo, pero Carol le aclaró que solo deseaba el calor de sus brazos, tenía ganas de apoyar la cabeza en aquel seno maternal y llorar hasta que se sintiera bien, hasta que su dolor por la pérdida de Arthur desapareciera, hasta que la rabia por la partida de su hermana cesara, pero ella no lloraba, es más, ella encontraba que esa era una gran debilidad femenina. Pero estaba resentida por muchas cosas, su vida era un auténtico vaivén, no sabía que le deparaba el futuro y por cuánto tiempo seguiría viviendo bajo el calor familiar, pero de una cosa estaba segura, lo aprovecharía al máximo, porque no dudaba que pronto su padre encontraría algún nuevo candidato para ella y esta vez no habría vuelta atrás, de eso sí estaba muy segura. Movié la cabeza para quitarse las ideas y estoicamente aguantando el llanto habló:

—Rose, ¿puedo preguntarte algo?

—Lo que quiera, mi niña.

—¿Qué sucedió cuando vino Arthur?

—Ese joven estaba preocupado, nunca había visto a un hombre tan nervioso como él. Gracias a él usted está bien ahora, hizo de todo para que le bajara la fiebre.

—¿Cómo de todo?—preguntó verdaderamente intrigada, ese era un gran vacío, no tenía ni la menor idea de lo que había sucedido, y la curiosidad la estaba matando por dentro.

—Si no hubiera sido porque el joven la metió en la bañera...

—¡Qué! ¿¡Cómo qué en la bañera!?! —exclamó abrazándose a sí misma como si con

eso se cubriera de algo. La anciana al ver aquel gesto sonrió y comenzó a explicarle para que se tranquilizara y así fue como sucedió. Se despidió de la criada agradeciéndole todo.

Cuando llegó a su cuarto se quedó un par de minutos observando que grande y espacioso era, nunca lo había visto de esa manera, claro, nunca lo había perdido tampoco. Al ver a su hermana durmiendo quiso ir hasta su cama. Audrey dormía acurrucada con la almohada, estaba tan tranquila que parecía un ángel, con cuidado se acostó detrás y la abrazó, esa era la única persona en el mundo con la cual no podía estar peleada.

Capítulo 6

Los días transcurrieron más oscuros para Carol, se sentía triste y solitaria, su corazón estaba afligido, ya que en lo más profundo de su ser, ella esperaba alguna respuesta de su querido Arthur, aunque fuera para decirle que se alegraba por ella, pero nada había sucedido. Y por eso cuando sentía que la pena la invadía, en la soledad dejaba escapar una sola lágrima, no ocurría con mucha frecuencia, pero sentía que eso le descomprimía el alma, no sabía por qué, pero ya no había momento del día en que no pensara en él, en sus labios o en sus fuertes brazos rodeándole la cintura.

Después de los quehaceres de la granja, acudía al lago para leer, pero ya no estaba leyendo novelas o enciclopedias, ahora leía poesías, esas que jamás le habían gustado, ahora eran su lectura predilecta, cada día sentía que lo quería un poco más y daría cualquier cosa por volver a verlo, incluso en alguna ocasión fue a la mansión con el pretexto de saludarlos, pero en realidad no era otra cosa que para saber si el mensajero había llevado algo.

En la ciudad Robert estaba más insoportable que de costumbre, odiaba a Arthur y la forma en que Carol se refería a él. Cuando Catherine le entregó la carta, pensando en que se pondría feliz, jamás imaginó su reacción, tiró todo lo que estaba sobre el escritorio, arrugó la carta y vociferó palabras que su prima ni siquiera sabía que existían. Ella no entendía nada, no había leído la misiva, pero conocía a Carol y no entendía el por qué de su reacción.

Dejó pasar unos días y como era su costumbre, entró al despacho de su primo sin tocar y lo encontró leyendo la carta, este al darse cuenta de que era ella resopló y ella se defendió:

—Oh, yo también me alegro de verte.

—¿Qué quieres?

—Saber qué es lo que te sucede.

—Nada, vete tengo mucho trabajo que hacer.

—¿Y por eso estás leyendo por centésima vez la carta de Carol?

Robert la arrugó y la tiró sobre la mesa, ya no aguantaba más, quería desahogarse y con la única persona que podía hacerlo era con su prima. Aunque eso siempre le traía consecuencias, ella daba siempre con la respuesta adecuada y por supuesto la más dolorosa.

—Es que no entiendo —vociferó agarrándose la cabeza con las dos manos—. ¿Por qué Carol le escribe a Arthur y le dice que lo extraña?

Catherine tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reír a carcajadas, Robert estaba celoso, ¡pero de él mismo!

—Escucha —comenzó mordiéndose la mejilla por dentro para no sonreír—, Carol lo extraña porque se convirtió en un buen amigo. Alguien en quien confiar y creo que alberga más que un sentimiento de pura amistad.

—¡Esto es el colmo! —bufó levantando las manos—. Tiene que olvidarse de él.

A Cathy le costaba creer lo que escuchaba y con su habitual modo de ser lo aguijoneó.

—Se besaron, eso no es cualquier cosa para una mujer.

—¡Yo también la besé y no parece haber significado mucho! —gritó.

—Por Dios, Robert, o te calmas o esta conversación llega hasta acá —aseguró Catherine poniéndose de pie muy decidida. Él al ver aquella reacción se obligó a serenarse tomando nuevamente la carta entre sus dedos.

—Yo también la besé, Cathy —volvió a decir pero esta vez más bajo como si se avergonzara de solo recordarlo.

—¡Por supuesto que la besaste! ¡Y no una, sino dos veces, Robert! ¿Es que no ves que estás celoso de ti mismo? —exclamó exaltada ella ahora.

—No —respondió tajante—. Fue Arthur quién la besó.

—¿Estás demente? ¡Tú eres Arthur! ¡Eres Robert Arthur Seymour, duque de Somerset!

—¡No! ella olvidó a Robert, olvidó a su amigo y lo reemplazó por

Arthur, ¿sino cómo me explicas que no lo recuerde?

Cathy de verdad se sentía sobrepasada, no sabía cómo hacer entender a Robert y esta vez creía que necesitaba ayuda.

—No te enojés, Robert, pero... creo que necesitas ayuda.

—¿También crees que soy un perverso? —preguntó casi en un hilo de voz agarrándose la cabeza.

—No, Robert, ¡cómo se te ocurre!, pero me estás hablando de Arthur como si fuera otra persona y...

—Es otra persona para Carol.

—Pero porque no te recuerda, para ella también debe haber sido muy fuerte haberte perdido, por eso...por eso no debe recordarte.

—¡Pero yo sí la recuerdo! ¡Y cómo Robert!

—Sí, porque tú la amas desde siempre.

—Me estoy volviendo loco —espetó nervioso. Cathy se asustó, jamás lo había visto perder la cordura—. No tengo perdón de Dios, además de perverso soy un monstruo..

—¡Robert! ¿Qué tontería estás diciendo?

Pasaron segundos, minutos de completo silencio que se le hicieron eternos a Cathy, donde ella pensaba en cómo ayudar a su primo y él se devanaba los sesos buscando una solución, hasta que la encontró.

—Necesito, necesito que me hagas un favor.

—Sí, claro, lo que sea, ¿dime?

—Quiero que te vayas a la mansión y hagas una fiesta. Le presentes amigos, si ella se enamora de alguien, yo me la podré sacar de la cabeza, no quiero que piense más en Arthur.

—¿Qué? ¡Ahora sí perdiste la cabeza!

—No —negó—, tú misma me lo has dicho. Cathy, por favor, te lo imploro... —Jamás en la vida lo había visto suplicar, y menos con aquel fervor, a ella le partía el alma verlo así, y en el nombre del cariño que le profesaba haría cualquier cosa por ayudarlo.

—Está bien, Robert, me iré en unos días, pero prométeme que pedirás ayuda, te aconsejen y... te ayude a entender.

Robert se levantó, se irguió en el mismo y con la esperanza de olvidar le dio un gran beso en la frente a su prima y caminó hasta la puerta.

—¿A dónde vas?

—A una fiesta.

—¿De quién?

—De alguien que no conoces y donde no te dejarían entrar.

—Entonces no será nada bueno.

—Será bueno para mi cuerpo.

—Pero no necesitas algo para tu cuerpo —espetó molesta sabiendo perfectamente a lo que se refería—. ¡Necesita algo para la cabeza!

—Bueno, eso también —reconoció saliendo rápidamente del lugar.

Llegó a casa de su buen amigo Harry, que no tenía mejor semblante que él, añoraba a Audrey más de lo que quería reconocer, pero creía que ella era una aprovechadora al igual que su familia, y él quería una mujer que lo amara por cómo era, no por lo que poseía. Lo único que no le cuadraba, era como aquella mujer de cara dulce y mirada angelical podía ser una víbora interesada en el dinero, sino hubiera sido por su hermana, él jamás se hubiera enterado de los verdaderos sentimientos de aquella pérfida mujer.

La mañana en el campo era una de las más frías, sobre todo a esa hora en que Carol terminaba de sacar los huevos de las gallinas para llevárselos junto con otras cosas a su querida Lucy. Al llegar hasta su casa, le extrañó que la pequeña Lilly no saliera a recibirla, tocó la puerta y al abrirla se encontró con su amiga demacrada.

—Pero qué tienes, ¿estás enferma?

—No —contestó y tosió un par de veces—. Yo estoy bien, es Lilly la que

lleva enferma unos días, ya no sé qué hacer para que deje de toser.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó caminando directo a la habitación que ocupaba la pequeña junto a su madre, y al verla ahí tirada y sin ánimos de nada, temió lo peor.

—Lleva varios días con tos, pero ahora su respiración es más pausada y ha comenzado a afiebrarse.

Carol la destapó para poder comprobarlo, y así fue, la pequeña hervía en fiebre, recordó lo que hizo Arthur y le pidió a su amiga que llenara la tina con agua fría. En un principio ella dudó, pero luego sin más alternativa le obedeció.

—Necesitamos un médico —habló con determinación Carol.

—No tengo como pagarlo, no tengo nada —respondió y se puso a llorar desesperada, era claro que nada podrían hacer sin un médico.

—Quédate con Lilly, cuando esté fría llévala a la cama y arrópala, yo volveré luego.

—¿Dónde vas? ¿Qué harás?

—Tranquila, amiga mía, en breve volveré con un médico.

—¡Pero no tengo dinero!

—Yo lo arreglaré, ¿no se supone que los médicos hacen un juramento?

Carol salió rauda de la casa, afuera ya comenzaba a llover, así que se apresuró lo más posible, deseaba tener un caballo en ese momento, pero no era así y tampoco pasaba ningún carruaje por el camino, corrió todo el trayecto hasta llegar pueblo, buscó la consulta del médico y la ayudante le dijo que este se había ido a ver unos pacientes, Carol pensó en esperarlo, pero sabía que Lilly empeoraba cada vez más.

—¿Dónde puedo conseguir otro médico? —preguntó asustada.

—Cerca de la iglesia está el doctor Gallowey, pero no sé si...

Carol no la escuchó, salió como alma que lleva el diablo en su búsqueda. No fue difícil dar con él, ya que en su casa había un letrero que lo anunciaba con bombos y platillos.

Tocó la campana un poco más fuerte de lo normal, una señora canosa

salió a recibirla y la miró de arriba a abajo antes de preguntar:

—Sí, ¿qué necesita?

—Al médico por favor.

—No sé si la podrá atender, está ocupado.

—¡Es una emergencia!

—Todos dicen lo mismo, espere aquí. Veré qué puedo hacer.

Los segundos que tuvo que esperar se le hicieron interminables, cuando estaba a punto de tocar, la señora salió nuevamente y le indicó que pasara. La dejó en un recibidor que estaba enmarcado con varios diplomas y ella atentamente los leyó uno a uno. De repente se sobresaltó cuando alguien a su espalda carraspeo.

—Gracias al cielo, señor —le dijo al hombre de delantal blanco y cara de pocos amigos.

—¿Qué necesitas?—preguntó en tono despectivo, Carol estaba con ropa vieja, y además por la carrera se había rasgado en el faldón, eso sin contar con que estaba salpicado de barro.

—La hija de mi amiga está muy enferma, con mucha fiebre, no le quiere bajar...

—Llévala al hospital —le cortó.

—No puedo, no aguantaría el viaje, y su madre no tiene carruaje ni caballo, y además está muy débil, venga por favor.

—¿Y tienes dinero para pagarme? —investigó levantando una ceja.

—¿Cuánto necesita?

Cuando le dijo la suma, supo que sería imposible de conseguir, ella tenía algunos ahorros, pero esa cantidad ni en sus mejores sueños, y tampoco podría pedirle a su padre, ya que se imaginaba que no se la daría y no tendría.

—Si me da unos días...

—Si quieres que vaya, me debes pagar —recalcó dándose la vuelta para dejarla.

—Pero usted hizo un juramento hipocrático para salvar personas.

—Por supuesto —reconoció molesto por ser enjuiciado—, pero tú deseas que yo acuda a domicilio, y yo no hago caridad.

—Señor, por favor, se lo suplico —pidió y fue en ese momento en que se le ocurrió una idea—. Deme solo hasta mañana, le prometo que tendrá su dinero.

—¿Y cómo me puedo fiar?

—Lo único que tengo en este momento es mi vestido, no está nuevo pero...

—¿Y crees que ese vestido andrajoso me servirá?

Carol se dijo a si misma que tuviera calma, que eso era lo que salvaría a su amiga y tragándose su orgullo le dio su dirección, y le juró por todos los santos que al otro día volvería con el dinero.

—Está bien, y más te vale que no me estés engañando.

Carol le agradeció y se subió al elegante carruaje del médico, ambos se dirigieron al lugar y ella vio una expresión nada agradable en el hombre cuando al bajar se dio cuenta que el camino a la entrada de la casa estaba completamente embarrado. ¿Y qué esperaba si la lluvia era copiosa?

—Pase por aquí —. El médico la miró con incredulidad, él no pensaba pasar por un charco y ensuciarse sus finísimos zapatos de charol, Carol al ver su expresión y tragándose la rabia nuevamente se sacó el abrigo y lo tiró al suelo para que pasara por sobre el y así no ensuciara sus zapatos. Él ni siquiera se lo agradeció, solo caminó.

Dentro de la casa Lucy rezaba arrodillada a los pies de la cama, al sentir el sonido de la puerta le volvió el alma al cuerpo, esperó y rezó porque Carol viniera acompañada y su cara cambió completamente al darse cuenta de que venía con un hombre que traía un maletín.

—Gracias al cielo, por favor pase por aquí.

El médico respingando la nariz y sin tocar nada la siguió, destapó a la pequeña y comenzó a examinarla, luego de unos minutos en que solo se concentró en Lilly, mirándolas por encima de sus lentes preguntó:

—¿Hace cuánto que está así?

Lucy comenzó a responder todo lo que el médico le preguntaba y después de deliberar y anotar algunas cosas en su libreta respondió:

—La pequeña tiene «La fiebre».

—¡Dios mío! —exclamó Carol—. Es mi culpa, yo la tuve y la contagié.

—Es posible, pero ahora nada se puede hacer, le daré un jarabe y volveré con otra dosis mañana. Ahora lo que usted debe hacer es ponerle paños fríos para que la fiebre baje, no podemos permitir que suba, y además debe darle algún alimento liviano, está muy débil, por eso su respiración es tan irregular.

Ambas asintieron, Carol se sentía culpable y Lucy aterrada por ver lo que sucedía con su pequeña.

El médico les dio las últimas indicaciones para el cuidado de la niña. Carol fue la que puso más atención, puesto que Lucy solo lloraba abrazando a su hija.

Una vez que el médico estuvo afuera, dentro de su carruaje le dijo:

—Vendré mañana, señorita, si cree en Dios, récele con todas sus fuerzas.

—Ella es fuerte, se pondrá bien, ya lo verá.

—Eres muy optimista.

—Tan optimista como que siempre supe que usted me acompañaría.

El médico rio y cerró la puerta para alejarse del lugar.

Dentro de la casa las amigas hacían todo lo que el doctor les había indicado.

—Lucy, iré a mi casa y volveré, me quedaré esta noche.

La pequeña tosió y comenzó a ahogarse, Carol fue la primera en reaccionar levantándola un poco, Lilly se desesperaba por que el aire no le entraba a los pulmones y Carol con templanza le hablaba para que se tranquilizara y de a poco comenzaba a respirar, mientras le soplaba aire sobre su nariz. Lucy observaba toda la escena como si no estuviera presente, estaba aterrada de perder a su hija.

Por otro lado la hora avanzaba y Carol debía ir a su casa, en un momento en que vio que la pequeña dormía tranquila le avisó a su amiga que ya pronto

volvería.

—Pero...

—Tranquila volveré, confía en mí, no pasará nada.

Carol volvió a correr por segunda vez en el día, ahora el frío le calaba los huesos y sin abrigo lo sentía peor, seguro nevaría. Al llegar a su casa entró como un torbellino y se dirigió hasta el despacho de su padre que estaba con uno de los peones, pero ella no tenía tiempo para esperar, y sin importarle nada como metralleta comenzó a hablar, Bernard al ver la expresión de su hija no tuvo motivo para decirle que no, ella lo en agradecimiento lo abrazó y fue en busca de algunas cosas.

Al pasar por la cocina rápidamente le relató los hechos a Rose, esta al igual que su patrón, se sentía orgullosa de su niña y le dio un consejo que Carol agradeció.

A Leonor y sus hermanas por supuesto que no les pareció nada bien lo que Carol hacía, pues era ponerse en peligro por alguien que ni siquiera valía la pena, pero eso a ella no le importó, fue hasta la habitación y sacó el elegante vestido que pensaba vender, y así cargada de consejos y aquella prenda de ropa volvió corriendo a casa de su amiga.

Se alegró al saber que al menos en ese tiempo la pequeña estaba igual, le dijo a Lucy que pusiera cerilla de vela en un papel y se lo trajera, cuando lo hizo lo puso en el pecho de la pequeña tal como Rose se lo había indicado, luego envolvió el cuello de la pequeña con un calcetín. Así en turnos se quedaron toda la noche despiertas cuidándola, cada vez que tosía era Carol la primera en reaccionar.

La mañana llegó y la pequeña seguía igual, lo único bueno es que tal como había dicho el doctor, la fiebre no subiría si ellas seguían sus indicaciones.

—Voy al pueblo antes de que venga el médico.

—¿Tardarás?

—No, estaré lo antes posible.

—¿A qué vas, Carol?

Ella no podía contarle la verdad, no quería que se sintiera culpable, no podía revelarle la intención de vender aquel vestido tan bonito, su amiga no lo aceptaría, así que rápidamente se inventó una excusa y salió del lugar.

El día estaba muy helado y Carol rogaba al cielo porque no nevase, si no las cosechas sufrirían las consecuencias, y eso no sería nada bueno para su padre, miró al cielo y vio que pronto caerían las primeras gotas de agua. Se apresuró aún más.

Cuando por fin llegó al pueblo, no tardó en llegar a la tienda del señor Loch, él compraba todo lo que uno quisiera vender, era un usurero y ella lo sabía, pero no podía hacer nada.

—Creo que es la primera vez que vienes tú y no tu distinguida madre a mi tienda —fue lo primero que le dijo antes de saludarla.

—Para que vea que las sorpresas existen, señor Loch.

—¿Qué necesitas?

Carol inocente que era le relató toda la historia de su amiga y su pequeña hija, luego le enseñó el vestido para ver cuánto le podía ofrecer.

Loch lo miró y lo examinó exhaustivamente, el vestido estaba intacto, le podría sacar un muy buen precio al venderlo, pero aun así, estaba mucho de la cifra que la chica le había mencionado.

—Está en perfectas condiciones, pero solo te daré un cuarto de lo que me pides.

—Pero...pero lo necesito todo señor, ya le he explicado para que es.

—Niña, te estoy dando más de lo que mereces por el vestido, y eso lo hago para ayudarte, no soy la casa de la caridad, a no ser... —habló el hombre mirando algo que a todo el mundo le llamaba la atención,

—Dígame por favor, haré lo que sea —él hombre levanto una ceja y se relamió los labios, había conseguido algo que jamás pensó obtener, algo que era más escaso que el oro pero valía mucho más cuando se sabía trabajar, y él sabía muy bien donde mandarlo para ganarse una pequeña fortuna.

—Te daré todo lo que necesitas, incluso un poco más para que puedas

gastar en lo que desees —le aclaró frotándose las manos antes de tiempo.

Carol, asintió con la cabeza dando un paso hacia atrás nerviosa por como la veía el hombre, pero debía ser valiente, por Lilly y por su amiga.

—Dígame, por favor —habló con la voz entre cortada.

—Quiero tu hermoso cabello.

A la joven no le salió ni el habla, estaba estupefacta al escuchar su proposición, instintivamente se agarró el cabello como protegiéndolo.

—Piensa que es por tu amiga, y además volverá a crecer. Tómallo o déjalo, no tengo tiempo para perder —espetó para que ella se apresurara en tomar la decisión, Carol sabía que era importante, cerró los ojos y se acercó al mostrador.

—Haga lo que tenga que hacer, pero me dará un cuarto más de lo que le he pedido o no habrá trato.

—¡Eso es demasiado! Y eres tú la que necesitas el dinero.

—Disculpe las molestias entonces, señor —dijo jugándose la última carta, al menos si tenía que desprenderse de algo tan personal, esperaba sacarle un buen partido.

—¡Alto! —gritó—. Está bien, tú ganas, te daré lo que pides.

«Yo no gano, pero mi amiga sí», pensó y se dejó cortar su hermoso y sedoso cabello, apretó los puños y los dientes para no derramar ni una sola lágrima mientras escuchaba cómo la tijera cortaba sus mechones.

Al terminar se llevó la mano a la cabeza y un escalofrío le recorrió el cuerpo al notar que este le llegaba un poco más arriba del hombro, se puso un mechón rebelde detrás de la oreja y muy estoica estiró la mano para recibir si dinero.

El hombre con una gran sonrisa que no podía disimular sin ningún sentimiento de culpa le entregó todo lo que habían pactado, y antes de que ella se fuera le dijo:

—Espera, toma, creo que esto te servirá —indicó entregándole un sombrero de paño con una pequeña ala, Carol se lo puso y como correspondía se

lo agradeció, solo con murmullo de voz. Aun no creía lo que acababa de hacer.

Al salir el frío se le coló por el cuello y la hizo estremecer, ahora había viento y no tenía su larga melena para que la cubriera.

Comenzó a caminar de regreso a la casa, cada vez que pensaba en su hermoso cabello, apretaba el fajo de billetes que tenía en la mano derecha y suspiraba para darse ánimos y se decía a si misma que el cabello le crecería y Lilly estaría bien, eso era lo único importante, nada más.

Al divisar la casa, se apresuró cuando vio el carruaje del doctor. La puerta estaba junta, como si la estuvieran esperando, se sacó la capa que la cubría del frío y la dejó en el sillón, se hundió un poco más el sombrero y tomando aire un par de veces fue a la habitación.

—¿Cómo está la niña, doctor?

—Mejor de lo que esperaba, ha reaccionado bien, y gracias a sus cuidados todo marcha correctamente, el papelito ese —indicó despectivamente refiriéndose al que contenía esperma de vela—, parece servirle, aunque son los medicamentos que le he administrado los que están haciendo la mejoría.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Carol acercándose a la pequeña para darle un besito en la frente.

—Vendré esta tarde nuevamente, pero pueden quedarse tranquilas, la pequeña estará bien. También le dejaré este frasco de jarabe, con esto disminuirá la tos.

—Gracias, doctor —habló con lágrimas en los ojos Lucy—, no sé cómo agradeceréelo.

—De nada, es mi trabajo.

—Doctor, me acompaña por favor —indicó Carol instándolo a salir, no quería hacer ninguna transacción delante de su amiga.

El médico le obedeció y una vez ya estando en la pequeña sala Carol contó el dinero y estirando su mano se lo entregó.

—Esto no cubre todos mis honorarios, pero como ya te había dicho el valor, respetaré lo pactado.

—Gracias.

Dicho esto, el petulante como Carol ya lo había bautizado se fue hasta donde verdaderamente quería estar.

—Amiga, estoy tan feliz por Lu, incluso ya noto el color en sus mejillas.

Carol acercándose a su lado la abrazó, y por supuesto Lucy lo hizo también, en tanto se fundían en un fraterno abrazo, alguien tocó a la puerta. Sorbiéndose las lágrimas las amigas fueron a abrir, y al hacerlo se encontraron con la radiante sonrisa de Audrey.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno, he traído comida para ustedes y un caldo especial que ha preparado Rose para Lilly, pero si no lo quieren...

—¡No! ¡Sí lo queremos! —gritaron las amigas riendo y Audrey con el garbo que le caracterizaba ingresó a la casa, era la primera vez que iba en su vida, pero no le costó nada ubicar la pequeña cocina.

—Gracias por el gesto —agradeció Lucy disponiendo de inmediato tres cuencos para tomar la sopa.

—Las amigas de Carol, son mis amigas —contestó cerrándole uno de sus ojos.

Las tres se sentaron en la mesa y fue Audrey quien volvió a hablar.

—Carol, ¿dónde están tus modales? —la regañó cariñosamente su hermana.

—Tengo las manos limpias —enseñó mostrándoselas con una pícaro sonrisa.

—No es eso.

—¿No? —preguntó sin entender.

—Es el sombrero, Carol —aclaró Lucy haciéndole un gesto.

—Ah...era eso —titubeó un poco. Y con una expresión entre broma y una pizca de miedo se lo quitó, dejando sin palabras a las mujeres.

—¡Dios mío...no! —chilló Audrey en tanto Lucy estallaba en un sonoro llanto que la dejó perpleja incluso a ella.

—¿Tan mal me veo? —intentó bromear con la voz entre cortada.

—¿Pero...pero qué has hecho?

—Escúchame bien, Lucy, el médico había que pagarlo, no robé, no pedí prestado y utilicé algo que es completamente mío, y...y por lo demás volverá a crecer.

Lucy se levantó para abrazar a su amiga, ese gesto decía mucho más que cualquier palabra para Carol, en cambio para ella era el verdadero sentido de la amistad, de la familia, porque ella así consideraba a la joven, más que mal era la única persona en el mundo que siempre estaba a su lado, en las buenas y ahora en las malas.

—¡Tu cabello! Tu hermoso cabello, Carol, ¡eras lo más hermoso que tenías! Dios mío, ahora sí que ha nuestra madre le dará apoplejía.

—Calma, Audrey, volverá a crecer, y no creo que le dé una apoplejía, pero si ocurre, tú no te preocupes, mía y solo mía será la culpa.

—Es que no entiendes, los hombres...

—¡Alto ahí! Yo no necesito agradecerle a ningún hombre, y si fuera así, sería terrible que únicamente me quisiera por mi cabello, ahí sí que estaríamos mal, hermana, muy mal.

—No, no, no quise.

—Perfecto, entonces tema cerrado y serás tú misma la encargada de hacerme hermosos peinados para que no parezca un chico.

Carol extendió sus manos y se las tomó a ambas apretándoselas un poquito y mirándolas alternadamente a los ojos les habló:

—Yo soy más que un cabello bonito. Lucy, no te sientas culpable, porque sé que hubieras hecho lo mismo por mí, y lo que me sobró es para ti, no me digas que no, porque harás que esto no haya valido la pena —y mirando a su hermana siguió—: confío en que me apoyes, sé que no será fácil enfrentarse a nuestra madre, pero es por una buena causa, y si tuviera que hacerlo nuevamente, lo haría feliz y por favor, dejemos de hablar y comamos, que me muero de hambre.

—Eres una gran mujer Carol, ojala yo algún día pudiera ser como tú — confesó su hermana hinchada de orgullo.

—Tú eres tú, con defectos y virtudes y yo, bueno soy como soy, con más defectos que otra cosa, pero las adoro con todo el corazón.

Así pasaron varios minutos hasta que las dos chicas se acostumbraron a mirar a Carol con normalidad, luego fueron a la habitación y le hicieron guardia a la pequeña.

Entrada la tarde, después de la visita del médico, Audrey regresó a su hogar, sola sin su hermana, porque esta se quedaría un día más.

La noche fue mejor que la anterior, de hecho esta vez pudieron dormir de corrido, ya que la fiebre de Lilly había bajado.

A primera hora la pequeña tenía la energía de siempre, fue ella incluso la que se acercó hasta Carol y con una gran sonrisa le entregó los lápices.

—¡Mi, princesa! —exclamó al verla levantada—. Debes estar acostada.

—*Quedo pintad* —le dijo con la dulzura que la caracterizaba.

Carol miró a Lucy que aún dormía, le indicó con un gesto que guardara silencio que volviera a la cama, le trajo un buen desayuno y después que hubo terminado su leche comenzaron a pintarse. Esta vez Carol le hacía un gran arcoíris, que partía en el muslo y terminaba en los pequeños deditos de la niña, uno pintado de cada color. Ambas reían y Lilly ayudaba a pintarle los pies.

Las risitas ahogadas despertaron a Lucy, que las regañó con amor por dejarla dormir tanto tiempo, pero a Carol eso le daba lo mismo, su amiga necesitaba descansar y si de ella dependía, eso haría.

—Mami, tú también.

—Oh, no.

—¡Sí, mami! —exclamó la pequeña y finalmente esta se rindió entregándole las piernas a su hija y a su querida amiga.

—Carol, ¿ahora *usadás* pantalones?

De inmediato la aludida entendió y se rio ante el comentario.

—¿No te gusta cómo me queda mi nuevo corte de cabello?

La pequeña asintió con la cabeza y le dijo:

—Yo también lo *quedo* como tú.

—Oh no, princesa, eso sí que no.

Ambas rieron con ganas, eso era lo que le faltaba a Carol, olvidarse un poco de todo y con la enfermedad de la pequeña lo había logrado, al menos un poco, porque lo primero que pensó cuando le cortaron el cabello fue en lo que diría Arthur, pero tardó solo segundos en recordar que ya no lo vería, y que tampoco había contestado a su carta.

A última hora de la mañana llegó el doctor, al terminar de revisar a la pequeña les comunicó que estaba mucho mejor, miró sus piernecitas y por primera vez ellas le vieron una pequeña sonrisa.

Antes de que se marchara, Lucy lo alcanzó y le entregó algo en vuelto.

—No debiste molestarte, sobre todo en tu situación.

Ella no tomó por buen camino aquel comentario y altiva le respondió:

—Seré pobre, pero agradecida, señor.

—Oh, no, disculpa, yo no me refería a eso, lo decía por el trabajo que es estar cuidando a su pequeña.

Lucy se sonrojó de inmediato, y su rostro tan blanco como la nieve se contrajo de vergüenza.

El médico se despidió diciéndole que en un par de días volvería, pero que estuviera tranquila, que había actuado a tiempo y todo estaría bien.

En la tarde con el dolor de su corazón Carol volvió a su casa, estaba nerviosa y antes de llegar, se enterró el sombrero un poco más.

Entró por la puerta de la cocina y la primera en notarla diferente fue Rose, que a pesar del asombro cuando Carol le contó el motivo se enorgulleció aún más de ella.

—Solo mi niña es capaz de hacer algo así.

—Y lo volvería hacer si fuera necesario.

—Lo sé, mi niña, lo sé.

Carol se fue directo al baño, necesitaba un baño con agua caliente, estaba

cansada, una vez que estuvo lista se miró al espejo con el pelo mojado y le dio nostalgia, por primera vez extrañaba aquel pelo largo y lacio, se dijo a sí misma que era porque no lo tenía y no quiso prestarle mayor importancia.

Audrey que ya sabía que su hermana había regresado, la esperaba en la habitación con algo entre las manos.

—¡Hola!

—Buenas tardes, hermana, ven, quiero peinarte. —Ante la negativa que vio en la cara de su hermana agregó—. Me lo prometiste ayer. ¿Lo recuerdas?

Carol resopló, pero no le quedó nada más que hacerle caso, se sentó en la cama y dejó que su hermana mayor con cariño le cepillara el cabello. Con suma maestría Audrey entrelazó los cabellos y para adornarlos, le puso una pinza con unas perlas blancas, en las puntas hizo una especie de ondas que le quedaban bastante bien, es más, incluso Carol se sorprendió al verse nuevamente al espejo, su cara estaba despejada y eso hacía que sus lindas facciones se acentuaran un poco más, sobre todo aquellos grandes ojos azules.

Juntas bajaron a cenar, pero antes de que se sentaran Leonor puso el grito en el cielo asustándolos a todos. Carol solo puso los ojos en blanco y clamó por paciencia.

—¡Ay Dios mío! ¿Qué te hiciste en el cabello? Por qué quieres castigarme ahora, ¡a mí!, a tu santa madre.

Audrey la tomó por los hombros y le besó la mejilla ayudándola a avanzar.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Carol?—preguntó Bernad más sereno, pero igual de sorprendido que su esposa.

—Vendí mi cabello, Lilly...

—¡Ay Dios mío, me viene el desmayo! —exclamó lady Holland.

—Silencio, mujer, quiero escuchar la versión completa.

—La hija de Lucy está enferma, fui al pueblo en busca de un médico, pero él no atendía gratis, había que pagarle y como no tenía dinero...

—¿Por qué no acudiste a mí? —preguntó Bernard.

—No había tiempo, padre, además sé que usted tiene sus deudas, sobre todo ahora que ha deshecho el matrimonio.

—Ahora sí que ningún hombre querrá casarse contigo, hermana. Tu cabello era lo más hermoso que tenías. ¡Era tu única belleza!

Carol intentó adoptar un aire indiferente que engañó a todos menos a su padre para responder:

—Bueno, Grace, me imagino que ahora podrás burlarte de mí todo lo que quieras.

—En absoluto —los cortó lord Holland—, lo que hizo Carol merece todos mis respetos, y por supuesto los suyos. Es un acto de nobleza inconmensurable el que ha hecho, pero quiero que sepas que puedes recurrir a nosotros siempre. Me siento muy orgulloso porque has sabido sacrificar una vanidad por ayudar a tu amiga desinteresadamente, solo espero que después no te arrepientas.

—Gracias, padre, pero no me arrepentiré —habló Carol con un hilo de voz, se sentía apoyada por su padre, y eso era lo único que le importaba en el mundo. Su opinión.

La cena transcurrió con normalidad y a pesar de las miradas desdeñosas de su hermana, Carol se sentía tranquila.

Esa noche se durmió feliz pensando en Arthur, se lo imaginaba sentado frente al lago tirando piedras que rebotaban en el agua, y cuando este se daba vuelta caminaba con paso decidido, la tomaba entre sus brazos y la besaba. En ese momento Carol despertó azorada y con el corazón latiendo a mil por hora, incluso estaba sudando

«¿Qué me está pasando?», pensó, se levantó y bajó a la cocina por un vaso de agua, ni aun así se logró tranquilizar.

La mañana fue bastante ajetreada para Carol, tenía labores pendientes y se apresuró lo más posible para visitar a su amiga por la tarde.

Los días transcurrieron y cada vez se ponían más frescos, Carol notaba a su padre preocupado y hacía todo lo posible por ayudarlo. Rose le había tejido

un gorro de lana y ella lo agradecía enormemente, ya que el frío que sentía en su cabeza era cada vez más fuerte.

No había noche que no soñara con Arthur, el problema era que ahora no solo soñaba con él, sino que también con Robert, soñaba con aquel beso que le había dado hace once años atrás y no sabía qué hacer, no podía contarle a su hermana, y tampoco a su amiga.

La única solución que había encontrado, era acostarse muy tarde y muy cansada.

A la mañana siguiente su corazón se aceleró cuando vio acercarse un carruaje elegante, tenía la secreta esperanza de que fuera Arthur, corrió cuando este llegó hasta la puerta de su casa y se decepcionó al notar que solo era el cochero.

—Buenos días —le saludó ella protocolarmente algo cansada.

—¿Es usted, lady Carol?

—Sí, si dígame.

—Tengo esto para usted —dijo entregándole una misiva que ella recibió muy nerviosa. Se despidió y corrió al interior de la casa, esperaba que fuera de Arthur, aunque había visto el sello del ducado.

Se sentó en el cuarto que había ocupado en el periodo de castigo, ella lo había arreglado y acomodado a su gusto y milagrosamente ahora cada vez que acudía sentía paz, ese era su propio espacio, su lugar, con todo lo que a ella le gustaba.

Querida Carol.

Siento no haberte podido escribir antes, pero he estado un poco ocupada. El motivo de mi carta es para contarte que en pocos días estaré allá y nos podremos ver. Tengo tantas cosas que contarte y sobre todo una gran noticia, no te quiero adelantar nada, pero pronto volverá a recibir novedades de mi parte.

Un abrazo, su querida amiga.

Catherine Seymour.

Se llevó la carta al pecho y se alegró al saber que volvería a ver a su amiga, lo único que le extrañó fue que ella no mencionó nada de Arthur, aunque si ellos venían, de seguro también lo haría el arrogante y con eso seguro el motivo de sus desvelos.

Pletórica Carol comenzó sus quehaceres diarios, incluso durante la mañana le comentó a su hermana mayor el motivo de su felicidad y ella por supuesto se alegró, tenía también la esperanza de que lord Merton se acercara a ella, aunque fuera para saludarla.

Las cosas en la finca iban cada vez mejor, incluso los ánimos dentro de la casa estaban tranquilos, lo único que entristecía a Carol era saber que ya se acercaba el día en que su querida hermana marcharía.

La pequeña Lilly se había mejorado muy bien, no había quedado ninguna secuela de su alta fiebre, y eso era gracias a la rápida acción de Carol.

Durante las tardes y cada vez que ella podía se arrancaba a leer, aun no cambiaba de género y seguía cada día leyendo más poesías, pero ahora tenía una fijación por los poetas de antaño, que escribían a comienzo de siglo, y sin que nadie supiera leía en voz alta, tal cual como si lo estuviera haciendo para él, para Arthur.

Las noches empeoraban y Bernard se preocupaba cada vez un poco más, las grandes lluvias habían cesado, pero habían dado paso a las heladas, esas que temían tanto los agricultores.

—¿Está preocupado por las heladas, padre?—preguntó Carol sentándose junto a él en la hora del desayuno.

Bernard suspiró y miró hacia la ventana antes de responder.

—Si se mantienen así, no lo creo, pero el tiempo está inestable.

—¿Hay algo que se pueda hacer?

—Nada, por desgracia solo esperar, y si algo sucede reaccionar a tiempo.

—¿Pero se pueden mantener los animales en los corrales?

—Sí, hija, nosotros podemos, ya que no tenemos demasiados, pero hay fincas que no podrán reunirlos ya que están pastando en diferentes zonas de sus predios.

—Padre, me permite hacerle una sugerencia.

—Claro, hija.

—Sé que son poco nuestros animales, pero por lo mismo creo que deberíamos guardarlos, si quiere yo me puedo encargar cada día.

—¿De verdad? —preguntó asombrado.

—¡Por supuesto!

Bernard se sentía orgulloso de su hija, era el chico que nunca tuvo, sonrió en respuesta y su corazón se quedó tranquilo, a sus casi sesenta años podía descansar tranquilo si algo llegaba a ocurrirle, no confiaba en nadie más para manejar su pequeña finca, no es que estuviera enfermo, es más gozaba de buena salud, pero a lo largo de los años él sabía que la vida se podía acabar en cualquier minuto.

—Hija, ¿quisieras acompañarme a dar una vuelta por la finca?

—¿En serio? —jamás su padre la había invitado, esta era su primera vez.

—Luego del desayuno te cambias de ropa y saldremos.

Carol se levantó y abrazó a su padre con cariño y respeto.

El resto de las mujeres venía entrando y no entendieron nada esta situación de abrazo entre el padre y su hija.

—¿De qué nos hemos perdido? —preguntó Leonor.

—Iremos a recorrer la finca, madre.

—¡Y por eso te alegras! —se extrañó Grace poniendo cara de asco, cosa que hizo que Carol quisiera remecerla por los hombros, pero tuvo que frenar sus instintos asesinos ya que como había ocurrido la última vez, la única que salía perdiendo era ella.

—Bernardo, querido, me parece que no es correcto que salga con su hija, ella es una dama, o por lo menos eso intento hacer de ella.

—Querida —respondió el aludido tomándola de la mano—, nuestra hija no dejará de ser una dama por acompañar a este anciano a dar una vuelta, además creo que una buena conversación no estaría de más.

—Padre, si usted desea yo podría acompañarlos —murmuró Audrey, a ella también le gustaba conversar con su padre.

—Creo que lo mejor será que mañana durante la tarde, demos un paseo los tres.

—Gracias, padre.

—Conmigo no cuenten, debo terminar de bordar un vestido nuevo, se rumorea que el duque de Somerset vendrá, y como mi madre me ha prometido que la podría acompañar a darles la bienvenida, pienso ir con ella.

Bernard y Carol pusieron los ojos en blanco, el interés por parte de lady Holland por encajar en la alta sociedad era impresionante y vergonzosa.

Mientras tomaban desayuno, un carruaje se acercó, pero esta vez Leonor no dejó que ninguna de sus hijas se levantara y llamó a Rose para que fuera a recibirlos. Lady Holland estaba nerviosa, aunque quería parecer tranquila, cosa que si su excelencia, la duquesa la visitaba, pensara como si fuera lo más normal del mundo. Solo Carol que la quedó mirando directo a los ojos pudo notar el nerviosismo de su madre.

Cuando Rose ingresó al salón traía una gran sonrisa y una carta en las manos.

—Dame eso —le ordenó Leonor estirando la mano para casi arrancarle la misiva.

La empleada se la entregó y sin que nadie se diera cuenta le cerró un ojo a su niña y esta se lo agradeció con un beso sonoro al aire.

Leonor con mucho cuidado y sus elegantes manos abrió el sobre y sacó de este una invitación de un fino papel color crema y escrita con una elegante caligrafía dorada en relieve, que ella creía que era para ella y comenzó a leer.

La duquesa viuda de Somerset se complace en invitar a una fiesta de bienvenida que dará lady Catherine a su querida amiga lady Carol, para que asista acompañada de su hermana, lady Audrey, el día sábado de la presente semana. La fiesta será ambientada en la noche de Londres, lo que quiere decir que sus asistentes deben asistir únicamente de negro con máscaras plateadas.

Atentamente y esperando su asistencia.

Lady Catherine.

— ¡Madre! Ellas no pueden ir sin mí —protestó Grace haciendo un puchero.

Carol y Audrey se miraron con los ojos iluminados de alegría y Leonor de mala gana le entregó la invitación a su querido esposo.

—Señora, esta otra carta es para lady Carol —anunció Rose que estaba feliz al ver la reacción de su niña, ella no se jactaba de nada, era comedida con su suerte. Pero esta vez fue Bernard él que estiró la mano para recibir la nueva misiva, esta era normal y solo llevaba el sello familiar.

El corazón de Carol comenzó a latir presurosamente, no sabía que podía decir aquella carta y aunque tenía ganas de arrancársela a su padre, sabía que no podía hacerlo. Bernard con una parsimonia abismante, se puso sus anteojos y mirando a su hija por encima de estos comenzó a leer.

Querida amiga.

Te dije que te llevaría una sorpresa en estos días y por cómo te conozco, me imagino que estás asombrada, y daría lo que no poseo por ver tu expresión. En honor a nuestra amistad y debido al poco tiempo con que le entrego esta invitación. Te ruego, no, en realidad te exijo que aceptes el regalo que te envío. Ya podrás regañarme en persona cuando nos veamos.

Se despide esperando que no me odie tanto.

Su amiga, Catherine.

—Pero... no entiendo —murmuró Carol en un hilo de voz dirigiéndose a su padre, pero fue Rose la que nuevamente los interrumpió.

—Milord, el cochero ha dejado dos cajas en la recepción de la casa.

Carol antes de terminar de escuchar la explicación se levantó y corrió seguida de Audrey y el resto hacia el salón. Se detuvo al ver sobre el sillón un par de cajas blancas con un lazo que terminaba en forma de moño negro sobre ellos.

Antes de que pudiera abrirlos Leonor gritó:

—¡Alto! No se mueva.

—Leonor, ¡qué dice! —la regañó Bernard quien se acercaba a paso lento—. Es un regalo para Carol, y tiene todo el derecho a ser ella quien lo vea primero.

—Esto es injusto —volvió a protestar la menor y dándose una vuelta airosa se retiró, dando un gran portazo cuando llegó a su cuarto.

—¿Puedo? —preguntó cautelosa la dueña de dicho presente.

—Por supuesto —afirmó Bernard acomodándose en el sillón de junto a la chimenea.

Carol con las manos temblorosas desató la cinta, y mirando a su hermana mayor para que le diera permiso destapó la tapa. Al dejarla a un lado se tapó la boca para acallar un suspiro, lo que veía no lo podía creer, Audrey que estaba a su lado no pudo contenerse y fue ella quien con decisión sacó lo que contenía la caja, era un vestido negro de seda, de manga larga con encaje negro y cuello alto, nunca en su vida había tocado una cosa así, era algo finísimo y elegante, Carol estiró su mano para tocar la tela y se impresionó al sentir su suavidad.

—¡Dios mío! Es maravilloso —acotó.

Leonor acercándose, se lo arrebató a su hija de las manos para tocarlo y olerlo, ella sí conocía ese tipo de vestidos, pero eran inalcanzables para su condición actual.

Carol abrió la otra caja rápidamente, y lo que estaba en ella también era

un espectacular vestido, solo que este llevaba su nombre, era negro, pero a diferencia del otro este era completamente de encaje y un ruedo con varias capas de tela.

—Esto es demasiado... —exclamó Carol sobrepasada por la situación.

—Creo que lady Catherine te conoce muy bien, sabía que te costaría aceptarlo, por eso se ha tomado la molestia de escribirte, hija, y en señal de buena educación debes aceptarlo

—Pero, padre...

—Escucha, Carol, sé lo que estás pensando, pero piensa en ella y en el trabajo que se tomó para escogerlo, no puedes hacerle un desagravio.

—Carol, Carol, por favor, acéptalos —imploró Audrey abrazándose a su vestido.

Carol cerró los ojos, su cabeza le decía que no estaba bien, pero su corazón le decía lo contrario, y decidió al ver la felicidad en los ojos de su hermana que los aceptaría.

—Está bien... —no alcanzó a terminar cuando las mujeres presentes incluso la criada estallaron en emoción.

Terminaron de sacar las cosas que traía la caja y no se sorprendió al ver un par de tiaras y por supuestos unas máscaras plateadas también de seda y encaje.

Leonor con sumo cuidado se llevó los vestidos para colgarlos, faltaban dos días para la fiesta y ella se encargaría de que sus hijas se vieran hermosas, aunque claro, por razones muy diferentes a las que las chicas creían, aunque Carol sabía muy bien el por qué.

Lo mejor que pudo hacer Bernard fue decirle a Carol que subiera a prepararse porque en unos minutos saldrían, ella sin perder tiempo subió, y al hacerlo se encontró con su hermana pequeña llorando de rabia sobre la cama, su corazón se le estrujó y dejó el orgullo de lado para sentarse junto a ella.

—¿Por qué lloras?

—Porque la vida es injusta, a ti no te gustan las fiestas, y tampoco eres

hermosa para lucir un vestido como ese.

Carol contó hasta diez para no zarandearla por el comentario y armándose de paciencia le habló:

—Escucha, Grace, ya llegará el minuto en que puedas usar ese tipo de vestidos y seguro serás la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra, serás la envidia de tus amigas.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí, por eso te lo digo, todo a su tiempo, hermana.

—Pero es que es tan injusta la vida, yo soy bonita, simpática, culta, no sé qué me falta.

Carol prefirió callar ante esa afirmación, sabía que su hermana no tenía ninguno de esos adjetivos, o sí, bueno era bonita, ¿pero simpática y culta?

—Dime, Carol —le habló Grace sacándola de sus pensamientos—. ¿Tú crees que soy culta?

—Ser culta es una palabra muy amplia, pero si estudias y te esfuerzas seguro lo serás.

Grace se dio vuelta no contenta con la respuesta, ella quería que le dijera que sí, que lo era, por eso prefirió dejar de hablar.

Carol lo agradeció, no quería discusiones ni nada que empañara su felicidad, se puso su traje de montar, y por supuesto su gorro de lana y antes de salir de la habitación escuchó:

—Carol, ¿qué es faz?

—¿Qué? —preguntó sin entender a qué se refería.

—Me dijo sobre la faz, ¿Qué es eso?

Carol reprimió una risita y como pudo le explicó en palabras simples y así por fin pudo salir de la habitación.

Su padre la esperaba ya montado en su caballo negro y detenía las riendas de la yegua que ocuparía su hija.

Uno de los peones la ayudó a montar, pero esto en realidad no era necesario, de un certero salto Carol montó, arreó el caballo y junto a Bernard a

pleno galope comenzaron a avanzar.

Entre risas y conversación amena se les pasó la mañana, su padre le explicaba con devoción como era el proceso de la cosecha y Carol podía ver el orgullo que él sentía por todo lo que había logrado.

El conde de Holland provenía de una familia de la aristocracia rural de Durleigh, a diferencia de su madre que era nacida y criada en Londres. Él era un hombre de campo, y todo lo que poseía lo había heredado de sus padres que habían trabajado las tierras con esfuerzo. Por eso Carol se sentía tan orgullosa de sus ancestros. En cambio, por el lado de Leonor, ellos eran de cuna noble, y cuando su adorada hija se enamoró del campesino, estos dejaron de hablarles por un largo tiempo, hasta que comprendieron que si seguían así, la perderían para siempre. Pero como la vida siempre da lecciones, estos terminaron pasando sus últimos días en la casa de los Holland, ya que ninguna de sus otras dos hijas quiso cuidarlos, y fue ahí cuando Carol aprendió a quererlos. Ella a diferencia de Audrey y Grace se encariñó desde el primer minuto con su abuela materna, y esta aprovechó todos los días de su vida para enseñarle las costumbres y formas de la alta sociedad. Le decía que ella era su viva imagen y que estaba destinada para grandes cosas, pero que jamás olvidara sus orígenes, como según ella lo había hecho su padre. Y ahora la vida con crueldad se encargaba de devolverlo a la realidad que tanto Bernard rechazó, haciéndole perder su fortuna. Claramente Carol no creía que la mala racha de la familia Weston se debía a un castigo divino, pero sí estaba de acuerdo en que su padre renegaba del humilde trabajo de sus abuelos.

—Padre, me gustaría hacerle una pregunta, sin que lo tome a mal.

—Te escucho, Carol.

—¿Por qué desechó el matrimonio con George Philips?

Bernard se tensó, conocía a su hija y sabía que en algún minuto se lo preguntaría, pero no estaba preparado aun para la respuesta.

—Porque fue una mala idea desde el principio —cortó tajante, pero ella no se quedaría así.

—¿Y aún está buscando un candidato para mí? —preguntó y cerró los ojos ante la respuesta.

—Quiero irme de esta vida con mis hijas protegidas, eso quiere decir que deben estar bajo la protección de algún caballero, por eso es tan importante la institución del matrimonio.

—Pero yo sé cuidarme sola.

—No, Carol, eres una mujer y aunque no quieras aceptarlo, en este mundo al que perteneces, solo estando casada y con tu propia familia podrás envejecer en paz.

—Yo no lo creo así.

—Tal vez, hija, pero así son las cosas.

Carol sintió pena y decepción, miró hacia el horizonte y casi cae del caballo cuando vio a lo lejos a pleno galope un hombre con chaqueta azul, su corazón se le aceleró y deseó con todas sus fuerzas poder llegar hasta lo que sus ojos veían, desde donde estaba no podía distinguir muy bien, pero creía esperanzada que era Arthur, además estaban en el límite de las tierras del arrogante y eso no sería nada de raro.

—¿Qué ves tan concentrada?

—Eh...no nada, padre, solo lo escuchaba.

Bernard desde que había hablado con Robert tenía una gran duda, una que le rondaba a diario y le preocupaba aún más no saber cómo preguntarle a su hija, pero creía que ya había llegado el momento.

—Hija, ¿tu corazón pertenece a alguien?

—¡Padre! —exclamó sonrojándose—. ¿Por qué me pregunta eso? —Algo podía intuir, nunca le había preguntado por Arthur y ella no se sentía preparada para hablarle, ni ahora ni nunca de él.

—Eres inteligente, Carol, la más vivaz de mis tres adoradas hijas, no me hagas explicarte lo obvio y no subestimes a este pobre viejo.

Carol tragó saliva notoriamente y su padre sonrió.

—No lo subestimo, es solo que en realidad no lo sé, o en realidad alguna

vez, es que no sé cómo explicárselo padre.

Bernard comenzó a reír, jamás había visto a su hija tan complicada en la vida, no era capaz de hilar una oración completa.

—A ver, Carol, ¿desde cuándo conoces a Arthur?

—Desde la fiesta del duque.

—¿Y...?

—Y bueno, nos hicimos amigos, pero él es un tanto extraño, cuando le dije que me casaría, no dijo nada, y yo no soy tonta. Si él sintiera algo por mí hubiera hablado con usted. Por eso es que no lo sé, padre, no quiero ni puedo amar a alguien que no sienta lo mismo por mí.

—Pero él estuvo cuando enfermaste, se preocupó por ti.

—No, padre, se lo pidió a Catherine, él se fue junto con el señor arrogante.

—¿Con quién?

—Perdón, con el duque de Somerset, él trabaja para él.

Ahora sí que entendía menos que antes, y estaba claro que algo había pasado.

—¿Y por qué lo odias?

—Padre, hay cosas que usted no sabe, y no creo que sea capaz de explicarle, pero de verdad no tiene nada de qué preocuparse, yo jamás lo avergonzaría —aseguró esto último sintiéndose la mujer más ruin del mundo, claro que podría avergonzarse, tenía sueños calurosos con dos hombres diferentes y como si eso fuera poco, los había besado a los dos—. Tal vez debería dedicar mi vida a la Hermandad de la Caridad de Bristol.

—¡Tú, hija mía! Jamás —reconoció ahora sí que riendo con muchas ganas, acercó su caballo hasta ella, necesitaba sentir un abrazo, y así lo hizo cerrando la conversación dándole un beso en la frente. Lo único que deseaba era que el duque, se olvidara de una vez por todas de Carol.

Ahora sí que tenía muchas dudas, y esperaba que Robert regresara para aclararlas, por qué así no se quedaría, aunque fuera lo último que hiciera en su

vida.

Capítulo 7

El regreso fue silencioso, cada uno sumido en sus propios pensamientos, Carol en el misterioso hombre de chaqueta azul, y Bernard pensaba en las muchas cosas que debía aclarar.

Los días que siguieron al paseo por la finca transcurrieron con normalidad y por supuesto la única preocupación era el famoso baile, incluso Audrey había dejado de comer el día anterior para verse perfecta, cosa que Carol reprochaba de sobre manera.

Cuando por fin llegó el día, la casa se paralizó completamente, todo giraba en torno a la gran noche. Lady Holland había mandado al pueblo a uno de sus criados para que le trajera algunas esencias y aceites para que sus hijas se bañaran como reinas.

Carol protestó desde el primer momento, pero su madre hizo oídos sordos y la obligó a bañarse tal como su hija mayor lo había hecho minutos antes.

Audrey por supuesto disfrutó del baño con esencias y aceites aromáticos, en cambio Carol sentía que se le impregnaban al cuerpo, incluso al secarse los olfateaba, y lo odiaba, no olía a perfume ni a ella misma, olía a esencias.

Cuando salió del baño se quedó unos minutos observando a Audrey, ella se sentía feliz, incluso cantaba, ni siquiera protestaba cuando Rose le apretaba el corsé, ella de solo verlo le dolía.

—Menos mal que ya terminaste. Ven para prepararte —indicó Leonor.

Con cautela se acercó y dejó caer la toalla para que su madre la ayudase, ella a su vez se quedó contemplándola durante unos segundos, su hija tenía un cuerpo muy bonito, incluso aunque le doliera aceptarlo, de entre las tres era la más armónica, el problema era que ella no lo sabía ni sacaba partido de eso.

Con ayuda de una doncella lograron hacer de Carol una verdadera dama como decía su madre. El pelo se lo rizaron levemente en las puntas y le

perfumaron los brazos con un polvo traslucido, sus labios con una pomada carmesí y le habrían puesto color en sus mejillas si no hubiera sido porque ella se negó rotundamente. Se puso su vestido negro de encaje. Era tan apretado, que entre la faja y el vestido apenas lograba respirar, y al ser tan delicada la tela se sentía prácticamente desnuda a pesar de estar forrado, excepto claro, los brazos y el generoso escote. Cuando se vio al espejo se ruborizó, esa no era ella, la que le devolvía la mirada era una dama, una muñeca disfrazada.

Su madre le entregó un par de pendientes de perlas iguales a un collar a juego que habían pertenecido a su abuela. Para finalizar Leonor le pasó un echarpe que la reconcilió con su supuesta desnudez.

Audrey la miró perpleja y feliz, su hermana era hermosa aunque ella no la quisiera aceptar.

Leonor observaba a sus hijas con un brillo especial en los ojos, era como una niña que acababa de vestir a sus muñecas.

—No sé si quiero bajar, Audrey, me siento extraña vestida así y...casi desnuda —susurró Carol cuando su madre les indicó que ya era la hora de partir.

—No pareces la misma, pero te ves muy bonita, lo que sí, debes tener cuidado con los zapatos y levántate el vestido para que no tropieces.

—No sigas que mejor me quedo en casa.

—¡No! No puedes hacerle eso a Catherine —sentenció y la agarró del brazo para comenzar a bajar.

Recordando bien las palabras de su hermana, Carol bajó las escaleras y entró estoica al salón donde su padre estaba reunido con su hermana pequeña que se quedó sin habla al verla ingresar. Cuando la vio, descubrió que había algo mágico en aquellos vestidos elegantes, eran capaces de dejar a la gente con la boca abierta, tal cual como había sucedido en este caso con su padre y su hermana.

—Hijas, se ven realmente hermosas, parecen un par de Masdevallias Rolfeanas.

Audrey miró a su hermana y Carol tardó solo dos segundos en entender a

su padre y fue ella quien les explicó a todos los presentes en palabras comunes.

—Gracias, padre, por compararnos con la orquídea negra, aunque prefiero ser la flor silvestre de su jardín.

—Querida mía, eso es lo que te hace más especial aún —comentó su padre acercándose para besarle las manos a cada una.

—¡Oh, querido! se ven tan hermosas nuestras hijas —suspiró Leonor acercándose a su marido, quien la acogió con un abrazo y un casto beso de amor en la frente. Esa escena tan conmovedora hizo sonreír a Carol por primera vez en la noche, haciéndola también olvidar por un momento la vestimenta que llevaba puesta.

—Muy bien, niñas, vamos al carruaje, es tarde y es de muy mala educación hacerse esperar.

Luego de una cálida despedida, ambas como si fueran dos princesas o las «*Masdevallias Rolfeanas*» de su padre, emprendieron rumbo a la mansión del duque.

La mansión se veía iluminada desde lejos, todas las farolas del jardín estaban encendidas, incluso la fuente de agua se veía majestuosa, una gran fila de carruajes estaba esperando y de ellos bajaban los miembros de la aristocracia local. Las chicas se tranquilizaron al ver que ellas iban igual de bien vestidas que las demás personas.

Cuando les tocó el turno de bajar, Audrey tomó la mano de su hermana para darle seguridad, ella no la necesitaba, se sentía parte de esa sociedad desde siempre, era elegante y refinada y sus amigas también, era Carol la que no encajaba y por eso ella como hermana mayor se sentía con el deber de protegerla.

Cathy estaba nerviosa, saludaba a todos sus invitados, pero esperaba con ansias ver aparecer a su querida amiga, al divisarlas, se apresuró a recibirlas.

—¡Carol, te extrañé tanto!

—Yo también —reconoció feliz abrazando a su amiga con cariño.

—Te ves...te ves tan hermosa.

—No me digas eso que me vergüenzas.

—¿Qué?! No, nada de eso y ahora mismo entraremos al salón, hay alguien que quiere verte.

El corazón de Carol comenzó a latir muy deprisa y su cara se ruborizó. ¿Sería Arthur, su Arthur quien la estaría esperando?

Como pudo siguió los pasos de su amiga que no le soltaba la mano, ya había perdido de vista a su hermana que al entrar se había encontrado con algunas de sus amigas y se había quedado con ellas. Carol con gran esfuerzo intentó calmarse, no quería parecer nerviosa, hasta que de repente Cathy se detuvo y escuchó:

—Carol, aquí está la persona que la extrañaba tanto —dijo poniéndola frente a su abuela, haciendo que ella se decepcionara al instante, pero lo disimuló muy bien, solo que su amiga la notó, y se sintió fatal y feliz al mismo tiempo.

—¡Oh, querida! lo veo y no lo creo. Carol, te ves realmente diferente. — Ella enarcó una ceja y rápidamente Theresa le aclaró—. No, por favor, no me mal intérpretes, es qué estás distinta, te ves muy bien, creo que el vestido te queda perfecto, mi nieta no se equivocó —reconoció con orgullo.

—Gracias, su excelencia, debo reconocer que incluso a mí me gusta... ahora un poco más.

—Pero, querida, debes sacarte el echarpe para lucirlo —exigió quitándoselo para admirarla en todo su esplendor. Con un gesto de mano, rápidamente apareció un joven sirviente y se llevó la prenda de Carol.

—Ahora, niñas, entren al salón. Pero deben ponerse las máscaras, luego las alcanzaré.

Cathy amable como siempre, rodeó a Carol para ayudarla a atar las cintas de su antifaz, y tuvo que ahogar un grito al ver su pelo que hasta el momento gracias al bonito peinado no había notado.

—¡Dios mío, Carol! —esta al darse cuenta del porqué de su suspiro le contó rápidamente la historia, no quería que sintieran lástima por ella, pues ella

misma no la sentía, Cathy la abrazó con devoción. Esa mujer que tenía en frente era única y cada vez confirmaba su valor para ayudar a Robert, él no la podía perder.

—Vamos, quiero presentarte a unos amigos de la ciudad —confesó cuando ambas estaban listas para entrar.

—¿Más aún?

—Pero si esto está recién comenzando —dijo entregándole una copa de champán, que Carol en un principio dudó en aceptar.

El salón estaba adornado diferente, una lámpara de cristal en forma de araña cubría gran parte del techo, candelabros estaban encendidos en cada rincón y las cortinas abiertas permitían mirar el hermoso jardín que terminaba en el lago. Carol sintió unas ganas increíbles de acercarse, pero no podía, al menos por ahora.

Algunos jóvenes que ella ya había visto, pero que antes jamás le habían hecho caso se acercaban y eran muy amables, algunos muchachos la miraban con extrañeza, era como el juguete nuevo del lugar, y por supuesto uno de los más apetecibles. Todos querían ser presentados, Cathy regocijándose los presentaba.

Sabía muy bien lo que estaba haciendo, paseaba a su amiga por todo el salón, sobre todo cuando salieron a la terraza que estaba iluminada, y para sorpresa de todos unas grandes antorchas evitaban el frío de la noche, haciendo muy agradable el lugar.

Carol a esas alturas, después de tanto saludo adulado, se sentía tranquila, solo que en todo momento se sentía un tanto observada, y no podía dejar de pensar en Arthur, pero no se sentía capaz de preguntar por él, ni siquiera a su querida amiga.

—Nicholas, ella es la amiga de la que tanto te hablé —dijo Cathy a un joven alto de pelo claro amarrado en una cola baja con una linda cinta negra, este al escucharla se dio la vuelta y se quedó pasmado viendo a la joven de quien su amiga hablaba.

Rápidamente se sacó el antifaz rompiendo el protocolo para admirarla mejor, Carol de inmediato se sonrojó y agradeció llevar puesto el antifaz.

El joven con elegancia y maestría saludó a las jóvenes con una reverencia y un beso en la mano.

—Querida, amiga, creo que faltaste a tus palabras, esta dama es más hermosa de lo que me comentaste.

Catherine rio pero no prestó mayor importancia, ella tenía un objetivo, y creía ciencia cierta que lo estaba logrando.

—Carol, él es mi amigo sir Nicholas Brown.

—Por favor, llámeme solo Nicholas —la interrumpió con una maravillosa sonrisa.

—Bueno, creo que estoy en desventaja, ya sabe todo de mí y yo nada de usted.

—Pero eso lo podemos arreglar de inmediato, soy un libro abierto —aclaró llamando a un mozo para entregarle una segunda copa de champán, que Carol titubeó en aceptar.

—Discúlpame un momento, debo ver unos asuntos dentro —se excusó Catherine.

—Pero, Cathy...

—Oh, no te preocupes, quedas en muy buenas manos, querida —espetó cerrándole un ojo.

Y así fue, Carol se quedó conversando con sir Nicholas, causando un disgusto y una furia inesperada en más de una persona.

El joven en cuestión era un soltero muy cotizado entre las féminas, no solo por su belleza masculina, sino también porque era uno de los banqueros más jóvenes y prominentes del país, esto debido a la reciente muerte de su padre.

Catherine, feliz se paseaba por entre los invitados, parecía una chica traviesa haciendo maldades, y eso a ella le encantaba.

Se demoró todo lo que pudo, incluso bailó con todo aquel que se lo proponía.

De pronto vio a su amiga salir rápido de donde estaba y decidió seguirla, no era bueno que caminara sola por el lugar, al menos eso no estaba en sus planes.

Carol ya había comenzado a sentirse ahogada, necesitaba un poco de aire, no del puro que se respiraba a la intemperie en compañía, si no que deseaba respirar tranquila y sola, por eso en un pequeño descuido cuando sintió que realmente lo necesitaba, salió de la terraza, solo quería un minuto de paz, y sabía exactamente dónde lo encontraría.

Caminó decidida hacia la biblioteca, ese lugar estaba más apartado del salón, por ende no necesitó ser tan cuidadosa y logró entrar fácilmente.

Una vez dentro se apoyó en la puerta cerrándola detrás de sí. Suspiró cuando se supo a salvo y en paz, se extrañó al ver la chimenea encendida, el lugar estaba a oscuras, solo las llamas iluminaban el lugar. Como poseída caminó hacia la alfombra que tanto le gustaba, y como por inercia se sacó los zapatos para poder sentirla bajo sus pies.

Dio una vuelta en si misma extendiendo las manos, suspirando por la maravillosa sensación, hasta que sintió un ruido y abrió los ojos, no vio nada, pero de igual forma se asustó y volvió a ponerse los zapatos. De pronto la puerta se abrió y casi le da un infarto al ver quién era.

—¿Pero qué haces aquí, Carol?

—¡Cathy! Qué susto me diste.

—No has respondido a mi pregunta.

—Disculpa, es que necesitaba aire.

—¿Aire? ¿Aquí? ¿Y Nicholas?

—Está... está afuera, es que le he prometido un par de bailes...pero ya no sé si es buena idea.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque creo que él no solo quiere bailar.

Un ruido animal las distrajo a ambas de su conversación asustando solo a Carol, en cambio Cathy se sintió en la gloria. Su plan daba resultado.

«Debería haber sido adivina», pensó ladina.

—Carol, creo que es mejor que salgamos de aquí —afirmó tomándola de la mano, cosa que ella aceptó.

Una vez que estuvieron fuera, le pidió que la esperara un momento, que algo se le había quedado.

—Pero sí estuviste solo unos segundos.

—Sí, sí, es que antes ya había venido... Carol, será de verdad un minuto.

—Cathy, por favor, no me dejes sola.

—No, tranquila, te prometo que ahora no te volveré a dejar.

Y dicho esto volvió a entrar a la biblioteca que aún permanecía a oscuras, pero esta vez asegurándose que nadie más la oyera habló:

—¿Te estás pasando, sabes? estás realmente loco. Y esto fue tu idea, Robert, ¡sabía que no ibas a ser capaz de quedarte en la ciudad!

Nadie le habló de vuelta, aunque ella muy bien sabía que no estaba sola.

—Perfecto, como no quieres hablar, volveré con Carol para que baile con sir Nicholas.

Otro gruñido acompañado de palabras inteligibles se oyeron, haciéndola sonreír triunfalmente.

—No, no lo harás.

—¡Ahhhh! Sí estabas en la casa. ¿Desde cuándo, Robert?

—Eso no importa.

—¿Seguro?

Robert se levantó del sofá que estaba junto a la ventana, caminó rápido hacia donde su prima para advertirle muy de cerca, porque no quería ser oído.

—No quiero que Carol se acerque a Nicholas.

—Lo siento, estoy haciendo lo que tú quieres para olvidarla.

—¡No! ¡Con él no!

—No, eso lo decido yo, si no quieres, sé valiente y sal a impedírmelo —desafió y sin que él pudiera hacer nada Catherine salió de la habitación, no sin antes gritarle—: ¡Cobarde!

Desde que Robert le había pedido a su prima que le presentara a alguien a Carol, se había arrepentido. No podía quitarse la imagen de ella siendo cortejada por otro, pero su orgullo no le permitía hablar con su prima y pedirle que se olvidara. Por eso incluso había llegado un día antes a la mansión, pero no quería ser visto ni que alertaran a la familia de su presencia, así que se quedó en la casa que estaba al interior del bosque, donde muchas otras veces se había quedado durante muchos años, solo para observarla desde lejos.

Esa noche cuando la vio desde la ventana de su habitación, creyó estar viendo un espejismo, nunca la había visto así, no es que no le gustara, sino todo lo contrario, pero esa no era su chica mono, sintió la necesidad de protegerla como ya lo había hecho muchas veces desde la sombra, pero a diferencia de otras, esta vez estuvo a punto de abalanzarse sobre su amigo Nicholas al ver como la tomaba por la cintura y le susurraba algo al oído, esperó que ella riera, para odiarla con toda su alma, pero no, lo que vio fue el temor instalado en sus ojos, ella no era una mujer indefensa ni mucho menos, pero no supo cómo reaccionar, y eso fue lo que casi lo hace perder la razón por completo, justo cuando iba a aparecer, su abuela rondaba el lugar, eso hizo que Nicholas retirara la mano y él se fuera de inmediato del lugar, quería gritar, o golpear lo que fuera, pero en vez de eso, prefirió la paz de la biblioteca, si a ella ese lugar le daba paz, él esperaba que le sucediera lo mismo, incluso como un bobo se quitó los zapatos para sentir la alfombra, y así rememorar aquella sensación que había sentido con ella, pero unos ruidos en la puerta lo obligaron a alejarse, y al verla sintió que moriría, la tenía tan cerca, tan alcanzable...pero no, él ya había decidido olvidarla, alejarla de su mente y de su corazón. Lo que le sucedía era algo irracional, no lo podía permitir, pero no entendía por qué la vida siempre se la ponía enfrente ¿Sería el destino? No, él no creía en eso ni en nada.

Carol ya se impacientaba esperándola, pero respiró en paz cuando por fin la vio salir, aunque un poco alterada y eso le extrañó.

—¿Con quién hablabas? —preguntó aunque creyó escucharla gritar.

—Eh...no es nada, amiga mía. Solo, hablaba sola, pero vamos.

Esta vez ambas amigas llegaron hasta donde los jóvenes que estaban alegremente conversando.

Nicholas, como todo el caballero que era, fue el primero en reaccionar, a pesar de ser un poco mayor apenas se le notaba.

—¿Estás lista para bailar, Carol?

—La verdad, estoy un poco cansada —se disculpó con un gesto de hombros.

—Te propongo un trato —insistió.

Ella lo miró sin entender nada.

—Acepto tu negativa si tú aceptas dar un paseo conmigo mañana.

A pesar de que por un momento dudó, aceptó, ella no tenía porqué negarse, él era simpático y bastante atractivo aunque para su corazón no existiera nadie más.

La extraña sensación de ser observada no cesó, pero decidió hacer su nuevo rol de dama elegante y logró hacerlo bastante bien, aunque tenía que hacer grandes esfuerzos por obviar las miradas un poco insinuantes de sus nuevos compañeros, y claro olvidar lo ajustado del traje que le causaba algunos dolores en el costado. Desde ese momento cuan dama de sociedad comenzó a relajarse, y reír de las bromas que Nicholas le hacía, él trataba de ser educado, le encantaba verla sonreír. Hasta que de pronto Carol dejó de hacerlo y se quedó concentrada viendo una sombra que la miraba atentamente haciéndola ruborizar. No podía distinguir quién era, pues llevaba un antifaz al igual que ella, aunque su corazón latía como si fuera él, en ese momento ella deseó llevar su viejo vestido, ser ella y no la chica a la que estaba interpretando.

Él la miraba sin disimular sus sentimientos de reprobación, a lo que Carol pensó que era por su atuendo, tímidamente levantó su mano para saludarlo y él sin poder evitarlo le regaló una genuina sonrisa.

Pero había algo en sus ojos, en su mirada la hizo recordar el pasado y trasladarse directo hasta once años atrás. Y para terminar de aclarar su confusión, vio cómo su amiga Catherine se acercaba hasta él y lo tomaba del brazo,

rompiendo el contacto.

No podía ser otro que el duque de Somerset el que la miraba, y no precisamente con amabilidad, sino todo lo contrario. ¡Cómo no se había dado cuenta! ¡Cómo no había pensado en que al ir a la mansión lo volvería a ver! ¡Y este la volvería a aplastar! Él ya se lo había dicho en una ocasión, y ella no lo había querido asumir, nuevamente la humillaba, ahora sí que sintió la necesidad de salir corriendo del lugar, debía buscar a su hermana, y por supuesto hacerlo con tranquilidad, tampoco quería incomodar a su amiga, es más, ella misma había visto los esfuerzos de ella por controlar al arrogante, así que lo más digna que pudo se despidió de Nicholas, y para dejarlo medianamente tranquilo por su abrupta partida, le recordó que mañana la buscara en su casa, eso dejó al joven feliz, luego encontró a su hermana quien conversaba animadamente con sus amigas, y aduciendo que ya era una hora prudente, la sacó del lugar, con tan mala suerte que justo antes de salir se encontró con su excelencia.

—¿Ya se marcha, querida?

—Sí, su excelencia, es tarde y mañana debo levantarme temprano para ayudar a mi padre.

—Oh, sí claro, me lo imagino. Que descansen niñas.

—Usted igual y por favor despídanme de Catherine, no quiero molestarla.

Eso le pareció muy extraño a la anciana, sabía que su nieta había hecho la fiesta por ella y por expreso deseo de Robert, pero no tuvo más remedio que aceptar.

—Querida, espero vengas el lunes a tomar el té con nosotros —aseguró más que preguntó.

—De acuerdo, encantada estaré aquí por la tarde.

—Gracias, querida, pero ¿estás segura de que estás bien?

Lo único que Carol odiaba en la vida, eran las mentiras y últimamente se estaba convirtiendo en una mentirosa.

—Sí, muy bien.

Sin decir nada más, subieron al carruaje, una vez dentro Carol comenzó a murmurar:

—No debí haber venido, como no lo pensé antes.

—¿Qué sucedió, Carol?

—Robert, Robert estaba ahí...y le molestó mi presencia, ¡Dios, Audrey! ¿Es que acaso nunca voy a aprender a no meterme donde no me pertenece?

—Carol, cálmate, él no estaba, sino Cathy te lo hubiera dicho.

—¡Yo lo vi!

—Pero ella te invitó, no estabas invadiendo su propiedad...como otras veces.

—Gracias, no me ayudes tanto.

Audrey contuvo la risa, su hermana era única y ahora como hermana mayor era su deber calmarla.

—Carol, cálmate, cuéntame cómo te fue, que hiciste, te vi conversando muy animada —dijo para distraerla de sus pensamientos, y al parecer lo logró, aunque solo superficialmente, porque internamente seguía pensando en Robert, en su mirada y en su desprecio.

Al llegar su madre las esperaba en la casa, para que por supuesto le relataran todo lo sucedido.

—Niñas, ¿cómo les fue?, quiero todos los detalles —las atajó antes de subir la escalera.

—Madre, ¿podría ser mañana al desayuno? —preguntó con cautela Carol.

—No. Quiero escucharlas ahora, no por nada las esperé hasta esta hora —bufó haciendo un gesto para que ambas miraran el reloj de pared.

—Lo pasamos muy bien madre, Cathy me invitó a su casa de la ciudad para la temporada de ópera, claro si a usted no le parece mal.

—No, Audrey, no me parece mal, pero recuerde que en unos días llegará su tía, y estarás viviendo ya en la ciudad para esa época.

—Tiene razón, madre —recordó con un dejo de tristeza que a Carol no le

pasó por alto, a lo mejor eso significaba que su hermana se estaba arrepintiendo.

—¿Y tú, Carol?

—Eh...

—Carol estuvo toda la noche con sir Nicholas Brown, madre...

—¿El hijo de Paul? —la interrumpió.

—Sí, madre él mismo.

—¿Cómo es que lo conocen? —preguntó Carol realmente intrigada, su madre y hermana se referían a él como si fuera muy conocido, en cambio ella era primera vez en la vida que lo veía.

—En qué mundo vives, Carol —la regañó su madre—, ya lo sé, no me lo respondas. sir Nicholas es heredero de una gran fortuna, además de ser el dueño del banco.

Carol resopló, si hubiera sabido quien era, jamás se habría acercado a él.

—Madre, y eso no es todo, mañana sir Nicholas vendrá a visitar a Carol.

—¡Y tú cómo lo sabes! —exclamó exasperada Carol.

—Porque Cathy me lo dijo, y ella lo supo por Thomas, el otro joven que estaba contigo —relató con toda la tranquilidad del mundo.

—Que emoción tener a ese joven mañana en la casa, su padre estará feliz.

—Madre, por lo que más quiera, no se haga ilusiones, entre ese joven y yo no hay ni existirá nada.

—Eso no lo decides tú, y ahora suban a su cuarto, siempre quieres arruinar mis planes.

—No son sus planes, madre, es mi vida de la que habla —dijo sin fuerzas para enfrentarse a esa batalla, estaba cansada, y lo único que quería hacer era dormir.

A Leonor no le importó en absoluto aquel comentario de su hija, ella como siempre ya había empezado a maquinarse su propio plan.

A la mañana siguiente, incluso antes del alba Robert despertó exaltado,

tenía algunas cosas que aclarar con Nicholas, aunque no sabía muy bien cómo explicarle. Al bajar al salón, todo estaba en silencio e impecablemente ordenado, nunca se enteró a qué hora había ocurrido eso, pues después de su última mirada con Carol asegurándose que ella se marchaba, también se retiró, no tenía intenciones de quedarse en ninguna fiesta, y se había dormido mirando embobado la foto de ella, esa que desde hace unos días atesoraba en silencio, había pagado, o sobornado mejor dicho al fotógrafo para que se la entregara.

La primera en levantarse fue Carol, ella empezaba muy temprano las labores de la granja, se esmeraba cada día más por ayudar a su padre, ella tenía un plan, si se volvía indispensable para su padre, él no la haría casarse obligada, sino que le permitiría vivir en la finca eternamente.

Esa mañana estaba fría, demasiado pensó, no soplaban el viento y el suelo estaba escarchado, incluso un poco más de lo normal, el hielo le traspasaba incluso el gorro de lana, decidió *motu proprio* no sacar a los animales, y cuando terminó de alimentarlos, su padre la miraba con orgullo desde un costado.

—Ha sido una buena decisión, hija, le diré a Charles que encienda un fuego para que tengan calor.

—Padre, espero no se moleste, pero ya se lo pedí —comentó con una sonrisa, no de orgullo, de auténtica felicidad.

Bernard le devolvió la sonrisa con el mismo entusiasmo, y le dijo que entrara, que hacía mucho frío, que iría solo a ver las cosechas, aunque protestó, obedeció.

Una vez dentro se sintió calentita, la casa estaba temperada y se ovilló cerca de la chimenea para leer, necesitaba distraerse y dejar de pensar en Robert, en cómo sería ahora de mayor, ¿sería tan atractivo como cuando niño? ¿Tendría la misma cara de chico triste?

—¿En qué piensa? —la distrajo Rose quien venía avisarle que el desayuno ya estaba servido.

—En la vida, Rose, solo en eso.

—Mi niña, ¿está enamorada?

—¡No! Dios no lo permita.

La anciana que la conocía y quería como si fuera su propia hija se rio en su cara, y le dijo que se apurara, que la esperaban para ir a la iglesia, cosa que a ella no le encantaba.

Asistir a la iglesia para Carol era tedioso e incluso una pérdida de tiempo, todo el pueblo asistía con su mejor vestimenta como si ese fuera el mayor acontecimiento del lugar. El señor Conrad era el anciano vicario que había estado en ese pueblo desde siempre, a todos había casado, bautizado y al llegar su minuto, enterrado. Todo el mundo respetaba su pensar, además había sido nombrado por el abuelo del señor arrogante.

A la salida, Catherine se acercó a su amiga para llevarla donde el joven Nicholas la esperaba y del incidente de la noche anterior ni se habló:

—No sabía que venias a la iglesia —saludó Carol a su nuevo amigo.

—No lo hago, no entro desde que mi padre murió, creo que estamos algo distanciados con Dios.

Carol lo entendió, si su padre muriera de un momento a otro ella actuaría igual, o peor.

—Le he pedido a Catherine que te buscara para que vayamos a dar un paseo, antes del anochecer estarás de vuelta.

—Oh, no me parece adecuado, además no sé si a mis padres les parecerá correcto.

—De eso no te preocupes —respondió sir Nicholas bajándose del elegante carruaje para avanzar donde estaba un grupo de personas y entre esas Bernard y Leonor. Él los había visto entrar desde un principio, pero no era correcto interrumpir la misa, aunque a él eso no le importara.

Carol abrió los ojos como plato cuando notó hacia dónde se dirigía a paso veloz, y Cathy fue quien la tomó del brazo para demorarla.

—¿Lord Holland? —preguntó cuándo llegó hasta el grupo.

—Sí, ese soy yo —respondió girándose hacia él para examinarlo, era

claro que no lo conocía.

—Soy sir Nicholas Brown —estiró la mano y Bernard como caballero se la extendió también.

Leonor que estaba aún distraída conversando, al escuchar su nombre se dio vuelta de inmediato y se posó a un costado de su marido.

—Dígame, joven.

—Disculpe mi atrevimiento, pero me gustaría invitar a su hija a almorzar.

—¿Y Audrey está de acuerdo?

—Oh, no, querido. El joven está hablando de Carol —rectificó con una gran sonrisa Leonor.

—¿De mi Carol? —preguntó más que asombrado.

—Padre —habló la aludida cuando por fin logró llegar.

—Este joven me está pidiendo permiso para almorzar contigo —le comunicó.

—No, no hay problema si usted no está de acuerdo. No es apropiado y lo entiendo, además no tengo carabina que nos pueda acompañar.

—Carol, hija —espetó su madre fulminándola con la mirada—. No nos parece mal que vayas con sir Nicholas.

Bernard miró a su mujer de mala forma.

—Lord Holland, le prometo que a las tres estará de vuelta, sana y salva.

—Eso espero, joven, porque tengo una escopeta nueva que no me gustaría probar —respondió medio en broma medio en serio.

Por más que Carol rogó con la mirada a su padre, no logró llamar su atención, y con la venía de este, ambos salieron en dirección a su carruaje.

—No sé si estoy haciendo bien. —Suspiró Bernard al ver a su hija alejarse.

—Claro que sí, él es un joven honorable, no hay por qué tener dudas.

—No lo sé, no dudo de su honorabilidad, dudo de los deseos de nuestra hija.

—Bernard —dijo zalameramente Leonor como la encantadora de serpientes que era—, nuestra hija está en edad de tener su propia familia, ya no es una jovencita y merece ser feliz.

—Es que no sé si esa es la felicidad que ella desea —reconoció con pesar.

—Yo la conozco, eso es lo que más desea en el mundo...lo que toda mujer desea.

Y con esas tranquilizadoras palabras Bernard se quedó sereno y dejó de preocuparse, aunque de igual forma no le parecía correcto que su hija saliera sola con ese joven.

Por otro lado sir Nicholas resultó ser todo un caballero, amable, simpático y en ocasiones impresionante, solo que había llegado tarde.

El almuerzo fue muy agradable, claro, y cómo no, si él no la dejaba pensar y se deshacía en halagos para ella.

Tal cual como lo prometió a las tres de la tarde Carol estaba en la puerta de su casa.

—¿Puedo verte mañana?

—Lo siento, he prometido a la duquesa que tomaría el té en su compañía.

—¿Y después? —preguntó ansioso.

—Creo que estás interpretando mal mi amistad, sir Nicholas...

—Nicholas —la interrumpió él.

—Yo solo deseo ser tu amiga.

—Lo sé, Carol, lo noto en tu mirada, pero no sería quien soy si no lo intentara.

Eso le causó gracia a Carol, aquel joven era sincero, al igual que ella, y en honor a eso y sorprendiéndolo le dio un tierno beso en la mejilla.

—¡Te lo dije! —gritó Nicholas antes de volver a su carruaje—. ¡No voy por tan mal camino!

Carol sonrió ante su comentario y se despidió con una sonrisa y alzó la mano para que se fuera de una vez por todas, el frío era demasiado y además por alguna razón ella se sentía un tanto incomoda.

Y como no sentirlo, si Robert la había seguido desde la mañana cuando fue a casa de Nicholas y le informaron que este estaba en la iglesia, entonces desde ese minuto supo el por qué de su visita. Ellos eran amigos y sabía de su aversión adquirida recientemente por Dios y todo lo que esto involucrara, y para colmo de su mala suerte, no erró, allí estaba él, esperándola a ella, que la notó distinta, y no tardó en notar el trasquilado de su pelo. Ahora tendría que averiguar el por qué, claro, cuando a su prima se le pasara el enojo y le volviera a hablar.

Toda la familia estaba reunida en el salón principal de la casa, cada uno en lo suyo y cuando la vieron aparecer, su madre fue la primera en preguntar.

—¿Cómo le fue?

—Bien.

—¿Bien? ¡Solo bien!

—Déjela, Leonor, ya nos contará cuando ella lo estime conveniente.

—Gracias, padre, pero no hay nada que contar, somos solo amigos.

Esa respuesta no le gustó a su madre y Grace que aún estaba molesta con ella fue la primera en atacar con un pensamiento en voz alta.

—Yo no sé qué ven los hombres en ti, que aún con el pelo corto y pareciendo niño quieren estar a tu lado.

—Tal vez porque sé algo más que tú, mocosa engreída —soltó sin pensar, ya no aguantaba más las pesadeces de su hermana.

—¡Carol! —la reprendió su madre.

—Pero esta vez yo no empecé, usted la está escuchando.

—Aun así, no son formas de tratarse entre las hermanas.

—Pero...

—Grace, pídele disculpas a tu hermana y te vas a tu habitación —ordenó Bernard sorprendiéndolos a todo.

—¡Qué! —chilló por lo alto, incluso Leonor la iba a defender cuando su

esposo la hizo callar solo con una mirada.

—Es verdad, no quiero aceptar más insolencias en esta casa, menos viniendo de una niña.

—Pero...

—Sube ahora, Grace, no me hagas repetírtelo —sentenció.

La joven pasó por el lado de su hermana susurrándole solo para que ella la escuchara «me las pagarás».

Después de aquella escena, Carol se percató que su padre se levantaba para ir a su despacho, su semblante era preocupado y decidió seguirlo.

—Padre, ¿qué le sucede?

—Tengo un mal presentimiento —confesó mirando por la ventana.

—¿Se siente mal? —preguntó asustada.

—No, hija, es el tiempo, está inestable, creo que hoy será una noche muy helada.

—¿Y no hay nada que podamos hacer?

—Solo esperar, ya tengo a los peones preparados para la noche.

—¿Puedo ayudarlo?

—Será muy duro si comienza a nevar— advirtió.

—Si estoy con usted no me importa.

Bernard le extendió la mano para que se acercara y la abrazó por los hombros, él por terco se había perdido el amor de su hija muchas veces. Ella era inteligente y no lo quería aceptar, no quería ver que ella era diferente, no por irrespetuosa o porque no le gustara hacer los quehaceres de la casa, si no que porque su mente era como la de un chico en cuerpo de mujer, tenía más inteligencia que solo para bordar.

Durante la cena la gran ventisca tranquilizó a Bernard, pero Carol quien antes de sentarse había salido para comprobar una teoría estaba un tanto asustada.

—¿A qué saliste, hermana? —quiso saber Audrey

—Quería comprobar una hipótesis.

—Y la podría compartir —pidió Leonor burlándose de su hija. Estaba enojada porque según ella creía por su culpa habían castigado a su retoño.

—Leí...que para saber si habrá nieve, por la helada dejando un plato a la intemperie uno podría saberlo antes.

—¿Ah sí? —se interesó Bernard poniéndole la máxima atención.

—Sí, puse un cuenco afuera, lejos de la casa con agua helada y... está a punto de congelarse.

—Carol, hija, se lo agradezco, pero no todo lo que aparece en los libros es verdad, las novelas son ficción.

—Pero no lo leí en una novela. , lo...

—Basta, Carol, ya escuchaste a tu padre, ahora por favor cenemos en paz.

Carol asintió y comenzaron a cenar, por alguna razón a Bernard la idea no le pareció tan descabellada, pero no podía fiarse de algo así.

Al terminar y debido al frío que había, todos subieron a sus habitaciones, y antes de que Carol fuera por segunda vez a ver el cuenco su madre se lo prohibió, subió derrotada a su habitación.

Audrey quien la esperaba, le pidió que se acostara con ella, quería escuchar todos y cada uno de los detalles de la tarde, esos que justamente ella no quería contar.

Después de relatarle todo con lujo de detalle y cuando ya tuvo saciada su curiosidad por fin Audrey la dejó dormir. Carol lo agradeció estaba muy cansada y tenía una extraña corazonada que la rondaba desde muy temprano. No sabía si era por sentirse observada constantemente o qué.

Fuera de la casa de los Weston, ellos ni se imaginaban lo que sucedía, el viento helado arreciaba en silencio los predios vecinos, la lluvia había cesado de caer para dar paso a pequeños fragmentos de nieve que caían intermitentemente, pero pasado los minutos estos ya no eran tan pequeños, la noche se había vuelto blanca por la nevada, era tal que no se podía ver nada. El viento blanco ya había comenzado.

Bernard y Carol como si estuvieran de alguna manera conectados se sobresaltaron al escuchar un ruido, Carol como era más ágil por ser joven, fue la primera en bajar de la cama y llegar hasta la ventana.

—¡Dios mío! —exclamó y salió corriendo para buscar a su padre, quien al abrir la puerta sin tocar lo vio vistiéndose.

—Padre disculpe, pero...

—Tranquila, Carol, vuelve a la cama

—¡No! voy con usted y no aceptaré un no por respuesta.

Después de ver aquella determinación en su hija, no tuvo más opción que aceptar.

—Apresúrate, nos vamos en cinco minutos.

Leonor quien dormía plácidamente al escuchar la conversación en vez de incorporarse solo se dio vuelta y se tapándose aún más.

Carol corrió a su habitación, se puso el traje de montar, sus botas altas, un abrigo y una bufanda, se sentía apretada, pero sabía que el frío afuera le calaría hasta los huesos.

Al mismo tiempo ambos bajaron las escaleras, era como si estuvieran sincronizados, Bernard abrió la puerta y tuvo que hacer un esfuerzo para no caer hacia atrás, el viento no amainaba y era cada vez más fuerte, tomó a su hija de la mano para que lo siguiera, afuera no se veía nada, rápidamente llegaron hasta las cuadras y comenzaron a tocar las campanas para que los peones llegaran a su lado, ellos rápidamente aparecieron y como buen terrateniente que era comenzó a dar órdenes.

Todos con antorchas en mano salieron montados en caballos, y los que no tenían lo hicieron a pie, a la salida de la casa, Bernard con la experiencia que poseía encabezó la comitiva, una vez que llegaron a las cosechas lo que más temía se comenzó a hacer realidad. ¡Nieve! Y escarcha estaban por todos lados, eso quemaría todo y mandaría sus sueños y sus dividendos al tacho de la basura, nada se podría salvar. Ahora sí lo perdería todo y ya estaba viejo para poder recuperarlo.

—Enciendan fogatas cada veinte metros ¡Rápido! ¡Rápido! —gritaba a todo pulmón.

No eran tantos los empleados de la finca y ya en otros predios se podía observar fumarolas, todos estaban haciendo lo mismo, nadie quería perder esta batalla, que era contra la inclemencia del tiempo.

Carol en un principio se sintió inútil, no sabía qué hacer y su fogata no se encendía, Charles la ayudó y le enseñó cómo hacerlo. En un principio costaba mucho que se prendieran, todo estaba mojado y eso demoraba el proceso.

Bernard galopaba como un loco por entre las plantaciones y los peones con maderos esparcían el humo para que derritiera los copos de nieve.

Carol miraba la escena desesperada, no sabía en qué más poder ayudar, se sentía impotente, corría de un lado a otro llevando maderos y todo lo que se podía quemar, pero apenas encendían una fogata otra se apagaba.

—¿Y si echamos agua? —preguntó Charles a Bernard.

—Sí, puede ser...

—No, padre, el agua se congelará —acotó Carol.

—Lo perderé todo —se lamentó Bernard con cara de desolación, en tanto la nieve seguía cayendo cada vez más.

—No podemos rendirnos sin luchar, padre, usted me enseñó eso.

Bernard con pesar asintió, y todos siguieron en lo que estaban, como podían encendían las hogueras, Carol en un acto de desesperación se había sacado el abrigo y lo pasaba a ras de suelo para quitar la nieve en los brotes más nuevos, algunos peones que tenían sus fuegos encendidos comenzaron a imitarla, eso estaba comenzando a dar un buen resultado.

Pero pronto las cosas empeoraron, con tanto humo los caballos comenzaron a asustarse y ante un ruido que resplandeció todo el cielo el caballo que montaba Bernard salió desbocado corriendo, perdió completamente la orientación y marchó directo al lago, Carol sintió como a lo lejos su padre le gritaba al animal que se detuviera y se sobresaltó, corrió como poseída dejando todo lo que estaba haciendo de lado para alcanzar a su padre, pero era imposible,

la ventisca no permitía ver nada, solo las voces la podían orientar, hasta que de pronto ya no lo escuchó más.

—¡Padre! ¡Padre! —comenzó a gritar cada vez más fuerte Carol sin obtener respuesta.

La desesperación comenzó a apoderarse de ella y la adrenalina la hacía correr más a prisa sin cansarse, cuando Charles se dio cuenta de lo que sucedía también comenzó a correr para alcanzarla, todos estaban desorientados.

—¡Señor! ¡Señor, responda! —comenzaron a gritar alguno de los empleados que escuchaban los gritos desesperados de la joven

Carol se detuvo unos segundos para intentar ver, y lo que vio la dejó de piedra, el caballo venía a galope zigzagueando y sin su padre encima.

—¡Padre! —vociferó guturalmente en un grito desgarrador que provino desde sus entrañas y todo lo que obtuvo fue un silencio sepulcral. Ni el viento emitía ruido en ese momento.

—¡Padre! —volvió a gritar casi sin voz caminando de prisa en la dirección que venía el caballo.

Al dar un par de pasos, lo que vio no lo pudo creer, corrió y volvió a gritar a todo pulmón el nombre de su padre, se lanzó al suelo para darle vuelta, Bernard estaba inconsciente tirado sin moverse, su cuerpo inerte hizo que Carol se imaginara lo peor.

—¡Padre! ¡Padre...! ¡Padre! —chilló zamarreando a Bernard, pero este no se movía—. Dios mío, no, no por favor.

Bernard, como escuchando las súplicas de su hija abrió los ojos, la miró con la mirada sin vida, vacía, carente de la chispa que le regalaban los latidos del corazón, sonrió entre lágrimas y con pesar logró articular.

—Carol...

—Estoy aquí, estoy aquí, tranquilo —jadeó intentando no derramar ninguna lágrima para que su padre la viera fuerte.

Bernard sangraba por la cabeza y tenía una herida que cubría casi toda su nuca, incluso también por la boca había comenzado a derramar aquel líquido

vital. Ella lo miró horrorizada, su padre ya no se movía y cerraba sus ojos lentamente dejando así de respirar.

Carol negaba con la cabeza, su cuerpo comenzó a convulsionar y su ira interna comenzó a aflorar.

—¡No! Abra los ojos, ¡ábralos! —chilló zamarreándolo cada vez más fuerte y mirando al cielo aulló—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me castigas?

Charles llegó junto a ella y se arrodilló a su lado, no necesitaba tocarlo para saber que su señor ya no estaba en este mundo, pero se le encogía el alma ver a la joven así.

—Lady Carol, cálmese —susurró poniendo su mano sobre las de ella—, ya no hay nada que hacer.

—No ¡No sé lo voy a permitir!

Se abrazó al cuerpo de su padre y estrechándolo entre sus brazos seguía diciéndole que no se muriera, le pedía a Dios, a todo el que la escuchara.

Todos los peones se habían arremolinado alrededor del cuerpo inerte del señor dejando todo de lado, los gritos y la conmoción habían sido tal que incluso en la finca de al lado los habían escuchado, ahí también estaban en las mismas labores y un misterioso hombre galopaba raudo a ver qué sucedía, llegó. Se bajó de su gran corcel, y se hizo paso entre la gente. No vio nada hasta que llegó a la escena encogiéndosele el corazón a él también.

Charles lo miró suplicante, él ya lo había visto con su niña y esperaba que pudiese hacer algo para calmarla.

Robert caminó a paso firme y sin importarle quien estuviera ahí mirándolos se arrodilló al lado de Carol, pasó su brazo por sus hombros y ante los sollozos que ella propinaba comenzó a murmurarle al oído.

—Carol... Carol, calma, suéltalo por favor...

Ella no supo en un primer momento quien le hablaba así, se separó un poco de su cuerpo para ver de quien se trataba y cuando lo consiguió, su expresión cambió, lo taladró con la mirada. Él jamás la había visto así, tuvo temor de solo mirarla, porque pensó que ella lo había recordado, pero lo que

vino a continuación lo dejó helado, más incluso que la noche en que estaban.

—¡El duque tuvo la culpa de esto! ¡Él le vendió las tierras! Si no fuera por él esto no hubiera sucedido jamás —gruñó con lágrimas en los ojos.

—No, Carol ¿qué dice? Esto es un accidente, nadie tiene la culpa.

—¡Sí, Arthur, sí! ¡Robert es el culpable!

Ella estaba fuera de sí y a él se le partía el corazón al verla así, su rabia y su odio por Robert había crecido al doble en ese momento, lo que ella decía era verdad, pero no como creía, y esto había sido un accidente.

Como pudo logró despegarla de su padre y acunarla entre sus brazos, ella se dejó acunar mientras él la trataba de tranquilizar.

—Cálmese, Carol, yo estoy aquí, déjelo descansar en paz.

—No, no, no podré, es mi padre, mi amigo, lo que único que tengo en la vida, el único que me quiere de verdad —sollozó rechinando los dientes como si con eso pudiera aguantar un poco el sufrimiento.

Robert la apretó aún más contra su pecho, esas palabras le dolían, Bernard no era el único que la quería de verdad, pero la cobardía le corría por las venas mezclada con el orgullo.

Después de unos segundos enredó sus dedos en su pelo y la miró fijamente a los ojos con de dolor y determinación.

—Carol, míreme —le ordenó—. Tiene que ser fuerte para enfrentar lo que viene, recuerde todo lo que le enseñó su padre y haga que se sienta orgulloso de usted ahora y siempre, esté donde esté, siempre la estará mirando y él no querría verla así, usted no es así, mi niña.

Charles se acercó hasta ellos y junto a otro hombre levantaron a su señor, había que regresar a casa y avisar al resto de la familia, y así a paso lento como si Bernard se estuviera despidiendo de sus tierras retomaron el camino de vuelta.

Carol lo llevaba tomado de la mano, no lo soltaba, su padre aún estaba caliente y en su interior ella albergaba una secreta esperanza, Robert avanzaba más atrás siguiéndola con la mirada.

Uno de los peones se acercó primero a la casa para avisar que una

tragedia había ocurrido, pero cuando Leonor y sus hijas vieron acercarse a Charles y a otro hombre con su marido herido corrieron por la nieve hasta llegar a él.

La escena era desgarradora, lo miraban, le hablaban e intentaban que él les respondiera. Carol haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba tomó a su hermana Audrey que estaba mirando estupefacta desde un costado.

—Calma, Audrey —susurró mientras la abrazaba con fuerza.

De un momento a otro todo era caos y gritos, todo era irreal y alguien debía poner un poco de orden, tomando la poca fuerza que le quedaba, Carol pidió que entraran a su padre a su habitación. Leonor por el impacto se desmayó y fue Rose quien la ayudó.

La noche no tranquilizó la casa, de pronto el médico apareció para corroborar que Bernard había fallecido producto de un golpe en la cabeza. Le dio un poco de láudano a lady Holland para que se tranquilizara. El día que se avecinaba sería uno de los más difíciles de su vida.

Carol después de dormir a sus hermanas y rechazar cualquier tipo de medicamentos se fue a al despacho de su padre, se sentó en su silla por primera vez en la vida y comenzó a recordar todo lo que había vivido junto a él. Se juró a si misma que trabajaría el doble para sacar la finca adelante, para que su padre se sintiera orgulloso desde ella donde estuviera.

A primera hora de la mañana todas las mujeres de la familia Weston vestían de impecable luto negro, estaban frente al féretro de su padre.

Una de las primeras en llegar fue Catherine, que abrazó a su amiga dándole todo su apoyo, tras de ella venía la duquesa quien en nombre de su familia ofreció toda la ayuda que fuera necesaria. Una a una fueron llegando las condolencias de la gente del lugar.

Lilly en su inocencia le llevó a Carol un lindo dibujo hecho por ella, Lucy la tomó de la mano y la sacó del lugar, conocía a su amiga y de seguro ella necesitaría respirar.

La tarde fue un constante de idas y venidas, cuando por fin llegó la noche

todas se retiraron a sus respectivos cuartos para descansar, en cambio Carol no podía, necesitaba caminar. Cogió un abrigo y por inercia llegó hasta el lago, y como si la vida se estuviera riendo de ella ahora la noche estaba completamente despejada, su mirada se fue hasta la mansión y la quedó mirando fijamente. Para ella Robert era el culpable de todos sus pesares.

Justo antes de que amaneciera Carol regresó, ese día el cortejo iría a la iglesia y se despediría para siempre de su padre.

Leonor estaba al lado de su hermana, ella era ahora su apoyo y su puntal, Grace la acompañaba en todo momento. Incluso Harry había aparecido y estaba ahora en la iglesia junto a su hermana, como no supo más de Arthur, pensó que había sido una ilusión producto de los nervios.

El vicario habló maravillas de Bernard Weston, conde de Holland, los sollozos que se escuchaban le partían el alma, pero ella no permitiría que nadie la viera llorar.

Cuando la misa concluyó comenzaron a caminar detrás del féretro del difunto. Pero ahora ya no estaba sola, sir Nicholas y Catherine la flanqueaban por los costados, cosa que ella agradecía de todo corazón.

El último adiós fue uno de los más sentidos, pero Carol estoica se mantuvo hasta el final. La gente empezó a retirarse y ella se acercó a su madre, pero Leonor estaba como ida, y además solo tenía brazos para sus hermanas, le dolió, pero desde que asumió que había perdido a su padre, supo que también ahora había perdido a su madre.

Cuando ya no quedaba casi nadie, le pidió a Rose y a Charles que se fueran, que ella se iría más tarde, necesitaba despedirse en soledad.

Y así lo hicieron, le avisó a su madre por respeto, pero ella ya estaba con su familia y lo que Carol le dijera no le importaba.

La mañana gris también estaba triste, las primeras gotas ya empezaban a caer, una vez que se hubo cerciorado de que estaba completamente sola se sentó junto a las flores, se quedó observando atentamente y no le molestó que las gotas le cayeran, ya que así se mezclaban con sus propias lágrimas. Cuando sintió

truenos en el cielo se permitió sollozar de dolor.

Desde lejos y con el sufrimiento instalado en su corazón por no poder ayudarla estaba Robert, su peor enemigo. Pero ya no aguantaba más ni las recriminaciones de su familia por no dar la cara, ni las propias por ser un cobarde.

—Carol... —dijo cuando llegó hasta ella.

Nada le respondió, ella estaba sumida en sus propios pensamientos y creyó escucharlo, pero pensó que era su imaginación, además el viento y la lluvia no ayudaban demasiado. Como no obtuvo respuesta se desprendió de su paraguas y se sentó junto a ella, aun así ella no lo miró.

—Carol... —Volvió a llamarla, y esta vez ella sí lo miró.

—Es usted ¿o es mi imaginación? —susurró con la mirada perdida.

—Soy yo, soy... Arthur —murmuró sin poder aguantar las ganas de abrazarla, pero ella lo rechazó.

—No —contestó moviendo la cabeza—. Váyase.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido, Arthur. Usted es como un fantasma... como la niebla... aparece y luego se va.

La tranquilidad con que le hablaba lo estaba matando, pero esas palabras no eran verdad, él siempre estaba, pero en la sombra.

—Levántese, la llevaré a su casa.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? —Robert ya estaba empezando a perder la poca paciencia que tenía—. No puede quedarse aquí, sola.

—Eso a usted no le importa.

—Carol, no me haga esto más difícil, levántese.

—¿Yo... yo le hago las cosas difíciles? Es usted él que aparece de la nada, me promete cosas que luego no cumple ¿y soy yo la que le hace la vida difícil? Váyase, no necesito de su lástima ni de la de nadie.

Ese fue el punto en que su paciencia desapareció, olvidó sus modales y la

cogió del brazo para que se levantara, no soportaba verla así, como si fuera un ente, sin vida.

—Vamos.

—Déjeme.

—Cállese.

—¿Qué?

—Que se calle o...

—¿O qué?— preguntó altiva, no dejaría que nadie la hiciera callar.

—O esto —dijo agachándose y tomándola para ponerla sobre su hombro como si fuera un saco.

—Suéltame —protestó con la cabeza hacia abajo tuteándolo por primera vez en su vida.

—Estás dando un espectáculo, cállate si no quieres ser el hazme reír del pueblo—le respondió del mismo modo.

—Arthur, estás loco, ¡suéltame!

Rápidamente y como si ella fuese un pluma la metió en el carruaje, cerró la puerta por fuera y él mismo la condujo a toda velocidad.

Carol protestaba y pateaba como una niña pequeña haciendo un berrinche, pero a él no le importaba, quería sacarla de ahí a como dé lugar, y eso era lo que haría.

La joven dejó de chillar para concentrarse en el camino, esperaba a que él se detuviera para salir corriendo del lugar.

Una vez que se detuvo, Robert bajó para abrirle la puerta, Carol creía que solo su rapidez e inteligencia la podrían ayudar, por eso apenas abrió, ella se abalanzó sobre él para echarse a correr como si la persiguiera el diablo, corrió sin mirar atrás, no sabía dónde estaba, ese bosque no lo conocía, casi chocó con un árbol en su huida y al girar lo único que tenía en frente era un río, no dudó en cruzarlo mojándose completamente, gracias al cielo que no era profundo, pero antes de llegar a la orilla sintió como una mano la cogía y el cuerpo de Arthur se abalanzaba sobre ella, como pudo intentó seguir huyendo, pero lo único que

consiguió fue girarse y empujarlo. Arthur era más fuerte y sobre ella lo era aún más, en un rápido movimiento él capturó sus manos para que no siguiera pegándole.

—¡Suéltame! —gritó Carol

—Una vez que te calmes —sentenció furioso.

Por supuesto que no le hizo caso, siguió moviéndose para zafar de su oponente, comenzó a gritar para poder ser oída. Ya comenzaba a desesperarse.

Robert no quería someterla a ninguna incomodidad, no quería que le temiese, solo quería que lo escuchara.

Pero ella no sentía dolor, ni cansancio, solo una furia incontenida por ser atrapada en contra de su voluntad.

—¡Me estás haciendo daño! —chilló y Robert de inmediato y como si le quemara la piel la soltó. Carol al ver su reacción y nerviosa como estaba comenzó a reír, eso acrecentó la rabia del joven, ya que se sintió burlado, tomó sus manos nuevamente y las puso sobre su cabeza al tiempo que la contemplaba y se perdía en su mirada. Ambos jadeaban exhaustos por la carrera, Robert se agachó y Carol pudo sentir su aliento cálido sobre su rostro, ella tembló y al hacerlo Robert esbozó una pequeña sonrisa.

—Suéltame, por favor.

—Me vas a escuchar.

—Déjame ir, ahora.

Robert pegó su frente a la de ella para tranquilizarla, pero no se esperó jamás que Carol reaccionara levantando su pierna para intentar golpearlo en sus partes nobles. La mirada penetrante de Robert la sobrecogió.

Arrugó la frente y sin poder contenerse más susurró un par de palabras inteligibles para ella y la besó, soltó sus manos y pasó las suyas por su espalda apegándola a su cuerpo. Al primer contacto, Robert se perdió en sus labios, esos que añoraba día tras día y Carol noche tras noche. Las manos de ella se fueron hacia su cuello instintivamente. Ambos se deseaban, pero fue Carol la que se separó primero. Él estaba aturdido y jadeando por la situación, su semblante

estaba perplejo, se estaba comportando como un animal, ese no era él, pero es que ella despertaba instintos que ni siquiera sabía que poseía. Se levantó rápidamente y le tendió la mano para ayudarla, pero Carol la rechazó y comenzó ella, frente la atenta mirada de él, a caminar hacia la casa. Pero de un rápido movimiento Robert la alcanzó y la cogió de la mano para ser él quien la guiara.

—Oh, qué actitud más madura de tu parte —rezongó con burla.

—Patearme no es una actitud muy femenina que digamos —respondió con su tono serio.

—Y besarme a la fuerza, ¿qué actitud es?

Robert sintió que el peso de su conciencia le estaba pasando la cuenta, sin girarse porque no podía reconocerlo:

—Disculpa, esa actitud fue animal, no debí reaccionar así.

Carol al escucharlo se detuvo afirmando su mano obligándolo a detenerse.

—No me molestó —reconoció mirándolo directo a esos ojos donde le encantaba perderse.

Capítulo 8

Robert no podía decirle nada sobre esa confesión, o al menos no lo que en realidad quería decirle y la llevó hasta la puerta de la casa, Carol sentía un nudo en la garganta, pero la expresión de Arthur la conmovió, él no despegaba los ojos de los suyos, con tal intensidad que a ella se le secó la boca e innumerables pensamientos la invadieron en ese momento.

—No tengo miedo —le susurró al oído para darle el valor que necesitaba, ella lo veía en su mirada, sentía como que lo conocía de toda la vida y no lograba explicarse el por qué.

Una vez dentro, la llevó a la habitación y la sentó sobre la cama, sacó desde un pequeño baúl una camisa y le entregó una manta con delicadeza, luego caminó en dirección de la chimenea.

—Desvístete, ponte eso —le ordenó.

—¿Qué? —preguntó ahora sí con desconcierto ante el cambio de actitud.

—Estás mojada, te volverás a enfermar, saldré y volveré cuando estés lista. Tenemos que conversar.

Todo lo que decía Arthur era verdad, además ya empezaba a tiritar y no solo por el frío. Hizo lo que le dijo y dejó su ropa junto a la chimenea, para que cuando estuviera seca poder volver a ponérsela.

La camisa olía a él, tenía impregnado su olor, le quedaba casi a la rodilla, tomó la mullida y cálida manta y tapó con ella.

Él tocó la puerta y una vez que entró, sin mirarla porque no se atrevía prendió el fogón, acercó un taburete y por fin se sentó contemplándola con todo el amor que poseía su corazón.

—Arthur... no logro entenderte, eres como un fantasma, apareces cuando te necesito y luego no vuelvo a verte, así... así no puedo sacarte de mi cabeza. —«Ni de mi corazón», pensó.

—Esto está mal, Carol, no lo entenderías, debes olvidarme.

—¿Así como me olvidaste tú?

—Yo nunca te he olvidado. —Y casi en un susurró, continuó—, en cambio tú...

—Arthur —dijo levantándose de la cama, pero él no se lo permitió, rápidamente llegó hasta ella y la obligó a quedarse ahí, acostada y tapada.

—No estoy enferma —protestó.

—Pero estás cansada, descansa, yo velaré tus sueños.

—No, no quiero que hagas nada por mí, vete y déjame sola, ¿no me acabas de decir que no soy buena para ti?

—Yo nunca dije eso.

—¡Eres igual a Robert! —exclamó de corazón ¿Por qué ese hombre se comportaba como si ella solo fuera un estorbo? ¿Acaso lo era? ¿Tan mala era para cualquier hombre que debía siempre olvidarlos a todos?

—¡Sí! —gritó sin poder contenerse, y al ver que Carol se asustaba de verdad, la abrazó con todas sus fuerzas, ella empezó a tiritar, de rabia, de pena, de frustración, muchas emociones pasaron por su cabeza y ella no fue capaz de controlar ninguna.

—Perdóname, perdóname, no debí reaccionar así.

—Déjame, quiero estar sola, ¿es tan difícil de entender?

—No puedes huir siempre que tengas un problema.

—¡Claro qué puedo!

—Carol, por favor, no me lo hagas más difícil, lo nuestro no puede ser.

—¿Qué nuestro, Arthur? nunca hemos tenido nada.

—Lo sé —reconoció con pesar.

Carol estaba cansada, no quería seguir peleando, no podía, sencillamente no lo entendía y ahora había confirmado todas sus dudas, no quería que la vieran junto a él, simplemente era igual a Robert y él mismo lo había confirmado.

Cerró los ojos cansada, llevaba casi dos noches sin dormir, y sentirse abrazada por él aunque solo ella lo disfrutara le llenaba el corazón y de alguna manera la hacía sentir tranquila. Se durmió pensando en su padre, en que ya no

lo vería más, un suspiro se escapó de su alma.

Robert la estrechó aún más fuerte hacia su pecho. Comenzó a acariciar su espalda en tanto respiraba el olor de su cabello, ese que jamás había olvidado, ella olía a miel, al néctar más embriagante que había en la vida. Era la primera vez en su vida que estaba con una mujer en su cama y él solo la observa, la contemplaba como si fuera el tesoro más importante del mundo, así que también luego de unos minutos se rindió a un sueño tan profundo como el de ella, al estar así, sentía paz, una que muy pocas veces lograba encontrar.

Afuera la tormenta no amainaba, el día estaba oscuro, y un trueno despertó a Carol, lentamente se dio vuelta, se sentía aprisionada por Arthur que dormía como un bebé a su lado, lo miró descansar, se veía tan tranquilo, incluso su rostro que siempre estaba contraído estaba relajado, se acercó lentamente, como atraída por su semblante, lo miró fijamente como diciéndole todo lo que por su mente sucedía, ella hubiera estado dispuesta a ofrecerle su amor, su vida si él hubiera querido. Llegó hasta sus labios olvidando todo tipo de recatos y sin ningún pudor se acercó. Sentía como llamas le quemaban por dentro, pasó la punta de su dedo por sus labios, era como si estos le llamaran, cerró los ojos y lo besó.

Robert se despertó al instante desconcertado al verla sobre él, Carol vio algo en sus ojos que le partió el corazón, Arthur, su Arthur estaba atormentado.

—Aléjate de mí —murmuró con una agonía de súplica.

Carol comenzó a retirarse, estaba roja de vergüenza, pero antes de dejar de sentir su aliento eclipsador, Robert retiró un mechón que le caía sobre su rostro, lo acomodó tras su oreja y murmuró.

—Vístete, lo mejor será que nos marchemos.

Nada más dijo y salió del cuarto, tenía rabia, no con ella si no que con él, era un cobarde, Carol le entregaba lo más hermoso que una mujer podía entregar, amor puro y desinteresado, pero el problema era que no se lo entregaba a él, era para Arthur, «su Arthur» como la había escuchado llamarlo en sueños.

Una lágrima corrió por el rostro de Carol, esta no era por su padre, no,

era por su desvergüenza, en el momento en que Arthur salió de la habitación, se sintió de lo peor, un ser egoísta, no tenía ningún derecho a dejarse llevar por su egoísmo de quererlo, cuando él ya se lo había advertido.

Se vistió rápidamente y sin decirse ni una sola palabra ambos llegaron al carruaje, aun llovía, pero de igual modo Arthur lo manejó desde la intemperie, no podía ni quería verla.

La dejó en su casa sin siquiera decirle adiós, y ella tampoco se atrevía a decírselo.

Luego con todo el ímpetu y desazón que sentía forzó a los caballos a correr de vuelta a su mansión, necesitaba escapar de ella, sino definitivamente se volvería loco.

¿Cómo era posible que él un hombre guapo y de fortuna no pudiera encontrar a una mujer para amar?

Lo primero que hizo Carol al entrar fue a ver a su madre, ella estaba dormida en su habitación, así que se dirigió al salón donde estaban sus tíos, la primera en hablarle fue su querida tía.

—¿De dónde vienes a estas horas, Carol?

—Estaba en el cementerio.

—Vienes muy seca para eso. ¡Dios mío! ¿Cómo debe sufrir mi pobre hermana tratando de educarte?

¡Qué sabe usted si no tiene hijos! quiso gritarle, pero no era correcto, además ya había hecho demasiadas tonterías para un solo día, obvió su comentario y se sentó junto a su hermana que estaba con la mirada perdida hacia la ventana.

—¿Tienes hambre, Audrey? ¿Quieres que te traiga algo?

—A mi padre —respondió y comenzó a llorar sobre el regazo de su hermana.

—Audrey Weston, basta. Debes ser una mujer fuerte, este mundo no es para los débiles.

Eso ya era demasiado ¿Quién se creía esa señora para hablarle así a su

hermana?

—Disculpe, pero que usted no haya llorado en el entierro de sus padres no significa que todos debamos actuar igual.

—Irrespetuosa, menos mal que en un par de días me iré con Audrey para enseñarle lo que es ser una verdadera dama de la alta sociedad.

—¿Qué? ¿Cómo qué te vas, Audrey?

—Eh... sí, Carol, aprovecharé para irme ahora con la tía.

—¡Pero cómo! ¿Cómo vas a dejar sola a nuestra madre y...y justo en este momento?

—Ella está de acuerdo, Carol.

—Esto no puede ser —murmuró más al aire que otra cosa y subió hasta la habitación de su progenitora, aunque estaba durmiendo necesitaba hablarle, habían muchas cosas de las cuales discutir.

—Madre... madre.

Solo unos segundos tardó en despertar y con el semblante arrugado y los ojos hinchados de tanto llorar le habló:

—¿Qué sucede?

—Madre, Audrey no puede irse, menos ahora, hay que ver qué hacer con la finca y mientras más manos seamos más fácil se nos hará el trabajo, yo...yo no puedo encargarme sola de todo.

—Carol, querida — habló tan tranquila que la asustó—, ya tengo pensado que hacer, no te preocupes, y si amas tanto a tu padre como dices, sé que acatarás todas mis decisiones, ahora vete a descansar, una mujer ajada no sirve para nada —concluyó como si nada estuviera pasando, como si todo lo que se les avecinaba fuera muy fácil.

Carol bajó derrotada, pero más que nada intrigada, sabía del carácter de su madre, es más pensaba encontrársela llorando o diciendo que estaba a punto de darle un ataque al corazón, pero no, esa Leonor que estaba en la cama descansando era una mujer fría, incluso más de lo normal.

Salió en busca de Charles para saber de los daños ocasionados por la

tormenta, a pesar de que el peón le dijo que eso no era cosa de señoritas ella se encaprichó en saberlo todo y vio una gota de esperanza cuando le contó que no estaba todo perdido, pero que no sabía cómo proceder sin su señor.

—Escúchame, Charles, esta finca debe salir adelante o con o sin...mi padre, y necesito de toda tu ayuda, yo no sé cómo hacerlo sola.

—¡Pero qué dice! Usted es una dama, ¡lleva faldas!

—Sí, Charles, pero no por eso esta finca y un tesoro de mi padre se irá a pique, entre tú y yo la sacaremos adelante, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Él asintió, sabía que si la finca aún tenía una esperanza, esa sería de manos de Carol Weston, pero también sabía que ahora la finca pasaría a un nuevo heredero, así dictaminaba la ley, y esa opción, por el solo hecho de ser mujer, no sería para Carol.

Toda la noche Carol estuvo en la oficina de su padre tratando de entender un poco cada uno de esos papeles, ella veía hipotecas, facturas y cuentas por pagar, y no sabía muy bien cómo proceder. Pero de pronto se le ocurrió una gran idea, tal vez ella no sabía, pero Nicholas Brown sí. Juntó todos los papeles porque a primera hora de la mañana iría a verlo.

El desayuno fue muy tenso, Charlotte quería hacer de aquella casa un palacio de elegantes damas que no eran, dispuso para el desayuno la loza más fina que poseían, obligó a Rose mirarlos comer parada en un costado por si alguien necesitaba algo, Carol la miraba con compasión suplicándole paciencia, y la anciana con su corazón bondadoso le decía que no se preocupara.

Al terminar, Leonor y Charlotte pidieron que le prepararan el carruaje, ellas tenían una visita muy importante que hacer. A Carol no le importó, ella iría caminando y cogiendo la inmensa carpeta que tenía, salió en busca de su amigo.

Nicholas estaba en su casa descansando, pero de inmediato al ser informado de quien lo buscaba dejó de hacer todo para recibir a su querida amiga.

—¡Carol! que gusto tenerte por acá, yo no quería ir a verte para no

importunarte, pero pensaba hacerlo en estos días —reconoció besándola en las dos mejillas, cosa que ella no agradeció, esa cercanía y confianza no le gustaban.

—Vine a pedirte un favor.

—Dime, lo que necesites.

Carol le explicó lo que requería y sir Nicholas con una gran sonrisa que no le cabía en la cara la hizo pasar al grandioso comedor, no era tan apoteósico como el de la mansión del duque pero no por eso menos imponente. Estudió los papeles por un largo rato, vio uno tras otro mientras anotaba algunas cosas en su libreta, y mientras más leía, menos le gustaba, Carol jamás sería la heredera de esas tierras, incluso podría tener que abandonarlas.

En otro lugar del pueblo, Leonor y Charlotte esperaban para ser atendidas por la que ellas creían sería la solución a todos sus problemas.

—¿Qué quieres que les diga a las señoras que te esperan?

—Que las recibiré en un momento, solo espero que no sea lo que pienso.

—¿Qué crees?

—Luego, no quiero aventurarme, y espero estar equivocado.

Tal como se lo habían pedido, la joven les avisó a tan distinguidas señoras que ya podían pasar, estas con aires de grandeza y sin ningún atisbo de estar guardando luto entraron a la oficina.

—Usted dirá, lady Holland.

Y ese fue el comienzo del plan de la condesa de Holland, ella ya tenía el destino de su familia en sus manos y ahora podía hacer y deshacer a su completo antojo.

Robert al escuchar todo lo que salía de boca de esas dos víboras solo confirmaba lo que siempre él había pensado de aquella señora, lo que ella había ido a proponerle no se le hacía ni al peor enemigo y él ahora se encontraba ente la espada y la pared, debía tomar la decisión antes del atardecer, si no ellas irían donde su segunda opción, él lo conocía muy bien y sabía que él aceptaría antes de que aquellas manipuladoras y arribistas terminaran de hablar.

Una vez que Cathy las despidió de la mansión, corrió al despacho, y por la expresión de triunfo que llevaban supuso que algo muy malo estaba pasando.

Sin siquiera tocar entró.

—¿Era lo que creías, Robert?

—Peor, Catherine, mucho peor —confesó agarrándose la cabeza a dos manos.

—¿Dime? ¿Cuéntame qué pasa? necesito saber.

Él lo negaba moviendo la cabeza, no sabía cómo contarle y además no se sentía capaz.

—Dile a mi abuela que venga...por favor.

—Por qué a ella, yo te puedo ayudar

—Porque si fuera por ti, ahora estarías corriendo a abrazar a ese par de ancianas.

—¡Robert! ¿Qué dices?

—Créeme, sé lo que digo.

Su prima fue en busca de su abuela, ella nerviosa por cómo veía a su nieto lo escuchó por horas mientras le relataba toda la historia desde un principio. Nunca lo había visto así tan afligido, realmente no sabía qué hacer.

—Lo primero que te diré, Robert, es que debes sacarse esa idea de la cabeza, no eres un depravado —afirmó con la voz temblorosa.

—¿Y qué es lo que soy? ¡Dígame! —exigió alzándole la voz.

—Eres un hombre que se enamoró en la adolescencia.

—¡Era una niña!

—Pero ya no lo es.

—Ella ama a Arthur, ¡lo besó!

—Hijo —dijo levantándose hasta él, por fin había descubierto el verdadero tormento de su nieto—, eres Arthur, lo que hiciste al alejarse de esa joven solo habla de la nobleza de tu corazón. Mírate, Robert, te estás debatiendo en tus propios sentimientos, la amas como Robert, como Arthur y como hombre, esa chica no podría estar en mejor compañía que no fuera la tuya.

—Pero me va a odiar, lo sé.

—En un principio —confesó con pesar—, sí, pero se odiará más a sí misma por no haberte reconocido, y luego se dará cuenta que te ama tanto como tú a ella.

—Y ese tiempo, ¿cuánto será?

—No lo sé, querido —reconoció acunándolo en sus brazos como cuando era un niño pequeño. Ahí estaba él, un hombre hecho y derecho, temido por muchos, odiado por otros, llorando como si fuera un niño de cinco años.

Carol no podía creer lo que sir Nicholas le decía, las tierras eran de su padre, no había que pagarlas. ¿Pero por qué su padre le había mentido? ¿Qué secreto escondía Bernard para defender al duque? Y lo peor de todo... ¿Quién las iba a heredar? Ella no sabía cómo su padre había dispuesto la herencia en su testamento.

—¿Estás bien?

—Sí, sí gracias, ¿pero estás seguro de que esas tierras están pagadas?

—Carol, acá está la escritura, y tu padre no tiene saldo en su cuenta del banco, sí muchos pagarés, lo que no sé es de dónde sacó el dinero para comprar de nuevo las tierras, tal vez tenía ahorros en otra parte.

Eso le extrañó, su padre era muy ordenado y siempre mantenía el dinero en el mismo lugar, al menos que ella supiese.

—Gracias, Nicholas, espero no haberte molestado demasiado.

—No, en absoluto, es un placer ayudarte y, quisiera saber si mañana nos podríamos ver.

—No lo tomes a mal, pero creo que es muy pronto para que empiece a salir, de mi casa. Mi padre...

—Disculpa, tienes toda la razón, pero permíteme acompañarte hasta tu casa.

Después de todo lo que él había hecho por ella, no le quedó otra que

aceptar, y así ellos se fueron hasta la finca en el carruaje de Nicholas y le extrañó ver salir minutos antes otro de su finca, lástima que no pudo ver de quien se trataba, pero no era extraño, aún faltaba gente por darle el pésame a la familia.

—Gracias nuevamente.

—No es necesario que me lo repitas, ya lo hiciste una vez y con eso es suficiente para mí, no son necesarias las gracias entre los amigos —contestó con su conocido sentido del humor, cosa que la hizo sonreír.

Al entrar en la casa se sintió absolutamente observada por su madre y su tía, y eso no le gustó.

—Hermana, realmente tu hija me sorprende. Tenías razón, cualquiera de las dos opciones hubiera aceptado encantado.

—Carol, querida, acércate un momento a nosotras.

—Dígame, madre.

—Recuerdas lo que hablamos anoche.

—Sí, claro.

—Muy bien, espero que no se te olvide, ahora puede subir a descansar.

—No puedo. Tengo cosas que hacer.

—He dicho que subas a descansar.

Audrey tomó de la mano de su hermana, algo había oído de la conversación de su madre y lo único que podía hacer era darle cariño para enfrentar todo lo que vendría.

—No estoy cansada, Audrey —insistió al llegar a la habitación.

—No importa, yo sí y me gustaría estar a tu lado... antes de irme —eso no era del todo verdadero, quería estar con ella el máximo posible porque su hermana no la perdonaría por la mentira, es más, no perdonaría a nadie de esa familia, ni la pobre de Rose se salvaría.

Sin entender nada Carol se durmió junto a su hermana mayor, Grace desde la partida de su padre lo hacía con su madre.

Al otro día muy temprano, como siempre, Carol empezó sus labores, muy a su pesar caminaba por entremedio de la cosecha, y sin saber cómo, llegó

hasta el lugar donde había fallecido su padre. Vio la piedra con que se golpeó, se acercó, y con las manos comenzó a escarbar para sacarla. Estaba dura, parecía que se había adherido con cemento a la tierra. No sintió dolor alguno cuando sus uñas comenzaron a sangrar bajo la piel. Por fin logró desenterrarla, y cómo pudo, la tomó entre sus manos y caminó con ella hasta el lago.

—Te odio, Robert Seymour, si no les hubieras vendido a mi padre las tierras, él estaría vivo, si tú no hubieses vuelto yo nunca hubiera conocido a Arthur, si tú no me hubieras abandonado todo sería muy diferente, si tú no existieras yo...yo me muero —confesó con pena y rabia cada una de sus palabras.

Todo lo malo y lo bueno que le había pasado en la vida tenía que ver con ese nombre, para ella el diablo y los santos iban tomados de la mano y tenían nombre de hombre.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, pero sí sabía que ese sería el último día que se permitiría llorar, ahora había que recuperar la finca, su padre no la había dejado en las mejores condiciones.

A la hora de la comida se acordó que debía volver, no tenía muchas ganas y cuando se vio las manos, menos. Entró directo al cuarto de baño para tratar de lavarse y quedar lo mejor posible, pero eso sería imposible.

Su madre la esperaba al bajar las escaleras.

—Carol, ven al despacho por favor.

—¿Ahora?

—Ahora.

Sin nada más que objetar Carol escondió sus manos en la espalda y entró en el despacho de su padre, por la cara de su madre nada bueno le esperaba.

—He tomado una decisión y espero que la cumplas sin contratiempos. No lo hagas por mí si no deseas, hazlo por el amor que dices que le tienes a tu padre que en paz descansa en el cielo.

—Madre...

—Silencio, Carol, estoy hablando yo —ella asintió y se calló—. Me

imagino que sabes que ahora nuestra situación es precaria, sobre todo sin un heredero varón.

—Sí, pero podemos...

—¡Silencio he dicho! —ordenó golpeando la mesa, en ella no había una pizca de mujer frágil—, como te decía, tu padre nos dejó en una muy mala condición económica y ahora con la pérdida de la cosecha nuestra condición es aún peor.

Carol necesitaba hablar, decirle que ella tenía una idea, incluso tal vez hasta una solución, pero si eso era una especie de monologo, no tendría oportunidad.

—Como sabrás tu amado padre solo nos dejó un legado de deudas, claro ocultas bajo un buen apellido —suspiró—. Tu hermana Audrey está muy mayor para casarse, habrá que mantenerla hasta el resto de sus días, y por eso he decidido que se vaya con mi hermana Charlotte. Así la podrá cuidar y si le queda tiempo podrá pintar como es su deseo, pero deberá trabajar para ello, nada es gratis en esta vida, tu hermana Grace es la más refinada de las tres, gracias al cielo podré ahora criarla bajo las normas de la alta sociedad.

Carol escuchaba atenta a su madre y cada vez más creía que estaba loca, ¿de dónde sacarían dinero para criarla cómo dama de sociedad? ¿Cómo mandaría a su hija mayor a la ciudad?

—Pensaré que estoy mal con todo lo que he dicho – ¡Sí! quiso gritar y en vez de eso negó con la cabeza—. Pero quiero apelar al amor por tu padre para sacar adelante esta granja...

—Cuenta con ello —la interrumpió.

—He conseguido dinero para sacar adelante esta finca como era el deseo de mi difunto marido, podré hacer todo lo que le he dicho, incluso remodelaremos esta casa, tal cual lo veníamos planeando con mi amado Weston, la única carta que tenía me la he jugado esta mañana, he hecho un trato con el duque de Somerset, que asegurará nuestro futuro y me permitirá envejecer en paz

—¿Con Robert? ¿Pero cómo ha podido hacer eso?

—Ya está hecho, Carol, no debo tener tu permiso.

—¿Qué es lo que ha hecho, madre? —Volvió a preguntar pero esta vez en un hilo de voz, se sentó abrazándose a sí misma, en su interior algo le decía que lo que vendría no sería de su agrado—. ¿Le vendió la finca? —acotó resignada.

—No... —Al sentir esa respuesta a Carol le volvió el alma al cuerpo—. Te prometí en matrimonio con el duque de Somerset.

Carol la miró como si en realidad no le estuvieran hablando a ella, como si fuera una realidad paralela o una muy mala broma.

—¿Me... me está hablando en serio? —titubeó, ya no solo su cuerpo temblaba, ahora incluso su barbilla.

—¡Por supuesto qué sí!, yo jamás bromearía con una cosa así.

—Pero...

—¿Por qué eres tan egoísta, Carol?

—¿Yo soy egoísta? —preguntó horrorizada.

—Sí, tú. ¿Acaso quieres verme trabajando como costurera y a tu hermana como una criada cualquiera? Sin contar, claro, que esta finca que es el sueño de tu padre se perderá, ¡tantas ilusiones se acabarán por tu egoísmo! —Suspiró—. El duque es un caballero, un hombre de bien, incluso es guapo. Siempre supe que serías una malagradecida, pero ahora no está tu padre para defenderte y yo ya he dado mi palabra, incluso él ya nos ha dado dinero, y es mucho más de lo que le pedí.

Carol negaba incesablemente con la cabeza ¿Ella con Robert Seymour? ¿¡Cómo!?! Ese hombre la odiaba, y ella a él.

—Yo no sé qué aversión tienes a ese hombre y qué cosas habrán sucedido entre ustedes, pero ahora ya es tarde para averiguarlo.

—¡Yo no me quiero casar! —chilló ella poniendo las manos sobre la mesa y Leonor sin cariño alguno se las levantó para que se las llevara a la cara.

—¿Sabes lo que hubiera dado por qué fuera Grace la que se prometiera

en matrimonio? Yo no sé qué ven los hombres en ti, no sé qué les haces, incluso a tu padre lo tenías hipnotizado, no te imaginas con el amor que él hablaba de ti, pero ahora ya no está aquí, sube a tu cuarto y saldrás cuando yo le ordene.

—Madre, por favor —rogó, suplicó e imploró, pero Leonor la veía como su salvación, y bajo ningún punto de vista la perdería, ese era su pasaporte al éxito. Y su regreso a la alta sociedad, de donde nunca debió salir.

Carol abrió la puerta con ímpetu, y ahí vio a su segundo verdugo, Charlotte la esperaba para escoltarla hasta su habitación.

Cuando estuvo arriba, se sintió encerrada, y así estaba, habían cerrado la puerta con llave. Tiró todo lo que tenía a su alcance, gritó fuera de sí, estaba incontrolable. ¿Cómo su propia madre le había podido hacer una cosa así? ¡Precisamente con él! Pero no, si antes había pensado en irse al convento, ahora ni siquiera lo dudaba, sería un hecho. Esperaría el momento perfecto.

Se lanzó en la cama, ahora lloraba con más pena e impotencia que la vez anterior, ahora sí que de verdad perdería todo y para siempre. Llorando se durmió, no se dio cuenta de nada, solo despertó mientras Audrey acariciaba su cabello.

—Deja de llorar, Carol, por favor, has llorado toda la noche, ya no te quedaran lágrimas.

—Nada peor ya me puede suceder.

—Hermana, escúchame, sé que odias a...

—No te atrevas a nombrarlo —sentenció con la mirada perdida.

—Está bien, sé que lo odias, pero ésta vez confía en mí, no será el fin del mundo.

Carol se levantó y la miró a los ojos como nunca antes lo había hecho.

—Es el fin, Audrey, ese hombre me ha odiado desde el día en que nos conocimos, está haciendo esto para vengarse, ¡por su culpa nuestro padre se murió!

—¡No! No digas esa tontería, Carol, confía en mí.

—¡No! Entiéndelo de una vez, yo no me voy a casar y menos con el

arrogante de Robert, aunque sea el último hombre sobre la faz de la tierra.

—Pero...

—Pero nada y te prohíbo que le cuentes a alguien cuales son mis intenciones.

—¿Cómo se te ocurre que yo podría hacer una cosa así? ¡Me ofendes! ¡Quiero ayudarte!

—Perfecto, déjeme pensar, por favor averigua cuándo mi madre quiere el bendito matrimonio

—Dentro de unos días —reconoció apenada.

—¿Cuándo?

—¡No sé!

—Entonces averígualo, ¿no quieres ayudarme?

—Está bien, pero no me trates así.

—Es que no sé qué tienes en esa cabeza, ¿crees qué vas a la ciudad para pintar?, ¡no! vas a ser esclava de la vieja esa.

—No hables así de la tía Charlotte.

Carol se levantó y notó que la puerta estaba con llave.

—No puedes salir, Carol, nuestra madre lo ha dispuesto así.

Eso era lo último que le faltaba en la vida, era prisionera en su propia casa.

—Cuando sepa algo te avisaré.

Luego de un rato en que Carol caminaba de un lado a otro, por fin abrieron la puerta, Charlotte le traía el desayuno y dejaba a Audrey salir.

—No me dejará salir de aquí jamás.

—Cuando sales te comportas como una salvaje, es cosa de mirarte las manos para verlo.

Salió dejándola sola nuevamente, ahora ella solo debía pensar en cómo huir de su casa.

Qué oscuros eran los días que transcurrían después de la fatídica noticia, ella se sentía sola y afligida, veía como gran parte de las promesas del arrogante

se cumplían, había nuevos peones que trabajaban en la finca, incluso en la casa ya habían comenzado con las remodelaciones, solo bajaba para las comidas, no le permitían salir, y siempre estaba acompañada por su madre o su odiosa tía.

Sus hermanas la miraban siempre desde la sombra, la culpabilidad al verla sometida también calaba en sus corazones, más en una que en otra, ya que la menor gracias al sacrificio podría ser lo que siempre había soñado.

Carol dejaba caer lágrimas que brotaban sin ser deseadas, Rose solo trataba de darle cariño, pero incluso a ella la rechazaba, no quería amor del que sabía nunca podría olvidar.

En esos días comprendió lo rica que había sido a pesar de todo, tenía cariño, comida techo y una familia, ahora no tendría nada, si hubiera sido otra, los lujos y la riqueza de su marido la hubieran seducido, pero no podía, luchaba cada día con su propio egoísmo, ella sabía que al rechazar la propuesta su familia se vería obligada a devolver todo, pero ellos ya habían optado por una vida. Y ella siempre llevaría ese peso en su conciencia, solo esperaba que no la odiaran para siempre.

La tarde anterior al matrimonio Carol fiel a su estilo comenzó su silenciosa despedida, habían pasado dos semanas desde que se había enterado de que sería la duquesa, cosa que no ocurriría porque ella partiría al convento para no regresar nunca más. Le dolía no haberse podido despedir de su amiga Catherine, y esperaba que no se enfadara por no haberle comentado.

La familia estaba revolucionada, todo era algarabía, y Carol sentía que se habían olvidado de su padre, llevaba varios días durmiendo mal, pero así todo estaba expectante a cada cambio. Estaba muerta de susto, solo esperaba que durante la noche pudiera salir sin ser vista, Audrey le dejaría un caballo ensillado listo para su huida, eran varias horas, y más para ella que no conocía el camino.

Después de la cena donde le repitieron hasta el cansancio la forma en cómo debía comportarse, Carol sorprendiéndolos a todos, se despidió uno a uno con un beso en la mejilla.

—Mañana temprano te despertaré para ayudarte en la preparación, ya todo está dispuesto en el salón de bordado.

El vestido que la aguardaba era maravilloso, una autentica belleza, capas y capas de tul bordadas a mano, con encajes traídos desde Francia especialmente para ella. Ese había sido el primer regalo de su querido esposo.

—Está bien, madre, como desee.

Cada peldaño que subía por la escalera, sentía que se le desgarraba un pedacito del alma, ya no había vuelta atrás.

Así se acostó.

Más tarde una mano ajada le acarició el cabello y le besó la frente, eso era como un vaso de agua en el desierto.

—Mi niña, ¿está segura de lo que va a hacer?

—No haré nada, Rose.

—La conozco como si fuera mi propia hija, usted no se casará mañana.

—Por favor...

—Shhhhh, mi niña, descanse su secreto está bien guardado conmigo.

Así volvió a cerrar los ojos y se quedó tranquila.

Carol despertó antes del amanecer, se vistió y Audrey la abrazó con lágrimas en los ojos.

—No llores, eres muy bonita para llorar por mí, siempre te voy a querer.

—No sé qué voy a hacer sin ti, primero se va mi padre y ahora...

—Audrey, por favor, no me lo hagas más difícil, debes seguir adelante con tu camino y ser feliz, pinta si es lo que deseas hacer, pero no te estanques. Es lo único que te pido.

—Sabes que yo daría cualquier cosa por estar en tu lugar y que así no te tuvieras que ir.

—Audrey Weston —dijo tratando de bromear—. No sabía que te gustaba el arrogante.

—Tonta.

—Ven acá y dame un beso, se me hace tarde.

—Serás la hermana más linda Bristol y la menos hermana de todas.

—Bueno, a ver si con tanto rezo y buenas acciones me reconcilio con el señor y así entiendo sus designios, porque lo que es ahora, está en mi lista de enemigos.

Ambas rieron sin hacer mucho ruido, luego su hermana mayor con lágrimas en los ojos habló:

—¿Eres única lo sabes?

—Tú también, no lo olvides.

Se despidieron con un fuerte abrazo y Carol como recordando su antiguo pasado bajó por la ventana como la chica mono.

Esa noche llovía, había tormenta, los truenos asustaban al caballo, pero Carol lo guiaba muy bien, con seguridad, como si conociera el camino.

Una capa que seguro se la había dejado su adorada Rose la protegería del agua y le permitiría viajar de incógnita.

—Ya no hay vuelta atrás —murmuró al aire, mirando por última vez su casa, donde había vivido de dulce y agraz.

Capítulo 9

Apenas el sol comenzó a salir, Leonor fue la primera en despertarse, y junto con ella, su querida hermana.

Al llegar a la salita de bordado en donde todo estaba preparado para que Carol se vistiera, llamaron a Rose para que la fuera a buscar, la anciana de inmediato se puso nerviosa.

Intentó hacer el camino lo más lento posible, para tratar de demorar lo inevitable, no tenía caso subir, pues sabía y de primera fuente que su niña antes de la madrugada se había marchado para siempre.

Pasados los minutos y sin ni siquiera haber abierto la puerta bajó.

—Lady Carol no está, lady Holland —avisó casi en un susurró sin mirarla.

Leonor enajenada seguida por Charlotte subieron dando pisadas que ni un toro sería capaz de dar.

Pocos instantes después se escucharon alaridos y luego gritos y más gritos de todas las mujeres.

Audrey se tomó la cara con ambas manos y miró a Rose quien venía entrando para ayudar a su señora.

Leonor sin poder creer lo que estaba pasando comenzó a decir palabras que jamás nadie la había escuchado. ¡Su hija había huido! Rápidamente comenzó a revisar sus cosas y comprobó que todo estaba en perfecto orden, lo único que faltaba era el libro que Carol siempre llevaba consigo. Pero lo que vio sobre su mesita de noche la hizo temblar, cogió la misiva con manos temblorosas, esa muchacha la había abandonado, y peor aún la había desafiado.

Madre:

Imagino que en este momento pensará lo peor de mí; lo siento, y no sabe cuánto, no puedo casarme en contra de mi voluntad, menos con aquel señor, espero algún día me logré comprender. Siento no haber sido la hija que usted

siempre deseó. Pero ya no le daré problemas nunca más.

Pídales perdón a mis hermanas en mi nombre.

Las quiere con su vida.

Carol Weston.

Con toda la ira que acumulaba mientras leía la carta miró con ojos de loca a Rose.

—¡Dime dónde está esa muchacha! Dímelo ahora —gritó zarandeándola de los hombros—. ¡Tú la ayudaste! No me lo niegues, anciana del demonio.

—No... mi señora —respondió la aludida con miedo, pero jamás la delataría.

Al ver la escena Audrey se acercó a su madre.

—Déjela, madre. No fue Rose, yo ayudé a Carol a escapar.

En ese momento la furia se apoderó de Leonor se giró y con toda la fuerza que poseía abofeteó a su hija.

—¡Esto no te lo voy a perdonar nunca! Jamás lo imaginé de ti, eres una estúpida, Audrey, y ahora todos pagaremos las consecuencias.

—Madre —dijo Audrey sobándose la cara—, no me arrepiento ni por un momento de haberle ayudado.

—¡Ese hombre las sacaría de la miseria en que las dejó tu padre! —intervino Charlotte.

—¿A costa de la felicidad de mi hermana? —respondió altiva por primera vez en su vida.

—Eso no importa, nadie contrae matrimonio por amor.

—Usted sí, madre, ¿cómo no lo entiende? —habló suplicándole a Leonor para que entendiera.

—Y ya ves cómo me fue, solo tuve miserias, debí hacerle caso a mi santa madre que en paz descansa.

—¡Pero nacimos nosotras! ¿Acaso eso no le hace feliz?

—Las hubiera tenido de cualquier forma, con Bernard o con algún

terrateniendo, como era el deseo de mi padre.

—No lo puedo creer, madre, no creo lo que dice —murmuró incrédula.

—Jamás has tenido cabeza para pensar, por eso estás soltera a tu edad, no sirves para nada, ni siquiera tienes una cara bonita, por último aunque pareciera un animal para domar, la desagradecida de tu hermana la tenía —expresó Charlotte con sorna, acercándose a su hermana para consolarla.

—Eres una tonta —la recriminó Grace apoyando a las ancianas, en cambio Rose ya estaba consolándola con caricias.

—¿Qué le voy a decir a Robert?! ¡Qué! —vociferó lady Holland.

—Madre, yo puedo tomar el lugar de Carol si lo desea.

—Sí, Leonor, tal vez esa es una buena idea —reconoció Charlotte.

—No lo creo, ese hombre está encaprichado con Carol, incluso le devolvió las tierras a Bernard por ella, sé que por eso aceptó el trato. Pero no entiendo por qué ella lo odia, es el mejor partido para cualquier mujer.

—Se ve que usted no conoce en nada a su hija, madre.

—¿Y tú sí? ¿Sabes acaso a dónde se fue?

—No —mintió.

—Madre, dígame a Charles que la busque en la casa de su amiga Lucy, la que tiene una hija bastarda.

—Ya escuchaste, Rose, ve a avisarle a Charles, quiero que la busquen ¡y qué la encuentren!

Y saliendo de la habitación se quedó mirando a su hija mayor con una expresión que ella jamás había visto en su madre.

—Será mejor que aparezca, Audrey Weston, si no jamás volverás a ver la luz del sol.

Cansada de haber galopado gran parte de la noche llegó a la puerta de la Hermandad de la Caridad de Bristol. Era una construcción neogótica construida a fines del XVI, un pequeño castillo que había albergado a un matrimonio

medieval. Al morir la esposa durante el parto, el marido la donó a la iglesia en agradecimiento por haber dejado vivo a su hijo. Ahí las mujeres se recluían voluntariamente a perpetuidad. Solo algunas podían visitar las aldeas más pobres, pero la que entraba, no salía jamás.

Por eso Carol se tomaba su tiempo antes de tocar a la gran puerta de madera, se dio una vuelta para admirar todo por última vez, suspiró y caminó decidida.

Tardaron solo unos minutos en abrirle la puerta, una hermana anciana y regordeta fue la primera en darle la bienvenida.

—¿Si? Buenas tarde, hija ¿Qué deseas?

—¿Podría ver la rectora?

—Usted es.

—Carol...simplemente Carol.

—Pase por aquí por favor.

—Gracias –respondió tímidamente. No sabía muy bien como era ese tipo de cosas, o lo que tendría que decir, lo único que tenía claro era que no saldría de ese lugar jamás.

Esperó en una especie de salón donde las paredes eran de piedra, y el suelo de madera estaba perfectamente pulido, no había luz, solo grandes candelabros iluminaban el lugar y en frente un crucifijo casi a tamaño natural rodeado de flores.

Carol sintió la necesidad de arrodillarse a sus pies y comenzó a hablarle como si fuera un amigo más.

—A ti no te puedo mentir, no quiero consagrarme en cuerpo y alma, no es mi sueño ser devota, me gusta ayudar, pero también me gusta ser libre, por eso he decidido tomar esta decisión, solo espero que me perdones y si me voy al infierno a purgar por toda la eternidad, sé que me lo habré merecido. Pero no he sido mala, no entiendo tus designios, ni por qué mataste a mi padre, espero...de verdad algún día comprenderlo.

Alguien carraspeó tras de ella, se asustó y poniéndose de pie rápidamente

se levantó y al girarse no supo cómo reaccionar, se había quedado petrificada mirándolo, él no le dijo nada, solo llegó hasta ella y la abrazó.

—Arthur... ¿viniste por mí? —preguntó con alegría.

—Sí, Carol. Me voy a casar contigo.

—Pero... —murmuró con la voz temblorosa—, no entiendo.

—Te amo, solo necesito que confíes en mí y...me perdones.

Sin importarle nada, se lanzó a sus brazos, esa fue su felicidad máxima, Arthur su Arthur había ido por ella, ya no tendría que esconderse y por fin, por primera vez en su vida sería completamente feliz, no le importaba lo que su familia o el propio duque dijera o pensara.

—Vamos —anunció caminando como si conociera muy bien el lugar.

—¿Cómo supiste...?

—Sé todo de ti, y una de las muchas cosas que sé es qué no te casarías.

—Pero no entiendo, Arthur, en la cabaña me dijiste...

—Sé lo que dije, después tendremos tiempo de aclarar todo, pero por favor, Carol, confía en mí.

A cada paso que daba, entendía menos, pero ahora no quería pensar, ¡se iba a casar! Atravesaron el patio central hasta llegar a una pequeña iglesia contigua a la construcción.

Al notar su cara, la sujetó para darle valor, tanto para ella como para él.

Llegaron hasta la capilla de piedra, donde ya los estaban esperando. Él había llegado antes que ella y ya tenía todo preparado, y por supuesto el vicario también estaba al tanto de que celebrarían una boda.

—Bienvenidos, hijos.

—Ya puede comenzar, padre.

Después de escuchar atentamente todo lo que el vicario decía, Carol sonreía y miraba de soslayo a su amado, hasta que escuchó:

—Carol Ann Weston, ¿aceptas a este hombre por esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarle y respetarlo todos los días de su vida?

—Sí... sí, quiero —respondió con el corazón henchido de felicidad.

Él apretó su mano firmemente y ahora sí que no la podría soltar.

—Usted, Robert Arthur Seymour, duque de... — en ese instante Carol no escuchó nada más de lo que el vicario estaba diciendo, se sintió desfallecer, su sangre dejó de circular por su cuerpo, él la había engañado y su memoria la había traicionado.

Toda su vida esperando por ese momento y cuando por fin llegaba, era con él, el hombre que más amaba se transformaba en su peor enemigo al mismo tiempo, ahora comprendía muchas cosas, la negativa que Arthur siempre tuvo hacia ella. Ahora muchas piezas comenzaban a calzar en su cabeza mientras miles de imágenes se le cruzaban también.

Robert antes de que ella pudiera razonar, la miró y respondió con rotundidad:

—Acepto, claro que acepto —cerró los ojos por un momento antes de volver a verla, la calidez de su mirada de minutos anteriores y la felicidad con la que lo había recibido al sentirse amada, desapareció y ahora solo veía en aquellos ojos, rabia, dolor y desilusión.

El sacerdote cogió el anillo que Robert le había entregado, este había pertenecido a su madre, apenas Carol lo vio, deseó llorar, pero se contuvo cerrando los ojos, no le daría ese gusto a su otrora enemigo.

Muchas imágenes se le venían a la mente, recordaba todo con claridad, como si fuera ayer. Él siempre había sido él, esos ojos, esa mirada, ese beso, todo había sido siempre con él. Se maldijo a sí misma y en ese momento también se dio cuenta de que estaba sola, todos sabían que Arthur era Robert y se lo habían ocultado, todos en el mundo habían jugado con ella, su padre, su madre, sus hermanas, Rose, su amiga Catherine, incluso su excelencia se había prestado para aquel engaño, abrió los ojos, fijó su mirada y, clavando sus ojos azules en el hombre que la miraba con suplica y un tanto avergonzado murmuró:

—Te odio con toda mi alma y maldigo el día en que te cruzaste por mi camino, Robert Seymour, no te imaginas lo infeliz que será tu vida ahora, tanto

como tú me la has hecho a mí.

Ante el espectáculo que veía el párroco se apresuró a sellar el compromiso.

—El señor, que hizo nacer entre vosotros el amor, confirme este consentimiento mutuo, que habéis manifestado ante la iglesia. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. —Los miró intercaladamente y continuó—: Ahora los anillos, pónselo hijo.

Carol intentó zafarse de su mano, más aún cuando él se la levantaba.

—Ni se te ocurra despreciar este anillo, era de mi madre, porque si lo haces se me olvidará lo que es ser un caballero y te trataré como lo que realmente te mereces —murmuró mirándola a los ojos, después de todo lo que ella le había dicho la ira había dado paso en su interior, cualquier sentimiento de amor, estaba siendo rápidamente remplazado, su orgullo había tomado posesión de él en cosa de segundos.

—Ahora... pueden besarse —habló dubitativo ante todo lo que estaba sucediendo.

Cuando el padre terminó de hablar, Robert la tomó por la cintura y la besó. Este no se parecía a ninguno de los besos anteriores, ni mucho menos con el beso que ella había imaginado, fue un beso duro y exigente, lejos de parecerse a los ya profesados.

La soltó con brusquedad y dirigiéndose al padre habló:

—Muchas gracias, señor. Será muy bien recompensado, ahora si nos disculpa, tengo una fiesta que celebrar con mi mujer.

—Yo...yo no iré a ninguna parte contigo.

—Claro que sí, duquesa, una fiesta, mi fiesta de matrimonio nos espera, tal como tu querida madre lo ha preparado.

—¡Suéltame! —bufó.

—No, esposa mía, a mí no me vas a humillar más de lo que ya lo has hecho en la vida.

—¿Yo? ¡Tú me engañaste! —soltó de pronto siendo arrastrada por el

medio del patio del convento, hasta donde la esperaba el carruaje con el cochero de la familia.

Robert no le respondió nada, todo lo que había pensado decirle y explicarle, ya no lo haría. Esa mujer tenía una habilidad única para descolocarlo y humillarlo, nunca se había sentido así, nadie en la vida lo trataba como ella, y ahora sabía y creía que lo odiaba de verdad.

Dentro del carruaje, Carol se sentó lo más pegada a la ventana y lo más alejada posible de él, este ni la miraba, ella estaba tan desconcertada con lo que ocurría que ni siquiera se dio cuenta de cómo ya estaban próximos a llegar.

—Sonreirás y serás la dama más amable que puedas imaginar, no te atrevas a avergonzarme. Eres mi mujer ahora y al único que ofenderás con tu comportamiento será a tu padre que en paz descansa. Y como mi mujer tengo derecho a enseñarte como mejor crea conveniente. —Carol lo miró aterrorizada, ¿Qué podría hacerle aquel energúmeno? Ya no veía a su Arthur, solo veía al arrogante.

Por su parte Robert jamás le pondría un dedo encima, y aunque su esposa no lo supiera, lo hacía por ella, su querida madre se había preocupado de invitar a todo el pueblo y gran parte de la alta sociedad estaría presente, si no lograba comportarse como una dama, solo ella sufriría siendo el comidillo del pueblo, y por mucho que la odiara en ese momento, no quería verla sufrir.

A diferencia del estado de ánimo de Carol, el día estaba maravilloso, el sol brillaba en la altura resplandeciente sobre el lago. El prado de la mansión era la sala de recepción y era ahí donde todos esperaban a los novios.

Carol notó que el carruaje no se detenía en frente, si no que daba la vuelta hacia la entrada trasera de la mansión. Catherine la esperaba con un elegante vestido de encaje en tonos verdes. Eso no hizo más que confirmarle que ella siempre estuvo de acuerdo.

Como el caballero que era Robert la ayudó a bajarse, ella lo hubiera rechazado, es más no quería ni siquiera tocarlo, pero una advertencia en sus ojos se lo prohibía.

—Carol, cuánto me alegro que todo haya salido bien —saludó la joven acercándose para saludarla, pero ella se detuvo antes de que pueda alcanzarla.

—Si por bien, crees que es bueno engañar a la gente, no compartimos el mismo significado de la palabra.

—Carol, yo...

—Lo siento, voy tarde a mi propia fiesta de matrimonio, si me disculpas...

Robert se sintió culpable, y lo era, había hecho cómplice a su prima en su mentira, fue ahí cuando cayó en cuenta que Carol se enfadaría con todos los que la engañaron y ahora se sentiría completamente sola, triste y abandonada.

Su excelencia la esperaba dentro junto a su madre, esta última al verla con expresión de rabia se acercó rauda, levantó su mano para golpearla, pero Robert se interpuso tomando su brazo antes de que pudiera tocarla, mirándola con furia siseó:

—Ni usted ni nadie tiene derecho a tocar a mi mujer.

—Es...

—Es que nada, ahora espere afuera junto a sus invitados, en un momento saldremos.

Una vez que su madre ya se hubo retirado, Robert se acercó a su mujer para ver si estaba bien, ella tenía un semblante diferente, sus ojos chispeantes carecían de vida y desde que habían salido de la capilla estaba pálida.

—Si esperas que te dé las gracias, morirás sentado.

La duquesa viuda y Catherine se miraron, pero esta vez comprendían su rabia y su dolor.

—Carol, debes cambiarte, nosotras te ayudaremos.

—Si no es mucha molestia, ¿podría hacerlo alguna de sus doncellas?

—Llame a Mary, abuela, por favor —pidió Robert, él quería que al menos ella estuviera cómoda.

Carol se puso el vestido blanco, era perfecto y el sueño de cualquier mujer enamorada, no llena de rabia como ella se encontraba.

Robert al verla se quedó pasmado, nunca la había visto tan bonita, tan angelical, por más que se esforzaba en odiarla no lo conseguía, menos ahora que se había convertido en su mujer.

De la mano salieron por la puerta principal de la mansión, donde los esperaba una gran cantidad de gente, que se deshicieron en aplausos al verlos. Robert la rodeó de la cintura, y aunque hubiese dado su fortuna entera por besarla en ese momento se contuvo.

La gente comenzó a felicitarlos y en parte Carol lo agradeció, necesitaba alejarse de él y poder pensar en que sería de su vida ahora. A lo lejos divisó el lago, tan sereno y tan llamativo para ella en ese momento, pero sabía que sería casi imposible acudir.

De pronto y como impulsada por la necesidad de abrazarla llegó hasta ella su hermana. Pero se detuvo unos minutos antes de alcanzarla al ver aquella mirada de decepción que le dio al verla llegar, incluso Catherine quien también la acompañaba lo notó.

—Carol, gracias al cielo...

—Lo han pasado bien ¿verdad? —espetó con sorna mirándolas a ambas—. Se han reído bastante durante este último tiempo. ¡Me mintieron! Creí que éramos amigas, Catherine, incluso llegué a pensar que le importaba realmente, que era como una hermana más.

Catherine con gesto serio y de dolor apartó la mirada de los ojos acusadores de Carol. No podía decir nada, su amiga tenía razón para sentirse decepcionada y Audrey con el corazón encogido, sintió que le había fallado a su hermana, a su amiga, a su todo.

—Carol, yo...

—Cállate, Audrey, eres tan mentirosa como ella, pero en tu caso es peor, se supone que eres mi hermana, de Grace lo entiendo, de mi madre incluso, ¡pero de ti! al menos pudiste ser sincera conmigo.

—Tienes razón —aceptó con lágrimas en los ojos—, pero mi padre no me lo permitió.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Cuando te enfermaste y no viniste a la cena, a esa que nos había invitado el duque de Merton, fue ahí cuando su excelencia nos presentó al duque y supe que era el mismo hombre que creías que era Arthur.

—¡Ahhh, muy bien! —se burló con tristeza—, y claro, era más fácil concederle favores al duque que a tu propia hermana, ¿verdad?

—Carol, por favor —pidió Catherine intercediendo—, esto tiene una explicación, usted odiaba...

—Odio —la interrumpió.

—Bueno, como digas, odias a Robert y cuando hablabas de Arthur se te iluminaba la mirada.

—¿Y no pudiste sacarme de mi error?

—Es que Robert me hizo prometerle que no te diría nada, que él se alejaría, ¡él tiene una razón!

—¿Existe una razón para mentir? ¿Para engañar?

—¡Sí, Carol! —afirmó con vehemencia.

—¿Saben cómo me siento? —murmuró secándose con rabia una lágrima. Ambas negaron con la cabeza gacha.

—Traicionada por las personas que más quiero en el mundo, traicionada por mí misma al no poder reconocerlo, ustedes eran las únicas personas en el mundo que sabían la verdad, saben que yo lo busqué, que lo intenté, pero fue él quien me abandonó y ahora...

No pudo seguir hablando porque un nudo se alojó en su garganta, tenía tanta pena. En ese momento llegó hasta ellas la abuela.

—Carol, querida podemos hablar.

—Claro, esta es su casa —dijo tratando de normalizar su voz.

—No, técnicamente ya no es mi casa, es tuya, y ahora tú eres la duquesa.

La joven cerró los ojos, sintió que se mareaba, esa pequeña aseveración la hacía volver de golpe a lo que estaba sucediendo, ella estaba casada, no era una pesadilla ni una broma de mal gusto.

—Su excelencia, por favor discúlpeme —pidió comenzando a caminar, necesitaba salir de ahí, la gente ahora quería tocarla como si fuera una especie de santa por haberse casado con el codiciado duque de Somerset.

En su camino sintió que alguien le tocaba el hombro, no quería mirar, y por eso la misma mano la detuvo ahora por la cintura. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada transparente de Nicholas.

—Si hubiese sabido que eras la novia de mi amigo Robert jamás te habría molestado, discúlpame por favor.

—No...yo tampoco lo sabía, pero no te preocupes —dijo afirmándose de él, se sentía un tanto mareada.

—¿Te sientes bien?

—No, necesito salir de aquí.

—Llamaré a Robert.

—¡No! Te lo suplico, por lo que más quieras, no lo hagas, únicamente... déjeme sola —solicitó para seguir caminando, ella solo tenía ojos para el lago.

Nicholas quien no la encontró nada bien, la ayudó a salir del jardín, caminó a su lado en completo silencio hasta que ella con la vista perdida se apoyó en el tronco del árbol.

—Carol, disculpa que te diga, pero no te ves bien.

—No te preocupes, lo estaré, regresa a disfrutar de la fiesta.

—¡Pero es tu fiesta!

—Sí bueno, adelántate entonces.

—Carol —expresó ahora acercándose más a ella para tomarla por la cintura, temía que se desplomara en cualquier momento.

—¡No vuelvas a poner las manos sobre mi mujer, Nicholas Brown! ¿Lo has comprendido? —bramó furioso Robert por lo que veía, conocía los sentimientos de su amigo y ahora que por fin estaba con Carol no permitiría que nadie se la arrebatara, ¡ni Arthur!

Carol horrorizada escuchó el rugir de su ahora marido, pero no fue capaz de defender a nadie, ya que sintió que sus piernas la abandonaban y no la podían

sostener, como si desplomara una hoja de un árbol fue cayendo al suelo, pero la rapidez de Robert la alcanzó antes de que lograra hacerse daño.

—¿Qué le has hecho? —espetó Nicholas—, ella no es así.

—¡Nada!

—Claro que sí, tú no la conoces, no conoces su risa...

—Claro que la conozco —atacó furioso—, la conozco desde que era una niña —reconoció taladrándolo con su poderosa mirada.

Ahora era Nicholas quien no entendía nada, ambos estaban parados contemplando a Carol que parecía un ángel caído del cielo.

—Carol...Carol —susurró Robert mirándola—, por favor despierta, dime que estás bien, no me hagas esto de nuevo.

El joven jamás había visto a su amigo de esa manera, se conocían desde siempre, y el déspota y arrogante hombre que solo utilizaba a las mujeres para su placer, ahora rogaba como un niño asustado a punto de perderlo todo.

Lentamente ella abrió los ojos y lo vio, por un momento le sonrió pensando en Arthur, pero no, no era Arthur si no Robert al que tenía en frente.

—Carol, por favor dame la oportunidad de explicarte por qué lo hice —susurró desesperado—, por favor, mi niña mono...

—No me interesa y no me vuelvas a llamar así en tu vida.

—¡Por Dios santo! —exclamó levantándola como si fuera una pluma—. Yo te quiero. ¿Cómo todavía no te das cuenta?

Un par de lágrimas rodaron por la mejilla de la joven, esa confesión no era fácil de escuchar. Es más, durante un par de segundos su corazón volvió a latir con fuerza y deseó olvidar todo y perderse en esos labios que tanto le gustaba probar, pero no, se obligó a recordar el engaño y todas las palabras duras que Robert le había dicho durante su vida y de un rápido movimiento digno de su apodo logró zafarse de esos brazos.

—Yo no te quiero, no siento nada por ti.

—¡Mentira! —gritó enajenado—, sé que me quieres, lo vi en tus ojos en la cabaña, en el convento y cuando me pediste que te besara.

En ese momento Carol deseó haberse encontrado sola y no con más espectadores, que aunque fueran silenciosos ahí se estaban, porque lo que le diría a continuación esperaba que le doliera en el alma, tanto como le dolía a ella.

—¡Arthur!, él es a quien amé y tú te encargaste de destruir, porque eso haces con todo lo que tocas.

Nicholas sentía que debía salir de aquel lugar, no tenía nada que hacer en esa discusión, pero ahora que había escuchado la palabra «destruir» y veía la vehemencia de Robert, temió por su amiga.

—¿Carol, quieres regresar? —preguntó ya que se sentía impotente y la veía cada vez más pálida.

—Vete, Nicholas, no tienes nada que hacer aquí, este es un problema entre mi mujer y yo.

—No creo que tu mujer esté muy convencida de eso.

Robert se giró como animal en busca de una presa, pero fue la cálida mano de Carol que lo tranquilizó, esa mujer ejercía un poder sobrehumano en él, así como lo podía volver loco, era capaz de apaciguar a la bestia que vivía en su interior.

Nicholas no podía creer lo que sucedía delante de sus ojos, ella así, pequeña y con cara de ángel, tenía el poder de controlar la situación, y aunque envidió a su amigo, no le gustaría estar en sus zapatos, tardó solo dos segundos en saber que las mujeres habían perdido para siempre al soltero más codiciado del país.

—Adiós, Robert, creo que has encontrado la horma de tu zapato —el duque lo miró aún con furia y dirigiéndose a su amiga dijo—: Jamás pensé que viviría para ver esto.

La mirada de Robert lo expresó todo, Nicholas con una sonrisa tranquilizadora y resignada caminó de vuelta a la fiesta de matrimonio de sus amigos.

Una vez que Robert se aseguró de que su amigo estaba lo suficientemente lejos, se acercó hasta su mujer.

—No puedes salir huyendo.

—No huía, necesitaba aire, sé que ahora seré tu prisionera.

—Eres mi esposa —aclaró con los ojos entre cerrados—, y te advertí que te comportaras.

—No he hecho nada, he reído, saludado a todo el mundo, incluso te estoy hablando a ti, ¿no crees qué eso es más de lo que mereces?

Robert no se sintió capaz de decirle que le corroía la rabia al verla alejarse con Nicholas, no quería entregarle tanto poder, incluso más del que ya gozaba.

Le dio la mano obligándola a regresar a la fiesta, pero se aseguró primero que se sintiera bien, además aunque no lo supiera Carol, él por alguna extraña razón ahora que sabía que era suya ante la ley, Dios y el mundo la necesitaba tanto como respirar.

Regresaron a la fiesta que ya estaba terminando, aunque eso en vez de tranquilizarla la asustó un poco más, claro, sí es que eso fuese posible. Con el termino también llegaría la noche, y con eso... no, no se te atrevía ni a pensar.

Robert la presentaba a todos sus amigos y estos sorprendidos al igual como lo había estado Nicholas supieron que lo habían perdido.

—No soy un trofeo, ¿sabes?

«Lo eres para mí», pensó Robert intentando disimular la tonta alegría que sentía, aunque Carol le había dicho que no lo amaba, que amaba a Arthur, pero de a poco ya se estaba convenciendo de que eran la misma persona, claro, de a poco y con la ayuda y consejos su padrino y viejo amigo de su padre, que había decidido visitar el mismo día que aceptó casarse con ella.

—¡Carol! —gritó de pronto un angelito de celeste que corría directo a sus brazos, ella aún no la veía, pero esa voz no podía ser otra que la de su maravillosa Lilly.

Ella al verla intentó serenarse, no daría un espectáculo, pero cuando vio a Lucy detrás, no aguantó las ganas, necesitaba un abrazo sincero, cariñoso y de alguien que no la hubiera engañado.

Sin importarle el vestido cogió a la pequeña entre sus brazos y la hizo girar por los aires, luego su amiga se acercó y se fundieron en un enternecedor abrazo por unos segundos.

—No sabes lo feliz que me hace verte aquí —reconoció Carol—. Pero no entiendo.

—Amiga, nunca te había visto tan bella en la vida, pareces una virgen.

Esa palabra la tensó y Lucy que se había dado cuenta la volvió a acunar entre sus brazos.

—Carol, *¿padezco pinesa* yo también? —preguntó la pequeña devolviéndolas a la realidad.

—Sí, mi niña y la más bonita que he visto en la vida.

La pequeña hizo una reverencia y pidiéndole permiso a su madre, caminó hasta una mesa donde había algunas frutas bañadas con chocolate, Lilly no era la única menor que corría por alrededor. Así que Carol intentó saciar su curiosidad.

—Pero cómo, no entiendo, no me malinterpretes, Lucy...

—Lo sé, tu marido nos llevó la invitación personalmente y nos regaló estos maravillosos atuendos.

—¡Ay, Lucy! —suspiró y la volvió abrazar.

—Créeme que me puedo imaginar lo confundida que estás.

—Es que Robert es Arthur.

—También lo sé.

—¡Qué! ¿Cómo..., tú también...?

—No, Carol, él me lo contó todo.

Carol no creía ni entendía nada, ni el cómo, ni el cuándo, ni el por qué, y fue su amiga quien tomándola de la mano apartándola un poco de los invitados comenzó a contarle todo lo que sabía. Carol ya no podía abrir más los ojos con todo lo que ella le contaba, Robert había ido hasta casa de Lucy presentándose como él, y como si necesitara hablar con alguien, le había confesado que era Arthur, que en un principio las cosas se habían confundido pero que jamás quiso

hacerle daño. No le contó por qué había actuado así hace años, que se arrepentía de todo y que sería un placer recibirla en su casa como amiga de su futura esposa.

Ahora sí que no entendía nada, pero tampoco quería averiguarlo. Ya no tenía cabeza para eso, además esta estaba a punto de estallar desde la mañana.

Con el paso del tiempo lo inevitable ocurrió, ya no quedaba casi nadie en la fiesta, las últimas en retirarse eran las integrantes de su familia.

Leonor besó a su hija, más que por amor, porque era lo que correspondía, ni siquiera intentó decirle un par de bonitas palabras o algún consejo para la noche de bodas, Grace envidiosa no se molestó en besarla, había escuchado todo el día lo maravillosa que era y la suerte de Robert al encontrarla, y eso le repugnaba, quería ser ella el centro de atención, pero Audrey apenada y aun sabiendo que su hermana la rechazaría se acercó a abrazarla.

Por un momento Carol intentó poner distancia, pero rápidamente cedió al abrazo y la besó, aunque fue frío, Audrey sintió que era una esperanza.

—No olvides que te quiero, hermana.

—Gracias a Dios que me quieres y no me odias —intentó ser seria pero no lo consiguió. Una sonrisa se le escapó.

Robert junto a un caballero un tanto mayor venía entrando al gran salón donde se estaban despidiendo las mujeres.

—Buenas noches, señoras, señoritas —habló haciendo una pequeña reverencia—, el carruaje las está esperando.

Feliz la familia Weston salía de la mansión, Leonor había conseguido todo lo que quería en la vida, desde esa noche su vida cambiaría, incluso ya tenía invitaciones para algunas reuniones sociales prontas a realizar.

—Carol, quería presentarte a...

—Un amigo, mi nombre es William Carmichael, conde de Hastings. —Carol extendió su mano, pero el hombre la sorprendió dándole un beso en la mejilla—, un placer conocerla al fin, querida.

—Me temo que cuenta con ventaja, señor, yo no sé nada de usted.

El hombre comenzó a reír, esa era una respuesta digna de ella, la verdad es que su ahijado la había descrito a la perfección, incluso sin saber que sería la que vestiría de blanco adivinaría quien era.

—No se preocupe, me imagino que pronto sabrá de mí, y en honor a la inteligencia que me comentaron que poseía, espero sepa escuchar.

—Creo que le mintieron, señor, últimamente inteligente es lo que menos soy, sino no nos hubiésemos conocido —dijo esto último mirando a Robert.

—La vida, lady Carol, perdón —rectificó con una pícara sonrisa—, duquesa, a veces nos da lecciones inesperadas, ya que nuestra mente se niega a aceptar la realidad, y muchas veces busca una justificación que agrava aún más la falta, eso debido a los estigmas que nosotros mismos nos imponemos como normas para existir dentro de esta sociedad que mira con camelos nuestras faltas.

Carol sopesó un par de segundos sus palabras, en tanto Robert se ponía incómodo a su lado, como si necesitara protegerla, pero ella con la vista tranquila lo miró a los ojos, con ese simple gesto se entendieron y William se sorprendió, esto no era química, ni nada por el estilo, era mucho más.

—¿Es usted algún filósofo, lord Hastings?

—No justificaré esa pregunta con una respuesta. Pero créame que me siento honrado al conocerla. —Y mirando ahora a Robert concluyó—, la verdad, ahijado mío, es lo único que prevalecerá. Créeme que vale la pena.

Luego de esas palabras casi en clave, que no entendió nadie más que los involucrados, el caballero se retiró y fue el momento en que la abuela tomó de la mano a Carol para conducirla hacia el segundo piso, no sabía a dónde se dirigía, pero intuía que sería a la habitación de Robert, su corazón acelerado producía un martilleo en sus oídos. Caminaron hasta el final del pasillo y cuando estuvieron frente a una puerta doble de roble con asas doradas se detuvo, y la duquesa viuda, tomándola de las manos comenzó a hablar.

—Carol, querida, entiendo que pienses que todos te hemos engañado e incluso seguido este terrible engaño que finalmente se ha descubierto de la peor manera. Jamás estuve de acuerdo con mi nieto, pero créeme que cuando entendí

sus razones...

—Ya es tarde para eso, nada justifica una mentira, hay cosas que usted no sabe y yo...yo no sé si sea bueno desenterrar el pasado.

—De acuerdo, querida —asintió la anciana al ver otra vez en sus ojos el dejo de la traición—, pero por favor, nunca dudes del amor sincero y verdadero que Robert te ha tenido durante todos estos años, no sé qué hubiera sido de su vida sin usted.

Escuchar esas palabras le removió los sentimientos que se empeñaba en guardar.

—Oh, su excelencia —murmuró en un hilo de voz entrecortado—, es que si todo fuese tan fácil, si Robert no me odiase tanto. —Y tomándole las manos finalizó—. Hay cosas que me dijo que nunca olvidaré, que me duelen como si me las hubiese dicho ayer...y no hace once años atrás.

Una vez que dicho eso, Theresa le dio un beso a la joven y pensó que aún había mucho que sanar.

Capítulo 10

En el primer piso de la mansión, Robert daba vuelta por el gran salón, sentía una necesidad inmensa de subir y llegar hasta donde se encontraba su mujer, confesarle la verdad y amarla como había deseado hace tantos años, pero sabía que el camino no sería fácil, incluso una parte de él se sentía rechazado, aquella muchacha con cara de ángel lo podía llevar hasta el mismísimo infierno con solo una par de frases y él caería en la trampa desencadenando así palabras y sentimientos que no sentía, o al menos que no podía albergar en su corazón.

—Robert —habló su abuela distrayéndolo de sus pensamientos—, querido, creo que deberías subir, es tarde.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Me odia, abuela —afirmó con un dejo de dolor en su alma.

—No te odia, pero merece saber la verdad.

Robert no le habló, siguió caminando y dirigió su vista directo al lago.

—Todos creen que es tan fácil...pero no.

—Querido, ella cree que la odia.

Él apretó el vaso que sostenía con tanta fuerza que casi lo rompió entre sus dedos.

—¡Esa mujer está loca! ¡Eso es lo que está!

—No, hijo, está dolida y se siente utilizada por algo que le dijiste hace años.

—¿Qué?!

—Solo eso es lo que me dijo, no sé nada más, Robert. Por eso debes hablar con ella y arreglar todo, no es justo que sigan sufriendo así.

—Se da cuenta que está loca —espetó furioso, ¿Cómo? ¿Cuándo le había dicho que la odiaba?

Subió raudo por la escalera, cualquier atisbo de duda ahora era

remplazado por la rabia que sentía en ese momento, en que mente cabía que él podía odiarla, ¿si la había amado desde el minuto que la conoció?

Carol, se había quedado impactada observando la habitación, era increíble, las paredes estaban cubiertas por papel color crema con algunos motivos en dorado. La gran protagonista de la estancia sin duda era la cama de bronce con dosel de color azul con bordes dorados, que era exactamente igual al cortinaje, delante de ella una lámpara en forma de araña que se apoderaba de gran parte del techo. Un tocador a juego albergaba todo lo necesario para que una mujer luciera perfecta, destacaban sobre los cepillos y peines de marfil, un tintero, junto a unas delicadas hojas de papel blanco. Sobre la mesita de noche, de un lado había una bailarina de porcelana, que giraba al son de una clásica melodía. La chimenea se encontraba frente a la gran cama, esta era más ligera y sencilla, realizada en madera y hierro forjado también dorado. A su lado un par de sillones de estilo victoriano junto a una mesa para tomar el té. El gran armario con espejo central hacía parecer reina a cualquier mujer que se situara frente a él. La habitación constaba con óleos de paisajes silvestres, pero lo que más llamó la atención de la joven, fue uno que se imponía sobre los demás, situado sobre la chimenea. En él estaba ella mirando desde la ventana al lago, no hacía falta verle la cara para saber que era su silueta, y por supuesto, en el piso una alfombra de pelo largo casi tan grande como la habitación.

Cuando terminó de recorrer la inmensa habitación, no pudo resistir la tentación de tocar las mantas de la cama, la seda se resbalaba a través de su piel y al mismo tiempo se hundía a la vez que se deslizaba.

Se sentó confundida y atemorizada mirando a la ventana, no sabía qué hacer ni que esperar ahora. En algún momento tendría que enfrentarse a Robert, e ignoraba cómo proceder. Pero no tuvo que esperar mucho, puesto que de un momento a otro, la puerta se abrió y se quedó de piedra al ver apoyado en el quicio a su, ahora, marido, que tenía una expresión seria e intimidante. Él se la quedó mirando directamente a los ojos, eso ya que Robert al abrir y verla sobre la cama tan indefensa tuvo que recurrir todo su autocontrol. Su niña mono había

estado llorando, lo notaba en sus ojos, y él con instinto animal quería abrazarla, besarla...y todo lo que su cuerpo le permitiera.

Con el semblante duro Robert le sostuvo la mirada, en tanto pensó por enésima vez como comenzar su tan temida confesión.

—¿Cómo puedes pensar que te odio? —espetó con dureza—. ¿Acaso no me conoces?

—No —respondió con la mirada gacha y cogiendo un cojín, como si este fuera a protegerla de algo—. Hasta hace un par de horas no —reconoció por fin avergonzada.

Por como hablaba Carol, Robert sintió que la sangre le hervía, había estado muchas veces con ella, claro, pero como Arthur, y antes de que ella dijera algo más para seguir irritándolo, decidió hablar, solo que ahora con un peor humor.

—Te repito la pregunta, ¿Por qué piensas que te odio?

—¿Importa?

—¡Claro qué importa! A mí me importa —gritó un tanto exasperado, la conversación no iba ni de cerca por donde la quería encabezar.

Ella lo observó como si no estuviera ahí, no podía creer que le recriminara que lo hubiera olvidado. Sí, él había borrado sus propias palabras.

—Habla —añadió produciendo que ella reaccionara, y clavándole sus recriminadores ojos azules, llegó hasta él.

—Tú, Robert, fuiste el que me dijo que...

No pudo seguir diciendo nada más, porque sin que ella pudiese evitarlo, la cogió por el brazo dejándola frente a él. Y tomándola por la cintura la atrajo más y la besó. Carol estaba tan desprevenida que no alcanzó a reaccionar, pero comenzó a sentir como sus piernas se convertían en gelatina al sentir como su marido arremetía con todas sus fuerzas contra su boca. Aterrada por aquella reacción tan animal y por lo que pudiese venir a continuación, intentó zafarse, pero le fue imposible, la boca de Robert la estaba poseyendo con fuerza y sus manos la tenían bien sujeta. Asustada y para defenderse atrapó su lengua con los

dientes y por fin Robert la soltó.

—¡Maldición, Carol! —bufó molesto—. No vuelvas a hacerlo, no eres una salvaje.

Con dificultad pero reuniendo todas sus fuerzas logró apartarse y cuando se sintió segura gritó:

—No vuelva a besarme, su excelencia.

Robert sonrió con arrogancia y rodeó la cama como si fuera una pantera oscura y elegante a la vez, Carol retrocedió y cuando se vio acorralada contra la pared no encontró otra salida que saltar sobre la cama, aunque con dificultad ya que el vestido le incomodaba lo logró, causando la ira del joven.

—Soy tu marido, tu dueño, tu señor y me debes respeto, así que te besaré cuantas veces quiera y crea conveniente y no me volverás a decir su excelencia, ¿has entendido?

—¡No!

—¿Cómo qué no?

—¡Te dije que no! —exclamó lanzándole uno de los preciosos cojines de encima de la cama—. No eres mi señor.

Robert sonrió absorto ante lo que veían sus ojos, a pesar de los años su niña mono seguía siendo la misma, aun cuando se peleaban sus mejillas se sonrojaban y ese brillo en especial en sus ojos se volvía a encender, ¡Dios, cómo le gustaba esa mujer! ese carácter, pero ella debía respetarlo.

Con todo el alboroto que se había suscitado, incluso había olvidado el motivo de su conversación.

—Ven aquí, no me obligues a buscarte, sabes que soy más rápido, ¿o también quieres que te lo recuerde?

—Ni se te ocurra acercarte —dijo ahogando sus nervios, no quería volver a sentirlo entre sus brazos, sino sería claro donde terminarían—. O lo pagarás muy caro —enfaticó tomando ahora la bailarina de porcelana.

—¡Crees qué podría pagarlo más caro aún! Estamos casados, Carol —espetó furioso pasándose la mano por el pelo.

—¿Entonces por qué aceptaste casarte conmigo?! Yo no te he obligado.

Robert movió la cabeza y la miró directo a los ojos con tal intensidad que la hizo estremecer, no podía rebelarle la verdad, no así, a pesar de que odiaba a lady Holland no era justo que ella su hija también lo odiara. Ninguna madre en su sano juicio ofrecía a su hija, y sobre todo a más de un hombre para ver quién era el mejor postor.

—¿Dime? ¿Por qué te has casado conmigo?

—¿No te das cuenta? ¿Quieres saber la verdad? —bufó tratando de salir del paso.

Ella asintió tragando saliva a la espera de la verdad.

—El día del funeral de tu padre tuve una conversación con tu madre y vi...y vi una oportunidad para extender mis tierras a cambio de...

—Una... una oportunidad para extender tus tierras ¿eso es lo que soy?
—murmuró interrumpiéndolo en un hilo de voz, pero aun así continuó—: en... en la hermandad me dijiste...

—Sé lo que dije y es verdad, y no te lo dije como Arthur, si no como yo.

—Eres un mentiroso, como Robert, como Arthur o como quien quiera que seas, me engañaste durante todo este tiempo, te reíste de mí y disfrutaste haciéndome creer que eras otra persona.

—¡No, maldita sea, no! —vociferó furioso un improperio sin importarle
—. ¡Tú me olvidaste!

—¡Tú me dijiste que me odiabas! ¡Yo incluso te busqué en la ciudad!

Se formó un gran silencio en la habitación, ambos se miraban con intensidad a la espera de respuestas pero ninguno de los dos se atrevía a hablar, Robert rodeó la cama y cuando se puso frente a ella con la mirada le exigió atención, ya que Carol había bajado el rostro antes de que llegara.

—¡Mírame! —Rugió ofendido, con la vena del cuello hinchada.

Carol levantó el rostro y fijó la vista en un punto ciego, eso lo enervó aún más.

—No sabes el esfuerzo que estoy haciendo para poder controlarme.

—Yo no se lo he pedido, Su excelencia.

Robert movió la cabeza frustrado, esto no iba a ningún lado, hablar con ella era imposible.

—¿Crees que yo no sé cómo te sientes? ¿Qué no te entiendo?

—No lo sabes —aseguró—. No tienes ni la más mínima idea.

—Te equivocas, te sientes frustrada al igual que yo. —La miró detenidamente—, ¿crees que deseo estar teniendo esta conversación justo ahora? cuando podríamos estar felices —manifestó esto mirando hacia la cama—. Crees que no sé qué piensas que te engañé y que me he reído de ti, crees que no me importa lo que sientes, o que no me importa verte sufrir por mi culpa, ¡claro que me importa! ¡Me importa todo de ti! ¡Y ha sido así desde siempre! ¿Qué crees que significa eso?

—No lo sé —afirmó encogiéndose de hombros—. No sé quién eres tú o cómo actuar frente a esta situación.

—No, Carol... —suplicó atemorizado al ver que la perdía nuevamente—, no tienes que actuar, me conoces, abre tu corazón y por favor ten en cuenta que no soy solo Robert, soy tu amigo, tu esposo...soy más de lo que imaginas y más de lo que demuestro, yo...

—¿Tú qué, Robert? ¿Qué es más de lo que imagino?—preguntó mirándolo a los ojos buscando una respuesta de verdad—. No me confundas más, porque yo no tengo ni idea de lo que sientes como Robert, no sé si soy tu amiga o si lo fui, no sé si alguna vez sentiste algo o lo sientes, porque yo siento cosas por mis padres, por mis hermanas, por mis amigas y por los animales.

—Desde que te volví a ver nunca te he mentado en mis sentimientos, jamás le he dicho a nadie las cosas que te he dicho a ti, cuando te he confesado mis sentimientos es porque son reales, en la cabaña, en el convento, siempre he sido yo.

—¿Sí? Hasta que luego me dices que me tengo que olvidar de ti y apareces como un príncipe rescatándome de las fauces del lobo que resultas ser tú mismo —recordó aludiendo al día de la cabaña donde esas palabras le habían

tocado el alma.

Robert se tensó y endureció la mandíbula.

—Me estás colmando la paciencia —manifestó intentando hablarle con dulzura y comprensión, de esa que tanto carecía—. Siempre has sido especial.

Carol apretaba los puños e intentaba respirar, por qué simplemente no reconocía la verdad de una vez por todas y le decía que ella era un estorbo en su vida o que la quería y no lo podía reconocer.

—Especial, cómo, ¿explícate por favor?

—Demasiado especial como para no poder verte en brazos de otro hombre, demasiado especial para no haberte borrado nunca de mi mente, demasiado especial para no poder arrancarte de cuajo de mi corazón, y definitivamente más especial de lo que me hubiera gustado aceptar. ¡Mucho más! y ya no sé si voy a poder aguantar o si es un buen momento para explicarte las cosas —reconoció nervioso—. No, contigo pienso hacer una cosa y luego resulta que hago otra, no me dejas concentrarme.

—¿Cómo? ¿Tú no vas a aguantar? ¡Cómo qué no es un buen momento! Cuando si no, ¡estamos casados!

—Así que ahora sí estamos casados.

—No, no puedo más, esto es demasiado para mí —murmuró desplomándose en la cama como si ya no le quedaran fuerzas—. ¿Qué quieres de mí, Robert? —preguntó con la voz baja y quebrada. Su comportamiento la desequilibraba y la hacía caer en la más grande de las incertidumbres.

«De ti, mi niña mono lo quiero todo, tus risas, tus lágrimas, tu cuerpo y tu amor, sobre todo tu amor»

—Solo deseo que confíes en mí, pero ahora no puedo decirte más.

—Cómo que no puedes decirme más —habló sin siquiera moverse, sentía que su corazón ya se había partido demasiado y una lágrima amenazaba con caer si hacía algún otro movimiento—. No creo que haya un mejor momento que este.

—Lo hay, créeme, pero por favor no ahora —suplicó.

—¿No quieres decirme lo que significa todo esto?... ¿No quieres decirme lo que sientes?

—Te conozco demasiado y no entenderías aunque te lo explicara en este momento.

—No. Eso es lo que tú crees —espetó sentándose en la cama de rodillas—. ¡Eres tú quien no entiende! esto es muy fácil, se trata de ser honesto sencillamente, pero todo el tiempo, no solo cuando lo creas conveniente, yo creo que es así de simple, ser o no ser...su excelencia.

—No me des lecciones ni me hables como Shakespeare por que no eres así, tú fuiste la primera en olvidar, ¿eso es ser honesto?

Carol se indignó, pero reconoció que era así, ella se había olvidado de él, Robert tenía razón y estaba pagando demasiado caro por su error. Pero ya era hora de la verdad.

—¿Quiere honestidad, su excelencia?

—¡Ah...! pero puedes ser honesta —atacó molesto por como insistía en llamarlo.

—Sí, y tienes razón, me olvidé de ti, pero no de la forma que crees, sufrí demasiado cuando comenzaste a alejarte de mí, sentí celos de tus amigos y odio cuando llevabas a las chicas a nuestro lugar en el lago, porque eso no me lo puedes negar, yo te vi, yo era la que siempre te buscaba, y jamás he podido olvidar las palabras crueles que me dijiste —él gruñó por lo bajo—: pues yo... —se limpió una lágrima que caía quemándola por dentro y por fuera—, te las voy a recordar, me dijiste que no merecía tu amistad...

—Carol, por favor escúchame —rogó arrodillándose en el suelo, sintiéndose miserable por lo que escucharía continuación.

—No, ahora me escucharás tú, porque a mí no me da vergüenza reconocer mis sentimientos y las razones de mi olvido —expresó tomándolo por la solapa de la chaqueta para que la mirara a los ojos y no ocultara la mirada—. También me dijiste que era lo peor que te había sucedido en la vida después de la muerte de tus padres y que ojalá nunca me hubieses conocido y yo, yo me lancé

a tus brazos suplicando tu perdón, ¿y qué hiciste? me abandonaste, me dejaste sola, de noche y en el bosque, ¡no te importé nada! —Sonrió con tristeza, Robert estaba pálido y apesadumbrado ante cada palabra—. ¿Pero sabes cuándo realmente decidí olvidarte? Porque creo que soy la reina de las masoquistas, aun así, después de todo lo que sucedió te seguí añorando, pero cuando años más tarde pensé que podríamos hablar, me dijiste que yo no era de tu clase, y qué por eso no me recibías en tu mansión, así que como ves, esposo mío, ¿quién olvidó a quién?

Robert avergonzado abrió la boca para decir algo, pero la culpa no se lo permitía, ella había repetido las mismas palabras de antaño rompiéndole el corazón. Él jamás pensó que calarían tan hondo en su corazón, por eso había sido mejor que ella lo olvidara. Para poder vivir sin su recuerdo, ese que se había empeñado en menospreciar.

Carol ni siquiera era consciente de lo que le estaba provocando con esa declaración.

—¡Claro...! y eso que no te he dicho lo que he escuchado de tus propios labios ahora cuando volviste, lo que le decías a lord Merton —expresó y lo zarandeo levemente, ahora su enojo podía con sus modales—. ¿Por qué siempre me has restregado la pobreza y yo aun así no te puedo borrar de mi mente? ¡Por qué cuando le pedí un beso a Arthur sentí tus labios! ¡Pensé que me estaba volviendo loca! Y no me cabe duda de que lo estoy, yo perdí toda dignidad y cordura ante Arthur diciéndole lo que sentía, lo que quería —afirmó temblando—. ¿¡Eso es demasiado confuso!? —preguntó ahora poniendo la cabeza sobre su hombro—. Este es el momento que yo he elegido para ser honesta, y contarte mi verdad. —Ahora Robert la contemplaba con los ojos brillantes y ella esperó una respuesta, algo, el momento se le hizo interminable y la respuesta llegó en forma de negación, él movió la cabeza hacia atrás en forma de rechazo.

Carol sintió que su corazón se volvía a romper en mil pedazos, y siempre frente a él. No importaba como se llamara, era ese hombre el que la destrozaba por dentro y por fuera, había apostado y había perdido, se mordió el labio

inferior para no llorar más delante de él.

—No creo que sea así —confesó—, tengo cosas que explicarte, pero como ya te lo dije, no es el momento, pero siento, y es más de lo que crees.

—No te preocupes —murmuró separándose para volver a la cama con el alma rota y el corazón despedazado—. Ya no importa.

—Es que no lo entiendes.

—Sí, lo entiendo, pero ya no importa, yo fui honesta y espero que entiendas por qué te olvidé.

—Entendí.

—Eso es todo entonces, ya no vale la pena más, las cosas son o no son, es lo que uno siente y recuerda y no te puedo obligar a abrir tus sentimientos —musitó cerrando los ojos y poniéndose la mano en la frente.

A Robert le estaba costando más de lo que alguna vez pensó controlarse, no abrazarla y confesarle su verdad, sobre todo ahora que ella estaba vulnerable, porque sus sentimientos eran inexplicables y seguro la asustarían, no quería que pensara que era un perverso y él la necesitaba más que respirar.

Se levantó del suelo mirándola como si ella fuera un ángel, se pasó la mano por el cabello y declaró:

—Sé que no merezco nada, pero por favor confía, no te alejes de mí, deja que encuentre la manera de poder explicarte ciertas cosas.

Carol negó con la cabeza sin mirarlo y se giró dándole la espalda.

—Ya no importa, Robert, ya es demasiado tarde —confesó con una sonrisa de amargura que él pudo notar incluso sin verla—. Soy su mujer y como mencionaste antes tienes derechos, yo estaré bien, así es la vida —concluyó sin ánimo de nada.

—¡No!

—Oh sí, su excelencia, las mujeres somos objetos de decoración, servimos para bordar, tejer cuidar del hogar y... atender al marido por las noches... ah y darle herederos.

—Maldición, Carol. Esto no se quedará así —bufó irritado por sus

palabras y salió dando un portazo que retumbó en toda la mansión.

Ella se quedó completamente sola en la inmensa habitación procesando todo lo que había confesado.

Al menos esa noche de bodas uno se había desnudado, no el cuerpo, sino el alma y había sido rechazada.

Capítulo 11

Aquella noche después de haber dejado la habitación en donde ahora seguro lloraba su niña mono, Robert se dirigió hasta el lago, incluso se sentía un intruso en aquel lugar sagrado para ella, pero necesitaba de alguna u otra forma sentirla cerca de su corazón, ella le había confesado tantas cosas y él no había sido capaz de decir nada, no en aquel momento en que ella estaba así, con rabia y dolor, tenía que calmarse antes de volver y de una vez por todas enfrentarse a la verdad.

Casi de madrugada regresó a la mansión, abrió la puerta de su habitación y vio a Carol completamente dormida aún con el vestido sobre la cama y con la lámpara encendida, cosa que no le extrañó.

Se quedó apoyado en la pared unos segundos contemplándola dormir, eso por alguna razón le tranquilizaba el alma, aunque si la miraba atentamente notaba el surco negro bajo sus ojos, eso solo significaba una cosa.

Su esposa había llorado. Otra vez.

Sintiéndose observada de pronto Carol abrió los ojos y despertó, en un principio un tanto agitada pero al comprender donde estaba y con quien se sentó rápidamente.

—Disculpa si te desperté. No fue mi intención —reconoció. Fue directo a la cama, comenzó a sacarse los zapatos y ella se levantó.

—¿Dónde crees que vas?

—Voy...voy a dormir al sillón, no creo que sea correcto... —y sentándose agregó—, no te preocupes.

—Carol, por favor, ven, no será la primera vez que compartamos una cama —recordó con un dejo de esperanza y de malicia.

—Pero...

—Vamos, ven, eres mi mujer, no permitiré que duermas en otro lugar que no sea nuestra —dijo esto recargando la palabra—, cama.

Ella no sabía qué hacer, sabía que tenía que obedecer, pero no podía, sus pies se habían anclado al suelo, no se podía mover. Fue Robert quien con cautela caminó hacia ella y tomándola por los hombros le pidió que se volteara, con las manos temblorosas comenzó a desabrochar cada uno de los botones de su vestido, era un camino que llevaba hasta el coxis, ambos temblaban y era evidente la razón del por qué.

—Me daré vuelta para que te quites el vestido y te puedas acostar cómoda —comentó con la voz entrecortada.

Ella obedeció, dejó caer el vestido por su cuerpo y una vez que llegó al suelo corrió a la cama y se tapó hasta el cuello. Robert tuvo que reprimir las ganas de reír, ya que había visto su cara de espanto atreves del reflejo de la ventana y pensó que ¿cómo había sido posible que alguna vez pensara que podía vivir si ella?

—Tranquila, no tienes nada que temer —aseguró cuando se acostó sobre la cama con las pulsaciones a mil. Deseó poder huir de nuevo, pero fue incapaz de encontrar alguna verdadera razón. Hasta la cobardía lo había abandonado.

—Yo...yo me muevo mucho y no quiero hacerte daño, lo mejor será que me vuelva al sillón.

—Ni lo pienses —aseguró rodeándola por encima de las colchas atrayéndola más hacia su cuerpo, incluso Carol pudo sentir como bombeaba su corazón—. Dormirás en la cama junto a mí como corresponde —susurró en su oído haciéndola temblar—. Duerme, Carol, confía en mí.

Después de besarle el cabello e impregnarse de su aroma, con el dolor de su corazón Robert se giró hacia la ventana, Carol intentó dormir, aunque su mente no la dejó y durante el resto de la noche tampoco lo consiguió.

El sol comenzó a salir con un brillo inusual por la época del año en que se encontraban. Robert fue el primero en despertar, estaba ahora abrazado a su cintura y ella dormía plácidamente entre sus brazos. Poseído por una fuerza y una necesidad de sentirla se acercó sigilosamente y la besó en la frente, ella de inmediato se despertó mirándolo extrañada, pero no la soltó.

—No me temas, yo jamás podría hacer algo sin tu consentimiento.

—Lo sé, Robert, eso sí que lo sé —reconoció entregada a la situación.

Nuevamente cayó sobre ellos el silencio, pero como decía su abuela, un nuevo día era un nuevo comienzo y después de darle muchas vueltas al asunto Robert sintió que pasara lo que pasara ya había llegado el momento, lo llevaba pensando toda la noche y sería ahora o nunca.

—Creo que aún nos faltan cosas por aclarar. Sé que lo necesitas.

Nada recibió por respuesta, ella ni siquiera se movió.

—¿Carol?

—Ya no importa y no creo que sepas lo que yo necesito.

—Por favor... —susurró pegándola más contra él—, anoche me comporté incorrectamente, pero ahora estoy preparado para hablar, es que no es fácil para alguien como yo.

—Claro, alguien de tu posición solo habla cuando le da la gana, no cuando se lo imploran, y sobre todo es alguien inferior como yo. Pero está bien.

—No, Carol, no está bien —reconoció con humildad—, yo no soy superior a nadie, menos a ti.

La atrajo más hacia sí, ahora más que nunca necesitaba ese contacto para comenzar a hablar.

—No te apartes —pidió cuando ella intentaba zafarse de su agarre.

—Si quieres hablar no me toques.

—Por favor —rogó con suplica en su voz, ablandándole el corazón—, déjame decirte la verdad, mi verdad aunque después me odies. Te juro por la memoria de mis padres que sí me rechazas después de esto te dejaré ir para siempre. No te retendré a mi lado si no quieres y no tomaré ninguna represalia contra tu familia. Te doy mi palabra.

Ahora sí que no entendía nada, ¿qué era lo tan grave que le tenía que decir?

Robert en un acto de destreza se separó de ella y se acostó bajo las mantas. Carol nunca supo en qué momento se había sacado la ropa, puesto que

ahora solo estaba en ropa interior, la dio vuelta con cuidado y la apegó a su torso desnudo.

A Carol se le erizó la piel, ese era un lugar perfecto para estar. Aquel calor era el que su alma y corazón necesitaban para recomponerse... Robert pasó su mano por sobre la tela hasta deslizarla desde su brazo hasta su cintura, lentamente como si estuviera reconociendo algo que siempre le había pertenecido.

El movimiento era hipnótico y seductor, así no se podía resistir, ese hombre la había cautivado de alguna manera y desde hace muchos años ya, aunque su mente no lo quisiera aceptar.

—Hueles a miel, siempre he recordado tu olor.

—No digas cosas que después negarás —suplicó—, basta por favor, no digas cosas para engañar mi corazón.

Dios, que difícil se lo estaba poniendo su Carol. Tomó aire hinchando su pecho y luego lo soltó contando para no perder el poco control.

—Ahora es mi turno de ser honesto —afirmó pasando su mano lentamente por su espalda.

—Ya no me importa, te lo dije ayer.

—No me digas eso, sé que no es verdad, tú no mientes, eres la mujer más noble y bondadosa que he conocido en la vida, en cambio yo... yo sí te he mentado. Y lo primero que quiero que tengas para escucharme, es esto —dijo entregándole un pañuelo que ella misma le había regalado cuando lo había visto por primera vez.

Carol no lo podía creer, pestañeo varias veces que para que no se le escapara ninguna lagrima, en tanto Robert observaba con atención su reacción. Sí, ahora ya estaba listo para contar su verdad.

—Yo nunca te he querido.

Ahora Carol luchaba para zafarse de sus brazos con todas sus fuerzas y cuando fue a mover sus piernas para alejarse él se las atrapó poniendo las suyas sobre ella. Ahora la tenía atrapada completamente entre sus cuatro extremidades.

—¿Hasta cuándo me haces daño?! ¿Hasta cuándo te ríes de mí por el amor de Dios? ya no puedo soportar más, ¿qué es lo que te he hecho para que me odies así?

—Yo...yo no te quiero, Carol. Lo que siento por ti es mucho más fuerte que eso, es mucho más que un simple amor, mi corazón encontró a su dueña cuando tenía apenas trece años y se lo entregó a una preciosa niña mono de vestido azul y mejillas sonrosadas —Carol lo miró estupefacta casi sin pestañar, ya al menos había dejado de luchar—. Existe una leyenda griega que dice que los dioses del Olimpo sintieron envidia de los hombres al verlos disfrutar, después comprobaron que esa felicidad los hacía más fuertes y poderosos, por eso temieron por ellos mismos pensando en que un día los humanos querrían ser dioses y como eran demasiados terminarían destronándolos del Olimpo, así que se reunieron en divino conciliábulo y decidieron partir al hombre en dos mitades y los diseminaron por la tierra de forma que, deberían pasar el resto de su vida buscando a su complemento para recuperar la felicidad perdida, pero solo algunos, los elegidos podrían encontrar su alma gemela, y ese sería el trabajo más doloroso del ser humano, pero yo... yo te encontré a ti bañándote en el lago... y de eso ya hace muchos años.

Carol cerró y abrió los ojos un par de veces, apenas podía ver ya que estaba con lágrimas contenidas.

—¿Qué...qué me estás diciendo?

—Cuando descubrí lo que realmente sentía por ti, me asusté y decidí alejarme, por miedo, no por ti, si no por mí —confesó sacándose un gran peso de encima y sintiendo como sus ojos también se llenaban de lágrimas—. Cada vez se me hacía más difícil estar separado de ti en la ciudad, no podía concentrarme en nada, solo pensaba en...nuestro lugar, en ti. Luego mis amigos comenzaron a salir con jovencitas de nuestra edad y yo solo deseaba estar a tu lado, ¡Dios! Estaba obsesionado con una niña pequeña que me llenaba el alma y me alegraba el corazón. —A cada palabra que confesaba la apretaba un poco más, y al mismo tiempo sentía que la necesitaba así para seguir, se desesperaba por no poder

tocarla, su cuerpo ardía de deseo más que el mismo fuego del infierno—. Por eso te dije todas esas cosas, necesitaba que me odiaras y que te alejaras porque para mí sería imposible. Pero cada vez que te rechazaba te volvías acercar, sí, te odié por lo que me hacías, por cómo me tenías, pero eso no era odio, era amor, por eso finalmente decidí alejarme y me juré no volver nunca más, pero claro...fue imposible, yo solo quería saber de ti, y para olvidarte daba fiestas para que de una vez por todas me odiaras y al mismo tiempo aparecieras en mi puerta reclamándome mi actuar...pero eso nunca sucedió. Yo siempre he sabido de ti, te he visto desde las sombras desde que soy adulto, he asistido a todas las fiestas que has sido invitada y...he sido el causante de que nadie se te acerque. Nunca pensé que reuniría el valor para decirte esto, y jamás pensé que alguna vez podríamos estar así...los dos. Por eso cuando en la fiesta que di, corriste hacia el lago, me asusté, no pensaba molestarte, pero me escuchaste y... —recordó melancólico.

—No te reconocí —murmuró tragándose el nudo en la garganta—. Y nos volvimos a reencontrar.

—Sí, ese día rompí mi promesa de no volver a acercarme y el amor que creía que tenía extinguido se reavivó con más fuerzas, me convertí en Arthur, un hombre normal sin pasado para estar a tu lado, pero cuando me contaste que odiabas a Robert la ira me embargó, tú tenías ideas sesgadas de la verdad.

—¿Sesgadas?

—Bueno...no, yo mismo las había creado, pero es que no entendía como me habías podido olvidar, cuando yo nunca lo pude lograr.

—Robert yo...

—No digas nada, ahora después de lo que me recordaste anoche te puedo entender.

Ella le puso un dedo en los labios que lo silenció como si lo quemara.

—¿Qué te pareció cuando me besaste?

—¿Qué, qué me pareció? Sentí llegar al cielo y al infierno al mismo tiempo, ¡hervías como el fuego!

Ella negó con la cabeza volvió a poner el dedo sobre sus labios.

—La primera vez que me besaste fue cuando era una niña, yo me asusté y te amenacé con contarle a mi padre.

Ahora retiraba el dedo para dejarlo hablar.

—Esa tarde fue el día que supe que te amaba, que te necesitaba más que respirar, que serías el amor de mi vida, después te volví a besar cuando estabas enferma y tú me lo pediste, luego te volví a besar en esta casa, en el bosque y créeme por lo más sagrado que tengo en la vida que daría mi fortuna entera por volver hacerlo.

Carol hundió la cabeza en su pecho desnudo sintiendo el latido de su corazón y sin mirarlo le habló:

—Yo siempre que besaba a Arthur pensaba que eras tú.

Con cuidado y temblando Robert la obligó a mirarlo.

—Siempre he sido yo, amor mío, partí siendo un niño que no sabía que era amar para convertirme en un hombre que no tiene corazón, porque se lo entregó a una niña a los trece años y no lo quiere de vuelta. Pero ahora... —susurró con la voz quebrada y evidentes lágrimas en los ojos—, quiero saber si estás dispuesta a conservarlo. A tu lado me siento indefenso y vuelvo a ser aquel niño huérfano esperando ser acunado por tus brazos, y no me atrevo a pensar en lo que estás creyendo de mí en este momento.

—¿Qué! ¿Qué cree que yo creo? Dime por favor, te lo imploro.

—Que soy un perverso —confesó sollozando sin poder contenerse, ese era su mayor temor y ya lo había dicho, se lo había confesado todo, absolutamente todo.

—No eres un perverso, no digas eso por favor.

—¿Y qué soy entonces? ¡Dímelo! ¿Cómo se llama lo que te he contado?! —exclamó más fuerte de lo que en realidad quería.

—Se llama complemento, envidia de los dioses o simplemente alma gemela. Y de alguna u otra forma aunque yo no lo sabía, mi corazón siempre supo que era tuyo —manifestó mirándolo a los ojos que ahora también estaban

con lágrimas.

—¿Qué...qué quieres decir?

—Que como juré ante Dios en la capilla, prometo amarte como Robert, Arthur o quien seas hasta el resto de mis días.

—No, como Arthur, no. Como Robert solamente —acotó con una sonrisa que le iluminaba el rostro, el corazón y su alma—, tú eres mi vida entera, te amo desde siempre y no podría imaginar la vida si no estuvieras, no conozco una palabra con el significado más grande, pero si existiera sería tuya, porque te amo con todo lo que soy, quiero que te quedes a mi lado, que me permitas cuidarte y protegerte como lo mereces, porque eres mía como yo soy tuyo —afirmó tomándola por la cintura poniéndola a horcajadas sobre él—. Carol —murmuró afirmándole la cara—, no soy perfecto, soy arrogante —reconoció riendo—, cometo errores y sé que los cometeré, pero aunque no lo creas sé pedir perdón. Estoy enamorado de ti desde siempre, acéptame así y yo te entregaré lo mejor de mí día tras día, para que formemos nuestro hogar, nuestra vida y nuestros hijos. Yo Robert Seymour me entrego a ti en cuerpo y alma para amarte y para que hagas lo que quieras con mi vida, me declaro esclavo eterno de ti, Carol.

—Yo, Carol, la niña mono del niño con cara triste —comenzó a recitar sorbiéndose las lágrimas—, me entrego en...cuerpo y alma y prometo amarte hasta que mi luz se apague y ¿sabes por qué?

Él negó con la cabeza y muy interesado.

—Porque somos un complemento.

—Carol... —Robert se levantó un poco abrazándola, intercambiándose el aliento ella tembló y él con delicadeza la tomó de la barbilla para besarla, y con una pasión contenida abordó sus labios, a cada segundo que pasaba derribaba sus temores por lo que pudiese pasar. Totalmente extasiada por el momento Carol se dejó acariciar, era primera vez que sentía las manos de un hombre recorrer su cuerpo, pero comprobó que a pesar del miedo que sentía, le gustaba, Robert con sus diestras manos llegó hasta sus hombros, besándoselos y

haciéndola vibrar, mientras que con sus dedos comenzaba a desatar las cintas del camisón. Una vez que estuvieron liberados, él se retiró un poco para poder observarla, su piel nívea y sus turgentes senos lo ponían nervioso, no sabía cómo proceder aunque para él no era la primera vez, pero sí la más importante.

Robert la miró con admiración, esa del hombre enamorado a punto de sucumbir a la pasión que había añorado durante tanto tiempo.

—No puedes imaginar cuánto he esperado por este momento, cuantas veces lo he soñado, pero ni en el mejor de ellos lo imaginé así, eres tan bonita, tan mía...

Envalentonada por sus palabras y por los nervios que sentía Carol acercó sus labios a los de Robert, y él los volvió a atrapar, un agradable cosquilleo recorrió su cuerpo mientras sus lenguas se entrelazaron, ella sintió como sus manos bajaban por su espalda hasta situarse en sus nalgas. Un suspiro de Carol fue acallado por un beso ahora más exigente de él y ambos comenzaron a caer en un precipicio de placer, Carol se estaba entregando por completa en una confianza inusual que Robert nunca si quiera imaginó.

De pronto él se apartó, ambos respiraban con dificultad, con cuidado la depositó a su lado y él sin perder contacto con aquellos ojos se levantó.

A Carol un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando lo vio casi desnudo frente a ella, y una pícara sonrisa escapó de sus labios, aún con la respiración agitada observó su torso bien formado, sus músculos perfectamente marcados sin ser excesivos, siguió bajando hasta que llegó a sus fuertes piernas pero cuando se deshizo de su ropa interior y vio aquel erecto y gran miembro que tenía entre sus piernas, se horrorizó. No supo qué hacer, era la primera vez en su vida que veía el sexo de un hombre, ni en los libros de anatomía que alguna vez había visto eso era así, no, este era viril, grande, erguido y grueso, ni comparado con lo que ella se imaginaba, por eso avergonzada y asustada cerró los ojos.

—Carol, mírame, no me temas por favor —pidió extendiéndole la mano para que también se levantara, ella obedeció con reticencia abriéndolo lentamente, encontrándose con una dulce sonrisa de bienvenida.

Tomándola de la mano la ayudó a ponerse de pie y cuando estuvo lista fue él quien abrió la camisola por el escote y dejó que se deslizara por su cuerpo, esta cayó de inmediato como si el tiempo los apremiara.

Ahora el hipnotizado era Robert, su ardiente mirada se deleitaba con el cuerpo de su esposa, observó sus senos ahora en todo su esplendor, su vientre, sus piernas largas muy bien contorneadas que tantas veces se había imaginado para acabar su recorrido concentrado en su pubis, que era tal cual como lo había anhelado.

—Pensaba hacer tantas cosas —reconoció con voz ronca—, pero creo que no podré. Porque apenas podré controlarme.

Volvió a besarla, pero esta vez con autentico frenesí, parados uno frente al otro, las manos de Robert no dejaban ni un lugar sin tocar. Su boca comenzó a descender por su cuello mientras sus manos la sostenían de la cintura hasta que llegó a su pecho y agarró uno de sus pezones haciéndola jadear. Carol sintió que un cúmulo de sensaciones se acumulaba en su entrepierna, sintió sus mejillas coloradas por un calor que jamás había sentido. Las manos de Robert siguieron bajando hasta llegar a su sexo y ella instintivamente junto las piernas.

—No... —indicó hablándole con cariño—, permítete sentir, déjeme llevarte al sitio donde tus besos me llevan a mí, amor.

Se miraron directo a los ojos, y él comenzó a acariciar su nuca en tanto reiniciaba su recorrido. Fue como si en ese momento todo el cuerpo de Carol se entregara al de él, solo gemidos femeninos se escuchaban en aquella habitación sobre todo cuando Robert masajeó sus dedos sobre su sexo, esa fue su verdadera perdición, su cuerpo ya no le pertenecía. Inesperadamente algo vibró en su interior y estalló en un placer inimaginable que no le permitía ni siquiera controlar su propio ser, cerró los ojos y cuando los volvió a abrir vio cómo su amado la miraba satisfecho con lo que acababa de conseguir, besándola nuevamente y alargándole la nueva sensación. Carol creía que ya no había mayor éxtasis que el que ya había experimentado, pues sus piernas eran gelatinas y tenía un extraño palpitar donde ni siquiera imaginaba que tenía un corazón.

—Tócame.

—¡Yo!—exclamó asustada.

Con una afirmación de cabeza y tomándole la mano la llevó hasta su duro miembro.

Carol aún con el corazón acelerado obedeció y al primer contacto con su pene lo rodeó, y en un acto reflejo comenzó a acariciarlo, cruzando una mirada de aceptación de Robert supo que estaba haciéndolo bien, pero su mayor virtud no era ser paciente y apuró sus caricias haciéndolo gruñir.

—¡Dios mío! —soltó asustada retirando la mano—. ¿Te he dañado?

Robert conmovido por la inocencia de su mujer reprimió la risa puesto que podía imaginarse como se sentía.

—No, Carol. Es una sensación maravillosa, como la que acabas de sentir —aclaró y la besó, pero esta vez con cuidado la depositó sobre la cama. Todo era nuevo para ella y él quería que fuera lo menos traumático posible.

Cuando estuvo sobre ella dejó de besarla para preguntarle.

—¿Tu madre te preparó para esto, verdad?

Carol se tensó de inmediato, lo único que su madre le había dicho era que sufriría y que se lo merecía, por eso y con las emociones a mil como las tenía una lágrima resbaló por sus mejillas al tiempo que negaba con la cabeza.

Robert tuvo que reprimir los improperios que sentía en contra de su suegra, esa mujer realmente no se merecía ser madre, al menos no de Carol.

—Solo relájate yo cuidaré de ti.

Carol asintió mientras Robert bebía sus lágrimas que para él sabían a miel.

Acercándose un poco más a ella separó sus piernas, estaba impaciente por estar en su interior incluso su entrepierna le dolía, pero se obligó a frenar su instinto animal, ella se lo merecía, y este era su momento.

Verla tan entregada y receptiva a todo lo que hacía lo estaba enloqueciendo, esa dulzura que emanaba de sus ojos lo volvía loco, ella ni siquiera lo había juzgado, le había dicho que eran un complemento, eso era más

de lo que se imaginó en la vida. Por eso ahora debía concentrarse en ella y solo en ella. Volvió a tocarla con sus dedos, pero esta vez introdujo uno.

—¡Ah...!

—¿Te duele?

—No...me agrada.

Por fin algo le daba valor, su mujer estaba disfrutando aunque a él lo estaba torturando. Con la lengua intentaba calmar su desesperación y así excitarla cada vez más, eso lo sabía por los pequeños sonidos que salían de su garganta.

Después de su maravillosa exploración, en donde su mujer se arqueaba de placer ya no podía aguantar más.

—Separa las piernas —pidió ayudándola con sus propias manos.

—Robert...

—Tranquila, amor. Prometo que disfrutaremos los dos.

Poseída por el deseo y asombrándolo increíblemente Carol abrió las piernas más de lo que se imaginó. Ella notó como Robert tomaba su miembro y lo llevaba justo al lugar donde tenía que entrar, movió sus caderas, nerviosa hacia atrás pero el colchón se lo impedía.

Lentamente y con cuidado la punta penetró y al primer contacto la enloqueció y como si sus caderas tuvieran vida propia se movió hacia delante.

—Carol, despacio, cuidado, no quiero hacerte daño.

—Me lo harás igual —reconoció movida por el deseo.

Robert se apoderó de su boca y ella no dejó de mirarlo y al ver el temor en sus ojos se estremeció, aun así ella se lo estaba entregando todo en una muestra de confianza inconmensurable. Comenzó a moverse sobre ella una y otra vez sin dejar de mirarse, ambos disfrutaban cada vez más y sus jadeos se mezclaban entre besos y suspiros hasta que en un movimiento ataviado por la pasión Robert se introdujo un poco más encontrándose con una barrera que por supuesto estaba dispuesto a traspasar. Deteniéndose la beso en la frente y con la voz entrecortada y ronca murmuró.

—Este será el único dolor en tu vida que no podré evitar.

—Lo...sé —reconoció asustada y excitada al mismo tiempo.

Sin dejar de mirarla, la apretó contra su cuerpo como si en este simple acto pudiera mermar su dolor. Pero al momento en que Carol cerró sus ojos Robert de una certera estocada la penetró completamente.

—¡Me duele! —chilló mientras sentía que se quemaba y su cuerpo palpitaba con dolor, ni siquiera fue consciente que tenía las uñas clavadas en la espalda de Robert, que lejos de hacerle daño lo estimulaba aún más.

No le respondió nada, su respuesta fue la quietud absoluta hasta que el cuerpo de su ahora mujer mono se acostumbrara un poco más. Como si ella lo tuviera embrujado con sus profundos ojos azules no podía dejar de mirarla, nunca la había visto más hermosa con sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes de placer. Un millar de emociones pasaban por su corazón hasta que vio algo en ella que lo hizo saber que el dolor comenzaba a ceder, y muy lento comenzó a moverse de nuevo, pero ella desesperada por sentirlo más y desbordada por la pasión comenzó a moverse con mayor rapidez acariciando su espalda y exigiéndole más, mucho más.

Solo hasta ese punto llegó la cordura del duque de Somerset, como siempre Carol lo había hecho sucumbir y perder el control. Comenzó con diestros movimientos a entrar y salir de ella una y otra vez. Carol sentía un hormigueo de placer en su cuerpo, sentía que la cordura y la moral la habían abandonado y ahora solo la gobernaba la pasión, una vez que dejó de sentir dolor quería sentir placer, y era eso lo que su hombre le estaba proporcionando a cantidades, de pronto sintió como si dentro de ella algo explotaba y salía sin control al exterior, su cuerpo comenzó a convulsionarse con un calor que antes jamás había sentido. En tanto, Robert sentía que ella se abría como una flor en primavera, lento pero seguro hasta quedar completamente abierta para él.

Con un jadeo acompañado por un temblor Carol llegó al cielo sintiendo como su cuerpo recibía un flujo caliente proveniente de su amor, entre espasmos y gemidos ambos llegaron al clímax jadeando de placer olvidando todo los

dolores del pasado y dándole la bienvenida a un nuevo comienzo juntos, donde nada importaría, solo ellos y sus sentimientos.

Después de unos segundos Robert se detuvo para mirarla, pero ella ya lo estaba haciendo y se embebía de su amor respirando con dificultad.

Él esperaba que ella fuera la primera en hablar, pensaba que le podía haber hecho daño, ya que había perdido totalmente el control. Ella siempre había sido para él, ese era su lugar, ahí siempre había querido estar. Aunque moría de miedo si Carol al verse demasiado adolorida no lo volviera a aceptar.

—¿Estás bien? —le preguntó su mujer acariciándole el pelo.

Robert soltó una risa nerviosa, su mujer era increíble, no tenía palabras que decirle, atacó su boca con más pasión que antes, indicándole así todo lo que la amaba, necesitaba y veneraba.

—Eso...eso quiere decir que estás bien —rio.

—Esto ha sido increíble —susurró sorprendiéndola—, he intentado no hacerte daño...pero...

—No me has hecho ningún daño que uno de tus besos no pueda curar.

Se volvieron a besar sin separarse, Robert no quería dejarla y ella no quería que lo hiciera.

Después de unos minutos que se les hicieron eternos Robert que era el que debía poner la cordura se separó de su mujer sintiendo un vacío de inmediato en su cuerpo, Carol que lo notó en sus ojos cuando él estuvo a un lado se giró y se puso sobre él.

—Esto ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida y agradezco al cielo el día que Arthur llegó a mi vida —Robert levantó una ceja en reprobación y justo cuando iba a hablar Carol se lo impidió poniendo un dedo sobre sus labios —, porque cuando él apareció traje a Robert, al amigo, al hombre de mi vida y a mi complemento, así que tenemos mucho que agradecerle y yo sé exactamente cómo hacerlo —anunció con una disimulada sonrisa retirando el dedo de sus labios.

—¿Ah sí?

Carol asintió y lo besó con ternura, en los ojos, en la nariz, en las mejillas, pero cuando llegó a sus labios Robert habló:

—Ahora te voy a dar un beso de los que dices que curan.

—¿Sí? Pero primero hazme saber por qué —respondió levantando su pelvis para que Robert se introdujera nuevamente en ella.

—Por el momento, amor mío, creo que pasaré besándote en esta cama por todos los próximos días y sus respectivas noches borrando cada lágrima que alguna vez te hice pasar.

Después de esas sentidas palabras, y sin dejarla replicar Robert volvió a devorar aquellos labios hinchados para seguir haciéndole el amor a su mujer.

Epílogo

Increíblemente y a pesar de ser tan diferentes entre sí, la vida de Robert y

Carol se hizo maravillosa, cualquiera que lo hubiera visto antes ahora no lo reconocería, todo lo que su mujer decía para él era ley, incluso su temperamento arrogante estaba desapareciendo poco a poco. Carol había conseguido abrir la mansión a todo el que quisiera visitar la gran cantidad de esculturas que poseía, aunque Robert aún se negaba a abrir la biblioteca, ella sabía que pronto lo conseguiría.

Dividían su estancia entre la ciudad y el campo, ya que Carol ahora era la encargada de reflotar la finca de su padre y para asombro de todos lo hacía bastante bien, incluso el administrador del duque le había pedido consejos en más de una oportunidad.

Robert se había negado tajantemente a que Carol ayudara a su madre más allá de lo debido, él no la podría perdonar jamás, y no entendía como su dulce esposa ya lo había hecho, por eso no consentía que le diera más de lo que consideraba justo. Cosa que claro para lady Holland no era suficiente, pero ahora no se atrevía a discutir con su hija.

Grace seguía siendo la misma de siempre, incluso peor, puesto que Carol se había empeñado en apoyar a su hermana Audrey para que por fin estudiara arte y ahora ella vivía, nada más y nada menos, que en Francia en una casa de señoritas. Feliz conociendo el mundo y a guapos parisinos. A Carol no le sorprendería si en cualquier momento le llegara una invitación de su hermana a su matrimonio.

Lucy trabajaba en la mansión como la administradora del pequeño museo. Ella se encargaba de dar toda la información de las esculturas y con eso ahora mantenía a su hija mucho mejor, y aunque aún no se lo contaba a nadie, solo a su querida amiga, estaba siendo visitada muy a menudo por el doctor. Y no precisamente porque estaba enferma.

La abuela y Catherine seguían con sus vidas, aunque ahora asistían menos al pueblo, pues ellas eran mujeres de ciudad, pero ese verano, estaban todos reunidos en la mansión.

—Carol, ¿estás segura de lo qué estás haciendo? —preguntó horrorizada

al ver como Lilly pintaba sobre el cuerpo de su amiga, solo que esta vez no era con simples acuarelas, si no con unas especiales que ella misma había traído de la ciudad.

—Sí, por supuesto que sí —rio tratando de no moverse mucho, ya que cada vez que lo hacía la pintora se enfadaba.

—No te muevas —la reprendió.

—Mi primo no estará nada contento, eso te lo aseguro, querida amiga.

—Oh, no te preocupes, de eso me encargo yo, últimamente está un poco... quisquilloso por decirlo de algún modo.

—Y no es para menos, deberías considerar su posición y obedecerle un poco.

—No te preocupes, que de verdad estoy bien, pero no lo estaré —hizo un gesto hacia Lilly—, si no la dejan trabajar.

Catherine suspiró, no encontraba buena idea lo que su gran amiga haría a continuación.

Entre risas nerviosas Cathy la siguió mirando hasta que de pronto escucharon la dulce voz de Lucy.

—¡Carol! ¡Carol! ya está todo listo, llegó la fotógrafa.

—Me quedan dos minutos —anunció Lilly con el ceño fruncido y Carol solo se encogió de hombros.

—Está bien, yo iré a la biblioteca a encargarme de todo. Espero que cuando a Robert le dé un infarto no me culpe a mí por no detenerte.

—No te preocupes — fue lo último que escuchó la prima del aludido antes de bajar al primer piso, amaba con el alma a su amiga y siempre la apoyaba, pero esta vez creía que era demasiado.

Una vez que estuvo lista, Carol se levantó de la cama y como pudo se ató el albornoz blanco y cogió la sábana que tenía a los pies de la cama.

—Estás muy linda —afirmó Lilly con una gran sonrisa de satisfacción por su trabajo.

—Es el dibujo más lindo que he visto en mi vida, princesa, y además el

más importante para mí.

Ambas felices bajaron la gran escalera en dirección a la biblioteca, ahí la esperaba la fotógrafa, pero antes de llegar, Robert venía entrando con un gran ramo de rosas blancas y se la quedó mirando sorprendido.

—¿Te sientes mal, por qué no estás vestida? —preguntó asustado acercándose rápido para llegar a su lado.

—Eh...no ¿pero qué haces tan temprano en casa?

—¿Así recibes a tu complemento después de un arduo día de trabajo? — quiso saber rodeándola por la cintura, pero Carol antes de que hubiera contacto se apartó.

—¿Qué sucede? dímelo ahora.

—No te asustes, no es nada malo, es... es una sorpresa.

—No, sabes que a mí no me gustan las sorpresas, menos ahora y viniendo de ti.

Antes de que pudiera responder Catherine salía en la búsqueda de su amiga que se había demorado tanto.

—¡Ay no!, ya se enteró y está enfadado —aseguró más que preguntó Cathy al ver el ceño fruncido de su primo.

Robert giró la cabeza en su dirección y luego en la de su mujer, la vena del cuello ya le palpitaba visiblemente.

—Mejor me voy, acá arderá Troya.

—Habla ahora, duquesa —ella se estremeció, solo le decía así cuando estaba enojado y al parecer ahora lo estaba.

—Escucha, primero cálmate que en mi estado...

—¡Ah! ahora sí recuerdas tu estado —acotó acercándose para revisarla.

—Sí, siempre lo recuerdo es por eso...

—Es por eso que me dirás ahora que está sucediendo.

Carol tomó aire y suspiró un par de veces antes de contarle, ya que con eso arruinaría su sorpresa de cumpleaños y recurriendo a su encantadora sonrisa susurró en sus labios a ver si así se libraba.

—No me hagas decirte, arruinarías la sorpresa que te tengo preparada por tu cumpleaños, Robert.

—Ahora —bufó más nervioso que molesto.

Carol enojada por verse pillada desabrochó rápidamente el albornoz y dejó su abultado vientre a la vista de su marido, que al verla se le desencajó la mandíbula.

—No... no te gusta.

—Es... precioso —reconoció feliz y luego pensó—. ¿Pero esa pintura no es dañina para el bebé?

—No, ¡cómo se te ocurre!

Robert sin importar quien lo miraba se arrodilló como hacía siempre y luego de besar los labios de su esposa besó su vientre y lo saludó como si lo pudiera escuchar.

—Amor, para mi cumpleaños faltan algunos días, ¿te piensas quedar así?

—No, si me acompañas te lo puedo explicar.

Más que intrigado Robert la cogió de la mano y la siguió a la biblioteca, cuando entró comprendió todo, delante de la chimenea había una cámara de fotos preparada para inmortalizar el momento.

—Estás loca si crees que un hombre que no sea yo te verá semidesnuda, no me importa si es arte de... embarazo o no —afirmó rotundo.

—¡Robert!

—Nada, ni Robert ni nada, si quieres te recuestas en el sillón y yo te contemplo horas para grabar tu recuerdo en mi memoria, pero de ahí a...

—Es mujer, la fotógrafa es mujer, Robert. Por favor, no arruines este momento —pidió y como ya se le estaba haciendo una odiosa costumbre lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Pero él no la estaba escuchando, solo se imaginaba la escena y su mente se negaba a entender razones, en tanto su corazón luchaba frenéticamente para intentar calmarse.

—No, por favor no llores.

—Cómo no voy a llorar si he planeado esto por meses, desde que me

enteré que estaba embarazada supe que quería pintarme para ti.

—Carol, no me hagas esto, he aguantado que me pintes a mí, las piernas el cuerpo y...

—Y, y te gusta, no me lo niegues.

—¡Claro qué me gusta! Pero esto es diferente.

—No, Robert, no lo es.

De pronto ambos se giraron al sentir la puerta cerrarse, un joven de boina café de mediana estatura había entrado también en la habitación ocasionando la ira de Robert, ya que su mujer según él estaba semidesnuda.

—¡Quien te dijo que entraras! —vociferó con su tono arrogante que solo utilizaba lejos de su mujer.

—He venido a fotografiar a la duquesa —respondió igual de altiva la joven sorprendiendo a Robert.

—¿Es usted mujer?

—Si usted no lo ve así, es que necesita gafas con urgencia, su excelencia —comentó despectiva la chica.

—Ves, te lo dije, no hay problema. Violet me tomará la foto y solo la podrás ver tú.

—Pero...

—Por favor, por favor... —suplicó Carol acercándose tentadoramente a él.

A esas suplicas de su mujer Robert nunca podía negarse, y con pesar aceptó que le tomaran las benditas fotografías.

Violet la llevó hasta el sillón y durante más de una hora tomó fotografías de Carol, incluso incluyó a Robert que en un principio se negó, pero al ver la felicidad de su mujer no hizo otra cosa que acceder.

Violet se marchó prometiéndoles que en un par de días traería todas las fotografías, y una vez que estuvieron solos Carol se levantó con dificultad y abrazó a su marido para susurrarle al oído.

—Ahora, esposo mío, vas a resarcir cada una de mis lágrimas.

—Estás insaciable, Carol —comentó riendo

—¿Y no te gusta? —preguntó haciendo un puchero.

—Gustar no. ¡Me encanta!

Y así con promesas de amor llegaron hasta la habitación para amarse como solo a ellos les gustaba hacer, entre sus cuatro paredes desbordaban la lujuria y se juntaban como lo que eran, un verdadero complemento.

FIN

Agradecimientos

Como siempre he dicho, sin lectoras no habríamos escritoras. Yo escribo por y para ustedes, por eso les agradezco enormemente la oportunidad que siempre me dan, a mi grupo «Las Letras de Conti», y en especial, a mis amigas que me siguen en las locuras. A mi Cocolilo que hace que sea un poquito menos Doris y me dice las cosas tal cual son. A todas ustedes, ¡¡mil gracias!! Y sobre todo a ti, porque le sonrío a la vida, no porque sea perfecta, sino porque agradezco lo que tengo y a quien tengo a mi lado y aprecio más que nada el hecho de haber podido coincidir contigo ese 1 de enero. Y en esta vida es algo por lo que estaré eternamente agradecida. Porque honestamente, la primera vez que te vi, no sabía que ibas a ser tan importante para mí.